BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA É HISTORIA

LOS ORÍGENES
DE LA
FRANCIA CONTEMPORANEA

TOMO III

POR

H. TAINE

DE LA ACADEMIA FRANCESA

LA REVOLUCION

TOMO II

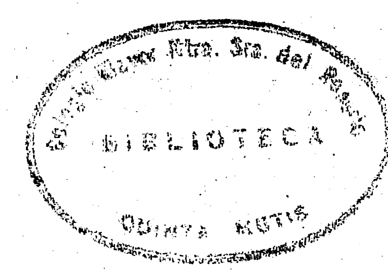
LA CONQUISTA JACOBINA

TRADUCCIÓN POR

LUIS DE TERAN

Profesor en el Ateneo de Madrid.





MADRID
LA ESPAÑA MODERNA
LOPEZ DE HOYOS, 6
(esquina á Serrano, 114)

8695—Imp. de Gabriel L. Horno, San Bernardo, 92.—Teléfono 1922.

LOS ORÍGENES DE LA FRANCIA CONTEMPORÁNEA

LA CONQUISTA JACOBINA

LIBRO PRIMERO

Los jacobinos.

CAPITULO PRIMERO

Formación del nuevo órgano político.—I. Principio del partido revolucionario.—Sus aplicaciones.—II. Formación del jacobino.—Los elementos de su carácter considerados en la especie humana.—Cómo se desarrollan en el nuevo régimen.—Efecto del medio sobre la imaginación y las ambiciones.—Provocación á la utopía, desbordamiento de la palabra, desarreglo de las ideas.—Puestos vacantes, codicias, desorden del corazón.—III. Psicología del jacobino.—Su procedimiento intelectual.—Dominio de las fórmulas y supresión de los hechos.—Alteración del equilibrio mental.—Indicios de esta alteración en el estilo revolucionario.—Lenguaje y alcance del espíritu jacobino.—En qué es pernicioso su procedimiento.—En qué es eficaz.—Ilusión que produce.—IV. Promesas de la teoría.—Cómo halaga al amor propio que sufre.—Pasión dominante del jacobino.—Indicios de esta pasión en su estilo y en su conducta.—A sus ojos, únicamente él es virtuoso y sus adversarios son foragidos.—En consecuencia, debe suprimirlos.—Pérdida del sentido común y perversión del sentido moral.

En esta sociedad disuelta, en que las pasiones populares son la única fuerza efectiva, el imperio pertenece al partido que sepa halagarlas para servirse de ellas. Por consiguiente, al lado del gobierno legal, que

no puede ni reprimirlas ni satisfacerlas, fórmase un gobierno ilegal que las autoriza, las excita y las dirige. A medida que el primero se descompone y debilita, se afianza y se organiza el segundo, hasta que, llegado á ser legal á su vez, ocupa el puesto del primero.

I

Desde el principio, para justificar toda explosión y todo atentado popular, se ha encontrado una teoría, no improvisada, yuxtapuesta, superficial, si no profundamente arraigada en el pensamiento público, fomentada por el prolongado trabajo de la filosofía anterior, especie de raíz viviente y persistente, sobre el que ha vegetado el nuevo árbol constitucional: el dogma de la soberanía del pueblo.

Tomarlo á la letra, significa que el gobierno es menos que un empleado: un criado. Nosotros somos los que le hemos instituído, y después, como antes de su institución, continuamos siendo sus amos. Entre nosotros y él no hay «contrato alguno» indefinido, ó por lo menos durable, «que no pueda ser anulado sino por mutuo consentimiento, ó por la infidelidad de una de las dos partes». Sea el que fuere, y haga lo que hiciere, á nada estamos obligados con él, y él está obligado á todo con nosotros; nosotros estamos siempre en libertad «de modificar, sembrar, derogar, cuando nos plazca, el poder del que le hemos hecho depositario». Por un título de propiedad primordial é imprescriptible, la cosa pública es nuestra, solamente nuestra, y si la ponemos en sus manos, es á la manera de los re-

yes que delegan provisionalmente su autoridad en un ministro; éste siempre tiene tentaciones de abusar: á nosotros nos incumbe vigilarle, advertirle, amonestarle, y, en caso de necesidad, destituirle. Sobre todo, tengamos cuidado con las astucias y los manejos, con los que, bajo pretexto de tranquilidad pública, quisieran atarnos las manos. Una ley superior á todas las leyes que pueda fabricar le veda atentar contra nuestra soberanía, y atenta cuando trata de impedir, molestar ó entorpecer el ejercicio de aquélla. La misma Asamblea constituyente usurpa, cuando trata al pueblo como á rey holgazán, cuando le somete á leyes que no ha ratificado, cuando no le permite obrar sino por sus mandatarios; es preciso que pueda obrar por sí mismo y directamente, congregarse, deliberar sobre los asuntos públicos, discutir, inspeccionar, censurar los actos de sus elegidos, pesar sobre ellos mediante mociones, rectificar sus errores con su buen sentido, suplir la molicie con su energía, poner mano con aquéllos en el timón, á veces separarlos, arrojarlos violentamente por la borda, y salvar á la nave que conducen á un escollo.

Efectivamente, tal es la doctrina del partido popular; la ha puesto en práctica el 14 de Julio de 1789 y en los días 5 y 6 de Octubre, y en los clubs, en los periódicos, en la Asamblea, Loustalot, Camilo Desmoulins Fréran, Danton, Marat, Petion, Robespierre, no cesan de proclamarla. Según ellos, el gobierno, local ó central, en todas partes es un obstáculo. ¿De que nos sirve haber derribado un despotismo si levantamos otro? No sufrimos ya la aristocracia de los privilegiados, pero sufrimos «la aristocracia de nuestros mandatarios». Ya en París, «los ciudadanos no son nada, la municipalidad es todo». Atenta á nuestros derechos

imprescriptibles cuando niega á un distrito la facultad de revocar á voluntad á los cinco elegidos que le representan en el Ayuntamiento, cuando hace reglamentos sin someterlos á la sanción de los electores, cuando impide á los ciudadanos reunirse en donde bien les parece, cuando perturba las asambleas al aire libre del Palais Royal, «el funcionarismo persigue al patriotismo», y el alcalde Bailly, «que se pone una librea, que se adjudica 110.000 libras de sueldo», que distribuye los diplomas de capitán, que impone á los vendedores ambulantes la obligación de llevar una placa y á los periódicos la obligación de ir firmados, es, no solamente un tirano, sino un concusionario, un ladrón y «un criminal de lesa nación».

La Asamblea nacional comete peores usurpaciones. Prestar juramento á la Constitución, como acaba de hacerlo, imponernos su obra, hacérnosla jurar, sin tener en cuenta nuestro superior derecho, sin reservar nuestra ratificación expresa, es «desconocer nuestra soberanía», es «burlarse de la majestad nacional», es sustituir la voluntad del pueblo por la voluntad de mil doscientas personas; «nuestros representantes nos han faltado al respeto». No es la primera vez y no será la última. En varias ocasiones se han excedido de su mandato; desarman, amordazan ó mutilan á su legítimo soberano; hacen, en nombre del pueblo, decretos contra el pueblo. Tal es su ley marcial, imaginada para «sofocar la insurrección de los ciudadanos», es decir, el único recurso que nos queda contra los conspiradores, los acaparadores y los traidores. Tal es el decreto que prohibe toda excitación ó petición colectiva, «decreto nulo y de toda nulidad» y «que constituye el más espantoso atentado á los derechos de la nación». Tal es, sobre todo, la ley electoral, que, exigiendo de los electores

un censo pequeño y de los elegibles un censo mayor, «consagra la aristocracia de los ricos». Los pobres, excluídos del decreto, deben considerarle como nulo, hacerse inscribir por autoridad propia y votar sin escrúpulo; porque el derecho natural está por encima del derecho escrito, y los millones de ciudadanos á los que se acaba de despojar injustamente de su voto, no hubieran ejercido sino justas «represalías» si, al salir de la sesión, hubieran agarrado por el cuello á los jefes de la mayoría usurpadora, diciéndoles: «Acabáis de borrarnos de la sociedad porque sois los más fuertes en la sala; os borramos ahora del número de los vivos porque somos los más fuertes en la calle. Nos habéis matado civilmente; nosotros os matamos físicamente.»

Así, pues, desde este punto de vista, toda rebelión se legitima. Robespierre, en la tribuna, excusa las jaquerías, se niega á llamar bandidos á los incendiarios de los castillos, justifica á los insurrectos de Soissons, de Nancy, de Avignon, de las colonias. A propósito de los dos ahorcados de Donai, Desmoulins observa que lo han sido por el pueblo y los soldados reunidos: «Digo, sin temor á equivocarme, que esos dos sujetos legitimaron la insurrección»; eran culpables, y han hecho bien en ahorcarles.

No solamente los agitadores del partido excusan los asesinatos, sino que los provocan. Desmoulins, «en su cualidad de procurador general de la linterna, reclama, en cada uno de los ochenta y tres departamentos la amenaza de una linterna por lo menos», y Marat, en su periódico, toca incesantemente á rebato en nombre de los principios. «Cuando la salud pública está en peligro, al pueblo incumbe retirar el poder de las manos á las que lo confió... Encerrad á la austriaca y á su cuñado... Apoderaos de todos los ministros y de sus fun-

cionarios, encarceladlos, prended al jefe de la municipalidad y á los tenientes de alcalde; poned á buen recaudo al general, detened al Estado Mayor... El heredero del trono no tiene derecho á comer cuando vosotros carecéis de pan. Reuníos en cuerpo de ejército, presentaos á la Asamblea nacional, y pedid que al instante os asignen con que vivir á cargo de los bienes nacionales... Pedid que la contribución patriótica se aplique en pro de los indigentes del reino. Si os lo niegan, juntaos con el ejército; repartíos las tierras y las riquezas de los bandidos que han escondido su oro, para obligaros por el hambre á volver al yugo... He aquí el momento de hacer que caigan las cabezas de los ministros y de sus subalternos, de Lafayette, de todos los bandidos del Estado Mayor, de todos los jefes antipatriotas de los batallones, de Bailly, de todos los ediles contrarevolucionarios, de todos los traidores de la Asamblea nacional.»

En realidad, entre las gentes algo ilustradas, Marat pasa todavía por un exagerado, por un furioso. Sin embargo, tal es la última palabra de la teoría; en el edificio político, sobre los poderes delegados, regulares y legales, instala un poder anónimo, imbécil y terrible, cuya arbitrariedad es absoluta, cuya iniciativa es continua, cuya intervención es homicida: es el pueblo, sultán receloso y feroz, que, después de haber nombrado sus visires, conserva siempre sus manos libres para guiarles y el sable afilado para cortarles el cuello.

II

Que un especulativo, en su gabinete, haya fabricado semejante teoría, se comprende: el papel soporta

todo, y hombres abstractos, simulacros vacíos, marionetas filosóficas, como las que dicho especulativo inserta, se prestan á todas las combinaciones.

Que un monomaníaco, en su celda, adopte y predique semejante teoría, se explica también: está obsesionado por fantasmas, vive fuera del mundo real, y además, en esta democracia incesantemente sublevada, él es el eterno denunciador, el provocador de todo motín, el instigador de todo asesinato, quien bajo el nombre de «amigo del pueblo», se convierte en árbitro de toda vida y en verdadero soberano.

Que un pueblo, sobrecargado de impuestos, miserable, hambriento, adoctrinado por declamadores y por copistas, haya aclamado y practicado semejante teoría, también se comprende; en el sufrimiento extremo se hace arma de todo, y, para el oprimido, una doctrina es verdadera cuando le ayuda á emanciparse de la opresión.

Pero que políticos, legisladores, hombres de Estado, hasta ministros y jefes de gobierno hayan simpatizado con tal teoría, que la hayan abrazado más estrechamente á medida que se hacía más destructora; que todos los días, durante tres años, hayan visto derrumbarse pieza á pieza bajo esos golpes el orden social, y no hayan reconocido nunca en ella el instrumento de tantas ruinas; que, bajo las luces de la experiencia más desastrosa, en vez de confesar su obra funesta, hayan glorificado sus bienes; que varios de ellos, todo un partido, una asamblea casi entera, la hayan venerado como un dogma y la hayan aplicado hasta el fin con el entusiasmo y la rigidez de la fe; que empezando por una senda angosta que se estrechaba cada vez más, hayan seguido marchando adelante, aplastándose unos á otros; que al llegar al término, en el templo imagina-

rio de su pretendida libertad, se hayan encontrado en un matadero; que en el recinto de aquella carnicería nacional hayan sido alternativamente matarifes y reses; que sobre sus máximas de libertad universal y perfecta hayan instalado un despotismo digno del Dahomey, un tribunal semejante al de la Inquisición, hecatombes humanas análogas á las del antiguo Méjico; que en medio de las prisiones y de los cadalsos, no hayan dejado nunca de creer en su buen derecho, en su humanidad, en su virtud, y que en su caída se hayan considerado como mártires; esto, ciertamente, es chocante; tal obsesión de la inteligencia y tal exceso de orgullo no se encuentran en parte alguna, y para producirlo se ha necesitado un concurso de circunstancias que no se han reunido más que una sola vez.

Sin embargo, ni el amor propio exagerado, ni el razonamiento dogmático, son raros en la especie humana. En todo país, estas dos raíces del espíritu jacobino subsisten indestructibles y subterráneas. En todas partes están comprimidas por la sociedad establecida. En todas partes tratan de socavar el viejo cimiento histórico que carga sobre ellas con todo su peso. Hay como antes en guardillas de estudiantes y en cuartuchos de bohemios, en gabinetes desiertos de médicos sin clientes y de abogados sin pleitos, hay Brisots, Dantones, Marats, Robespierres, Saint-Justs en germen; pero, faltos de aire y de sol, no florecen. A los veinte años, cuando un joven entra en el mundo, se encuentra con cosas que chocan con su razón al mismo tiempo que con su orgullo.

En primer lugar, cualquiera que sea la sociedad en que está comprendido, la tal sociedad constituye un motivo de escándalo para la razón pura; porque no la

ha construído un legislador filósofo con arreglo á un principio simple; la han conformado generaciones excesivas, según sus necesidades múltiples y mudables. No es obra de la lógica, sino de la historia, y el incipiente razonador hace un gesto ante el aspecto de aquel vetusto edificio asentado sobre la arbitrariedad cuya arquitectura es incoherente, y cuyas reparaciones son visibles.

En segundo lugar, por perfectas que sean las instituciones, las leyes y las costumbres, como le han precedido, no las ha consentido; otros, sus predecesores, han elegido por él y le han encerrado de antemano en la forma moral, política y social que les plugo.

Poco importa que le desagrade; preciso es que la sufra, y que, como un caballo enganchado, marche entre varas con los arneses que le han puesto.

Por lo demás, cualquiera que sea la organización, como, por esencia, es una jerarquía, casi siempre el incipiente razonador dicho se quedará en subalterno; á lo más, cabo ó sargento. Hasta bajo el régimen más liberal y en donde los primeros puestos son accesibles á todos, por cada cinco ó seis hombres que sobresalen ó mandan, hay cien mil que obedecen, y aunque se diga á todo bisoño que lleva en su mochila el bastón de mariscal de Francia, no tarda en descubrir, de mil veces, novecientas noventa y nueve, después de haber registrado la mochila, que no está en ella aquel bastón.

Nada tiene de particular que sienta tentaciones de rebelarse contra un organismo, en el que es alistado, quieras que no, y en el que la subordinación será su lote. Nada tiene de particular si, al salirse de la tradición, adopta la teoría que somete dicho organismo á su capricho y le confiere toda autoridad sobre sus su-

periores. Tanto más cuanto que no hay doctrina más sencilla y mejor apropiada á su inexperiencia; es la única que puede comprender y manejar desde luego: de aquí procede que la mayor parte de los jóvenes, sobre todo los que tienen que hacer carrera, son más ó menos jacobinos al salir del colegio: es *una enfermedad de crecimiento*.

En las sociedades bien constituídas, la enfermedad es benigna y desaparece pronto. Siendo sólido y estando cuidadosamente vigilado el edificio público, los descontentos descubren prontamente que son demasiado débiles para conservarle y que no ganarán sino golpes con combatir á sus guardianes. Ellos mismos, después de haber murmurado, entran por una puerta ó por otra, se hacen sitio, disfrutan ó se resignan. Al fin, por imitación, por hábito ó por cálculo, se encuentran alistados en la guarnición que, al proteger el interés público, protege de rechazo el interés privado. Casi siempre, al cabo de diez años, un joven ha tomado puesto en la fila y avanza paso á paso en su compartimento, que ya no piensa en romper, bajo la vigilancia del guardia, al que ya no piensa en maldecir. A veces hasta juzga útiles á guardias y compartimentos, y, al considerar los millones de individuos que tropiezan por subir más de prisa la escala social, llega á comprender que la peor de las calamidades sería la falta de barreras y de vigilantes.

Aquí, las barreras carcomidas han fallado todas á la vez, y los guardianes, incapaces, asustados, han dejado hacer. Enseguida la sociedad, disuelta, se ha convertido en una confusión, en un amontonamiento que se agita y grita, empujándose unos á otros, exaltados todos y felicitándose de encontrarse á sus anchas, exigiendo todos que las nuevas barreras sean igualmente

frágiles, y los nuevos guardianes tan débiles, tan desarmados, tan inertes como se pueda. Esto es lo que se ha hecho, y, por una consecuencia natural, las personas que estaban en los primeros puestos han sido relegadas á los últimos; muchas han perecido en la revuelta, y, en el desorden permanente al que llaman orden definitivo, los taconcitos encarnados, las botinas, continúan siendo pisoteados por los zapatones. Ahora el espíritu dogmático y el amor propio intemperante pueden darse rienda suelta: no hay establecimiento antiguo que se los imponga, ni fuerza física que los reprima. Al contrario, por sus declaraciones teóricas y por sus aplicaciones prácticas, la nueva constitución los invita á explayarse.

Porque, de una parte, de derecho, se dice fundada sobre la razón pura, y comienza por una serie de dogmas abstractos de los que pretende deducir vigorosamente sus prescripciones positivas; esto es, someter todas las leyes á la charla de los razonadores que van á interpretarlas y violarlas con arreglo á los principios.

De otra parte, de hecho, entrega todos los poderes á la elección y confiere á los clubs la inspección de las autoridades; esto sólo es ofrecer un premio á la presunción de los ambiciosos que se ponen en primer término porque se creen capaces, y que difaman á sus gobernantes para reemplazarlos.

Todo régimen es un medio que obra sobre las plantas humanas para desarrollar algunas especies y ajar otras. Este es el mejor para hacer que suba y pulule el político de capa, el arengador de club, el charlatán de plazuela, el insurrecto callejero, el dictador de comité, en suma, el revolucionario y el tirano. En este abrigado invernadero, la quimera y la petulancia van á tomar proporciones monstruosas, y, al cabo de al-

gunos meses, los cerebros ardorosos se convertirán en cerebros de fuego.

Sigamos el efecto de esta temperatura excesiva y malsana sobre las imaginaciones y las ambiciones. El antiguo edificio está en el suelo; el nuevo no está cimentado; trátase de rehacer la sociedad de arriba abajo; todos los hombres de buena voluntad son llamados á la obra, y como para trazar el plan basta con aplicar un principio simple, cualquiera puede hacerlo. Así, pues, todos son sueños políticos en las asambleas de sección, en los clubs, en las gacetas, en los folletos, en todo cerebro aventurero y fogoso. «No hay dependiente de tienda formado por la lectura de *Heloísa*, ni maestro de escuela que haya traducido diez páginas de Tito Livio, ni artista que haya hojeado á Rollin, ni hombre ingenioso convertido en publicista aprendiéndose de memoria los logogrifos del *Contrato social* que no redacte una constitución... Como nada ofrece menos obstáculos que perfeccionar lo imaginario, todos los espíritus inquietos se agitan en ese mundo ideal. Empiézase por la curiosidad, se concluye por el entusiasmo. El vulgo corre á ese ensayo, como el avaro á una operación de magia que le promete tesoros, y en esa fascinación pueril, cada cual espera encontrar á la vez lo que nunca se ha visto, ni aun bajo los gobiernos más libres, la perfección inmutable, la fraternidad universal, el poder de adquirir todo lo que nos falta y de que la vida no se componga más que de goces.» Ya es uno, y muy vivo, el de especular así; se flota en los espacios: por medio de ocho ó diez frases hechas, gracias á uno de esos catecismos de seis sueldos que corren á miles por el campo y la ciudad, un procurador de aldea, un dependiente de comercio, cualquiera resulta legislador y filósofo; juzga

á Malouet, á Mirabeau, á los ministros, al rey, á la Asamblea, á la Iglesia, á los Gabinetes extranjeros, á Francia, á Europa. Por consiguiente, sobre tan árduas materias que le parecían siempre vedadas, presenta mociones, lee mensajes, pronuncia arengas, es aplaudido, se admira de razonar tan bien con tan grandes frases. Ahora, es un empleo, una gloria y un provecho el perorar sobre cuestiones que no se entienden. «Se habla más en un día, dice un testigo ocular, en una sección de París, que en todas las asambleas políticas de Suiza durante un año entero. Un inglés estudiaría seis meses lo que nosotros decidimos en un cuarto de hora», y en todas partes, en los Ayuntamientos, en las sociedades populares, en las asamblas de sección, en las tabernas, en los paseos públicos, en las esquinas de las calles, la vanidad instala una tribuna para la charlatanería. «Que se examine la incalculable actividad de una máquina semejante en una nación locuaz en donde el furor de ser algo domina sobre todos los otros afectos; en donde la vanidad tiene más facetas que estrellas brillan en el firmamento; en donde las reputaciones no costaban ya más que el trabajo de repetir á menudo que las merecía uno; en donde la sociedad se encontraba repartida entre los seres mediocres y los que les divinizaban; en donde tan pocas gentes están contentas de su posición; en donde el tendero de la esquina se encuentra más satisfecho de su charretera que lo estaba el gran Condé de su bastón de mando; en donde se agita uno perpetuamente tanto sin medios como sin objetos; en donde, desde el limpiasuelos al dramaturgo, del académico al inocente que deletrea la hoja de la tarde, del cortesano ingenioso á su lacayo filósofo, enmendaban á Montesquieu con la suficiencia de un niño que se cree sabio

al empezar á leer; en donde el amor propio de la disputa, del ergotismo y del sofisma han matado toda conversación sensata; en donde no se habla más que para enseñar, sin sospechar que hay que callarse para aprender; en donde los triunfos de algunos locos han sacado de sus casillas á todos los cerebros equilibrados; en donde, cuando se han combinado dos tonterías con arreglo á un libro que no se ha comprendido, se dice que se tienen *principios;* en donde los estafadores hablan de moral, las mujeres perdidas de civismo, y los más infames de los humanos de la dignidad de la especie humana; en donde el lacayo emancipado de un gran señor se llama Bruto.»

Efectivamente, es Bruto á sus propios ojos; en la ocasión, lo será por completo; sobre todo contra su último amo; basta con dar un lanzazo. En espera de ejecutar las acciones del papel, dice las palabras, se exalta con la relación; en el lugar del buen sentido no hay más que las rimbombantes frases de la jerga revolucionaria, y la declamación, rematando la obra de la utopía, aligera á los cerebros de su último lastre.

No solamente ha desordenado las ideas el nuevo régimen, sino también los sentimientos. «Del castillo de Versalles y de la antecámara de los cortesanos, la autoridad ha pasado, sin intermediario y sin contrapeso, á manos de los proletarios y de sus aduladores.» Bruscamente, todo el personal del antiguo gobierno ha quedado destituído; bruscamente el sufragio universal ha instalado otro, y los puestos no han sido otorgados á la capacidad, á la antigüedad, á la experiencia, sino á la suficiencia, á la intriga y á la exageración. No solamente se han nivelado los derechos legales, sino que se han trastrocado los rasgos naturales; derri-

bada la escala social, ha vuelto á ser colocada al revés, y el primer efecto de la regeneración prometida «ha sido substituir, en la gestión de los asuntos públicos, los magistrados por abogados, los ministros de Estado por burgueses, nobles por campesinos, soldados por ciudadanos, oficiales por soldados, generales por oficiales, obispos por párrocos, párrocos por vicarios, vicarios por frailes, hacendistas por agiotistas, administradores por empíricos, publicistas por periodistas, legisladores por retóricos, y ricos por pobres».

Ante este espectáculo todos los apetitos se han despertado. La profusión de los puestos ofrecidos y de las vacantes esperadas «ha irritado la sed del mando, ha puesto en tensión el amor propio y ha inflamado la esperanza en los hombres más ineptos. Una torpe y grosera persecución ha emancipado al tonto y al ignorante del sentimiento de su nulidad. Se han creído capaces de todo, porque la ley concedía las funciones públicas á la sola capacidad. Cada cual ha podido entrever una perspectiva de ambición; el soldado no ha pensado ya en más que destituir al oficial, el oficial en llegar á ser general, el empleado en suplantar al administrador en jefe, el abogado de ayer en vestirse la púrpura, el párroco en llegar á obispo, el letrado más frívolo en sentarse en el banco de los legisladores. Los puestos, las plazas vacantes con el nombramiento de tantos advenedizos, han ofrecido á su vez una vasta carrera á las clases inferiores».

De esta suerte, con el cambio de condiciones se ha efectuado la conmoción de las almas. «Así se ha transformado Francia en una mesa de fuego, en la que, con la ofrenda del ciudadano activo, con verbosidad, audacia y un cerebro efervescente, el ambicioso más subalterno ha arrojado los dardos... Al ver salir de la

nada un funcionario público, ¿quién es el que no se ha estremecido de emulación?»

No hay más que lanzarse y manejar los codos para tomar billete «en esa inmensa lotería de fortunas populares, de ascensos sin títulos, de triunfos sin talentos, de apoteosis sin virtudes, de empleos infinitos distribuídos por el pueblo en masa y recibidos por el pueblo al por menor.

Todos los charlatanes políticos han acudido; en primera fila los que, siendo sinceros, creen en la virtud de su droga, y necesitan del poder para imponer su receta al público. Puesto que son salvadores, todos los puestos les son debidos, y especialmente los más elevados. Por conciencia y filantropía los asedian: en caso de necesidad los tomarán por asalto, los conservarán á la fuerza, y, quieras que no, administrarán su panacea al género humano.

III

Estos son nuestros jacobinos: nacen de la descomposición social, como setas en un terreno que fermenta. Consideremos su estructura íntima: tienen una, como en otro tiempo los puritanos, y no hay más que seguir su dogma á fondo, como una sonda, para descender en ellos hasta la caba psicológica en donde se ha trastornado el equilibrio normal de las facultades y de los sentimientos.

Cuando un hombre de Estado que no es completamente indigno de este gran nombre encuentra en su camino un principio abstracto, por ejemplo, el de la soberanía del pueblo, si lo admite es, como todo prin-

cipio, á beneficio de inventario. A este efecto, empieza por figurársele ya aplicado y en ejercicio. Para esto, con arreglo á sus recuerdos propios y á todos los datos que puede reunir, imagina tal aldea, tal pueblo, tal ciudad, al norte, al sur, en el centro del país, para el que hace leyes. Después, de la mejor manera que puede, se figura á los habitantes obrando según el principio, es decir, votando, haciendo guardia, percibiendo sus impuestos y administrando sus negocios. De estos diez ó doce grupos que ha practicado y que toma por muestra, pasa por analogía á los otros grupos y á todo el territorio. Evidentemente, la operación es difícil y aventurada; para ser casi exacta, requiere un raro talento de observador, y, á cada uno de sus pasos, un tacto exquisito, porque se trata de *calcular exactamente con cantidades imperfectamente percibidas é imperfectamente anotadas*. Cuando consigue esto un político, se debe á una adivinación delicada, que es el fruto de la experiencia consumada unida al genio. Aun así, no avanza sino con rienda en mano en su innovación ó en su reforma; casi siempre ensaya; no aplica su ley sino por porciones, gradualmente, provisionalmente; quiere probar en efecto; siempre está dispuesto á corregir, á suspender, á atenuar su obra, según el bueno ó mal éxito de la prueba, y el estado de la materia humana que maneja no se revela á su espíritu, aunque sea superior, sino por una sucesión de tanteos.

Todo lo contrario es el jacobino. Su principio es un axioma de geometría política que lleva en sí su propia obra; porque, como los axiomas de la geometría ordinaria, está formado por la combinación de algunas ideas simples, y su evidencia se impone desde luego á todo espíritu que piense á un tiempo en los dos términos que lo componen. El hombre en general, los dere-

chos del hombre, el contrato social, la libertad, la igualdad, la razón, la naturaleza, el pueblo, los tiranos, he aquí esas nociones elementales: precisas ó no, llenan el cerebro del nuevo sectario; á menudo no son más que frases grandiosas y vagas; pero no importa. En cuanto se juntan en aquél, se convierten para él en un axioma que aplica al instante, por entero, en toda ocasión y á toda costa. No se cuida de los hombres reales; no los ve; no tiene necesidad de verlos; con los ojos cerrados, impone su molde á la materia humana que maneja; nunca se le ocurre figurarse de antemano á esa materia múltiple, ondulante y compleja de campesinos, de artesanos, de burgueses, de párrocos, de nobles contemporáneos, en su arado, en su taller, en su oficina, en su presbiterio, en su palacio, con sus creencias inveteradas, sus inclinaciones persistentes, sus voluntades efectivas. Nada de todo esto puede entrar ni alojarse en su espíritu: los caminos están cerrados por el principio abstracto que ocupa todo el sitio. Si por el canal de los oídos ó de los ojos la experiencia presente mete á la fuerza alguna verdad importuna, no puede subsistir; por palpable y saliente que sea, la expulsa; en caso de necesidad, la retuerce y la estrangula, á título de calumniadora, porque desmiente un principio indiscutible y verdadero por sí.

Manifiestamente, semejante espíritu no está sano: de las dos facultades que deberían obrar por igual y de consuno, la una está atrofiada, la otra hipertrofiada; el contrapeso de los hechos falta para contrarrestar el peso de las fórmulas. Cargada de un lado y vacía del otro, se derrama violentamente del lado á que se inclina, y tal es la incurable enfermedad del espíritu jacobino.

Considerad, en efecto, los monumentos auténticos de su pensamiento, el diario de los *Amigos de la Constitución,* las gacetas de Loustalot, Desmoulins, Brissot Condorcet, Fréron y Marat, los opúsculos y los discursos de Robespierre y Saint-Just, los debates de la Legislativa y de la Convención, las arengas, los mensajes é informes de los girondinos y de los montañeses, ó, para abreviar, los cuarenta volúmenes de extractos recopilados por Bacha y Roux. Jamás se ha hablado tanto para decir tan poco; la charla vacía y el énfasis hinchado ahogan toda verdad bajo su monotonía y su hinchazón. En este concepto, es decisiva una experiencia: entre ese fárrago, el historiador que busca datos precisos no encuentra casi nada; por muchos kilómetros de papel que lea, apenas si da con un hecho, con un detalle instructivo, con un documento que evoque ante sus ojos una fisonomía individual, que le muestre los sentimientos verdaderos de un aldeano ó de un gentilhombre, que le pinte á lo vivo el interior de un ayuntamiento ó de un cuartel, una municipalidad ó un motín. Para descubrir los quince ó veinte tipos y situaciones que resuman la historia de la época, hemos necesitado y necesitaremos buscarlos en otras partes, en las correspondencias de las administraciones locales, en las actas de los tribunales criminales, en los informes confidenciales de la política, en las descripciones de los extranjeros, que, preparados por una educación contraria, atraviesan las palabras para llegar á las cosas y ven á Francia por encima del *Contrato Social.* Toda esta Francia viviente, la tragedia inmensa que veintiséis millones de personajes desempeñan en una escena de veintiséis mil leguas cuadradas, escapa al Jacobino; no hay, tanto en sus escritos como en su cerebro, sino generalidades sin

substancia, las que se acaban de citar; desarróllanse por un fuego de ideología, á veces en trama apretada, cuando el escrito es un razonador de profesión como Condorcet, por lo general en hilos retorcidos y mal anudados en mallas flojas y descosidas, cuando el que discurre es un político improvisado ó un aprendiz filósofo como los diputados ordinarios y los arengadores de club. Es una escolástica de pedantes recitada con un énfasis de energúmenos. Todo su vocabulario consiste en un centenar de palabras, y todas las ideas se refieren á una sola, la del hombre en sí: unidades humanas, todas parecidas, iguales, independientes y que, por primera vez, contratan juntas: he aquí su concepción de la sociedad. No la hay de menor alcance, puesto que, para formarla, ha sido preciso reducir al hombre á un mínimo; jamás cerebros políticos se secaron hasta ese punto y deliberadamente. Porque se empobrecen por sistema y para simplificar. En esto siguen el procedimiento del siglo y las huellas de Juan Jacobo Rousseau: su marco mental es el *molde clásico,* y este molde, ya estrecho en los últimos filósofos, se ha comprimido en ellos hasta el exceso. En este concepto, Condorcet entre los girondinos, Robespierre entre los montañeses, ambos puros dogmáticos y simples lógicos, son los mejores representantes del tipo, el último en grado sumo y con una perfección de esterilidad intelectual que no ha sido aventajada.

Sin duda, cuando se trata de hacer leyes duraderas, es decir, apropiar la máquina social á los caracteres, á las condiciones, á las circunstancias, semejante espíritu es el más impotente y el más pernicioso de todos; porque, por estructura, es miope; además, interpuesto entre sus ojos y los objetos, su código de axiomas le cierra el horizonte; más allá de los suyos y de

ese club, no distingue nada, y en ese más allá confuso pasan los ídolos vacíos de sus utopías. Pero, cuando se trata de tomar al asalto el poder ó de ejercer arbitrariamente la dictadura, su rigidez mecánica le sirve, en vez de perjudicarle. No se vé entorpecido, como el hombre de Estado, por la obligación de informarse, de tener en cuenta los precedentes, de consultar las estadísticas, de calcular y seguir por adelantado, en veinte direcciones, los contragolpes próximos y lejanos de sus obras, al contacto de los intereses, de los hábitos y de las pasiones de diversos géneros. Todo esto es rancio, superfluo: el Jacobino sabe en seguida cuál es el gobierno legítimo y cuáles son las buenas leyes; para construir como para destruir, su procedimiento rectilíneo es el más pronto y el más enérgico. Porque, si se requieren largas reflexiones para desentrañar lo que conviene á los veintiséis millones de franceses, basta con una ojeada para saber lo que quieren los hombres abstractos de la teoría. En efecto, la teoría los ha cortado á todos por el mismo patrón y no les ha dejado sino una voluntad elemental; por definición, el autómata filosófico quiere la libertad, la igualdad, la soberanía del pueblo, el mantenimiento de los derechos del hombre, la observancia del contrato social. Esto basta: en adelante, se conoce la voluntad del pueblo, y se conoce por adelantado; por consiguiente, se puede obrar sin consultar á los ciudadanos; no se está en la obligación de esperar su voto. En todo caso, su ratificación es segura; si por casualidad faltase, sería de su parte ignorancia, desprecio ó malicia, y entonces su respuesta merecería ser considerada como nula; así, por precaución y para evitarles la mala, conviene dictarles la buena.

En esto, el Jacobino podrá ser de muy buena fe; por-

que los hombres cuyos derechos reivindica, no son los franceses de carne y hueso que se encuentran en el campo ó en las calles, sino los hombres en general tales como deben ser al salir de manos de la Naturaleza ó de las enseñanzas de la Razón. Nada de escrúpulos respecto á los primeros: están llenos de prejuicios y su opinión es vana. Respecto á los segundos, sucede lo contrario; para las efigies vanas de su teoría, para los fantasmas de su cerebro razonante, el Jacobino está lleno de respeto, y siempre se inclinará ante la respuesta que les dicta; á sus ojos, son más reales que los hombres vivos, y su sufragio es el único que tiene en cuenta. Así es que, poniendo las cosas en lo peor, no tiene en contra suya sino las repugnancias momentáneas de una generación ciega. En cambio, tiene de su parte la aprobación de la humanidad tomada en sí, de la posteridad regenerada por sus actos, de los hombres vueltos, gracias á él, á lo que jamás hubieran debido dejar de ser.

Por esto, muy lejos de considerarse como un usurpador y un tirano, se considerará como un libertador, como el mandatario natural del verdadero pueblo, como el ejecutor autorizado de la voluntad general; marchará con seguridad en el cortejo que le forma ese pueblo imaginario; los millones de voluntades metafísicas que ha creado á imagen de la suya le apoyarán con su asentimiento unánime, y proyectará al exterior, como un eco de aclamaciones triunfales, el eco interior de su propia voz.

IV

Cuando una doctrina seduce á los hombres, es menos por el sofisma que les presenta como por las promesas que les hace; habla más á su sensibilidad que á su inteligencia; porque, si el espíritu engaña á veces al corazón, el corazón engaña mucho más á menudo al espíritu. No nos agrada un sistema porque le juzguemos verdadero, sino que le juzgamos verdadero porque nos agrada, y el fanatismo político ó religioso, cualquiera que sea el canal teológico ó filosófico por el que corra, tiene siempre por fuente principal una necesidad ávida, una pasión secreta, una acumulación de deseos profundos y poderosos á los que la teoría abre una salida. En el jacobino, lo mismo que en el puritano, hay una fuente de esa especie.

Lo que la alimenta en el puritano, son las ansiedades de la conciencia alarmada que, figurándose la conciencia perfecta, se hace rigorista y multiplica los mandamientos que cree dados por Dios; si la impelen á faltar á ellos, se rebela, y para imponerlos á otro, es imperiosa hasta el despotismo. Pero su primera obra, toda interna, es la propia represión por uno mismo, y, antes de ser política, es moral.

Al contrario, en el jacobino el primer movimiento no es moral, sino político; no son sus deberes, sino sus derechos los que exajera, y su doctrina, lejos de ser un aguijón para la conciencia, es un halago para el orgullo. Por enorme é insaciable que sea el amor propio humano, esta vez se ve harto, porque jamás le han ofrecido tan prodigioso pasto.

No busquéis en el programa de la secta las prerro-

gativas limitadas que un hombre digno reivindica en nombre del justo respeto que se debe á sí mismo, es decir, los derechos civiles completos con el cortejo de las libertades políticas que les sirven de centinelas y de guardianes, la seguridad de los bienes y de la vida, la fijeza de la ley, la independencia de los tribunales, la igualdad de los ciudadanos ante la justicia y el impuesto, la abolición de los privilegios y de lo arbitrario, la elección de los diputados y la disposición de la bolsa pública; en una palabra, las preciosas garantías que hacen de cada ciudadano un soberano inviolable en su restringido dominio, que defienden su persona y su propiedad contra toda opresión ó exacción pública ó privada, que se mantiene tranquilo y erguido frente á sus concurrentes y adversarios, erguido y respetuoso frente á sus magistrados y al Estado mismo. Los Malouet, los Mounier, los Mallet-Dupan, los partidarios de la Constitución inglesa y de la monarquía parlamentaria pueden contentarse con tan pobre regalo; pero la teoría lo despreciará, y en caso de necesidad lo pisoteará como vil polvo. No es la independencia y la seguridad de la vida privada lo que promete, no es el derecho de votar cada dos años, una simple influencia, una inspección directa, limitada, intermitente de la cosa pública; es el dominio político á saber *la propiedad plena y entera de Francia y de los franceses*.

No hay duda en este punto: según los propios términos de Rousseau, el contrato social exige «la enajenación total de cada asociado con todos sus derechos á la comunidad, dándose cada uno por entero, tal como se encuentra actualmente, él y todas sus fuerzas, de que forman parte los bienes que posea», de tal manera que el Estado, dueño reconocido, no solamente de todas las fortunas, sino también de todos los cuerpos y

de todas las almas, puede legítimamente imponer por la fuerza á sus miembros la educación, el culto, la fe, las opiniones, las simpatías que le convengan.

Ahora bien; todo hombre, por el solo hecho de ser hombre, es de derecho miembro de ese despótico soberano. Así, cualesquiera que sean mi condición, mi competencia, mi ignorancia y la nulidad del papel en el que siempre he languidecido, tengo pleno poder sobre los bienes, las vidas, las conciencias de veintiséis millones de franceses, y, por la parte que me corresponde, soy zar y papa.

Pero lo soy mucho más que por la parte que me corresponda si me adhiero á la doctrina. Porque esta realeza que me confiere no la otorga sino á los que, como yo, firmen todo el pacto social; todos los demás, por el solo hecho de haber rechazado alguna cláusula, incurren en falta; no es uno admitido á los beneficios de un pacto cuando repudia las condiciones.

Más aún: como éste, instituído por el derecho natural, es obligatorio, quien le rechaza ó se retira es, por esto, un hombre perverso, un malhechor público, un enemigo del pueblo. Antes había crímenes de lesa majestad real; ahora hay crímenes de lesa majestad popular, y se cometen cuando, por acción, palabra ó pensamiento, se niega ó se disputa al pueblo cualquier parcela de la autoridad más que real que le pertenece. Así, el dogma que proclama la soberanía del pueblo conduce de hecho á la dictadura de unos y á la proscripción de otros. Se está fuera de la ley cuando se está fuera de la secta. Nosotros, los cinco ó seis mil jacobinos de París, somos el monarca legítimo, el pontífice infalible, y ¡ay de los recalcitrantes ó de los tibios, gobierno, particulares, clero, nobleza, ricos, comerciantes, indiferentes, que por la persistencia de su

oposición ó por lo incierto de su obediencia se atrevan á poner en duda nuestro indiscutible derecho!

Una á una van á salir á luz estas consecuencias, y visiblemente, cualquiera que sea el aparato lógico que las desarrolla, nunca, á menos de un orgullo desmesurado, puede adoptarlas hasta el fin un individuo corriente. Necesita tener una opinión muy elevada de sí para creerse soberano de otra manera que por su voto, para manejar los asuntos públicos sin mayor escrúpulo que sus asuntos privados, para intervenir en aquéllos directamente y á la fuerza, para erigirse en guía, en censor, en gobernador de su gobierno, para persuadirse de que con lo mediocre de su educación y de su inteligencia, con sus cuatro latinajos y sus lecturas de gabinete literario, con sus informaciones de café y de gaceta, con su experiencia de consejo municipal y de club, es capaz de resolver de plano cuestiones inmensas y complicadas que los hombres superiores y especiales abordan vacilando. Al principio, esta presunción no era en él más que un germen, y, en tiempo ordinario, hubiera permanecido en estado de larva ó de aborto seco. Pero el corazón no sabe las raras simientes que lleva en sí: tal sucede con esos granos, de aspecto débil é inofensivo, á los que les basta encontrar aire y alimento para convertirse en una excrecencia venenosa y en colosal vegetación.

Abogado, procurador, cirujano, periodista, cura, artista ó literato de tercera y cuarta fila, el jacobino se parece á un pastor que, de repente, en un rincón de su choza, descubriera pergaminos que le llamasen á la corona. ¡Qué contraste entre lo mezquino de su condición y la importancia de que le ha investido la teoría! ¡Con qué amor abraza un dogma que le eleva tanto á sus propios ojos! Lee y relee asiduamente la De-

claración de los derechos, la Constitución, todos los papeles que le confieren sus gloriosas prerrogativas; se llena con ello la imaginación, y en seguida toma el tono que conviene á su nueva dignidad.

Nada más arrogante, más altanero que ese tono. Desde el principio aparece en las arengas de los clubs y en las peticiones á la Asamblea constituyente. Loustalot, Freron, Danton, Marat, Robespierre, Saint-Just, no abandonaron jamás el estilo autoritario; es el de la secta, y concluye por convertirse en una jerga para uso de sus últimos lacayos. Cortesía ó tolerancia, todo lo que se parece á miramientos ó á respeto hacia alguien queda excluído tanto de sus palabras como de sus actos: el orgullo usurpador y tiránico se hace una lengua á su imagen, y se ve no solamente á los primeros actores, sino también á los simples comparsas, lanzar en el estrado pomposas frases. Cada cual, á sus propios ojos, es un romano, un salvador, un héroe, un gran hombre. «Yo estaba á la cabeza de los extranjeros, escribe Anacarsis Cleotz, en las tribunas del Palais, en calidad de embajador del género humano, y los ministros de los tiranos me miraban con aire celoso é inquieto.» En la apertura del club de Troyes, un maestro de escuela recomienda á las mujeres «que enseñen á sus hijos, en cuanto comiencen á balbucear, que han nacido libres, iguales en derechos á los primeros potentados del universo». Hay que leer el viaje de Petion en la berlina del rey al regreso de Varennes, para saber hasta dónde pueden llegar la suficiencia y la fatuidad de un quídam. En sus Memorias, y hasta en sus epitafios, Barbaroux, Buzot, Petion, Roland, madama Roland, se prodigan diplomas de virtud, y, á creerlos, son personajes de Plutarco.

De los girondinos á los montañeses la infatuación va

creciendo. Simple particular, á los veinticuatro años delira de ambición Saint-Just. «Creo haber agotado, dice Marat, todas las combinaciones del espíritu humano sobre la moral, la filosofía y la política.» De un extremo á otro de la Revolución, Robespierre será siempre, á los ojos de Robespierre, el único, el solo puro, el infalible, el impecable; ningún hombre ha tenido nunca tan derecho y tan constantemente debajo de su nariz el incensario que llenaba con sus propias alabanzas.

En este grado, el orgullo puede beber la teoría hasta el fondo, por repugnante que sea la hez, por mortales que sean los efectos sobre los mismos que desafían las náuseas para tragar el veneno. Porque, puesto que es la virtud, no se le puede hacer frente sin delinquir. Interpretada por él, la teoría divide á los franceses en dos grupos: de un lado, los aristócratas, los fanáticos, los egoístas, los hombres corrompidos, en suma, los malos ciudadanos; de otro lado, los patriotas, los filósofos, los hombres virtuosos, es decir, las gentes de la secta. Gracias á esta reducción, el vasto mundo moral y social que manipula se encuentra definido, expresado, representado por una antítesis hecha. Nada más claro ahora que el objeto del gobierno: trátase de someter los malos á los buenos, ó lo que es más sencillo, suprimir á los malos; á este efecto, empleemos ampliamente la confiscación, el encarcelamiento, la deportación, el abrogamiento y la guillotina. Contra traidores todo es permitido y meritorio; el jacobino ha canonizado los asesinatos, y ahora mata por filantropía.

Tal es su carácter, semejante al de un teólogo que se convirtiera en inquisidor. Reúnense para formarle extraordinarios contrastes: es un loco que tiene lógi-

ca, y un monstruo que se cree una conciencia. Bajo la obsesión de su dogma y de su orgullo, ha contraído dos deformidades, una del espíritu, otra del corazón: ha perdido el sentido común, y ha pervertido en él el sentido moral. A fuerza de contemplar sus fórmulas abstractas, ha concluído por no ver los hombres reales; á fuerza de admirarse á sí mismo, ha terminado por no ver en sus adversarios, y hasta en sus rivales, sino foragidos dignos del suplicio. En esta pendiente nada puede contenerse; porque, calificando las cosas á la inversa de lo que son, ha falseado en sí mismo las preciosas nociones que nos llevan á la verdad y á la justicia. Ninguna luz llega á los ojos que toman su ceguera por clarividencia; ningún remordimiento afecta al alma que erige su barbarie en patriotismo y convierte en deberes sus atentados.

CAPITULO II

I. Formación del partido.—Su reclutamiento.—Son raras en la clase superior y en la gran masa popular.—Son numerosas en la burguesía media y en la capa superior del pueblo.—Situación y educación que alistan á un hombre en el partido.—II. Las asociaciones espontáneas después del 14 de Julio de 1789.—Cómo se disuelven.—Retirada de los hombres sensatos y ocupados.—Número de los ausentes en las elecciones.—Nacimiento y multiplicación de las sociedades jacobinas.—Su influencia sobre sus adherentes.—Sus manejos y su arbitrariedad.—III. Cómo entienden la libertad de la prensa.—Su papel político.—IV. Su centro de unión.—Origen y composición de la sociedad de París.—Afilíanse las sociedades de provincia.—Sus manejadores.—Los fanáticos.—Los intrigantes.—Su fin.—Sus medios.—V. Escaso número de los jacobinos.—Fuentes de su poder.—Constituyen una liga.—Tienen fe.—No tienen escrúpulos.—En el interior del partido, la preponderancia pertenece al grupo que mejor llena tales condiciones.

I

Caracteres como éste se encuentran en todas las clases: no hay condición ni estado que sea un preservativo contra la utopía absurda ó contra la ambición loca, y se encontrará entre los jacobinos á un Barras y á un Chateauneuf-Randon, dos nobles de antiquísima cepa, á un Condorcet, marqués, matemático, filósofo y miembro de las dos Academias más ilustres, á un Gobel, obispo de Lydda y sufragáneo del obispo de Basi-

lea, á un Herault de Sechelles, protegido de la reina y abogado general en el Parlamento de París, á un Lepelletier de Saint-Fargeau, uno de los propietarios más ricos de Francia, á un Carlos de Hesse, mariscal de campo, nacido en una casa reinante; en fin, á un príncipe de la sangre, al cuarto personaje del reino, al duque de Orleans.

Pero, salvo estos raros desertores, ni la aristocracia hereditaria, ni la alta magistratura, ni la gran burguesía, ni los propietarios residentes, ni los primates de la industria, de los negocios ó de la administración, ni, en general, los hombres que son ó merecen ser autoridades sociales, proporcionan adherentes al partido: tienen demasiados intereses en el edificio, aunque quebrantado, para desear que lo derriben por completo, y, por corta que sea su experiencia política, saben lo bastante para comprender que con un plano trazado en el papel según el teorema de geometría infantil no se construye una casa habitable.

De otra parte, en la última clase, en la gran masa popular y rural, la teoría, á menos de transformarse en leyenda, no obtiene ni siquiera oyentes. Para los colonos y humildes agricultores afectos á la gleba, para los aldeanos y obreros cuyo pensamiento, entorpecido por el trabajo manual, no va más allá del horizonte de su aldea y al que acosan las precauciones del pan cotidiano, toda doctrina abstracta es ininteligible. Si escuchar los dogmas del catecismo nuevo es como los del catecismo antiguo, sin entenderlos, en ellos el órgano mental que percibe las abstracciones no está formado. Si les llevan al club, se dormirán; para despertarlos, habrá que anunciarles el restablecimiento de los diezmos y de los derechos feudales; no se podrá obtener de ellos sino un golpe de mano, una

jaquería; y más adelante, cuando se les quiera tomar ó tasar sus granos, se les encontrará tan recalcitrantes bajo la república como bajo la monarquía.

La teoría hace adeptos, en otra parte, entre los dos extremos: en la capa inferior de la burguesía y en la capa superior del pueblo. Todavía, de estos dos grupos yuxtapuestos y que se continúan uno en otro, hay que descontar á los hombres que, habiendo arraigado en su profesión ó en su oficio, no tienen tiempo para prestar atención á los asuntos públicos; los que han conquistado un buen puesto en la jerarquía y no quieren arriesgarlo; casi todas las personas establecidas, acomodadas, casadas, de edad madura y de sentido tranquilo, á los que la práctica de la vida ha enseñado la desconfianza de sí y de toda teoría. En todo tiempo, la petulancia es media en la mitad humana, y, sobre la mayor parte de los hombres, las ideas especulativas no tienen más que una influencia superficial, pasajera y débil. Además, en esta sociedad, que desde hace varios siglos se compone de administrados, el espíritu hereditario es burgués, es decir, disciplinado, amigo del orden, apacible y hasta lúcido.

Queda una minoría, una reducida minoría, innovadora é inquieta: de una parte, los que tienen poco apego á su oficio ó á su profesión porque no han alcanzado sino un puesto secundario ó subalterno, los principiantes, los aspirantes; de otra parte, los hombres inestables por carácter, todos los que han sido desarraigados por la universal conmoción, en la Iglesia por la evacuación de los conventos y por el cisma, en la judicatura, en la administración, en los negocios, en el ejército, en las diversas carreras particulares ó públicas por el cambio de las instituciones, por la novedad de las salidas, por la mudanza de la clientela y

de los patronos. De esta suerte, muchas personas, que en tiempo ordinario hubieran permanecido sedentarias en su estado, se hacen nómadas y divagan en política.

En primer término se encuentran aquellos á quienes la educación clásica ha puesto en condiciones de entender un principio abstracto y deducir las consecuencias, pero que, desprovistos de preparación especial, encerrados en el estrecho círculo de su tarea local, son incapaces de figurarse exactamente una gran sociedad compleja y las condiciones por las que vive; su talento consiste en hacer un discurso, un artículo de periódico, un folleto, un informe, en estilo más ó menos enfático y dogmático; admitido el género, algunos, bien dotados, serán elocuentes, pero nada más. De este número son los abogados, notarios, procuradores, jueces de primera instancia que proporcionan los primeros papeles y los dos tercios de los miembros de la Legislativa y de la Convención; cirujanos ó médicos de pueblo, como Bô, Levasseur, Bandot; literatos de segundo ó tercer orden, como Barrera, Louvet, Garat, Manuel y Rousin; profesores de colegio, como Louchet y Romme; maestros como Leonard Bourdon; periodistas, como Brissot, Desmoulins y Freron; cómicos, como Collot d'Herbois; artistas, como Sergent; oradores, como Fouché; capuchinos, como Chabot, sacerdotes más ó menos disfrazados, como Lebon, Charles, Lakanal y Frigoire; estudiantes apenas salidos de las escuelas, como Saint-Just, Monet de Strasbourg, Rousselin de Saint-Albi y Julián de la Drómé; en suma, inteligencias mal cultivadas, mal sembradas, sobre las que la teoría no tiene más que caer para sofocar los buenos granos y vegetar como una ortiga. Unanse á éstos los charlatanes y aventureros de la in-

teligencia, los cerebros malsanos, los iluminados de toda especie, desde Fauchet y Clootz, hasta Châlier ó Marat, y toda esa turba de fracasados y de farsantes que pasean sus ideas vacías y sus pretensiones por las calles de las grandes ciudades.

En segundo término figuran los hombres á quienes un primer esbozo de educación ha puesto en condiciones de entender malamente un principio abstracto y deducir malamente las consecuencias, pero en quienes el instinto despierto suple las deficiencias del razonamiento grosero; á través de la teoría, su codicia, su envidia, su rencor adivina un pasto, y el dogma jacobino les es harto más grato cuanto que, bajo sus nieblas, ponen con la imaginación un tesoro sin fondo. Pueden escuchar sin dormirse una arenga de club y aplaudir en los pasajes requeridos, presentar una moción en un jardín público y gritar en las tribunas, escribir un mandamiento de prisión, redactar un orden del día de guardia nacional, prestar á quien sea preciso sus pulmones, sus brazos y sus sables; pero su capacidad no pasa de aquí. En este grupo hay empleados, como Hebert y Henriot; pasantes, como Vicent y Chaumette; carniceros, como Legendre, mayorales, como Drouet; ebanistas, como Duplay; maestros de escuela, como ese Buchot, al que hicieron ministro, y otros muchos como éstos, que saben escribir con algunas vagas nociones de ortografía y que tienen aptitud para la palabra; contramaestres, suboficiales, exfrailes mendicantes, vendedores, posaderos, obreros, desde Gauchon, el orador del barrio de San Antonio, hasta Simón, el zapatero remendón del Temple, y los tenderos de ultramarinos, sastres, zapateros, taberneros, oficiales de peluquería que, con sus propias manos, trabajaron en las matanzas de Septiembre.

Añádase á esto la cola fangosa de toda insurrección ó dictadura popular, las aves de rapiña, como Jourdain de Avignon y Fourerier el americano; las mujeres que, como Theroigne, Rosa Lacombe y las calceteras de la Convención, se despojaron de su sexo; los bandidos amnistiados y toda esa chusma que, por la falta de policía, campa por sus respetos; los merodeadores, los vagabundos rebeldes á la subordinación y al trabajo, quienes, en medio de la civilización, conservan los instintos de la vida salvaje y alejan la soberanía del pueblo para saciar sus apetitos nativos de licencia, de pereza y de ferocidad.

Así se recluta el partido, por una leva que alista súbditos en todos los estados, pero principalmente en los dos grupos en donde el dogmatismo y la presunción son cosas naturales. Aquí la concatenación ha conducido al hombre hasta el umbral ó hasta el centro de las ideas generales; por lo tanto, se siente estrecho en el círculo cerrado de su profesión ó de su oficio y aspira á más. Pero la educación ha sido superficial ó rudimentaria; por lo tanto, fuera de su círculo estrecho, no está en su puesto. Percibe ó entrevé las ideas políticas; por esto se cree capaz. Pero no las percibe sino en una fórmula, ó no las entrevé sino al través de una nube: por esto es incapaz, y las lagunas, tanto como las adquisiciones de su inteligencia, contribuyen á hacer de él un jacobino.

II

Hombres así dispuestos no pueden dejar de aproximarse, de entenderse y de asociarse: porque tienen el mismo dogma, que es el principio de la soberanía del pueblo, y el mismo fin, que es la conquista del poder

político. Por la comunidad del fin son una facción; por la comunidad del dogma son una secta, y su liga se anuda tanto más fácilmente cuanto que son á la vez una secta y una facción.

Al principio no se distingue su sociedad entre la multitud de las otras. Por todas partes, después de la toma de la Bastilla, han surgido las asociaciones políticas; preciso era reemplazar el gobierno desposeído ó vacilante, proveer á las más urgentes necesidades públicas, armarse contra los bandidos, aprovisionarse de granos, precaverse contra las posibles tentativas de la corte. Se han instalado comités en las casas de la villa; voluntarios han formado milicias burguesas; miles de poderes locales, casi independientes, han sustituído al poder central, casi destruído. Durante seis meses, todo el mundo ha abandonado los asuntos corrientes, y cada particular, convertido en personaje público, ha aportado su hombro á la carga del gobierno: pesada carga en todo tiempo, más pesada en tiempo de anarquía; este es el parecer de la mayoría, pero no es la opinión de algunos. Por consiguiente, entre los dos grupos que se han encargado de la cosa se produce una escisión, y se forman dos grupos, el uno grande, inerte, disuelto, el otro pequeño, apretado, activo, cada cual con su camino y á la entrada de dos caminos que van separándose cada vez más.

De un lado están los hombres corrientes, los hombres ocupados y de buen sentido, que tienen alguna conciencia y no demasiado amor propio. Si han recogido el poder, es que yacía por tierra, abandonado en la calle; no lo retienen si no provisionalmente, porque han adivinado de antemano ó descubierto muy pronto que no servían para tal oficio; es un oficio especial que, para ser convenientemente desempeñado, exige

preparación y competencia. No se convierte uno, de un día á otro, en legislador ó administrador, y la razón está en que no se hace uno de repente médico ni cirujano. Si algún accidente me obliga á ello, me resignaré, pero á disgusto; no ejerceré si no lo menos posible, y solamente para impedir que mis enfermos se estropeen por sí mismos; temería mucho el matarles al operarles, y me volvería á mi casa en cuanto tuvieran á bien nombrar á otro en mi puesto.

Para la elección de ese otro, me alegraría de tener voto, como todo el mundo, y, entre los candidatos, designaré, tras madura reflexión, al que me parezca más concienzudo y más hábil. Pero, una vez nombrado é instalado, no se me ocurrirá regentarle; está en su casa, en su gabinete; no tengo el derecho de ir constantemente á vigilarle, como á un niño ó á un sospechoso. No me incumbe prescribirle sus prescripciones: probablemente sabe más que yo; en todo caso, para que tenga la mano segura no es preciso que esté amenazado, y para que tenga el cerebro libre es necesario que no se le perturbe. Tampoco á mí se me debe perturbar; tengo mi oficina y mis escritos, ó mi tienda y mis compradores. Cada cual á su empleo, y cada cual á su tarea; quien quiera hacer la de otro y la propia, perjudica á las dos.

Así piensan, á principios de 1790, la mayor parte de los espíritus sanos, todos aquellos cuyo cerebro no ha sido trastornado por la manía ambiciosa y razonadora; tanto más cuanto que tienen seis meses de práctica y saben ahora á qué peligros, á qué errores, á qué contratiempos se expone uno cuando se empeña en guiar á un pueblo sobrexcitado y hambriento.

Precisamente, en Diciembre de 1789, acaba de redactarse la ley municipal, y casi en seguida en toda

Francia se elige al alcalde y á los concejales; después, en los meses siguientes, á los administradores de departamento y de distrito. Por fin ha terminado el interregno: he aquí autoridades legales, legítimas y cuyas atribuciones están determinadas. Las personas honradas y razonables se apresuran á entregar el poder á quien le corresponde de derecho, y, ciertamente, no piensan en recobrarle. En seguida sus sociedades temporales se disuelven faltas de objeto, y si aún forman una, es para prometer la defensa de las instituciones establecidas. A este efecto se federan, y durante otros seis meses cambian juramentos y abrazos.

Hecho esto, después del 14 de Julio de 1790, vuelven á la vida privada, y me atrevo á decir que en adelante, para la gran mayoría de los franceses, la ambición política está satisfecha: porque, en el fondo, aun repitiendo las frases de Rousseau contra la jerarquía social, no desean otra cosa que la supresión de las hocicadas administrativas y de las entradas de favor. Han obtenido todo esto y otras muchas cosas por añadidura, especialmente el título augusto de soberanos, la deferencia de los poderes públicos, los saludos de quien pronuncia una arenga ó maneja una pluma, más aún, la soberanía efectiva, el nombramiento de todas las autoridades locales y centrales. A ellos incumbe el elegir, no solamente á los diputados, sino á los funcionarios de toda especie y todo grado, administradores de comuna, de distrito y de departamento, oficiales de la guardia nacional, jueces de lo civil y de lo criminal, obispos y párrocos; además, á fin de someter mejor el elegido á los electores, la ley, por lo general, no le deja en el cargo sino por un tiempo muy limitado; de suerte que, cada unos cuatro meses, la máquina

electoral se pone en movimiento y llama al soberano á ejercer su soberanía.

Esto es mucho, y hasta no tarda en parecerle al soberano que es demasiado: es insoportable votar tan á menudo; tantas prerrogativas concluyen por convertirse en una carga; desde los primeros meses de 1790, la mayoria se dispensa de ellas, y la cifra de los ausentes es enorme.

En Chartres, en Mayo de 1790, de 1.551 ciudadanos activos, hay 1.447 que no acuden á las asambleas primarias. Para el nombramiento de alcalde y ediles, en Besançon, de 3.200 electores inscritos, se cuentan 2.140 abstenidos en Enero de 1790, y 2.900 en el mes de Noviembre siguiente. En Grenoble, en los meses de Agosto y de Noviembre del mismo año, de 2.500 inscritos se cuentan más de 2.000 abstenciones. En Limoges, con un número casi igual de inscritos, hay 150 votantes. En París, de 81.200 electores, en Agosto de 1790, no votan 67.200, y tres meses después el número de los abstenidos se eleva á 71.408. Así, por un elector que vota, hay cuatro, seis, ocho, diez y hasta diez y seis que se abstienen.

Él mismo espectáculo se da en la elección de diputados. En las asambleas primarias de 1791, en París, de los 81.200 inscritos, más de 74.000 faltan al llamamiento. En el Doubs, por cada cuatro ciudadanos activos no acuden tres. En tal cantón de la Côte-d'Or, al final de la votación no hay en el escrutinio sino la octava parte de los electores, y en las asambleas secundarias la deserción no es menor. En París, de 946 electores elegidos, no se encuentran más que 200 para que voten; en Rouen, de 700 no hay más que 160, y en el último día del escrutinio 60 solamente. En suma: «en todos los departamentos», dice un orador en la tribu-

na, «de cada cinco electores del segundo grado, apenas hay uno que haya cumplido con su mandato».

Así, la mayoría presenta su dimisión, y por inercia, imprevisión y fatiga, por aversión hacia el tumulto electoral, por falta de preferencias políticas, por desagrado hacia todos los candidatos que se presentan, se sustrae á la tarea que la Constitución le imponía.

No es para imponerse otra colateral más pesada, es decir, el trabajo asiduo que comparta una nueva liga. Hombres á quienes les falta el tiempo para ir cuatro veces al año á meter una papeleta en una caja no irían tres veces á la semana á las sesiones de un club; muy lejos de ingerirse en el gobierno, abdican, y no tratarán de dirigirle, puesto que se niegan á nombrarle.

Por el contrario, los orgullosos y los dogmáticos, que han tomado por lo serio su título de reyes, no solamente votan en las elecciones, sino que pretenden retener en sus manos la autoridad que delegan. A sus ojos, todo magistrado es hechura de ellos y permanece á sus órdenes; porque, de derecho, la soberanía del pueblo no puede ser amparada por el pueblo, y, de hecho, el que del poder les ha parecido tan dulce que, después de haberle ejercido, no consienten ya en desprenderse de él. Durante los seis meses que han precedido á las elecciones regulares, se han reconocido, han celebrado conciliábulos, se han puesto de acuerdo, y en adelante, á medida que las otras asociaciones caen como una florescencia efímera, las suyas se elevan sobre el suelo abandonado. Hay una en Marsella, antes de fines de 1789; y en los seis primeros meses de 1790, toda gran población tiene la suya, Aix en Febrero, Montpellier en Marzo, Nimes en Abril, Lyon en Mayo, Burdeos en Junio.

Pero sobre todo, cuando se multiplican es después de la fiesta de la Federación. En el momento en que todos los grupos locales se funden en la patria general, los sectarios se acantonan y forman una liga aparte. En Rouen, el 14 de Julio de 1790, dos cirujanos, un impresor, el capellán de la Conserjería, una viuda israelita y cuatro mujeres ó niños de la casa, en total, ocho personas, constituyen una Asociación distinta: son puros, no quieren confundirse con la multitud. Su patriotismo es su calidad superior, y entienden el pacto social á su manera; si juran la Constitución, es bajo reserva de los derechos del hombre, y cuentan, no solamente con mantener las reformas realizadas, sino con llevar á término la resolución empezada.

Durante la Federación han acogido y aleccionado á sus congéneres. Estos, al dejar la capital ó las grandes ciudades, llevan á sus pueblos y á sus aldeas instrucciones y órdenes: les han dicho de qué sirve un club, cómo se forma, y en todas partes se establecen sociedades populares sobre el mismo plano, con el mismo fin, con el mismo nombre. Pasado un mes, hay 60; á los tres meses, 122; en Marzo de 1791, 229; en Agosto de 1791, cerca de 400. Después, súbitamente, su propaganda se hace enorme, porque sacudidas simultáneas esparcen la semilla sobre todos los terrenos.

De una parte, á fines de Julio de 1791, los hombres moderados, amigos de la ley y para quienes los clubs eran contenidos todavía, todos los constitucionales se retiran y los abandonan á la exageración ó la trivialidad de los agitadores: en seguida la política de tales clubs desciende al tono de taberna y de cuerpo de guardia; por consiguiente, allí en donde haya una ta-

berna ó un cuerpo de guardia puede nacer una asociación política.

De otra parte, por la misma fecha, los electores son convocados para nombrar otra Asamblea nacional y para la renovación de las autoridades locales: de esta suerte la presa se pone á la vista, y en todas partes se organizan sociedades de caza para capturarla.

Fórmanse 600 nuevas en dos meses: á fines de Septiembre de 1791, hay 1.000, en Junio de 1792, 1.200, es decir, tantas como villas. Después de la caída del trono, bajo el pánico de la invasión prusiana y en medio de la anarquía igual á la de Julio de 1789, habrá, como en Julio de 1789, casi tantas como municipios, dice Roderer, una en todo poblado en que haya cinco ó seis cabezas exaltadas, con un plumípero capaz de endilgar una petición por escrito.

En el mes de Noviembre de 1790 «es preciso», decía un periódico de gran circulación, «que cada calle de una población, que cada aldea, tenga su club. Que un honrado artesano reúna en su casa á sus vecinos; que á la luz de una lámpara costeada por todos, les lea los decretos de la Asamblea nacional, razonando la lectura con sus propias reflexiones ó con las de sus vecinos; que al final de la sesión, para alegrar un poco al auditorio, alarmado por un número de Marat, se reciten los juramentos patrióticos del Padre Duchesne».

Síguese el consejo: en las sesiones se leen en alta voz los folletos y catecismos enviados de París, la *Gazette villageoise*, el *Journal du soir*, el *Journal de la Montagne*, el *Père Duchesne*, las *Revolutions de Paris*, el *Journal* de Daclos; entónanse canciones revolucionarias. Si se encuentra uno que hable bien, ex orador, hombre de ley ó maestro de escuela, emite su provi-

sión de frases, habla de los griegos y de los romanos, anuncia la regeneración de la especie humana: hay quien, dirigiéndose á las mujeres, quiere que «la Declaración de los derechos del hombre sea el principal ornamento de sus habitaciones, y que si estalla la guerra, marchen las virtuosas patriotas al frente de los ejércitos, como nuevas bacantes, con la cabellera suelta y un tirso en la mano». Se aplaude, se grita, los espíritus se caldean, y, al contacto unos de otros, arden: carbones mal encendidos, y que se apagarían si permaneciesen separados, forman un brasero ardiente cuando se les pone juntos.

Al mismo tiempo, las convicciones se afianzan: no hay nada tan eficaz como una liga para arraigarlas. En política como en religión, si la fe engendra la Iglesia, á su vez la Iglesia sostiene la fe; en un club como en una congregación, cada cual se siente autorizado por la unanimidad de los otros, y toda acción ó palabra de los otros tiende á probarle que tiene razón. Tanto más cuanto que un dogma indiscutido concluye por parecer indiscutible; ahora bien, el jacobino vive en un círculo estrecho y cuidadosamente cerrado, en el que no se admite ninguna idea contradictoria. Doscientas personas le parecen al público; su opinión pesa sobre él sin contrapeso, y fuera de la creencia de aquellas que es la de él, toda creencia le parece absurda ó incluso culpable. Por lo demás, en este régimen continuo de predicaciones que son halagos, ha descubierto que es patriota, ilustrado, virtuoso, y no puede dudarlo: porque, antes de admitirle en la sociedad, han comprobado su civismo, y lleva el certificado impreso en su bolsillo.

Es, pues, miembro de una sociedad selecta, y esta sociedad selecta, que tiene el monopolio de patriotis-

mo, habla alto, forma rancho aparte, se distingue de los simples ciudadanos por su acuerdo y sus maneras. Desde las primeras sesiones, el club de Pontarlier prohibe á sus miembros las fórmulas de la cortesanía corriente. «Se prescindirá de la costumbre de descubrirse para saludar; se evitará cuidadosamente al hablar el servirse de las frases *tengo el honor* y otras semejantes.» Sobre todo se deberá tener un justo sentimiento de la importancia propia. «¿No hace temblar, en París, la tribuna de los jacobinos á los impostores y los traidores? ¿Y no caen al polvo, ante ella, los contrarevolucionarios?»

Esto es cierto, tanto en las provincias como en la capital, porque, apenas instituído el club, se ha puesto en todas partes á trabajar al populacho. En varias grandes poblaciones, en París, Lyon, Aix, Burdeos, hay dos clubs asociados; el uno, más ó menos decente, parlamentario, «compuesto en parte de los miembros de los diversos cuerpos administrativos, que se ocupa más particularmente de los objetos de utilidad general»; el otro, activo, práctico, en donde razonadores de taberna y oradores de café aleccionan á los obreros y artesanos. El segundo es la sucursal del primero y le proporciona, para los casos urgentes, agitadores. «Estamos entre el pueblo», escribe uno de esos clubs subalternos; «le leemos los decretos, le prevenimos contra los intentos y manejos aristocráticos, con lecturas y consejos. Desbaratamos todas las maquinaciones. Acogemos, aconsejamos á cuantos creen tener motivo de queja; apoyamos sus reclamaciones cuando son justas; en fin, nos encargamos en cierto modo de los detalles».

Gracias á estos auxiliares groseros, pero cuyos pulmones y cuyos brazos son vigorosos, el partido cobra

ascendiente; teniendo la fuerza, usa de ella, y negando todos los derechos á sus adversarios, restablece todos los privilegios en su provecho.

III

Consideremos su manera de obrar en un solo ejemplo y en un terreno limitado: la libertad de escribir.

En el mes de Diciembre de 1790, un ingeniero, Etienne, á quien Marat y Fresan han denunciado y calificado de espía en sus periódicos, formula una queja, presenta los dos números, y, llevando á los tribunales al impresor, pide una retractación pública ó 25.000 francos de daños y perjuicios. Los dos periodistas se indignan; según ellos, son infalibles é inviolables. «Importa esencialmente, escribe Marat, que el denunciador no pueda ser llevado nunca á los tribunales, por no tener que dar cuentas sino al público de cuanto cree ó pretende hacer por el bien del pueblo.» Por esto Etienne, llamado Languedoc, es un traidor. «Amigo Languedoc, le aconsejo que se calle..., le prometo hacerle ahorcar, si puedo.» Sin embargo, Etienne persiste, y en primera instancia le dan la razón. En seguida Marat y Fresan se ponen furiosos. «Thovillon, dice Fresan al comisario de policía, tiene que sufrir un castigo ejemplar á los ojos del pueblo; es preciso casar esa infame sentencia.»

«Ciudadanos, escribe Marat, dirigíos en masa al Ayuntamiento, no toleréis un solo soldado en la sala de Audiencia.»

Por extrema condescendencia no entran más que dos granaderos en la sala el día de la vista; pero todavía son demasiados; la muchedumbre jacobina grita: «¡Fuera la guardia! Aquí somos soberanos», y los

dos granaderos se retiran. En cambio, dice Fresan con tono triunfante, había en la sala «sesenta vencedores de la Bastilla, con el intrépido Santerre á la cabeza, y los cuales se proponían intervenir en la causa».

En efecto, intervienen, y contra el demandante por de pronto; á la puerta del tribunal M. Etienne es asaltado, casi muerto, y queda tan maltrecho que se ve obligado á refugirse en el cuerpo de guardia; le cubren de salivazos; presentan «mociones para cortarle las orejas»; sus amigos reciben «cien puntapiés»; huye, y se aplaza la causa.

Cítase de nuevo en varias ocasiones, y ahora se trata de obligar á los jueces. Un tal Mandart, autor de un folleto sobre la *soberanía del pueblo*, se levanta en medio de la concurrencia y declara que Bailly, alcalde de París, presidente del tribunal, debe recusarse en aquel asunto. Bailly accede, según costumbre, disimulando su debilidad bajo un pretexto digno: «Aunque un juez, dice, no debe ser recusado sino por las partes, basta que un solo ciudadano haya manifestado su deseo, para que acceda y deje este puesto.» En cuanto á los otros jueces, insultados, amenazados, concluyen por doblegarse también, y, por un sofisma que pinta bien la época, descubren en la opresión que sufre el oprimido un medio legal de dar color á su negación de la justicia. M. Etienne les ha significado que no podía comparecer en la Audiencia, como tampoco su defensor, porque corren riesgo de la vida; el tribunal declara que «á Etienne, por no haber comparecido en persona, ó representado por un defensor, no se le admite su demanda y se le condena al pago de costas».

Los dos periodistas entonan en seguida un canto de victoria, y sus artículos, esparcidos en toda Francia, propagan la jurisprudencia encerrada en la senten-

cia; en adelante, todo jacobino puede impunemente denunciar, insultar, calumniar á quien se le antoje; se encuentra al amparo de los tribunales y por encima de las leyes.

Veamos la libertad que conceden á sus adversarios.

Quince días antes el gran escritor que, semanalmente, en el periódico de la época, trata las cuestiones sin tocar á las personas; el hombre independiente, recto y digno entre todos; el elocuente, el juicioso, el animoso defensor de la libertad y del orden público, Mallet-Dupan, ve llegar á su despacho una delegación del Palais Royal. Son doce ó quince, bien vestidos, bastante corteses, no muy malévolos, pero convencidos de que su intervención es legítima, y se ve por sus discursos hasta qué punto el dogma político en boga ha trastornado los cerebros. «Uno de ellos, dirigiéndome la palabra, me significó que eran delegados de las sociedades patrióticas del Palais Royal y que me invitaban á cambiar de principios y á cesar de atacar la Constitución, *sin lo cual ejercerían contra mí las últimas violencias.*

»No reconozco, contesté, otra autoridad que la de la ley y la de los tribunales. Solamente la ley es vuestra soberana y la mía; es faltar á la Constitución el atentar contra la libertad de hablar y de escribir.

»La Constitución es la voluntad general, replicó el primero que habló. *La ley es el imperio del más fuerte.* Usted se encuentra bajo el imperio del más fuerte y debe usted someterse. Le exprésamos la voluntad de la nación, y esta es la ley.»

Les explica que es adversario del antiguo régimen, pero partidario de la autoridad real.

«¡Oh! exclamaron á coro, sentiríamos mucho quedarnos sin rey. Queremos al rey y defenderemos su

autoridad. Pero á usted le está prohibido ir contra la opinión dominante y contra la libertad decretada por la Asamblea nacional.»

Aparentemente sabe más que ellos sobre este punto por haber nacido en Suiza y vivido veinte años en una República, poco importa; insisten y hablan cinco ó seis á la vez, sin oir las palabras de que se sirven, contradiciéndose todos cuando llegan á los detalles, pero todos de acuerdo para imponerle silencio. «No debe usted oponerse á la voluntad del pueblo; otra cosa es predicar la guerra civil, ultrajar los derechos é *irritar á la nación.*»

Manifiestamente, para ellos la nación es ellos mismos, por lo menos la representan; por su propia investidura son magistrados, censores, funcionarios de policía, y el periodista al que acusan puede darse por satisfecho con que se contenten con advertencias.

Tres días antes supo que un grupo formado en su vecindad «amenazaba tratar su casa como la de M. de Castries», en la que rompieron y arrojaron todo por las ventanas. Otra vez, á propósito del velo absoluto ó suspensivo, «cuatro furiosos fueron á significarle su domicilio, y enseñándole unas pistolas, que responderia con su vida de lo que se atreviese á escribir en favor de M. Mounier».

Así, pues, desde los primeros días de la revolución, «en los momentos en que la nación entraba en el derecho inestimable de pensar y de escribir libremente, la tiranía de las facciones se apresuró á arrebatársela á los ciudadanos, diciendo á todo ciudadano que quisiera continuar siendo dueño de su conciencia: *Tiembla, muere ó piensa como yo.*» Desde este momento, para imponer silencio á las voces que le desagradan, la facción, por su autoridad privada, decreta y ejecuta

registros, detenciones, vías de hecho, y por último, asesinatos. En el mes de Junio de 1792 «tres decretos de prisión, ciento quince denuncias, dos registros, cuatro asaltos *cívicos* en su propia casa, la confiscación de todas sus propiedades en Francia», he aquí lo que sufre Mallet-Dupan; ha pasado cuatro años «sin estar seguro al acostarse de despertarse libre ó vivo al día siguiente». Si más adelante se libra de la guillotina ó de la linterna es por el destierro, y el 10 de Agosto otro periodista, Sulean, será destrozado en las calles.

Tal es la manera de entender el partido la libertad de escribir; por lo que hace en este terreno, juzgad de lo que hará con los otros. La ley es nula á sus ojos cuando le molesta ó ampara á sus adversarios; por esto no hay exceso que no se permita á sí mismo, ni derecho que no niegue á los demás.

Nada escapa á la arbitrariedad de los clubs. «El de Marsella ha obligado á dimitir á los funcionarios municipales; ha encausado al municipio; ha desconocido la autoridad del departamento; ha insultado á los administradores. Los miembros del de Orleans inspeccionaban la marcha del alto tribunal nacional y se posesionaban de él. Los de Caen han ultrajado á los magistrados, robado y quemado el sumario empezado contra las personas que rompieron la estatua de Luis XIV. Los de Alley se han apoderado á viva fuerza de la causa entablada contra un asesino y la han quemado.» El club de Coutances intima á tres diputados de su distrito la prohibición de «hacer la menor observación contra las leyes populares». El de Lyon detiene un convoy de artillería, bajo pretexto de que los ministros actuales no tienen la confianza de la nación.

Así, en todas partes, el club reina ó se prepara á reinar. De una parte, en las elecciones, maneja las

candidaturas y vota casi solo; por lo menos, hace votar; en definitiva, él es quien nombra, y tiene de hecho, si no de derecho, todos los privilegios de una aristocracia política. De otra parte, se erige espontáneamente en comité de policía, redacta y hace circular la lista de los enemigos, sospechosos y tibios, denuncia á los nobles, cuyos hijos han emigrado, á los sacerdotes no juramentados que continúan residiendo en su antigua parroquia, á las religiosas, «cuya conducta es inconstitucional»; excita, dirige ó reprende á las autoridades locales; es una autoridad suplementaria, superior, invasora.

Desde luego, este carácter ha llamado la atención de los hombres sensatos, y en varios lugares han protestado. «Un organismo así constituído, dice una petición, no sirve más que para armar á los ciudadanos unos contra otros... Se discute, se denuncia á las personas, y todo esto bajo el sello del secreto más inviolable. El ciudadano honrado, entregado á las calumnias más atroces, se encuentra sin defensa. Es un verdadero *tribunal de inquisición;* es el foco de todos los escritos sediciosos; es una escuela de cábalas y de intrigas. Cuando los ciudadanos han tenido que avergonzarse de elecciones indignas, estas elecciones las han hecho siempre asociaciones de esta especie... Compuesto de gentes exaltadas é incendiarias que aspiran á gobernar el Estado, en todas partes el club tiende á apoderarse del espíritu popular, á contrarrestar los municipios, á ponerse entre ellos y el pueblo, á usurpar los poderes legales, á convertirse en un coloso del despotismo.»

Vanas reclamaciones: la Asamblea nacional, siempre alarmada por sí misma, ampara las sociedades populares con su favor ó su indulgencia. «Es preciso,

dijo un periódico del partido, que el pueblo se forme en pequeños pelotones.» Uno á uno, durante dos años, se han formado los pelotones; hay ahora en cada aldea una oligarquía de campanario, un bando que gobierna. Para que estos bandos desperdigados formen un ejército, no les falta más que encontrar un centro y un estado mayor. El centro está formado desde hace mucho tiempo; el estado mayor está dispuesto; uno y otro están en París, en la sociedad de *Amigos de la Constitución.*

IV

En efecto, no hay en Francia sociedad más autorizada ni más antigua; nacida antes de la Revolución, data del 30 de Abril de 1789.

Apenas llegados á Versalles, los diputados de Quimper, de Hennebon y de Pontivy, quienes desde los estados de Bretaña habían aprendido la necesidad de concertar sus votos, alquilaron una sala en común, y enseguida, con Mounier, secretario de los estados del Delfinado, y varios diputados de las otras provincias, fundaron una reunión que había de durar. Hasta el 6 de Octubre no comprende más que representantes; enseguida, trasladada á París, á la calle de Saint-Honoré, en la biblioteca del convento de los jacobinos, admite entre sus miembros hombres importantes ó conocidos; en primera línea Condorcet, después Laharpe, Chenier, Chanfort, David, Talma, escritores y artistas, llegando pronto á más de mil personas notables.

Nada más serio que su aspecto: hay allí doscientos, trescientos diputados, y sus estatutos parecen combinados para congregar á personas verdaderamente selectas. No se admite á nadie sin previa presentación de diez miembros y mediante votación. Para asistir á

las sesiones se requiere una tarjeta de entrada, y llega un día en que uno de los dos comisarios encargados de examinar las tarjetas es el joven duque de Chartres. Hay una mesa, un presidente. Las discusiones tienen la gravedad parlamentaria, y, por los términos de los estatutos, las cuestiones que se ventilan son las mismas que se debaten en la Asamblea nacional; á otras horas, en una sala baja, se instruye á los obreros, se les explica la constitución. Vista de lejos, ninguna sociedad es más digna de guiar á la opinión; de cerca, es otra cosa; pero en los departamentos no se la vé sino á distancia; y, según la antigua costumbre implantada por la centralización, la toman por guía porque reside en la capital. Han expiado sus estatutos, su reglamento, su espíritu; se convierte en la sociedad madre, y todas las otras son sus hijas adoptivas. A este efecto, imprime la lista de aquéllas á la cabeza de su periódico, publica sus denuncias, apoya sus reclamaciones: en adelante, en la más apartada aldea, todo jacobino se siente autorizado y sostenido, no solamente por el club local de que es miembro, sino también por la vasta asociación, cuyos rebaños, multiplicados, han invadido todo el territorio y que ampara al más modesto de sus partidarios con su omnipotente protección. En cambio, cada club afiliado obedece la consigna que se le envía desde París y del centro á los extremos, como de los extremos al centro, mantiene una correspondencia continua el concierto establecido. Constituye esto una vasta máquina política, una máquina de miles de brazos que obran todos á la vez bajo un impulso único, y el motor que los pone en movimiento está en la calle de Saint-Honoré en manos de unos cuantos.

No hay máquina más eficaz; nunca se ha visto nada

mejor combinado para fabricar una opinión artificial y violenta, para darla las apariencias de un voto nacional y espontáneo, para conferir á la ruidosa minoría los derechos de la mayoría muda, para forzar la mano al gobierno. «Nuestra táctica era sencilla, dice Gregoire. Conveníase que uno de nosotros aprovechara la ocasión oportuna de lanzar su proposición en una sesión en la Asamblea nacional. Estaba seguro de ser aplaudido por un número muy reducido y denostado por la mayoría. No importa. Pedía y acordaban enviar lo propuesto á una comisión en la que los oposisionistas esperaban inhumar la cuestión. Los jacobinos de París se apoderaban de ello. Mediante invitación circular ó del periódico, era discutida en trescientas ó cuatrocientas sociedades afiliadas, y á las tres semanas llovían peticiones en la Asamblea en demanda de un decreto cuyo proyecto rechazará, y que después aceptaba por gran mayoría «porque la discusión había madurado la opinión pública».

En otros términos: es preciso que la Asamblea marche; si no, se le arrastra, y, para arrastrarla, los peores expedientes eran buenos: en esto, fanáticos é intrigantes, todos los conductores del club están de acuerdo.

A la cabeza de los primeros está Duport, ex consejero en el Parlamento, quien, desde 1780, ha comprendido el empleo de los motines; los primeros conciliábulos revolucionarios se celebraron en su casa; quiere «labrar hondo» y sus planes para meter el arado son tales, que Sieyes, espíritu radical si los hubo, los tildó de «política de caverna». Duport es quien, el 28 de Julio de 1789, estableció el comité de las investigaciones; por consiguiente, todos los delatores ó espías de buena voluntad forman, bajo su mano, una policía de

vigilancia que se convierte pronto en una policía de provocación. La sala baja de los jacobinos, en donde por las mañanas se catequiza á los obreros, le proporciona reclutas, y en dos segundos los hermanos Lameth no tienen más que acudir allí para encontrar un personal celoso, agentes selectos. «Todos los días, diez hombres fieles vienen á tomar la orden; cada uno de estos diez la transmite á su vez á diez hombres pertenecientes á los diversos batallones de París. De esta manera, todos los batallones y todas las secciones reciben á la vez la misma proposición de revuelta, la misma denuncia contra las autoridades constituídas, contra el alcalde de París, contra el presidente del departamento, contra el comandante general de la guardia nacional», todo ello en secreto; es una obra de tinieblas; sus mismos jefes la llaman «el Sabbat», y, con los exaltados, alistan para su servicio á los bandidos. «Hácese correr el rumor de que tal día habrá un gran desorden, asesinatos, un importante saqueo, precedido de una distribución manual por los jefes subalternos para las gentes seguras, y en virtud de estos anuncios, reúnense los ladrones de treinta á cuarenta leguas á la redonda.»

Un día, para promover el motín, «seis hombres que se entienden empiezan por formar un pequeño grupo en el que uno de ellos perora con vehemencia; reúnense otros sesenta; después los seis primeros agitadores van de sitio en sitio» á formar otros grupos y dar á su simulacro de agitación la apariencia de una comisión popular.

Otra vez, cuarenta fanáticos de poderosos pulmones y cuatrocientos ó quinientos hombres pagados, repartidos en las Tullerías, lanzan «desaforados gritos», y llegan bajo las ventanas de la Asamblea nacional «á presentar mociones de asesinato».

«Vuestros ujieres, dice un diputado, encargados de vuestras órdenes para hacer que cese el tumulto, han sido las amenazas reiteradas de traeros las cabezas que querían proscribir.» Aquella mísera noche, en el Palais Royal, «he oído á uno de los jefes subalternos de esos facciosos jactarse de haber hecho que vuestros ujieres os transmitieran dicha respuesta, y añadía que aún era tiempo para los buenos ciudadanos de seguir su consejo».

Los agitadores tienen por pregunta de reconocimiento: *¿Eres seguro?* y por respuesta: *Un hombre seguro;* cobran 12 francos al día, y, durante la acción, contratan por el mismo precio. «Por varias declaraciones hechas ante oficiales de la guardia nacional y en la alcaldía, se ha comprobado que á personas honradas se les ha ofrecido doce francos para unir sus gritos á los que oís, y hay individuo á quien se han puesto los doce francos en la mano.»

En cuanto al dinero, se toma de la caja del duque de Orleans, y se toma en abundancia; á su muerte, de 114 millones de bienes, había 74 millones de deudas; siendo de la facción, contribuye á los gastos, y como es el hombre más opulento del reino, contribuye en proporción con su opulencia. No es que sea un verdadero jefe, porque su caracter es demasiado blando, con exceso relajado; pero «su pequeño consejo», y especialmente su secretario de órdenes, todos, tienen grandes proyectos; quieren hacerle lugarteniente general del reino, por último regente y hasta rey, á fin de reinar bajo su nombre y «repartirse los beneficios».

Mientras tanto, explotan sus veleidades, Laclos sobre todo, especie de maquiavelo en pequeño, hombre capaz de todo, profundo, depravado, quien, desde hace mucho tiempo, tiene la opinión de las combinaciones

monstruosas; nadie se ha complacido tan fríamente en seguir las amalgamas inexplicables de la maldad y del desenfreno humanos; en la política como en la novela, tiene por tema *las relaciones peligrosas*. En otro tiempo manejaba como aficionado á las prostitutas y á los bandidos del gran mundo; ahora maneja como práctico á las prostitutas y bandidos del arroyo. El 5 de Octubre de 1789 se vieron entre los primeros grupos de mujeres que se ponían en marcha para Versailes, y se encuentra en mano «en el asunto Reveillon, en el incendio de los portazgos, en el incendio de los castillos», en el pánico universal que ha sublevado á Francia contra bandidos imaginarios. «Todas estas operaciones, dice Malouet, han sido pagadas por el duque de Orleans»; él concurría «por su cuenta, y los jacobinos por la suya».

Ahora, su alianza salta á todos los ojos: el 21 de Noviembre de 1790, Laclos se convierte en secretario de la sociedad, en jefe de la correspondencia, en director oficial del periódico, en director oculto, efectivo y permanente de todos los manejos. Ambiciosos y demagogos, agentes á sueldo y revolucionarios convencidos, cada uno de los dos grupos trabajan para sí; pero ambos trabajan de concierto, por el mismo camino, en la misma obra, que es la conquista del poder por todos los medios.

V

A primera vista su triunfo parece dudoso, porque no son más que una minoría, una minoría muy pequeña.

Revolucionarios de todos matices y de todos grados, en Besançon, en Noviembre de 1791, de más de tres mil electores, no se encuentran arriba de quinientos ó

seiscientos, y en Noviembre de 1792 no aumenta la cifra entre los seis á siete mil electores.

En París, en Noviembre de 1791, son seis mil setecientos entre más de ochenta y un mil inscritos; en Octubre de 1792, de seiscientos sesenta mil inscritos, hay menos de catorce mil.

En 1792, en Troyes, de siete mil electores, y de ocho mil en Strasburgo, no encuentran más que cuatrocientos ó quinientos.

Por lo tanto, constituyen á lo más la décima parte de la población electoral, y todavía si se ponen aparte los girondinos, los semimoderados, este número se reduce á la mitad. A fines de 1792, en Besançon, de veinticinco á treinta mil habitantes, no se descubren más que trescientos jacobinos puros, y en París, de setecientos mil habitantes, tán sólo cinco mil; seguramente que en la capital, en donde son más exaltados y más numerosos que en otras partes, ni aun en los días de crisis, y pagando vagabundos y reclutando bandidos, pasarán nunca de diez mil. En una gran ciudad como Tolosa, el representante comisionado del pueblo no tendrá en su apoyo sino cuatrocientos hombres. Contad unos cincuenta en cada villa, quince ó veinte en cada pueblo, cinco ó seis en cada aldea; por término medio de cada quince electores y guardias nacionales no se encuentra más que un jacobino, y en toda Francia todos los jacobinos reunidos no llegan á trescientos mil.

No es un número para sojuzgar á seis ó siete millones de hombres hechos y para extender sobre un país que contiene veintiséis millones de habitantes un despotismo más absoluto que el de los soberanos asiáticos. Pero la fuerza no se mide por el número; son una agrupación en una multitud, y en una multitud desorganizada, inerte, una agrupación decidida á todo

atraviesa y sigue adelante como una cuña de hierro en un montón de argamasa desunida.

Es que contra la usurpación interior, lo mismo que contra la conquista de afuera, una nación no puede defenderse sino con su gobierno. Este es el instrumento indispensable de la acción común: en cuanto falta, la mayoría, ocupada en otra cosa, siempre indecisa y tibia, deja de ser un cuerpo y se convierte en polvo.

De los dos gobiernos que hubieran podido reunir á la nación en torno de ellos, el primero, á partir del 14 de Julio de 1789, yace por tierra y se disgrega gradualmente. Su fantasma, que *vuelve*, es más odioso que él; porque trae en pos, no solamente el antiguo cortejo de abusos absurdos y de cargas insoportables, sino también una jauría ladradora de reivindicaciones y de venganzas; en 1790 aparece en la frontera, más arbitraria que nunca, armada en guerra, conduciendo una invasión próxima de extranjeros ávidos y de emigrados furiosos.

El otro gobierno, el que la Asamblea constituyente acaba de construir, está tan mal combinado, que la mayoría no puede hacer uso de él; no está adaptado á su mano; nunca se ha visto herramienta política á la vez tan pesada y tan impotente. Para levantarla exige un esfuerzo enorme, unos dos dias de trabajo de cada ciudadano por semana. Levantada tan penosamente y á medias, ejecuta mal todas las tareas en que se la emplea, percepción de impuestos, tranquilidad de las calles, circulación de las subsistencias, protección de las conciencias, de las vidas y de los bienes. Su propio juego le derriba y fabrica otro, ilegal, eficaz, que ocupa el puesto y permanece en él.

En un gran Estado centralizado, quien tiene la ca-

beza tiene el cuerpo; á fuerza de ser conducidos, los franceses han contraído el hábito de dejarse conducir. Involuntariamente, los provincianos vuelven los ojos á la capital, y en los días de crisis salen á la carretera al encuentro del correo para saber el gobierno que les ha caído en suerte. A este gobierno central, cualesquiera que sean las manos en que se encuentre, la mayoría lo acepta ó lo sufre. Porque, en primer lugar, la mayor parte de los grupos aislados que quisieran verle abajo no se atreven á entablar la lucha; *les parece demasiado fuerte;* por una rutina inveterada, se imaginan tras él á la gran Francia lejana que, impulsada por él, va á aplastarlos con su masa. En segundo lugar, si algunos grupos aislados emprenden la lucha, no están en condiciones de sostenerla; *él es demasiado fuerte para ellos.* Efectivamente, ellos no están todavía organizados y él lo está en seguida, gracias al personal dócil que le legó el gobierno caído, monarquía ó república, el empleado acude todas las mañanas á la oficina para despachar las órdenes que se le transmiten. Monarquía ó república, el gendarme da su paseo todas las tardes para prender á las gentes contra las que tiene orden de prisión. Con tal de que el mandato llegue de arriba y por vía jerárquica, se cumple y, de un extremo á otro del territorio, la máquina de cien mil rodajes funciona eficazmente bajo la mano que ha empuñado la manivela. No hay más que hacerla girar con resolución, fuerza y rudeza, y ni la rudeza, ni la resolución, ni la fuerza faltarán al jacobino.

Por de pronto, tiene fe, y en todo tiempo la fe «mueve montañas». Considerad una de las adquisiciones corrientes del partido: un procurador, un abogado de segunda fila, un tendero, un artesano, y calculad, si podéis, el efecto extraordinario de la doctrina sobre

un cerebro tan poco preparado, tan limitado, tan desproporcionado con la gigantesca idea que se apodera de él. Estaba hecho para la rutina y los cortos alcances de su condición, y, de repente, héle aquí invadido por una filosofía completa, teoría de la naturaleza y del hombre, teoría de la sociedad y de la religión, teoría de la historia universal, conclusiones sobre el pasado, presente y el porvenir de la humanidad, axiomas de derecho absoluto, sistema de la verdad completa y definitiva, todo concentrado en algunas fórmulas rígidas; por ejemplo: «La religión es una superstición; la monarquía es una usurpación; todos los sacerdotes son unos impostores; todos los aristócratas son unos vampiros; todos los reyes son unos tiranos y unos mónstruos.» Tales pensamientos, derramados en tal inteligencia, son un torrente enorme que se sepulta en un conducto estrecho; le trastornan; ya no es quien los dirige, ellos la arrastran. El hombre se pone fuera de sí: de simple burgués ó de vulgar obrero, no se convierte sino impunemente en apóstol y libertador del género humano.

Porque no es solamente á su patria, sino al género humano, al que salva. Días antes del 10 de Agosto, decía Roland «con lágrimas en los ojos»: «Si la libertad muere en Francia, queda perdida para siempre para el resto del mundo; todas las esperanzas de los filósofos se desvanecen; la más cruel tiranía pesará sobre la tierra.»

En la primera sesión de la Convención, Gregoire, al hacer que se decretase la abolición de la monarquía, quedó como trastornado ante la idea de la merced inmensa que acababa de conferir á la especie humana. «Confieso, dice, que durante varios días el exceso de la alegría me quitó el apetito y el sueño.»

«¡Seremos un pueblo de dioses!», exclamaba un día un jacobino en la tribuna. Enloquécese con tales sueños, por lo menos se enferma. «Algunos hombres han estado con fiebre durante veinticuatro horas, decía un compañero de Saint-Just; yo la he tenido durante doce años.» Más adelante, «entrados en años, cuando quieren someterla al análisis, no la comprenden». Otro refiere que «en él, en los momentos de crisis, la razón no estaba separada de la locura sino por el espesor de su cabello».

«Cuando Saint-Just y yo, dice Bandot, prendíamos fuego á las baterías de Wisembourg, nos alababan mucho; pues bien, no teníamos mérito alguno; sabíamos perfectamente que las balas no podían nada contra nosotros.» En este estado extremo, el hombre no reconoce obstáculos, y, según las circunstancias, se muestra superior ó inferior á sí mismo, pródigo de su sangre y de la sangre ajena, heroico en la vida militar, atroz en la vida civil; no se le resistirá ni en una ni en otra, porque su embriaguez ha centuplicado en fuerza, y ante un furioso que se lanza á la calle, los transeuntes se apartan como ante un toro suelto.

Si no se apartan, serán derribados; porque, además de furioso, carece de escrúpulos.

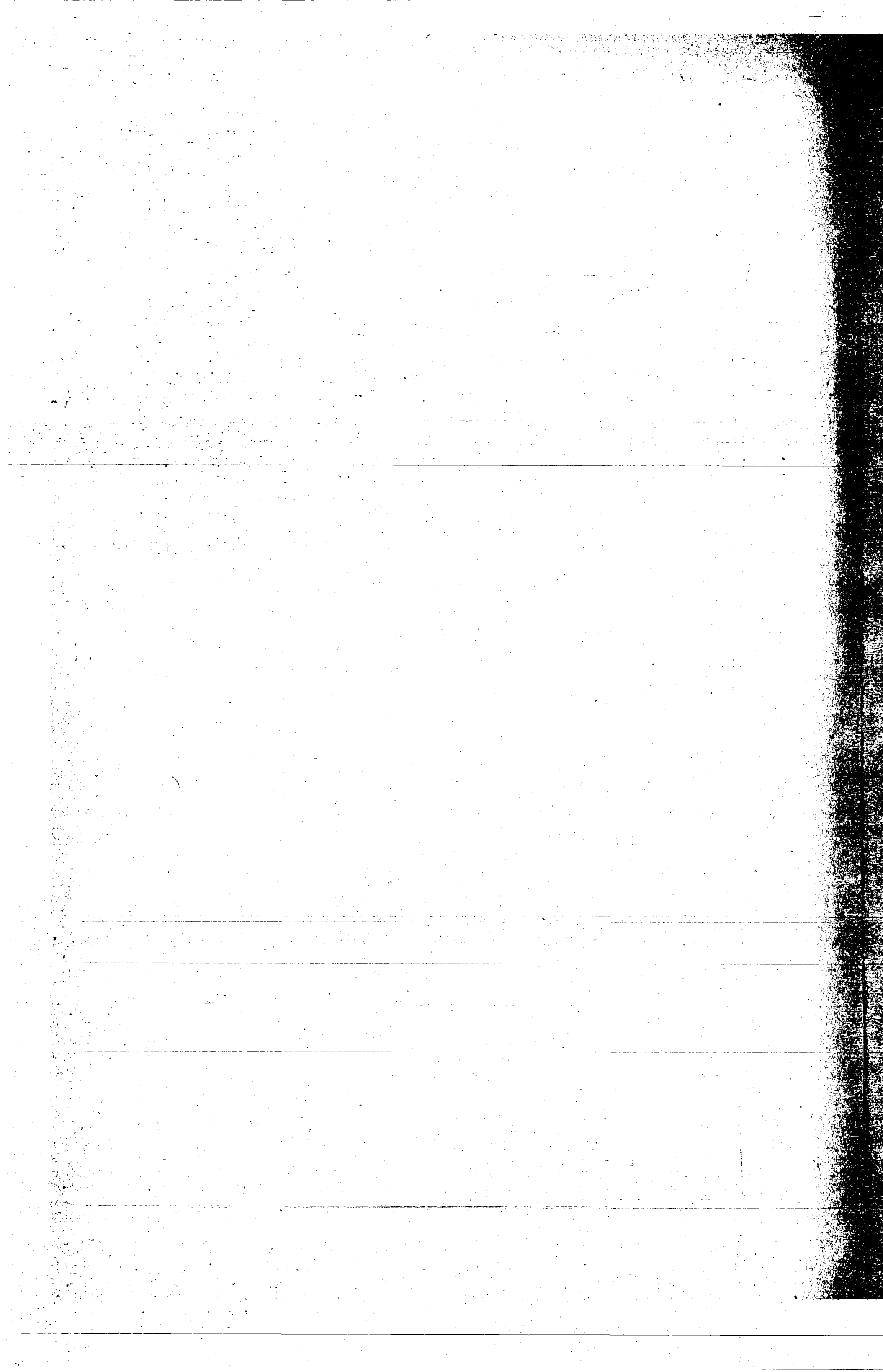
En toda lucha política hay acciones prohibidas; por lo menos, la mayoría, por poco honrada y sensata que sea, se las prohibe. Le repugna violar la ley, porque una sola ley violada provoca á violar todas las otras. Le repugna derribar al gobierno establecido, porque todo interregno es una vuelta al estado salvaje. Le repugna desencadenar el motín popular, porque es entregar el poder público al desenfreno de las pasiones brutales. Le repugna hacer del gobierno una máquina de confiscaciones y de muertes, porque le asigna como

empleo natural la protección de las propiedades y de las vidas.

Por esto, frente al jacobino que se permite todo lo dicho, se encuentra como un hombre sin armas frente á un hombre armado. Por principio, los jacobinos desprecian la ley, puesto que la sola ley para ellos es la arbitrariedad del pueblo. Marchan sin vacilación contra el gobierno, puesto que el gobierno para ellos es un empleado á quien el pueblo tiene siempre derecho á poner en la puerta. La insurrección les es grata, porque, por ella, el pueblo entra en su soberanía indiscutible. La dictadura les conviene, porque, por ella, el pueblo entra en su soberanía ilimitada. Por lo demás, como los casuístas, admiten que el fin justifica los medios. «¡Perezcan las colonias antes que un principio!», decía uno de ellos en la Constituyente. «El día en que me convenza, escribe Saint-Just, de que es imposible dar al pueblo francés costumbres dulces, enérgicas, sensibles, inexorables para la tiranía y la injusticia, me daré de puñaladas.» Y, mientras tanto, guillotina á los otros. «Haremos un cementerio de Francia, decía Carrier, antes que no regenerarla á nuestro modo.» Siempre, para apoderarse del timón, están dispuestos á echar á pique la nave. Desde el principio han lanzado contra la sociedad el motín de las calles y la jaquería de los campos, á las prostitutas y á los bandidos, á las bestias inmundas y á las bestias feroces. Durante todo el curso de la lucha, explotan las pasiones más destructoras y más groseras, la ceguera, la credulidad y los furores de la muchedumbre alocada por la penuria, por el miedo á los bandidos, por rumores de conspiración, por amenazas de invasión. En fin, llegados al poder por el trastorno, se mantienen en él por el terror y los suplicios.

Una voluntad en tensión extrema y sin freno alguno que la contenga, una creencia inquebrantable en su derecho y un soberano desdén por los derechos ajenos, la energía de un fanático y los procedimientos de un foragido: con estas dos fuerzas, una minoría puede domar á la mayoría. Tan cierto es esto que, en la misma facción, la victoria pertenecerá siempre al grupo que sea menos numeroso, pero que tenga más fe y menos escrúpulos. En cuatro ocasiones, de 1789 á 1794, los jugadores políticos se sientan á una mesa en que el poder supremo está en juego, y cuatro veces seguidas, imparciales, fuldenses, girondinos, dantoristas, la mayoría pierde la partida. Es porque, cuatro veces seguidas, quiere seguir las convenciones del juego ordinario, por lo menos no faltar á ninguna regla universalmente admitida, no desobedecer por completo á las enseñanzas de la experiencia, ó al texto de la ley, ó á los preceptos de la humanidad, ó á las sugestiones de la piedad.

Por el contrario, la minoría ha resuelto de antemano ganar á toda costa; en su opinión, está en su derecho; si las reglas se oponen, tanto peor para las reglas. En el momento decisivo, pone el cañón de una pistola en la frente de su adversario, y, derribando la mesa, se apodera de lo que se jugaba.





LIBRO SEGUNDO

La primera etapa de la conquista.

CAPÍTULO PRIMERO

Subida de los jacobinos al poder.—Elecciones de 1791.—Proporción de los puestos que han conquistado.—I. Sus instrumentos de sitio.—Medios empleados para rechazar á la mayoría de los electores y á los candidatos moderados.—Frecuencia de las elecciones.—Obligación del juramento.—II. Disgustos y peligros de las funciones públicas.—Los constituyentes excluídos de la Legislativa.—III. El derecho de reunión retirado á los amigos de orden.—Violencias contra sus círculos, en París y en provincias.—Prohibición legal de las asociaciones conservadoras.—IV. Violencias en las elecciones de 1790.—Las elecciones en 1791.—Efecto de la evasión del rey.—Las visitas domiciliarias.—Mortagne durante el período electoral.—V. Intimidación y retirada de los moderados.—Explosiones populares en Borgoña, en el Leonesado, en Provenza y en las grandes poblaciones.—Procedimientos electorales de los jacobinos; ejemplos en Aix, Dax y Montpellier.—Impunidad de los perturbadores.—Denuncias nominadoras.—Manejos sobre los campesinos.—Táctica general de los jacobinos.

En Junio de 1791, y durante los cinco meses que siguieron, los ciudadanos activos son convocados para nombrar sus representantes electivos, y sabido es que según la ley, los hay de todo grado y de toda especie;

primeramente, 40.000 electores de segundo grado y 745 diputados; después, la mitad de los administradores de 83 departamentos, la mitad de los administradores de 544 distritos, la mitad de los administradores de 41.000 comarcas; en fin, en cada municipio, el alcalde y el procurador síndico; en cada departamento, el presidente del Tribunal de lo criminal y el acusador público; en toda Francia, los oficiales de la Guardia nacional; en suma, casi todo el personal de las depositarías y de los agentes de la autoridad legal. Trátase de renovar la guarnición de la ciudadela pública; es la segunda y hasta la tercera vez desde 1789.

Cada vez, por pequeños pelotones, los jacobinos se han deslizado en la plaza; esta vez entran con el grueso de la tropa. En París, Picton es elegido alcalde, Manuel, procurador-síndico; Danton, sustituto de Manuel; á Robespierre le nombran fiscal de lo Criminal. En la primera semana, 136 nuevos diputados se inscriben en los registros del club. En la Asamblea, el partido cuenta con unos 250 miembros. Si se pasa revista á todos los puestos de la fortaleza, puede estimarse que los sitiadores ocupan una tercera parte, tal vez más. Durante dos años, con un instinto seguro, han dirigido el sitio, y se asiste al espectáculo extraordinario de una nación legalmente conquistada por una tropa de facciosos.

I

Previamente han desembarazado el terreno, y con los decretos que han arrancado á la Asamblea constituyente, han apartado de la votación á la mayoría de la mayoría.

De una parte, con pretexto de asegurar mejor la soberanía del pueblo, se han multiplicado y circundaron

de tal manera las elecciones, que exigen á cada ciudadano activo una sexta parte de su tiempo: exigencia enorme para las gentes laboriosas que tienen un oficio ó negocios; ahora bien, en este caso se encuentran los más, en todo caso, la porción útil y sana de la población. Así es que, se ha visto, no acude á votar, y deja el campo libre á los desocupados ó á los fanáticos.

De otra parte, en virtud de la Constitución, impónese el juramento cívico á todos los electores, y comprende el juramento eclesiástico; porque, si alguno presta el primero reservando el segundo, su voto es declarado nulo: en Noviembre, en el Doubs, las elecciones municipales se declaran nulas con ese solo pretexto. Así, no solamente 40.000 eclesiásticos no juramentados, sino también todos los católicos escrupulosos, pierden su derecho de sufragio, y constituyen con mucho la mayoría en el Artois, el Doubs y el Jura, en el Alto y Bajo Rhin, en los Dos Sèvres y la Vendée, en el Loire Inferior, el Morbihan, el Finisterre y las costas del Norte; en el Lozère y el Ardeche, sin contar los departamentos del Mediodía. Así, de un lado, por medio de la ley que han hecho impracticable, los jacobinos se han desembarazado de antemano de los votantes sensatos, y estos votantes son millones; de otro lado, por medio de la ley que han hecho intolerante, se han desembarazado de los votos católicos, y estos votos son cientos de miles. Gracias á esta doble exclusión, no encuentran ya ante ellos, cuando entran en la lid electoral, sino al menor número de los electores.

II

Queda el obrar contra éstos, y el primer expediente consiste en privarles de candidatos. A esto ya ha provisto en parte la obligación del juramento: en Lozère,

antes que prestarle, todos los funcionarios han presentado la dimisión; he aquí unos que, en las elecciones próximas, no serán candidatos; porque no se aspira á un puesto en el que no se ha podido permanecer, y, en general, para imprimir las candidaturas de un partido, no hay más que inspirarle la repugnancia por las magistraturas.

Sobre este principio, los jacobinos han trabajado eficazmente con los innumerables motines que han existado ó dirigido contra el rey, los funcionarios y los empleados, contra los nobles y los eclesiásticos, contra los traficantes en trigo y los propietarios, contra los poderes públicos de toda especie y de todo origen. En todas partes, las autoridades se han visto obligadas á tolerar ó excusar el asesinato, el pillaje y el incendio, por lo menos la insurrección y la desobediencia. Desde hace dos años, un alcalde se expone á que lo ahorquen, cuando proclama la ley marcial; un comandante no está seguro de sus hombres, cuando marcha para proteger la percepción de un impuesto; un juez es insultado y amenazado en su sitial si condena á los merodeadores que dañan los bosques del Estado. A cada instante, el magistrado encargado de hacer respetar la justicia se ve obligado á no hacerlo; si se obstina, un golpe de mano preparado por los jacobinos del lugar le hace doblegar su autoridad legal bajo la ilegal dictadura, y es preciso que se resigne á ser su cómplice ó su juguete. Tal papel es intolerable para las gentes que tienen corazón ó conciencia. Por esto, en 1790 y 1791, casi todos los hombres respetados y respetables, que, en 1789, se encontraban en los ayuntamientos ó mandaban las guardias nacionales, gentileshombres de provincia, caballeros de San Luis, ex parlamentarios, alta burguesía, grandes propietarios te-

rratenientes, vuelven á la vida privada y renuncian á las funciones públicas. En vez de ofrecerse á los sufragios, se sustraen á ellos, y el partido del orden, lejos de nombrar magistrados, ni siquiera encuentra ya candidatos.

Por un exceso de precauciones, se ha incapacitado legalmente á sus jefes naturales, y por adelantado se han vedado los puestos más altos, especialmente los de diputado y ministro, á los hombres autorizados en quienes reside el poco sentido político que los franceses han podido adquirir desde hace dos años.

En el mes de Junio de 1791, aun después de haber eliminado á los irreconciliables de la derecha, quedaban todavía en la Asamblea unos 700 miembros que, afectos á la Constitución, pero decididos á reprimir el desorden, podían, si hubiesen sido reelegidos, formar una legislatura razonable. A todos éstos, salvo un grupo imperceptible de los revolucionarios, la práctica ha aprovechado, y en los últimos tiempos de su mandato, dos graves acontecimientos, la fuga del rey y el motín del Campo de Marte, les han mostrado los defectos de su máquina. Teniendo en la mano durante tres meses el instrumento ejecutivo han visto que está roto, que todo se desmorona, que ellos mismos están desbordados por los fanáticos y el populacho. Hacen esfuerzos para encauzar; varios, hasta sueñan con retroceder. Se separan de los jacobinos; de los tres ó cuatrocientos diputados inscriptos en el registro del club, no quedan más que siete en la calle de Saint-Honoré; los otros, en las fuldenses, forman un club distinto, opuesto, y á su frente son los primeros fundadores Dupart, los dos Lameth, Barnave, los autores de la Constitución, todos los padres del nuevo régimen. Por el último decreto de la Asamblea cons-

tituyente condenan abiertamente las usurpaciones de las sociedades populares y las prohiben, no solamente toda ingerencia administrativa ó política, sino también toda petición ó delegación en nombre colectivo.

He aquí unos candidatos para los amigos del orden, y candidatos que tienen probabilidades de triunfo; porque desde hace más de dos años, cada uno de ellos es en su distrito el hombre más conocido, más acreditado, más importante; apóyale cerca de sus electores la popularidad de la Constitución que han hecho, y muy probablemente podrían obtener mayoría de votos.

Pero los jacobinos han previsto el peligro; cuatro meses antes, con la ayuda de la corte, que nunca desperdició una ocasión de perder todo y de perderse ella misma, han explotado los rencores de la derecha y el cansancio de la Asamblea; por fatiga y repugnancia, por coacción y sorpresa, en un acceso de desinterés mal entendido, ha decretado que ninguno de sus miembros sería elegible en la Asamblea próxima y ha destituído de antemano al estado mayor de las personas honradas.

III

Si, á pesar de tan adversas condiciones, intentan la lucha, se encuentran paralizadas desde los primeros pasos. Porque para preparar una campaña electoral, se necesita previamente congregarse, conferenciar, ponerse de acuerdo, y la facultad de asociación que la ley les concede de derecho, se la retiran de hecho sus adversarios.

Para empezar, los jacobinos han insultado y «silbado» á los miembros de la derecha que se reunían en el Salón francés de la calle Real, y, según la regla ordi-

naria, el tribunal de policía, considerando «que esa asamblea es un motivo de perturbación que da lugar á tumultos, que no puede ser protegida sino por medios violentos», la ha ordenado disolverse.

Por el mes de Agosto de 1790 se forma una segunda sociedad, compuesta de los hombres más liberales y más cuerdos. Están al frente Malouet y el conde de Clermont-Tonnerre; toman el nombre de «Amigos de la Constitución monárquica», y quieren restablecer el orden público manteniendo las reformas adquiridas. Por su parte, se han llenado todas las formalidades; son ya 800 en París; las suscripciones afluyen á su caja; de todas partes, las provincias les envían adhesiones, y, lo que es peor, con distribuciones de pan á precio reducido, van tal vez á atraerse al pueblo. He aquí un centro de opinión y de influencia análogo al de los jacobinos, y esto es lo que los jacobinos no pueden sufrir. Habiendo alquilado M. de Clermont-Tonnerre el Wauxhall de verano, un capitán de la guardia nacional advierte al propietario que, si cede la sala, los patriotas del Palais Royal acudirán en masa para cerrársela; el propietario, que teme los destrozos, rompe su compromiso, y el municipio, que teme los motines, suspende las sesiones. La sociedad reclama, insiste, y el texto de la ley es tan preciso, que por fin se concede la autorización oficial. En seguida los oradores y los periódicos jacobinos se desencadenan contra los futuros rivales que amenazan disputarles el imperio. El 23 de Enero de 1791, en la Asamblea nacional, en una metáfora que puede convertirse en un llamamiento al asesinato, Barnave acusa á los miembros del nuevo club «de dar al pueblo un pan envenenado». Cuatro días después, la casa de M. de Clermont-Tonnerre es asaltada por grupos armados; á Malouet,

que sale de ella, por poco le arrancan de su carruaje, y gritan en torno de él: «¡He aquí al... tal que ha denunciado al pueblo!»

Por fin, los fundadores, que, por consideración con el municipio, han esperado dos meses, alquilan otro local en la calle de Petites-Ecuries, y el 28 de Marzo abren sus sesiones. «Al llegar, escribe uno de ellos, encontramos un grupo, borrachos, mujeres desgreñadas, soldados que los excitaban, y sobre todo, de esos terribles energúmenos provistos de buenos garrotes nudosos, de dos pies de largo, y que son excelentes rompecabezas.» La cosa está preparada: al principio no hay más que trescientos ó cuatrocientos; al cabo de diez minutos, quinientos ó seiscientos; un cuarto de hora después, son tal vez cuatro mil, traídos de todas partes; en una palabra, el personal ordinario del motín. «Las gentes del barrio aseguraban que ni una de aquellas caras les era conocida.» Chirigotas, después injurias, palos y sablazos; los miembros de la sociedad, «que habían convenido en ir sin armas», son dispersados, varios tirados al suelo, arrastrados por los pelos, doce ó quince heridos. Para justificar el ataque, enseñan escarapelas blancas que dicen haberles encontrado en los bolsillos; el alcalde Bailly no llega sino cuando todo ha terminado, y, por medida «de orden público», la autoridad municipal cierra definitivamente el club de los monárquicos constitucionales.

Gracias á estos atentados de la facción y á esta convivencia de las autoridades, quedan destruídos de igual suerte los otros clubs análogos. Había muchos, y en las principales poblaciones, «Amigos de la paz, Amigos de la patria, Amigos del rey, de la paz y de la religión, Defensores de la religión, de las personas y de las propiedades». De ordinario encontrábanse en

ellos oficiales, magistrados, las personas más cultas y más corteses; en suma, lo mejor de la población. Reuníanse para razonar y hablar juntos, y su círculo, instituído desde hacía mucho tiempo, pasaba naturalmente de la literatura á la política.

Contra todas estas sociedades provinciales ha salido una orden de la calle de Saint-Honoré: «Son focos de conspiración; hay que vigilarlos» incesantemente y en seguida apagarlos.

Unas veces, como en Cahors, un pelotón de guardias nacionales, que vuelve de una expedición contra unos gentileshombres de las cercanías, quiere rematar su tarea, invade el círculo, «tira los muebles por la ventana y derriba la casa».

Otras veces, como en Perpiñan, el populacho, amotinado, rodea el círculo bailando la farándula y gritando *¡A la linterna!* La casa es saqueada, y ochenta miembros, llenos de golpes, son encerrados en la ciudadela para que estén seguros.

En otras ocasiones, como en Aix, el club jacobino va á insultar á sus adversarios en su misma casa y provoca una reyerta: en seguida el municipio sella las puertas del círculo asaltado y manda prender á sus miembros.

Siempre les castigan por las violencias que sufren; su simple existencia parece un delito; en Grenoble, los dispersan apenas congregados. Efectivamente, son sospechosos de «incivismo»; pueden tener malas intenciones; en todo caso, dividen la población en dos campos, y esto basta.

En el Gard, por tendencia del departamento quedan disueltas todas sus sociedades, porque son «centros de malquerencia». En Burdeos, el municipio, considerando «que se propagan rumores alarmantes, que los

sacerdotes y los privilegiados entran en la ciudad» prohibe toda reunión, salvo la de los jacobinos.

Así, «bajo el régimen de la libertad más sublimizada, en presencia de aquella famosa Declaración de los derechos del hombre que legitima todo lo que la ley no ha prohibido» y sienta la igualdad como el principio de la Constitución francesa, todo el que no es jacobino queda excluído del derecho común. Una sociedad intolerante se ha erigido en iglesia sacrosanta, y proscribe todas las asociaciones que no han recibido de ella «el bautismo de la ortodoxia, la inspiración cívica y el don de lenguas». A esta sola pertenece la facultad de reunión y propaganda. En todas las poblaciones del reino se prohibe á los hombres reflexivos y moderados congregarse en comité electoral, tener una tribuna, una caja, subscriptores y adherentes, arrojar el peso de sus nombres y de su solidaridad en la balanza de la opinión pública, reunir en su foco permanente á la multitud dispersa de las personas sensatas que quisieran salir de la revolución sin volver á caer en el antiguo régimen. Todavía se tiene á bien el tolerar que concurran entre ellos á puertas cerradas; pero ¡ay de ellos! si salen de su aislamiento para concertarse, para recoger votos, para patrocinar una candidatura. Hasta el día de la votación, frente á sus adversarios reunidos, activos y bullangueros, preciso es que ellos permanezcan dispersos, inertes y mudos.

IV

¿Podrán, por lo menos, votar libremente en aquel día? La cosa no es segura, y, por los ejemplos del año precedente, pueden ponerlo en duda.

En Abril de 1790, en Bais-d'Aisy, en Borgoña, Mr. de

Bais-d'Aisy, diputado, que venía de París para emitir su voto, fué amenazado públicamente; le significaron que los nobles y los sacerdotes no debían tomar parte en las elecciones, y muchas gentes decían delante de él que, para impedírselo, harían bien en ahorcarle. Muy cerca de allí, en Sainte-Colombe, Mr. de Viteaux fué expulsado de la Asamblea electoral, y después muerto tras un suplicio de tres horas. El mismo espectáculo se ofrece en Semur; mataron á dos nobles á palos y pedradas; otro se salvó con gran trabajo, y á un párroco le mataron de seis puñaladas.

Aviso á los eclesiásticos y á los nobles; obrarán cuerdamente en no acudir á votar, y se puede dar el mismo consejo á los traficantes en trigo, á los propietarios, á toda persona sospechosa. Porque aquel día el pueblo ejerce su soberanía, y los violentos se creen con derecho á hacer cuanto les conviene; ahora bien, nada más natural que excluir previamente á los candidatos de los que se desconfía ó á los electores que votan en contra.

En Villeneuve-Saint Georges, cerca de París, un abogado, hombre de caracter enérgico y austero, iba á ser nombrado juez por los electores del distrito; pero el populacho desconfía de un juez que condena á los merodeadores, y cuarenta ó cincuenta vagabundos, agrupados bajo las ventanas, gritan: «No queremos que lo elijan.» En vano, el párroco de Crosne, presidente de la Asamblea electoral, les hace observar que los electores reunidos representan noventa comunas, cerca de cien mil habitantes, y que «cuarenta personas no deben prevalecer sobre cien mil». Redobla la gritería, y los electores renuncian á su candidato.

En Pau, los patriotas de la milicia ponen en libertad

por la fuerza á uno de sus jefes encarcelados, redactan una lista de proscripción, caen sobre el escrutador á puñetazos, luego á sablazos: los proscriptos se esconden, y, al día siguiente, «nadie quiere ir á la Asamblea electoral».

La cosa es peor en 1791. En el mes de Junio, precisamente en los momentos en que se abrían las Asambleas primarias, el rey ha huído á Varennes, la revolución ha parecido comprometida, la guerra civil y la guerra extranjera se han mostrado en el horizonte como dos espectros, la guardia nacional ha corrido á las armas, y los jacobinos han explotado en su provecho el pánico universal. No se trata ya de disputarles los votos; en tal momento, no conviene exhibirse; entre tantos grupos tumultuosos, queda pronto despachada una ejecución popular. Realistas, constitucionales, conservadores ó moderados de toda especie, los amigos del orden y de la ley no piensan ya sino en permanecer en su casa, harto felices si se les tolera en ella, y la plebe armada no los tolera sino á condición de visitarles á menudo.

Considerad su situación durante el período electoral en un distrito tranquilo, y, por este rincón de Francia, juzgad del resto. En Mortagne, villa de seis mil almas, había subsistido el buen espíritu de 1789, hasta el viaje á Varennes. Había muchos liberales en las cuarenta ó cincuenta familias nobles. Allí, como en otras partes, en los nobles, en el clero, en la burguesía, la educación filosófica del siglo diez y ocho había reavivado la antigua iniciativa provincial, y toda la clase elevada habíase ofrecido con celo para las funciones públicas y gratuitas que ella sola podía desempeñar. El presidente del distrito, el alcalde y los ediles habíanse elegido entre los eclesiásticos y los nobles; los tres prime-

ros oficiales de la guardia nacional eran caballeros de San Luis, y los otros grados ocupábanlos los principales burgueses. Así, pues, la elección libre había conferido los poderes á las superioridades sociales, y el nuevo orden se apoyaba en la jerarquía legítima de las condiciones, de las educaciones y de las capacidades.

Pero desde hace seis meses, el club, formado por una docena de cabezas exaltadas y turbulentas, bajo la presidencia y á las órdenes de un tal Rattier, ex cocinero, ha trabajado el populacho y los campos. De repente, ante la nueva de la evasión del rey, los jacobinos «publican que los nobles y los sacerdotes le han proporcionado dinero para su marcha y para efectuar la contrarevolución». Tal familia, ha entregado tanto; cuál otro, cuánto; la cosa es indudable, puesto que se citan las cifras justas, y se citan para cada familia «con arreglo á sus facultades conocidas».

Enseguida «los principales clubistas, asociados á la porción jacobina de la guardia nacional», se reparten por las calles por escuadras: invaden las casas de los nobles y de los burgueses sospechosos; se apoderan de todas las armas, de fusiles, pistolas, espadas, cuchillos de caza, bastones de estoque; registrase todo; hacen abrir ó fuerzan todos los muebles para buscar municiones; el registro se extiende «hasta en los tocadores de las damas»; por precaución, «rompen los frascos de pomada, presumiendo que pueden contener balas ocultas, y se llevan los polvos, con pretexto de que son pólvora pintada y desfigurada. Después, sin perder tiempo, los grupos se trasladan á los alrededores, al campo, y opera con la misma prontitud en los castillos, de tal manera, «que en un solo día todos los ciudadanos honrados, todos los que tienen propiedades y

mobiliario que defender, se quedan sin armas á disposición de los primeros bandidos». Desarman á todos los que reputan por aristócratas. Reputan por aristócratas á «todos los que desaprueban el delirio del día, ó que no frecuentan los clubs, ó que reciben en su casa á algún eclesiástico no juramentado», en primer término, «á los oficiales nobles de la guardia nacional, empezando por el comandante y todo el estado mayor».

Estos se han dejado desarmar sin resistencia; con una longanimidad y un patriotismo de que dan ejemplo en todas partes sus iguales, «tienen la complacencia de permanecer en sus puestos, para no desorganizar la fuerza armada; esperan que el extravío tendrá un término», y se contentan con reclamar cerca del departamento.

Pero en vano ordena el departamento la restitución de las armas; los clubistas se niegan á devolverlas, mientras que el rey no haya aceptado la Constitución; entretanto no disimulan que «al primer cañonazo disparado sobre la frontera, degollarán á los nobles y á todos los sacerdotes no juramentados».

Después de haber jurado el rey la Constitución, el departamento insiste de nuevo: no le hacen caso. Por el contrario, la guardia nacional, arrastrando cañones, viene á colocarse, lanzando insultos y amenazas, ante las moradas de los nobles desarmados. Las mujeres de éstos son perseguidas en las calles por chicuelos que les cantan el *Ça ira*, y en el estribillo final insertan el nombre de aquéllas prometiéndoles la linterna. «Ninguno de ellos puede convidar á cenar á una docena de sus amigos sin correr el riesgo de excitar una fermentación.»

Los antiguos jefes de la guardia nacional dimiten, y los jacobinos se aprovechan de la ocasión. Con menos-

precio de la ley, se renueva todo el cuerpo de oficiales, y, como las personas pacíficas no se atreven á votar, el nuevo estado mayor «se compone de exaltados, procedentes, en su mayoría, de las últimas clases». Con esta milicia depurada, el club expulsa á las religiosas, echa á los sacerdotes no juramentados, hace expediciones á las cercanías, y llega hasta purgar los municipios sospechosos.

Tantas violencias en la ciudad y en el campo han hecho inhabitables el campo y la ciudad, y para lo selecto de los propietarios ó de las personas bien educadas no hay ya más asilo que París. En él se han refugiado, después del primer desarme, siete ú ocho mil familias, á las que se han unido por la amenaza del degüello otras mil doscientas ó quinientas; después de la persecución religiosa, los no juramentados, el resto de los nobles y muchos burgueses, «hasta de poca fortuna», se trasladan á París en masa. Allí, por lo menos, se encuentra uno perdido entre la multitud; allí se está al abrigo, por el incógnito, contra los atentados de la plebe; se puede vivir como simple particular. En provincias no se goza ni siquiera de los derechos civiles: ¿cómo habían de ejercerse los políticos? En las asambleas primarias todos los ciudadanos honrados quedan apartados mediante amenazas ó malos tratos... El campo de batalla queda en poder de gentes que pagan 45 sueldos de impuesto, de los que más de la mitad están inscritos en la lista de los pobres.

He aquí unas elecciones hechas por adelantado; el ex cocinero es quien autoriza ó forma candidaturas, y de hecho cuando en el distrito se nombren los diputados del departamento, todos los electores serán, como aquél, jacobinos.

V

Tal es la presión bajo la que se vota en Francia durante el verano y el otoño de 1791. En todas partes las visitas domiciliarias, el desarme, el peligro diario, obligan á los nobles y á los eclesiásticos, á los propietarios y á las personas cultas á dejar su residencia, á refugiarse en las grandes ciudades, á emigrar, ó, por lo menos, á eliminarse, á encerrarse estrechamente en la vida privada, á abstenerse de toda propaganda, de toda candidatura y de toda votación. Sería una locura en ellos mostrarse en cantones en donde los registros han llegado á la jaquería; en Borgoña y en el Leonesado, en donde saquean los castillos, en donde maltratan y dejan por muertos á gentilhombres ancianos, en donde M. de Guillén acaba de ser asesinado y despedazado; en Marsella, en donde se encuentran presos los jefes del partido moderado, en donde un regimiento suizo con las armas en la mano apenas basta para ejecutar la sentencia del tribunal, por la que se pone en libertad á aquéllos; en donde, si algún imprudente se opone á las mociones jacobinas, le hacen callar advirtiéndole que van á enterrarle vivo; en Tolón, en donde los jacobinos fusilan á los moderados y á la tropa, en donde un capitán de navío, M. de Beaucaire, es muerto de un tiro en la espalda; en donde el club, sostenido por los indigentes, los marineros, los obreros del puerto y los individuos sin profesión conocida, ejerce la dictadura por derecho de conquista; en Brest, en Tulle, en Cahors, en donde, en aquellos mismos momentos, matan por las calles á caballeros y oficiales. Nada de particular que las personas honradas se aparten del sufragio como de un cortacabezas.

Por lo demás, que se presenten, si les parece bien:

pronto sabrán desembarazarse de ellos. En Aix declaran al asesor encargado de leer los nombres de los electores que «el llamamiento debe hacerse por una boca pura, que siendo aristócrata y fanático, no puede hablar ni votar», y, sin más ceremonias, le ponen en la puerta. El procedimiento es excelente para cambiar una minoría en mayoría; sin embargo, he aquí otro más eficaz aún.

En Dax, con el nombre de *Amigos de la constitución francesa*, los fuldenses se han separado de los jacobinos, y, además, insisten para excluir de la guardia nacional «á los extranjeros sin oficio ni beneficio», á los ciudadanos pasivos que, á pesar de la ley, se han introducido en aquélla, que usurpan el derecho del voto, y «que insultan diariamente á los habitantes tranquilos». En consecuencia, el día de la elección, en la iglesia en que se celebra la asamblea primaria, dos fuldenses, Laurede, inspector de las vigésimas, y Brunache, vidriero, proponen la exclusión de un intruso, criado asalariado. En seguida los jacobinos se lanzan; Laurede es arrojado contra una pila de agua bendita, herido en la cabeza; quiere escaparse, pero lo derriban, lo tiran al suelo, le dan un bayonetazo en un brazo, y le encarcelan, y á Brunache con él.

A los ocho días ya no hay más que jacobinos en la segunda asamblea; naturalmente, «son elegidos todos» y forman el nuevo municipio, que, á pesar de las sentencias del departamento, se niega á poner en libertad á los dos prisioneros y, por añadidura, los mete en un calabozo.

En Montpellier, la operación, aunque un poco más tardía, resulta más completa. Los votos estaban depositados, las urnas cerradas, selladas, y la mayoría obtenida por los moderados. En esto, el club de los ja-

6

cobinos y la sociedad de los garrotes, que se llama á sí misma el *Poder ejecutivo*, se dirigen en masa á las asambleas de sección, queman las papeletas, disparan los fusiles y matan á dos hombres. Para establecer la paz, el municipio consigna cada compañía de la guardia nacional á la puerta de su capitán, y, naturalmente, los moderados obedecen; pero los violentos, no. En número de unos dos mil recorren la población, entran en las casas, matan á tres hombres en la calle ó á domicilio, y obligan á los cuerpos administrativos á suspender las asambleas electorales. Además, exigen el desarme «de los aristócratas», y, no obteniéndolo bastante pronto, matan á un artesano que se paseaba con su madre, le cortan la cabeza, la llevan en triunfo y la cuelgan ante su casa. En seguida, convencidas las autoridades, decretan el desarme, y los vencedores gallardean por las calles: por alegria ó por precaución, sueltan de paso un tiro de fusil á las ventanas de las casas sospechosas, y, algo al azar, todavía matan á otro hombre y á una mujer. En los tres días siguientes, emigran seiscientas familias, y los administradores escriben que todo va bien, que se ha restablecido la concordia: «ahora, dicen, las elecciones se efectúan con la mayor tranquilidad, porque todos los mal intencionados se han retirado voluntariamente, habiéndo dejado la población una gran parte de ellos.» Se ha hecho el vacío en torno del escrutinio, y esto se llama unanimidad de votos.

Tales ejecuciones son de un gran efecto, y no hay necesidad de hacer muchas; bastan algunas cuando son afortunadas y quedan impunes, como sucede siempre. En adelante, los jacobinos no tienen más que amenazar: ya no se les resiste, se sabe que cuesta mucho resistirles de frente; ya no se piensa en ir á las

asambleas electorales á recoger injurias y peligros; se confiesa uno vencido y por adelantado. ¿Acaso no tienen argumentos irresistibles, sin contar los golpes? En París, en tres números sucesivos, Marat acaba de denunciar por sus nombres á «los bandidos y los tunantes» que intrigan para que se les nombre electores, no ya nobles y sacerdotes, sino simples burgueses, abogados, arquitectos, médicos, joyeros, papeleros, impresores, tapiceros y otros fabricantes, cada uno inscrito en el periódico con su nombre, su profesión, las señas de su casa y una de las calificaciones siguientes: «tartufo, hombre de malas costumbres y sin probidad, quebrado, espía, usurero, tramposo», sin contar otras que no puedo transcribir. Tened en cuenta que la lista de difamación puede convertirse en lista de proscripción, que en todas las ciudades y pueblos de Francia se redactan y registran incesantemente por el club local listas análogas, y juzgad si, entre su adversario y él, es posible la lucha.

En cuanto á los electores campesinos, hay para ellos medios de persuasión apropiados, sobre todo en los innumerables cantones asolados ó amenazados por la jaquería; por ejemplo, en Corrèze, en donde «las insurrecciones y las devastaciones han ganado todo el departamento, y en donde no se habla más que de colgar á los ujieres que hagan actos». Durante todas las operaciones electorales, el club ha permanecido en sesión permanente, no ha cesado de llamar á sus electores; «no se hablaba más que de la destrucción de los estanques y de las rentas, y los grandes oradores decían en resumen que no había que pagar». Compuesto de campesinos, la mayoría de los electores se mostró sensible á esta elocuencia; todos sus candidatos hubieron de pronunciarse contra las rentas y contra los es-

tanques; mediante esta profesión de fe nombró á los diputados y al fiscal; en otros términos, para ser elegidos, los jacobinos han prometido á los codiciosos aldeanos la propiedad y la renta de los propietarios.

Ya, en los procedimientos por los que obtienen la tercera parte de los puestos en 1791, percíbense en germen los procedimientos por los que ocuparán todos los puestos en 1792, y desde aquella primera campaña electoral, sus actos indican, no solamente sus máximas y su política, sino también la condición, la educación, el espíritu y el carácter de los hombres que se instalan en el poder central ó local.

CAPITULO II

I. Composición de la Asamblea legislativa.—Rango social de los diputados.—Su inexperiencia, su insuficiencia, sus prejuicios.—II. Grado de su inteligencia y calidad de su cultura.—III. Aspecto de sus sesiones.—Escena del club.—Cooperación de los espectadores.—IV. Los partidos.—La derecha.—El centro.—La izquierda.—Opiniones y sentimientos de los girondinos.—Sus aliados de la extrema izquierda.—V. Sus medios de acción.—Dispersión del club de los fuldenses.—Presión de las tribunas sobre la Asamblea.—VI. Manejos parlamentarios.—Abuso de la urgencia.—Voto del principio.—Llamamiento universal.—Intimidación del centro.—Abstención de los opositores.—Opresión definitiva de la mayoría.

I

Si es cierto que una nación debe estar representada por lo más selecto, Francia lo estuvo, singularmente durante la revolución. De asamblea en asamblea, se ve bajar el nivel político; sobre todo de la Constituyente á la Legislativa, la caída es profunda. Los actores reconocidos se han retirado en el momento en que empezaban á comprender sus papeles; más aún: se han excluído ellos mismos del teatro. «La Asamblea precedente, escribe un embajador, encerraba en su seno grandes talentos, grandes fortunas, grandes nombres; con esto se imponía al pueblo, aunque éste odiara toda distinción personal. La Asamblea actual no es casi más que el consejo de abogados de todas las poblaciones de Francia.»

En efecto, de 745 diputados, hay «400 abogados procedentes, en su mayoría, de las últimas filas del foro», unos veinte sacerdotes constitucionales, «otros tantos poetas y literatos de muy poca nombradía, todos casi sin patrimonio, el mayor número de menos de treinta años, sesenta menores de veintiséis, «formados casi todos en los clubs y asambleas populares». Ni un noble ó prelado del antiguo régimen, ni un gran propietario, ni un jefe de servicio, ni un hombre eminente y especial en materia de diplomacia, de hacienda, de administración ó de arte militar. No se encuentran más que tres oficiales generales, y de la última fila, de los cuales uno lo es desde hace tres meses, y los otros dos completamente desconocidos.

Por jefe del comité diplomático está Brissot, periodista ambulante, que habiendo rodado por Inglaterra y los Estados Unidos, parece competente en los asuntos de ambos mundos; efectivamente, es uno de esos charlatanes omniscientes que desde el fondo de su guardilla regentan los gabinetes y arreglan Europa; las cosas les parecen tan fáciles de combinar como las frases: un día, para atraer á los ingleses á la alianza francesa, Brissot propone entregarles dos plazas fuertes, Dunkerque y Calais; otro día quiere «intentar una excursión contra España», y al mismo tiempo envía una flota para conquistar Méjico.

En la comisión de Hacienda el principal personaje es Cambon, comerciante de Montpellier, buen aritmético, que más adelante simplificará las escrituras y hará el Libro Mayor de la Deuda, es decir, de la bancarrota pública; mientras tanto, empuja con toda su fuerza, animando á la Asamblea á emprender la ruinosa y terrible guerra que va á durar veintitrés años; según él, «hay más dinero del que se necesita». Á la

verdad, la garantía de los asignados se ha consumido, los impuestos no se perciben, no se vive más que del papel que se emite, los asignados pierden el 40 por 100, el déficit previsto para 1792 es de cuarenta millones; pero el hacendista revolucionario cuenta con las confiscaciones que provoca en Francia y que va á instituir en Bélgica: he aquí toda su inventiva, el robo sistemático practicado en grande, en el interior y en el extranjero.

En materia de legisladores y de fabricantes de constituciones, se encuentra Condorcet, fanático frío, nivelador por sistema, persuadido de que el método de las matemáticas conviene á las ciencias sociales, lleno de abstracciones, cegado por sus fórmulas, el más quimérico de los espíritus falsos. Nunca hombre más versado en los libros conoció menos á los hombres; jamás aficionado á la exactitud científica consiguió desnaturalizar mejor el carácter de los hechos. El es quien, dos días antes del 20 de Junio, en medio de la más brutal efervescencia, admiraba «la calma» y el buen razonamiento de la multitud: «Al ver cómo el pueblo se da cuenta de los acontecimientos, *se creería que consagra todos los días algunas horas al estudio del análisis.*» El es quien, dos días antes del 20 de Junio, celebraba el gorro frigio que pusieron á Luis XVI: «Esa corona bien vale lo que otra, y Marco Aurelio no la hubiera desdeñado.»

Tal es el discernimiento y el sentido práctico de los conductores; por ellos se puede juzgar del rebaño; compónese de novicios que llegan de provincias con principios y prejuicios de periódico. Alejados del centro, no habiendo podido ver nunca los asuntos generales y el conjunto, se encuentran con dos años de retraso respecto á sus compañeros de la Constituyente.

«La mayor parte, dice Malonet, sin haberse pronunciado contra la monarquía, lo estaban contra la corte, contra la aristocracia, contra el clero; no soñaban sino con conspiraciones, y no creían poder defenderse sino atacando. Todavía se encontraban allí algunos talentos, pero sin experiencia; carecían hasta de lo que nosotros habíamos adquirido. Nuestros diputados patriotas tenían, en gran parte, la convicción de sus faltas; éstos no la tenían, *estaban dispuestos á volver á empezar.*»

Casi todos son advenedizos del nuevo régimen. Cuéntanse en sus filas 264 administradores de departamentos, 109 administradores de distrito, 125 jueces de paz y fiscales, 68 alcaldes y ediles, además de una veintena de oficiales de la Guardia nacional, obispos y párrocos constitucionales; en total, 566 de esos funcionarios elegidos, que desde hace veinte meses administran bajo la férula de sus electores; ya se ha visto de qué manera y con qué condiciones, con qué complacencias y complicidades, con qué deferencia hacia la opinión ruidosa, con qué docilidad grande al motín, con qué sumisión á las órdenes del populacho, con qué diluvio de frases sentimentales y de lugares comunes abstractos. Enviados á París por la elección ó por la tolerancia de los clubs, llevan consigo la política y la retórica de aquéllos: constituye esto un conjunto de espíritus limitados, falseados, precipitados, enfáticos y débiles; en cada sesión, veinte molinos de palabras dan vueltas, y en seguida el primero de los poderes públicos se convierte en una fábrica de sandeces, en una escuela de extravagancias y un teatro de declamaciones.

II

¿Cómo es posible que hombres serios hayan escuchado hasta el fin semejantes lucubraciones?

«Yo soy labrador, dice un diputado; me atrevo ahora á alabar la antigua nobleza de mi arado. Unos bueyes han sido los puros é incorruptibles notarios ante los que mis buenos antepasados han hecho los contratos; su autenticidad, mejor trazada en la tierra que en frágiles pergaminos, está al abrigo de todas las revoluciones posibles.»

¿Concíbese que el ponente de una ley por la que se va á desterrar ó á encarcelar á cuarenta mil sacerdotes aporte, á manera de argumentos, semejantes tonterías? «He visto en los campos las antorchas del himeneo no arrojar sino una luz pálida y sombría, ó cambiadas en teas de furias, el esqueleto odioso de la superstición sentarse hasta en el lecho imperial, colocarse entre la naturaleza y los esposos, y contener la más imperiosa de las inclinaciones... ¿Estás contenta, oh Roma? ¿Eres acaso como Saturno, á quien hay que ofrecer todos los días nuevos holocaustos?... Marchaos, artífices de discordias: el suelo de la libertad está cansado de llevaros. ¿Queréis ir á respirar el aire del monte Aventino? La nave de la patria está ya preparada; oigo en la orilla los gritos impacientes de los marineros; el viento de la libertad hinchará las velas; iréis, como Telémaco, á buscar á vuestro padre por los mares; pero nó tendréis que temer los escollos de Sicilia ni las seducciones de una Eucaris.» Conceptismos de pedante, prosopopeyas de retórico, invectivas de energúmeno: éste es el tono reinante. En los mejores discursos aparece siempre el mismo defecto, la exaltación del cerebro, la manía de las

grandes frases, la incapacidad de ver las cosas que son y decirlas como son. Los hombres de talento, Isnard, Guadet, Vergniaud mismo, son arrebatados por la frase sonora y hueca, como un barco sin lastre por una vela demasiado grande. Exáltanse con sus recuerdos de clase, y el mundo moderno no se les aparece sino á través de reminiscencias latinas.

Français de Nantes se irrita contra el papa «que mantiene en la servidumbre á la posteridad de Colón y Scévola». Isnard propone imitar al Senado romano, que, para calmar la discordia de dentro, llevaba la guerra afuera: en efecto, entre la antigua Roma y la Francia de 1792, la semejanza es notable.

Roux quiere que el Emperador dé una satisfacción antes del 1.° de Marzo. «En caso tal, el pueblo romano hubiera fijado un plazo; ¿por qué no fijaría uno el pueblo francés?...» En torno de los príncipes alemanes que vacilan, hay que trazar «el círculo de Popilio».

Cuando el dinero falta para establecer campamentos alrededor de París y de las grandes poblaciones, Lasource propone enajenar los bosques nacionales, y se asombra de las objeciones. «Los soldados de César, dice, creyendo sagrada una antigua selva de las Galias, no se atrevían á llevar el hacha; ¿acaso nosotros compartiríamos ese respeto supersticioso?»

A esta erudición de colegio, juntad el resíduo filosófico depositado en los espíritus por el gran sofista en boga. Larivière lee en la tribuna la página del *Contrato social*, en la que Rousseau declara que el soberano puede desterrar á los miembros «de una religión insociable», y castigar de muerte «al que, habiendo reconocido públicamente los dogmas de la religión civil, se conduce como si no los creyese». Con esto, otro

loro silbado, Filassier, exclama: «Convierto en moción lo propuesto por J. J. Rousseau, y pido que sea puesta á votación.»

De igual suerte se propone conceder á las muchachas el casarse jóvenes, á pesar de sus padres, observando, con arreglo á la *Nueva Eloísa*, «que una joven de trece á catorce años comienza á suspirar por una unión que está en la naturaleza, que lucha entre las pasiones y el deber, que, si triunfa, es mártir, que rara vez se impone uno á la naturaleza, y que puede ocurrir que una muchacha prefiera la apacible vergüenza de una derrota á las fatigas de una lucha de ocho años.

—Instituyese el divorcio para «conservar en el matrimonio esa tranquilidad feliz que da mayor viveza á los sentimientos... En adelante, no será ya una cadena, sino el cumplimiento de una deuda agradable que todo ciudadano debe á la patria... El divorcio es el dios tutelar del himeneo».

Símbolos y matices mitológicos, un fondo de pedantería clásica, las sordas y vagas nociones de la educación media, ninguna información sólida y precisa, las vulgaridades vacías y corrientes del amplificador que desarrolla en largos períodos los adagios de su manual revolucionario, su mala cultura superficial y el razonamiento verbal, son los ingredientes vulgares y peligrosos de que se compone la inteligencia de los nuevos legisladores.

III

Con esto, pueden imaginarse sus sesiones. «Más incoherentes y sobre todo más apasionadas que las de la Asamblea constituyente», presentan los mismos ras

gos, pero aumentados. La argumentación es más débil, la invectiva más violenta, el dogmatismo más intemperante. La rigidez ha degenerado en insolencia, el prejuicio en fanatismo, la miopía en ceguera. El desorden se exagera hasta el tumulto, y el ruido hasta el estrépito. Figuraos, dice un testigo ocular y habitual, «una sala de colegio, en donde cientos de colegiales se pelean y están, á cada instante, á punto de llegar á las manos. Su traje más que descuidado, sus arrebatados movimientos, sus gritos... constituyen un espectáculo que no se puede comparar ni describir». Nada falta para hacer de esto un club de baja especie. Practícanse en él de antemano los procedimientos de la futura inquisición revolucionaría; acógense denuncias burlescas; discútense charlas de porteras y chismes de criadas; empléase la sesión de una noche en recibir las confidencias de un borracho. Inscríbese en el acta y sin protesta la petición de «Huré, habitante de Pont-sur-Ionne, el cual, en un documento firmado por él, ofrece 100 francos y su brazo para ser tiranicida». Conságranse con bravos, con aplausos repetidos y multiplicados, con las felicitaciones del presidente, el escándalo ó el ridículo de las locuras privadas que llegan á ostentarse bajo el amparo de la autoridad pública. Se le dan las gracias y le hacen sentar en los bancos de la Asamblea á Anacarais Clootz, quien propone la guerra universal y presenta mapas de Europa dividida de antemano en departamentos, empezando por Saboya, Bélgica, Holanda, «y así sucesivamente hasta el mar glacial». Se felicita y le hacen sentar con su mujer en los bancos de la Asamblea á un vicario de Santa Margarita que presenta «á su nueva familia», y truena contra el celibato del clero. Se tolera que grupos de hombres y de mujeres crucen la sala lanzando

gritos políticos. Se admiten todos los espectáculos indecentes, pueriles ó sediciosos. Hoy son «unas ciudadanas de París» que piden ejercitarse en las maniobras militares; al día siguiente, llegan unos niños que expresan su patriotismo «con ingenuidad conmovedora», y lamentan que «sus vacilantes pies no les permitan marchar ¿qué digo? volar contra los tiranos»; otra vez son los artilleros de París, en número de mil, con sus tambores; constantemente delegados de provincias, de barrios, de clubs, con sus declamaciones furibundas, sus reclamaciones imperiosas, sus exigencias, sus amenazas.

Bajo estos intermedios de fuerte estrépito, zumba un rumor continuo, el rumor de las tribunas: en cada sesión, «los representantes son reprendidos por los espectadores; la nación de las galerías juzga á la nación de la sala», interviene en las deliberaciones, impone silencio á los oradores, insulta al presidente, ordena al relator que deje la tribuna. No es que interrumpa una vez con un simple murmullo, sino veinte, treinta, cincuenta en una hora, con clamores, pateos, gritos é injurias personales. Tras centenares de reclamaciones inútiles, después de inmemorables llamadas al orden «recibidas con silbidos», después de diez «reglamentos hechos, rehechos, recordados, publicados», como para probar mejor la impotencia de la ley, de las autoridades y de la Asamblea misma, la usurpación de estos intrusos va creciendo. Durante diez meses han gritado: «¡Abajo la lista civil! ¡Abajo los ministeriales! ¡Silencio, esclavos!» El 26 de Julio, el mismo Brissot parecerá tibio y recibirá dos ciruelas en la cara. «Trescientos ó cuatrocientos individuos sin títulos, sin propiedad, sin existencia... se han convertido en los auxiliares, los suplentes, los árbitros de la legislatura», y su

furor á sueldo concluye de destruir lo que la Asamblea ha podido conservar todavía de su razón.

IV

En una asamblea así compuesta y rodeada, prevése de qué lado se inclinará la balanza.

A través de las mallas de la red electoral que los jacobinos han tendido sobre todo el territorio, un centenar de personas honradas, de mérito ordinario, casi sensatas y bastante resueltas, Mathieu, Dumas, Dumolard, Becquet, Gorguereau, Vanblanc, Beugnot, Girardin, Ramond, Jancourd, han podido pasar y formar la derecha. Resisten lo mejor que pueden, y parece que se han conquistado la mayoría. Porque, de los 400 diputados que constituyen el centro, 164 están inscritos con ellos en los fuldenses, y el resto, bajo el nombre de *independientes*, pretende no ser de ningún partido; además, por tradición monárquica, todos estos 400 diputados respetan al rey; á su timidez y á su buen sentido les repugnan las violencias; desconfían de los jacobinos, tienen miedo de lo desconocido, quisieran hacer que se observara la constitución, y vivir tranquilos. Pero los dogmas pomposos del catecismo revolucionario ejercen aún sobre ellos todo su prestigio; no comprenden que la constitución que aman produce la anarquía que detestan; cometen «la tontería de dolerse de los efectos jurando mantener las causas; son una falta total de carácter, de unión y de atrevimiento», flotan entre deseos contradictorios, y sus veleidades de orden no esperan para tornarse en sentido contrario sino el impulso fijo de una fuerte voluntad.

Sobre esta materia dócil, la izquierda puede trabajar eficazmente. La realidad no comprende más que

136 jacobinos inscritos y un centenar de otros que, en casi todos los casos, votan con el partido; pero la rigidez de las opiniones compensa la insuficiencia del número. Figuran en primera línea Juadet, Brissot, Jensonné, Vergniaud, Ducos, Condorcet, los futuros jefes de la Gironda, todos abogados ó escritores, enamorados de la política deductiva, absolutos en sus convicciones y orgullosos de su fe; según ellos, puesto que los principios son verdaderos, se está en la obligación de aplicarlos sin reserva; quien se detiene en el camino carece de corazón ó de inteligencia. Juzgan conveniente llegar hasta al fin; con una confianza de jóvenes y de teóricos, sacan sus consecuencias y se felicitan de creer tan firmemente en ellas. «Aquellos señores, dice un observador penetrante, hacían profesión de un profundo desdén hacia sus predecesores, los constituyentes; los trataban de gentes de pocos alcances, con prejuicios y que no supieron aprovecharse de las circunstancias.» «A las observaciones de la prudencia, y de la prudencia desinteresada, respondían con una sonrisa burlona, síntoma de la aridez que resulta del amor propio. Agotábase uno en recordarles las circunstancias y en deducirles las causas; se pasaba, alternativamente, de la teoría á la experiencia y de la experiencia á la teoría para demostrarles la identidad de ambas, y, si consentían en responder, negaban los hechos más auténticos y combatían las observaciones más evidentes, *oponiéndoles algunas máximas comunes, aunqué expresadas con elocuencia*. Mirábanse unos á otros como si fueran los únicos dignos de entenderse, y se fortalecían con la idea de que todo era pusilanimidad en la resistencia á su manera de ver.»

A sus propios ojos, son los únicos capaces y los úni-

cos patriotas. Porque han leído á Rousseau y á Mably, porque tienen la lengua expedita y la pluma ligera, porque saben manejar fórmulas de libro y alinear con razonamiento abstracto, se creen hombres de Estado. Porque han leído Plutarco y el *Joven Anacarsis*, porque, sobre concepciones metafísicas, quieren fundar una sociedad perfecta, porque se exaltan á propósito del milenio próximo, se creen almas grandes. Sobre estos dos artículos, no tendrán nunca la menor duda, aun después de que todo se haya derrumbado sobre ellos por su culpa, aun después de que sus manos complacientes se hayan manchado con las manos sucias de los bandidos de quienes han sido los primeros instigadores, por las manos ensangrentadas de los verdugos de quienes son medio cómplices. A este grado extremo, el amor propio es el peor sofista. Persuadidos de la superioridad de sus luces y de la pureza de sus sentimientos, sientan como principio que el gobierno debe estar en sus manos. En consecuencia, apodéranse de él en la Legislativa por procedimientos que se volverán contra ellos en la Convención Aceptan por aliados á los peores demagogos de la extrema izquierda, Chabot, Couthon, Merlin, Bazire, Thuriet, Lecointre, y fuera de la asamblea á Danton, Robespierre, al mismo Marat; á todos los demoledores y cinceladores de que creen servirse y cuyos instrumentos son. A toda costa es preciso que pasen sus mociones, y, para hacerlas pasar, sueltan contra sus adversarios á la plebe ladradora y grosera que otros, más facciosos todavía, lanzarán mañana contra ellos.

V

Así, por segunda vez, los pretendidos guardadores de la libertad marchan al poder mediante los golpes de mano de la fuerza.

Para empezar, prohiben á los fuldenses que se reunan: lanzan contra ellos los grupos de siempre; con esto se originan tumultos, vociferaciones; el alcalde Picton se queja de verse colocado «entre la opinión y la ley» y deja hacer; por fin, los fuldenses se ven obligados á evacuar la sala.

Dentro de la Asamblea están entregados á la insolencia de las galerías. En vano se indignan y protestan. Ducastel, al recordar el decreto de la Constituyente que prohibe toda muestra de aprobación ó de censura, es acogido con murmullos; insiste para que el decreto se lea al abrirse toda sesión: «reanúdanse los murmullos».

«¿No es escandaloso, dice Vanblanc, que los representantes de la nación, al hablar en la tribuna, estén expuestos á que los silben, como histriones que declaman en un teatro?» Y las tribunas le dan una silba mayúscula.

«¿Creerá la posteridad, exclama Quatrenière, que actos en los que se trata del honor, de la vida, de la fortuna de los ciudadanos, hayan estado sujetos, como juegos de espectáculo, á los aplausos, á los silbidos de los espectadores?» «¡Al asunto!», le gritan las tribunas. «Si es que, añade Quatrenière, el acto judicial más importante (un acto de acusación capital) puede ser entregado á esta escandalosa prostitución de aplausos y de amenazas...» Redoblan los murmullos.

Siempre que se trata de aprobar una medida sangui-

naria ó incendiaria, desaforados y prolongados gritos apagan la voz de los que se oponen: «¡Abajo el orador! ¡A la cárcel!» Amenazan con los puños al presidente; ya no fata más que «hacer que bajen los de las tribunas á la sala para que decreten», y un miembro de la derecha lo propone irónicamente.

Pero, por enorme que sea la usurpación, la minoría se acomoda á ella, para doblegar á la mayoría, y los jacobinos de la sala hacen causa común con los jacobinos de las galerías. No se tiene el derecho de expulsar á los perturbadores: «esto sería, dice Frangeneuve, excluir de nuestras deliberaciones á lo que es esencialmente el pueblo». Habiendo reclamado un diputado medidas para reducir á los alborotadores al silencio, «Torné pide el envío de la proposición á la Inquisición de Portugal». Chandieu «declara que aquélla no puede venir sino de diputados que olvidan el respeto al pueblo, su soberano juez». «Los movimientos de las tribunas, exclama Lecointe-Pugravaux, son los arranques del patriotismo.» Por fin, el mismo Chandieu, transgrediendo todos los derechos con incomparable audacia, quiere conferir á los asistentes los privilegios de la legislatura, y reclama un decreto contra los diputados que, culpables de lesa majestad popular, se atreven á quejarse de sus insultadores.

Más enérgica todavía, otra máquina de opresión trabaja en los alrededores de la Asamblea. Como sus predecesores de la Constituyente, los miembros de la derecha «no pueden salir sino por medio de las imprecaciones y las amenazas de los furibundos grupos. Los gritos *¡A la linterna!* repercutían tan á menudo en los oídos de Dumolard, de Vaublanc, de Jaucourt, de Sacratelle, como en los de Cazalés, del abate Maury y de Montlosier». Después de haber apostrofado al pre-

sidente Mathieu Dumas, insultan á su mujer, á la que han reconocido en una tribuna reservada. En las Tullerías, grupos permanentes escuchan á los que denuncian por sus nombres á los diputados sospechosos, y desgraciado del que, encontrándose en este caso, toma aquel camino para ir á las sesiones; salúdanle al paso con una rociada de injurias. Si es un diputado labrador: «Mirad, dicen, á ese mamarracho de aristócrata; es un tunante de campesino que guardaba vacas en su país.» Un día, á Hua, que pasaba por las Tullerías, le agarró una comadre por los pelos gritando: «¡Baja la cabeza, m... de diputado! El pueblo es tu soberano.» El 20 de Junio, uno de los patriotas que atraviesan la sala le dice al oído: «Tunante de diputado, perecerás á mis manos.» Otra vez, por haber defendido al juez de paz Larivière, le esperan á la puerta, por la noche; «unos forajidos se dirigen hacia él con los puños y los palos levantados»; por fortuna, sus amigos Dumas y Daverhoult, dos militares, han previsto el peligro, y sacando sus pistolas le libran de la acometida, «aunque con gran trabajo».

A medida que se acerca el 10 de Agosto, la agresión se hace más descarada. Por haber defendido á Lafayette, Vaublanc, al salir de la Asamblea, está á punto, por tres veces, de ser arrastrado; sesenta diputados son tratados de la misma manera, golpeados, cubiertos de lodo y amenazados de muerte si se atreven á volver á las sesiones.

Con semejantes aliados, es muy fuerte una minoría: gracias á esos dos instrumentos de coacción, va á desprender de la mayoría los votos que le faltan, y casi siempre, por terror ó por astucia, hará que se aprueben los decretos que necesita.

VI

Unas veces los escamotea de improviso. Como «no hay orden del día previamente distribuída, y como de todos modos no se está en la obligación de seguirla, «la Asamblea está á merced de las sorpresas». «Cualquier pillastre de la izquierda (no borro la expresión, dice Hua, porque había varios entre aquellos señores) se presentaba con una moción redactada de antemano entre unos cuantos. No estábamos preparados; pedíamos que se mandase á una comisión. No se aceptaba; hacían decretar la urgencia, y, quieras que no, había que deliberar en el acto.»

«Otra táctica, igualmente pérfida, empleada sobre todo por Thuriot. Este gran tunante proponía, no un proyecto de ley, sino lo que llamaba un principio; por ejemplo, había que decretar el secuestro de los bienes de los emigrados... ó que se sometiera á los sacerdotes juramentados á una vigilancia especial... Le respondía: pero su principio es el alma de la ley, es toda la ley: deja que deliberemos; envíese lo propuesto á una comisión para que informe. De ninguna manera; hay urgencia; la comisión arreglará como pueda los artículos que no valgan nada, si el principio no tiene sentido común.» Por este método expiditivo, no hay discusión: deliberadamente, los jacobinos quitan á la asamblea la reflexión; cuentan con su aturdimiento; en cuanto pueden, suprimen la razón en nombre de la razón, y precipitan las votaciones, porque sus decretos no sufran el examen.

Otras veces, y especialmente en las grandes ocasiones, los arrancan por la fuerza. De ordinario, se vota por sentados y levantados, y la prueba es ya harto

ruda para los cuatrocientos diputados del centro, bajo los rumores de las tribunas exasperadas. «Parte de ellos no se levanta ó se levanta con la izquierda»; si por casualidad tiene mayoría la derecha, «se la discuten con mala fe, y se pide la votación nominal». Ahora bien, «por un abuso intolerable, las listas nominales se imprimían siempre; es conveniente, decían los jacobinos, que el pueblo conozca á sus amigos y sus enemigos». Esto significa que la lista podrá convertirse en lista de proscripción, y los tímidos no se atreven á inscribirse. En efecto, la defección se introduce enseguida en el batallón del centro. «Es un hecho cierto, dice Hua, y del que todos hemos sido testigos: perdíamos siempre cien votos en la votación nominal.»

Al final, se abandonan y no protestan ya sino absteniéndose: el 14 de Junio, cuando se trata de abolir, sin indemnización, todos los créditos feudales, no hay diputados sino en la extrema izquierda; el resto de la sala está casi vacío; de 497 diputados presentes, abandonaron la sesión 200.

Rehechos un instante por la apariencia de una protección posible, absuelven en dos ocasiones al general Lafayette, tras el que ven á su ejército y resisten frente á los déspotas de la Asamblea, de los clubs y de la calle. Pero, en dos ocasiones, falta de un jefe y de un punto de apoyo militar, la mayoría tiene que doblegarse, callarse, huir, ó retroceder bajo la dictadura de la facción victoriosa que ha falseado y forzado la máquina legislativa hasta descomponerla y romperla.

CAPITULO III

I. Política de la Asamblea.—Estado de Francia á fines de 1791.—Impotencia de la ley.—II. La Asamblea hostil á los oprimidos y favorable á los opresores.—Decretos contra la nobleza y el clero.—Amnistía á los desertores y á los bandidos.—Máximas anárquicas y niveladoras.—III. La guerra.—Disposiciones de las potencias extranjeras.—Repugnancias del rey.—Provocaciones de los girondinos.—Fecha y causas de la ruptura.—IV. Motivos secretos de los agitadores.—Su ascendiente comprometido por la paz.—Descontento de la clase acomodada y culta.—Formación y crecimiento del partido del orden.—Aproximación del rey y de ese partido.—V. Efecto de la guerra sobre la plebe.—Sus alarmas y su furor.—El segundo acceso de revolución y sus caracteres.—Alianza de los girondinos y del populacho.—El gorro frigio y las picas.—Sustitución universal del gobierno de la ley por el gobierno de la fuerza.

I

Si los diputados que el 1.° de Octubre de 1791 juraban la Constitución con tanta solemnidad y tanto entusiasmo hubieran querido abrir los ojos, habrían visto que, en todos los puntos del territorio, aquella Constitución era incesantemente violada en su letra y en su espíritu. Según la costumbre y por amor propio de autor, el último presidente de la Constituyente, Mr. Thouret, acababa, en su informe final, de ocultar la desagradable verdad bajo frases pomposas y engañadoras; pero bastaba recorrer el resumen del mes para comprobar si, como aseguraba, «la ejecución de

los decretos era completa en todas las partes del imperio».

«¿En dónde está, preguntaba Mallet. Dupan, esa ejecución completa? ¿Es en Tolón, en medio de los muertos y de los heridos, á los que han fusilado á la faz del Municipio y del directorio absortos? ¿Es en Marsella, en donde han sido asesinados dos particulares, como aristócratas, bajo pretexto de que vendían á los niños dulces envenenados para comenzar la contrarrevolución? ¿Es en Arlés, contra la que 4.000 marselleses, lanzados por el club, se ponen en marcha en estos mismos momentos? ¿Es en Bayeux, en donde Fauchet, condenado á inhabilitación política, acaba de ser elegido diputado á la Legislativa? ¿Es en Blois, en donde el gobernador militar, amenazado de muerte por haber intentado la ejecución de los decretos, se ha visto obligado á licenciar á un regimiento fiel y someterse á un batallón licencioso? ¿Es en Nimes, en donde el regimiento del Delfinado, al salir de la ciudad por orden del ministro, ha recibido del pueblo y del club la orden de desobedecer al ministro y quedarse? ¿Es en esos regimientos que sus oficiales, con la pistola al pecho, se han visto obligados á abandonar para ceder el puesto á unos aficionados? ¿Es en Tolosa, en donde á fines de Agosto, los cuerpos administrativos han ordenado á todos los sacerdotes no juramentados que salgan de la ciudad en un plazo de tres días y que se retiren á cuatro leguas? ¿Es en las afueras, en Tolosa, en donde el 28 de Agosto ha colgado de un farol á un agente del Municipio después de una contienda á tiros?» ¿Es en París, en donde el 25 de Septiembre, el colegio de los irlandeses, vanamente protegido por un tratado internacional, es asaltado por el populacho, en donde los católicos que oían la misa ortodoxa son

echados y arrastrados á la misa del juramentado próximo, en donde una mujer ha sido arrancada del confesonario, y otra azotada?

Estos motines, decíase, son pasajeros; una vez promulgada la Constitución, el orden se restablecerá por sí mismo.

Pues bien; he aquí la Constitución acabada, aceptada por el rey, proclamada, confiada á la custodia de la Asamblea legislativa; que la Asamblea legislativa considera el cuadro de las primeras semanas.

En los ocho departamentos que rodean á París, motines casi en cada mercado, las granjas invadidas y los cultivadores sujetos á impuestos por bandas de vagabundos, el alcalde de Melum lleno de golpes y al que sacan ensangrentado de manos del populacho; en Belfort, una insurrección por detener un convoy de dinero, y el comisario del Alto Rhin en peligro de muerte; en Bouxvillers, los propietarios atacados por la guardia nacional indigente y por los soldados de Salm-Salm, casas forzadas y bodegas saqueadas; en Mirecourt, una reunión de mujeres que tocan el tambor y que durante tres días tienen sitiado el Ayuntamiento.

«Un día, es Rochefort con motín, y los obreros del puerto obligando al Municipio á desplegar la bandera roja. Al día siguiente, el pueblo de Lille que no quiere cambiar su dinero y sus asignados por pedazos de papel que se llaman *billetes de confianza*, que se agrupa, amenaza, y cuya explosión se ve obligada á prevenir una guarnición entera.» El 16 de Octubre, es Avignon en poder de los bandidos y la abominable carnicería de la Glacière. El 5 de Noviembre, en Caen, son 82 gentileshombres burgueses, artesanos, golpeados, heridos y encarcelados por haberse ofrecido al

Municipio en calidad de condestables voluntarios. El 14 de Noviembre, en Montpellier, es el triunfo de los *pega duro*, ocho hombres y mujeres muertos en las calles ó á domicilio, todos los moderados desarmados ó huídos. A partir de fines de Octubre, es una gigantesca columna de humo de llamas que brota repentinamente y, de semana en semana, crece al otro lado del Atlántico, la guerra de siervos en Santo Domingo, las fieras soltadas contra sus guardianes, 50.000 negros en campaña, y, como principio, 1.000 blancos asesinados, 15.000 negros muertos, 200 ingenios destruídos, las pérdidas calculadas en 600 millones, «una colonia, que ella sola valía por diez provincias, casi aniquilada». En París, es Condorcet escribiendo en su periódico que «aquellas noticias son apócrifas y no tienen otro objeto que crear al rey de los franceses un imperio de ultramar, en el que haya amos y esclavos»; es un sargento de la guardia nacional que, por sí y ante sí, consigna al rey en sus habitaciones por miedo de que huya, y prohibe al centinela que le deje salir después de las nueve de la noche; son, en las Tullerías, oradores al aire libre que denuncian á los aristócratas y á los sacerdotes; es, en el Palais Royal, un pandemonium de lujuria pública y de declamaciones incendiarias; son, en todos los barrios, focos de motín, «tantos robos como cuartos de hora, y ningún ladrón castigado; nada de policía, tribunales sobrecargados de trabajo, cárceles que no bastan para el número de delincuentes, casi todos los hoteles cerrados, el consumo anual disminuído en 250 millones, solamente en el barrio de San Germán, veinte mil tunantes que se pasan el día en los garitos, en los espectáculos, en el Palais Royal, en la Asamblea nacional, en los cafés; miles de mendigos infestando las calles, las pla-

zuelas, las plazas públicas; en todas partes la imagen de la más profunda y de la menos conmovedora miseria, porque va unida á la insolencia; nubes de desharrapados que subsisten de la venta de un papel moneda que lleva cualquier timbre, emitido por el que quiera emitirlo, desgarrado, vendido, dado, devuelto en tiras más sucias que los desgraciados que con él comercian»; de los 700.000 habitantes, 100.000 son pobres, de los que 60.000 proceden de los departamentos; entre ellos hay 31.000 indigentes de los talleres nacionales, á los que se envió á sus casas en el mes de Junio anterior, pero que, refluyendo tres meses después, han venido de nuevo á meterse en la gran sentina del vagabundeo y de la licencia, para estrellarse su masa flotante con el edificio mal sentado de los poderes públicos y proporcionar brazos á la sedición.

En París y en provincias, es la desobediencia á todos los grados de la jerarquía: aquí, directorios que contrarrestan las órdenes del ministro; allí, Municipios que desafían los mandatos de su directorio; más lejos, comunas que, con el sable en mano, hacen andar á su alcalde; en otra parte, soldados y marinos que arrestan á sus oficiales, detenidos que insultan á su juez en el tribunal y le obligan á rectificar el fallo pronunciado, grupos tumultuosos que tasan ó roban el trigo en los mercados, guardias nacionales que le impiden circular ó van á buscarle á domicilio; ninguna seguridad para los bienes, las vidas, las conciencias; la mayoría de los franceses privada de hecho del derecho de practicar su antiguo culto y de votar en las elecciones; para lo selecto de la nación, eclesiásticos y nobles, oficiales de tierra y de mar, grandes comerciantes y propietarios, ninguna seguridad de día ó de noche, ninguna garantía en los tribunales, la denun-

cia, la expulsión, los asaltos á domicilio, la prohibición de asociarse, ni aun para prestar mano fuerte á la ley y bajo la dirección de las autoridades legales; enfrente, y por contraste, el privilegio y la impunidad de una secta que se ha trasformado en corporación política, «que extiende sus afiliaciones en todo el reino y hasta en el extranjero, que tiene su tesoro, sus comités, su reglamento, que gobierna al gobierno, que juzga á la justicia», y, desde la capital hasta la aldea, usurpa ó regenta la administración.

Libertad, igualdad, soberanía de la ley, nada de todo esto existe más que en palabras. De los tres mil decretos engendrados por la Constituyente, los más admirados, los más engalanados con el bautismo filosófico forman un montón de fetos nacidos muertos, de los que Francia es el cementerio. Lo que subsiste efectivamente bajo las falaces apariencias del derecho proclamado y jurado en cien ocasiones, es, de una parte, la opresión de la clase superior y culta, á la que se retiran todos los derechos del hombre; de otra parte, la tiranía de la turba fanática y brutal, que se arroga todos los derechos del soberano.

II

En vano es que reclamen contra este desquiciamiento y este escándalo las personas honradas á la Asamblea; la Asamblea, dirigida y coaccionada por los jacobinos, no reforma la ley sino para abrumar á los oprimidos y para autorizar á los opresores.

Sin distinguir entre las gentes armadas de Coblentz, á las que tiene derecho á castigar, y los fugitivos tres veces más numerosos, mujeres, ancianos, niños, tantas gentes indiferentes é inofensivas, no solamente los nobles, sino también los labradores, que no han marcha-

do sino para librarse de los atentados populares, confisca los bienes de los emigrados y ordena que se saquen á la venta. Por la nueva obligación del pasaporte liga á su domicilio á los que permanecen, y somete la facultad de ir y venir, incluso en el interior, á la arbitrariedad de cada municipio jacobino. Concluye de arruinarlos suprimiendo sin indemnización el resto de su renta de inmuebles, todos los derechos que la Constitución había declarado legítimos. Suprime, en cuanto le es posible, su historia y su pasado, quemando en los depósitos públicos sus títulos genealógicos.

A todos los eclesiásticos no juramentados, á los dos tercios del clero de Francia, los retira el pan, la exigua pensión alimenticia que es la compensación de sus bienes confiscados; los declara sospechosos de rebelión contra la ley y de malas intenciones contra la patria; los somete á una vigilancia especial; autoriza á las administraciones locales á expulsarlos sin formación de causa en caso de perturbación; decreta que en este caso serán deportados. Suprime «todas las congregaciones seculares de hombres y de mujeres, eclesiásticas ó laicas; hasta las que están únicamente consagradas al servicio de los hospitales y al alivio de los enfermos»; hasta las que dan la enseñanza primaria y cuya abolición «va á quitar á 6.000.000 de niños los medios de aprender á leer y á escribir». Les prohibe el hábito; pone á la venta los palacios episcopales, las casas ocupadas todavía por religiosos ó religiosas. Acoge con aclamaciones á un cura casado que le presenta á su mujer.

No solamente destruye, sino que insulta, y los autores de cada decreto que pasa añaden al dardo la granizada de sus injurias y de sus difamaciones.

«Las congregaciones, dice un diputado, insinúan en

el espíritu de los niños el veneno de la aristocracia y del fanatismo.»

«Purgad los campos, dice Lagreval, de esa hierba que los devora.»

«Sabido es, exclama Jouard, que el sacerdote es tan cobarde como vengativo... Enviad á esos apestados á los lazaretos de Roma y de Italia... ¿Qué es una religión insociable por naturaleza y rebelde por principios?»

No juramentados, emigrados de hecho, emigrados de corazón, «grandes propietarios, ricos negociantes, falsos moderados», todos son conspiradores declarados ó enemigos ocultos. Les imputan todos los desastres públicos. «La causa de las revueltas que de olan las colonias, dice Brissot, es la infernal vanidad de los blancos, quienes, tres veces, han violado un concordato que tres veces habían jurado mantener.» Se explica por su calculada malevolencia la falta de trabajo y la escasez de trigo. «Muchos hombres ricos, dice Français de Nantes, dejan improductivas sus propiedades y sus tierras en barbecho por el gusto de hacer que grite el pueblo.» Dividen á Francia en dos partidos, de un lado la aristocracia, á la que se atribuyen todos los vicios; de otro lado el pueblo, al que se confieren todas las virtudes. «Cada día, dice Lamarque, la defensa de la libertad es cobardemente abandonada por los ricos, por los nobles, que no se pusieron la careta del patriotismo sino para engañarnos. No en esta clase, y sí solamente en los ciudadanos á quienes se llama desdeñosamente pueblo, se encontrarán almas puras, almas ardientes y verdaderamente dignas de la libertad.»

Un paso más, y se va á permitir á los buenos todo contra los malos; tanto peor para los aristócratas si

les ocurre una desgracia. A esos funcionarios á quienes se lapida, M. de la Jaillé y otros, «¿no les valiera más no merecer el ser sacrificados á los furores del pueblo?» Y desde lo alto de la tribuna exclama Jouard: «La larga impunidad de los criminales es la que ha podido hacer al pueblo verdugo; sí, la cólera del pueblo, como la cólera de Dios, no es harto á menudo sino el suplemento terrible del silencio de las leyes.»

En otros términos: se justifican los crímenes, y, contra aquellos á los que desde hace dos años se asesina, se provoca todavía el asesinato.

Por una consecuencia forzada, si las víctimas son culpables, los ejecutores son personas honradas, y la Asamblea, que persigue á los unos con todos sus rigores, reserva á los otros toda su indulgencia. Rehabilita á los innumerables desertores que abandonaren sus banderas antes del 1.° de Enero de 1789; les concede tres sueldos por legua y los reintegra en su domicilio, en su regimiento, para que sean, con sus compañeros cuya deserción es más reciente, cabezas ó colas de motín. Saca de presidio á los cuarenta suizos de Chateauvieux, á los que sus propios cantones querían mantener en él; tolera que «aquellos mártires de la libertad» sean paseados por París en un carro de triunfo, los admite en la Asamblea, y, por una votación solemne, los invita á los honores de la sesión. En fin, como si tuviera empeño en soltar sobre el público á la más feroz y más inmunda canalla, indulta á Jourdan, Manivielle, Duprat, Raphel, á los presidiarios evadidos, á los *condottieres* de todas partes, que se titularon ellos mismos «los bravos bandidos de Avignon» y que, durante diez y ocho meses, saquearon el condado; suspende el proceso casi terminado de los asesinos de la Glacière; tolera que vuelvan victorio-

sos, que se instalen como autoridad en el puesto de los magistrados fugitivos y que Avignon, tratada como ciudad conquistada, sea en adelante su presa y su botín. Esto es introducir deliberadamente el veneno en el cuerpo social, y nada se omite para aumentar la fiebre en ese cuerpo febril. Del seno de la Asamblea salen, como otros tantos miasmas, las máximas más anárquicas y las más deletéreas. Exíjase en principio la nivelación absoluta. «La igualdad de los derechos, dice Lamarque, no puede sostenerse sino por una tendencia continua hacia la nivelación de las fortunas»; y la teoría se pone en práctica, puesto que en todas partes los proletarios roban á los propietarios.

«Repartid los bienes comunales, dice Français de Nantes, entre los ciudadanos de los pueblos circundantes, en razón inversa de sus fortunas, y que el que tenga menos propiedades patrimoniales tenga la mayor parte en el reparto.» Concebid el efecto de esta moción leída ante campesinos que, en aquellos mismos momentos, reivindican para su comuna el bosque de su señor.

Corneille prohibe al fisco que imponga nada sobre el salario del trabajo manual, porque la naturaleza, y no la sociedad, es la que nos da «el derecho á vivir»; en cambio, confiere al fisco la facultad de apoderarse de toda la renta, porque la sociedad, y no la naturaleza, es la que instituye la renta; de donde se sigue, según él, que hay que descargar de toda tasa á la mayoría pobre, y cargar con todas las tasas á la minoría rica. Sistema oportuno, argumento bien hallado para convencer á los contribuyentes indigentes ó en mala posición, es decir, á la mayoría recalcitrante, de que está justamente tasada y no debe rechazar el impuesto.

«Bajo el reinado de la libertad, dice el presidente Daverhoult, el pueblo tiene el derecho de pretender, no solamente la subsistencia, sino la abundancia y la felicidad.» Luego le hacen traición, puesto que está en la miseria.

«A la altura á que se ha elevado el pueblo francés, dice otro presidente, no puede ver ya las tempestades sino bajo sus pies.» La tempestad llega y funde sobre su cabeza; la guerra, como una nube negra, aparece en el horizonte, invade los cuatro ángulos del cielo, truena, envuelve en un círculo de rayos á Francia llena de materias explosivas, y la Asamblea, por la más enorme de sus culpas, es la que atrae los rayos sobre la nación.

III

Con un poco de prudencia hubiera podido evitarlos. Alegábanse dos agravios principales: uno por Francia, otro por el Imperio.

De una parte, y muy justamente, Francia reclamaba contra los agrupamientos de emigrados que el emperador y los electores toleraban con perjuicio de aquélla. Pero, en primer lugar, unos cuantos miles de gentileshombres, sin soldados, sin almacenes y casi sin dinero, no eran nada de temer, y, además, mucho antes de la hora decisiva, tales agrupamientos fueron dispersados al instante por el emperador en sus estados propios, al cabo de quince días por el elector de Tréves en su electorado.

De otra parte, en virtud de los tratados, los príncipes alemanes posesionados en Alsacia, reivindicaban los derechos feudales suprimidos en sus tierras francesas, y la Dieta les prohibía aceptar la indemnización ofrecida. Pero en la Dieta, nada era más usado

ni más fácil que alargar negociaciones dilatorias, y no había ningún peligro ni inconveniente en la espera, puesto que, mientras tanto, los reclamantes permanecían con las manos vacías.

Si ahora tras los pretextos ostensibles se buscan las voluntades verdaderas, es cierto que, hasta fines de Enero de 1792, las intenciones de Austria eran pacíficas. Lo que había concedido al conde de Artois por la declaración de Pilnitz era agua de borrajas, la apariencia de una promesa ilusoria, un socorro subordinado al concierto de toda Europa, es decir, anulado de antemano por un aplazamiento indefinido, y la pretendida liga de los soberanos había sido «puesta por los políticos en la clase de las comedias augustas». Muy lejos de armarse contra la nueva Francia en nombre de la Francia antigua, el emperador Leopoldo y su ministro Kaunitz estaban satisfechísimos de ver la Constitución concluída, aceptada por el rey; esto «los sacaba de un compromiso», y á Prusia también. En la conducta de los Estados, el interés político es siempre el gran resorte, y las dos potencias tenían necesidad de todas sus fuerzas en otro lado, en Polonia, una para retardar, la otra para acelerar la repartición; ambas, en caso de repartición, para quedarse con bastante é impedir que Rusia tomase demasiado.

Así es que los soberanos de Prusia y Austria no pensaban todavía ni en libertar á Luis XVI, ni en favorecer á los emigrados, ni en conquistar provincias francesas, y, si podía esperarse su malquerencia personal, no había que temer su intervención armada.

Del lado de Francia, no es el rey quien busca la ruptura; sabe muy bien que los azares de la guerra caerán convertidos en peligros mortales sobre su ca-

beza y las de los suyos. Tanto en secreto como en público, cuanto escribe á los emigrados es para contenerlos. Su correspondencia particular pide á las potencias, no una ayuda física, sino un concurso moral: el apoyo exterior de un congreso que permita á los hombres moderados, á los partidarios del orden, á los propietarios, levantar la cabeza y concentrarse contra la anarquía en torno del trono y de las leyes. Su correspondencia ministerial emplea todas las precauciones para no prender ni dejar que se prenda fuego á la pólvora. En el momento de la deliberación crítica, por conducto de Delessart, su ministro de Estado, suplica á los diputados que midan sus palabras, y sobre todo, que no amenacen á plazo fijo. Hasta el fin, resiste cuanto puede su voluntad pasiva. Cuando se ve obligado á declarar la guerra, exige previamente la opinión firmada de todos sus ministros, y no pronuncia las palabras fatales sino en último extremo, «con lágrimas en los ojos», arrastrado por la Asamblea, que acaba de enviar á Delessart ante el tribunal supremo de Orleans, bajo una acusación capital, y que califica toda prudencia de traición.

La Asamblea es, por consiguiente, la que lanza á los abismos de la mar desconocida á la nave desamparada, sin timón, y que hace agua por todas partes; ella sola corta el cable que la retenía al puerto y que las potencias extranjeras no se atrevían ni deseaban cortar. También esta vez los girondinos son los agitadores y los que manejan el hacha: se han apoderado de ella desde fines de Octubre y pegan á golpes redoblados.

Por excepción, los jacobinos extremos, Canthon, Collot-d'Herbois, Danton, Robespierre, no están con ellos; Robespierre, que al principio propuso encerrar

al emperador «en el círculo de Popilio», teme entregar al rey poderes demasiado grandes, desconfía y predica la desconfianza.

Pero la masa del partido, la opinión que grita, sigue y empuja á los temerarios que marchan hacia adelante. De tantas cosas como habría que saber para dirigir con competencia un asunto tan complicado y tan delicado, no conocen ninguna, ni los gabinetes, ni los pueblos, ni los tratados, ni los precedentes, ni las formas convenientes, ni el estilo obligado. Por guía y consejero en las relaciones extranjeras, á falta de otro, tienen á Brissot, que funda su primacía en la ignorancia de aquéllos, y que, erigido en hombre de Estado, se convierte, durante varios meses, en el personaje más ostensible de Europa. Si se puede atribuir á un hombre una calamidad europea, debe imputársele esta. Ese desdichado, nacido en una pastelería, educado en una oficina de procurador, ex agente de policía, con 150 francos al mes, ex asociado de comerciantes de difamación y de empresarios de *chantage*, aventurero de la pluma, es quien, con sus medio conocimientos de nómada, sus cuartos de idea de gacetillero, su erudición de gabinete literario, sus declamaciones de clubista, decide de los destinos de Francia y desencadena en Europa una guerra que destruirá seis millones de vidas. Desde el fondo de zaquizamí, en donde su mujer le lava las camisas, se place con habérselas con los potentados, y, para empezar, el 20 de Octubre insulta á treinta soberanos extranjeros en la tribuna. Goce exquisito é íntimo, que es el alimento cotidiano del nuevo fanatismo, y que la misma madame Roland saborea con visible complacencia en las dos célebres cartas, en las que, en tono rojo, da una lección primero al rey, después al papa. En el fondo, Brissot

se cree Luis XIV, é invita expresamente á los jacobinos á imitar las insolencias del gran monarca.

A la torpeza del intruso, á la suspicacia del advenedizo, se junta la rigidez del sectario. En nombre del derecho abstracto, los jacobinos niegan el derecho histórico; imponen desde lo alto, y por la fuerza, la verdad de los que son apóstoles, y se permiten todas las provocaciones que prohiben á los otros. «Digamos á Europa, exclama Isnard, que diez millones de franceses, armados con la espada, con la pluma, con la razón, con la elocuencia, podrían ellos solos, si se les irrita, cambiar la faz del mundo y hacer temblar á todos los tiranos en sus tronos de barro.»

«Allí, en donde hay un trono, añade Herault de Séchelle, tenemos un enemigo.»

«No hay capitulación sincera, dice Brissot, entre la tiranía y la libertad... Nuestra Constitución es un anatema eterno á los reyes absolutos... Constituye sus procesos y pronuncia sus sentencias; parece decir á cada uno: mañana dejarás de ser, ó no serás rey sino por el pueblo... La guerra es actualmente un bien nacional, y la única calamidad que haya que temer es el que no estalle la guerra.»

«Decid al rey, exclama Genssoné, que la guerra es necesaria, que la opinión pública la provoca, y que la requiere el bien del imperio.»

«El estado en que nos encontramos, perora Vergniaud, es un verdadero estado de destrucción que puede conducirnos al oprobio y á la muerte. ¡A las armas, pues, á las armas! Ciudadanos, hombres libres, defended vuestra libertad, asegurad la esperanza de la del género humano... No perdáis las ventajas de vuestra situación; atacad cuando todo os hace presagiar un feliz resultado... Paréceme que los manes de

las generaciones pasadas acuden á este templo para pediros, en nombre de los males que la esclavitud les hizo sufrir, que preservéis de ellos á las futuras generaciones, cuyos destinos están en vuestras manos. Realizad este ruego; sed en lo futuro una nueva Providencia; asociaos á la justicia eterna.»

Entre estas marsellesas oratorias no hay lugar para la discusión seria. A las reclamaciones del emperador en apoyo de los príncipes posesionados de Alsacia, Brissot responde que «la soberanía de los pueblos no está ligada por los tratados de los tiranos». En cuanto á los agrupamientos de los emigrados, puesto que el emperador ha cedido en este punto, cederá igualmente en los otros. Que renuncia formalmente á toda liga contra Francia. «Quiero, dice Brissot, la guerra para el 10 de Febrero, si para esa fecha no hemos recibido dicha renuncia.» Nada de explicaciones; lo que necesitamos es una satisfacción; «exigir una satisfacción, exponer al emperador á nuestra merced.» La Asamblea tiene tanta prisa en romper, que usurpa la iniciativa reservada al rey, y redacta en forma de derecho un requerimiento á plazo fijo.

En este momento, los dados están echados: «Quieren la guerra, dice el emperador; la tendrán», y en seguida Austria se alía á Prusia, amenazada, como aquélla, por la propaganda revolucionaria. A fuerza de tocar á rebato, los jacobinos, amos de la Asamblea, han logrado que se lleve á efecto «aquella alianza monstruosa», y, de día en día, la campana toca más fuerte. Un año más y, gracias á esta política, Francia tendrá á toda Europa por enemiga, y por única amiga, la regencia de Alger, cuyo régimen interior es poco más ó menos el mismo que el suyo.

IV

Al través de sus bullangas se percibe un cálculo que confesarán más adelante.

«Oponíamos la Constitución, dirá Brissot, y la Constitución no podía caer sino por la guerra.» Así, pues, los agravios diplomáticos de que se quejan no son para ellos sino un pretexto; si quieren la guerra, es para derribar el orden legal que les molesta; su verdadero fin es la conquista del poder, una segunda revolución interior, la aplicación de su sistema, una nivelación definitiva.

Tras ellos se ocultan el más político y el más absoluto de los teóricos, un hombre «cuyo gran arte consiste en ir á su fin sin parecerlo, en preparar á los otros para miras lejanas que no sospechan, en hablar poco en público y obrar en secreto.» El, Sieyes, es «el que dirige todo sin parecer que dirija nada». Tan infatuado como Rousseau con sus concepciones especulativas, pero tan exento de escrúpulos y tan perspicaz como Maquiavelo en la elección de los medios prácticos, ha sido, es y será el abogado consultor de la democracia radical. «Su orgullo no sufre nada por encima de él; hace abolir la nobleza porque no era noble; porque no posee todo, destruirá todo. Su doctrina fundamental es que, para afianzar la revolución, es indispensable cambiar la religión y cambiar la dinastía.»

Ahora bien; si la paz hubiese durado, nada de todo esto era posible, y, además, el ascendiente del partido estaba comprometido. Clases enteras que le habían seguido cuando lanzaba el motín contra los privilegiados, separábanse de él ahora que el motín iba con-

tra ellas, y, de los hombres que reflexionaban ó poseían, la mayor parte, disgustados de la anarquía, se disgustaban también de sus autores. Muchos administradores, magistrados, funcionarios elegidos, se quejaban abiertamente de que su autoridad estuviese sometida á la del populacho. Muchos labradores, industriales y comerciantes se indignaban en voz baja de que el fruto de sus trabajos y sus ahorros se entregara á la discreción de los indigentes y de los ladrones. Era duro para los harineros de Etampes el no atreverse á hacer expediciones de trigo, no recibían á los tratantes sino de noche, tiembla por ellos mismos en sus casas, saber que, si salían de ellas, corrían riesgo de la vida. Era duro para los grandes tenderos de París ver sus almacenes invadidos, sus cristales rotos, sus sacos de cafés y sus pilones de azúcar tasados á vil precio, repartidos, llevados por mujeres, ó robados por pilluelos que corrían á venderlos al otro extremo de la calle. Era duro en todo lugar, para las familias de antigua burguesía, para los antiguos notables de cada ciudad ó pueolo, para los principales de cada arte, profesión ú oficio, para las gentes acomodadas y consideradas, en suma, para la mayoría de los hombres que tenían un buen hogar y un buen traje, sufrir la dominación ilegal de una plebe dirigida por unos cuantos declamadores y charlatanes.

Ya á principios de 1792, el descontento era tan visible, que se le denunciaba en la tribuna y en la prensa. Isnard tronaba contra «aquella caterva de grandes propietarios, de ricos comerciantes, de hombres opulentos y orgullosos que, colocados ventajosamente en el anfiteatro de las condiciones sociales, no quieren que se les quite de sus puestos».

«La burguesía, escribía Petion, esa clase numerosa

y acomodada, sepárase del pueblo; se pone sobre él..., él es el único objeto de su desconfianza. En todas partes la persigue la idea de que ahora la revolución es la guerra de los que tienen contra los que no tienen.»

Efectivamente, se abstenía en las elecciones, se negaba á frecuentar las sociedades patrióticas, reclamaba el restablecimiento del orden y el reinado de la ley; reunía en torno de ella «á la multitud de gentes moderadas y tímidas para quienes la tranquilidad es lo primero», y sobre todo, lo que era más grave, imputaba los motines á los autores de los motines. Con indignación contenida y una fuerza de pruebas irresistible, un hombre de corazón, Andrés Chenier, salía de la multitud callado, y, públicamente, quitaba la careta á los jacobinos. Ponía de manifiesto el sofisma cotidiano por el que un grupo, «unos cuantos cientos de ociosos reunidos en un jardín ó en un espectáculo, eran descaradamente llamados el pueblo». Pintaba «á aquellos dos ó tres mil usurpadores de la soberanía nacional embriagados diariamente por sus oradores y sus escritores con un incienso más grosero que la adulación ofrecida á los peores déspotas; esas asambleas en donde «un número infinitamente pequeño de franceses parece grande porque están reunidos y porque gritan»; ese club de París del que las personas honradas laboriosas é instruídas se han separado una á una, para ceder el puesto á los intrigantes con deudas, á los hipócritas del patriotismo, á los aficionados al ruido, á los talentos abortados, á los cerebros desquiciados, á los fracasados de todo orden y de toda especie que, no habiendo sabido realizar sus asuntos particulares, se desquitan con los asuntos públicos. Mostraba en rededor de la manufacturera electoral, mil doscientas sucursales de motines, mil doscientas sociedades

afiliadas que, «dándose la mano, forman una especie de cadena eléctrica en torno de Francia» y la sacuden á todo impulso salido del centro; su confederación instalada y entronizada, no solamente como un Estado en el Estado, sino como un Estado soberano en un Estado vasallo; administraciones procesadas por ellas, sentencias de justicia casadas por su intervención, particulares visitados, tasados, condenados por su arbitrariedad; la apología incesante y sistemática de la subordinación y del motín; «bajo el nombre de acaparamientos y de monopolios, el comercio y la industria presentados como delitos»; toda propiedad quebrantada, todo rico sospechoso, «los talentos y la propiedad reducidos al silencio»; en suma: una conjuración pública contra la sociedad y en nombre de la sociedad misma, y «la efigie santa de la libertad empleada en sellar la impunidad de algunos tiranos».

Semejante protesta decía en alta voz lo que la mayor parte de los franceses murmuraban en voz baja, y, de más en más, los excesos más graves suscitaban una reprobación mayor. «La anarquía existe en un grado casi sin ejemplo, escribía el embajador de los Estados Unidos. Tales son el horror y el terror universalmente inspirados por las sociedades licenciosas, que hay razón para creer que la gran masa de la población francesa consideraría al mismo despotismo como un bien si estuviera acompañado de esa seguridad de las personas y de las propiedades que se posee bajo los peores gobiernos de Europa.»

«Está para mí demostrado, dice otro observador no menos competente, que, cuando sucumbió definitivamente Luis XVI, tenía muchos más partidarios en Francia que un año antes, cuando su fuga á Varennes.»

Efectivamente, en varias ocasiones, á fines de 1791 y de 1792, confirmó esta verdad con informaciones. «Diez y ocho mil oficiales de todas graduaciones nombrados por los constitucionales, 71 administraciones de departamento de 82, la mayor parte de los tribunales, los comerciantes, los fabricantes, todos los jefes y la mayoría de la guardia nacional de París», en suma, lo selecto de la nación, y, entre los ciudadanos, la inmensa mayoría de los que no vivían al día, estaban por el rey y por la derecha de la Asamblea en contra de la izquierda. Si las perturbaciones del interior no se hubieran complicado con los peligros del exterior, la opinión hubiera cambiado, y el rey así lo esperaba. Al aceptar la Constitución, había juzgado que la práctica descubriría sus defectos y provocaría su reforma. Sin embargo, la observaba escrupulosamente, y por interés, tanto como por conciencia, cumplía su juramento á la letra. «El más exacto cumplimiento de la Constitución, decía á uno de sus ministros, es el medio más seguro de hacer que la nación perciba los cambios que conviene introducir en aquélla.»

En otros términos, contaba con la experiencia, y es muy probable que si la experiencia no se hubiera visto descarrilada, hubiese acertado en su cálculo. Entre los defensores del orden y los instigadores del desorden, la nación hubiera concluído por optar; se hubiese pronunciado por los magistrados contra los clubs, por la gendarmería contra el motín, por el rey contra el populacho. Al cabo de uno ó dos años hubiera comprendido que, para asegurar la ejecución de las leyes, era indispensable restaurar el poder ejecutivo; que el gendarme en jefe, con las manos atadas, no podía desempeñar su misión; que sin duda era prudente pres-

cribirle una consigna, pero que si se quería emplearle eficazmente contra los locos y los pícaros, había que empezar por desatarle las manos.

V

Todo se trueca con la guerra; en el acto, la faz de las cosas cambia, y la alternativa cambia de términos. Ya no se trata de elegir entre el orden y el desorden, sino entre el nuevo y el antiguo régimen; porque, detrás de los extranjeros, se ve á los emigrados en la frontera. La conmoción es terrible, sobre todo en la capa profunda, que en otro tiempo llevaba sola casi todo el peso del antiguo edificio, entre los millones de hombres que viven penosamente del trabajo de sus brazos, artesanos, labradores modestos, obreros, soldados y también contrabandistas, cazadores furtivos, vagabundos, mendigos, que, tasados, despojados, maltratados desde hacía siglos, sufrían, de padres á hijos, la miseria, la opresión y el desdén. Saben, por experiencia propia, la diferencia de su condición reciente y de su condición presente. No tienen más que recordar para ver con la imaginación la enormidad de las tasas reales, eclesiásticas y señoriales, los 81 por 100 del impuesto directo, las jornadas de trabajo, las gabelas, la arbitrariedad del perceptor, la lentitud y la parcialidad de la justicia, la precipitación y la brutalidad de la policía, todas las exacciones y miserias. No tienen más que abrir los ojos para ver la inmensidad de su emancipación, todas las tasas directas ó indirectas abolidas en derecho y suprimidas de hecho desde hace tres años, la cerveza á dos sueldos el jarro, el vino á seis la pinta, los pichones en sus despensas, la caza en sus asadores, la leña de los bos-

ques nacionales en sus desvanes, la gendarmería tímida, la policía ausente en muchos lugares, toda la cosecha para ellos, el propietario sin atreverse á reclamar su parte, el juez evitando condenarles, los privilegios restablecidos en su favor, la autoridad pública humilde ante sus motines, dócil ante sus exigencias, inerte ó desarmada contra sus desmanes, sus atentados excusados ó tolerados, su gran sentido y su gran corazón celebrados en miles de arengas, la blusa y la chaqueta consideradas como las insignias del patriotismo; la supremacía en el Estado, reivindicada por los descamisados en nombre de sus méritos y virtudes.

Y he aquí que les anuncian el derrumbamiento de todo esto, una liga de reyes extranjeros, los emigrados en armas, la invasión inminente, hordas de mercenarios y de bárbaros lanzados contra ellos para volverlos á la cadena.

Una cólera formidable rueda del taller á la cabaña con canciones nacionales que denuncian la conspiración de los tiranos y llaman al pueblo á las armas. Esta segunda oleada de la revolución que sube y surge, menos ancha que la primera, puesto que no arrastra sino á la plebe, pero mucho más alta y mucho más destructora.

En efecto, no solamente la masa lanzada es la más grosera, sino que la impulsa un sentimiento nuevo, cuya fuerza es incalculable: el orgullo del plebeyo, del súbdito, del pobre, que, erguido súbitamente tras una abyección secular, ha saboreado, más allá de lo que esperara y de toda medida, los goces de la igualdad, de la independencia y del dominio. «Quince millones de negros blancos», dice Mallet-Dupau, peor alimentados, más desgraciados que los de Santo Do-

mingo, sublevados y emancipados de toda autoridad por la rebelión, habituados, por treinta meses de licencia, á reinar sobre lo que queda de sus antiguos reinos, orgullosos de su casta rehabilitada y de sus manos callosas, ¿puede imaginarse su transporte de rabia ante el trompetazo que los despierta para mostrarles en el horizonte á los amos, que vuelven con varas nuevas y más fuertes?

Nada más sospechoso que tal sentimiento con semejantes almas, nada más pronto alarmado, más dispuesto á los golpes de mano y á todos los excesos de la fuerza, más ciegamente crédulo, más fácil y violentamente precipitado, no solamente contra sus verdaderos enemigos de fuera, sino también, y desde luego, contra sus imaginarios enemigos de dentro, rey, ministros, gentileshombres, sacerdotes, parlamentarios, católicos ortodoxos, administradores y magistrados, que cometen la imprudencia de alegar la ley; industriales, comerciantes y propietarios, que censuran el desorden; burgueses ricos que tienen el egoísmo de permanecer en sus casas; gentes acomodadas, finas y bien vestidas, todos sospechosos, porque han perdido en el nuevo régimen ó porque no han adoptado sus maneras.

Tal es la colosal bestia que los girondinos introducen en la arena política; durante seis meses agitan ante ella banderas rojas, la azuzan, á fuerza de decretos y de proclamas, contra sus adversarios y contra sus guardianes, contra la nobleza y el clero, contra los aristócratas del interior, cómplices de Coblentz; contra el «comité austriaco», cómplice de Austria; contra el rey, cuya prudencia transforman en traición; contra todo el gobierno, al que imputan la anarquía que ellos fomentan, y la guerra, de la que ellos son los provocadores.

Así sobrexcitada, no falta más á la plebe que una señal y armas: en seguida la proporcionan una y otras. Por una curiosa coincidencia, y que demuestra bien un plan concertado, han puesto en movimiento al mismo tiempo tres máquinas políticas. Precisamente en los momentos en que, por su causa, hacían la guerra inevitable, se han encapillado la librea popular y han armado á los indigentes. Casi en la misma semana, á fines de Enero de 1793, han significado á Austria su ultimátum á plazo fijo, han adoptado el gorro de lana roja y comenzado la fabricación de picas.

Es evidente que, á campo raso, contra un ejército regular y cañones, tales picas no pueden servir; así, pues, han de emplearse en el interior y en las poblaciones; que el guardia nacional acomodado que paga su uniforme, que el ciudadano activo, privilegiado por sus tres francos de contribución directa, tengan su fusil; el obrero del puerto, el ciudadano pasivo, al que su pobreza excluye de votar, tenga su pica, y, en estos tiempos de insurrecciones, una papeleta de votación no vale lo que una buena pica manejada por brazos desnudos.

Ahora, el magistrado con escarapela puede preparar todos los requerimientos que guste; se los harán tragar, y, por miedo de que lo ignore, se lo advierten por adelantado: «Las picas comenzaron la revolución; las picas la acabarán.» «¡Ah!, dicen los habituales del jardín de las Tullerías; si los buenos patriotas del Campo de Marte las hubieran tenido, los uniformes azules (los guardias de Lafayette) no hubieran salido tan bien librados.

«Se llevarán á todos los lugares en donde se encuentren los enemigos del pueblo; al palacio, si están allí.»

Los agitadores de la Asamblea y el populacho de las picas se han coligado contra los ricos, contra los constitucionales, contra el gobierno, y, en adelante, al lado de los girondinos marchan los jacobinos extremos, unos y otros reconciliados para el ataque, dejando á salvo lo que ocurra después de la victoria.

CAPITULO V

Los departamentos.—I. Ejemplo, la Provenza en 1792.—Dominación precoz de los jacobinos en Marsella.—Composición del partido.—El club y el municipio.—Expulsión del regimiento de Ernesto.—II. Expedición de los marselleses á Aix.—El regimiento desarmado.—El directorio expulsado.—Presión sobre el nuevo directorio.—III. Los constitucionales de Arlés.—Expedición de los marselleses contra Arlés.—Sus excesos en la ciudad y los alrededores.—IV. Los jacobinos de Avignon.—El municipio de Avignon.—Asesinato de Leayer y matanza de la Glacière.—Dictadura de los jacobinos en la Vaucluse y en las Bocas del Ródano.—V. Los otros departamentos.—Procedimiento uniforme de la conquista jacobina.—Formación anticipada del Estado jacobino.

I

Si se quiere ver el primer desarrollo completo del árbol revolucionario, hay que observarlo en el departamento de las Bocas del Ródano: en ninguna parte fué tan precoz; en ninguna parte las circunstancias locales y de temperamento indígena fueron tan adecuados para acelerarle.

«Cielo abrasador, temperatura excesiva, tierras áridas, secas..., ríos devoradores, torrentes ó nulos ó desbordados», polvo cegador, nervios excitados por el soplo continuo del mistral ó por las intermitentes bocanadas del síroco; raza sensual, colérica y ruda, sin

lastre intelectual ni moral, en la que la mezcla del galo y del latino ha destruído la humanidad fácil del celta y la seriedad profunda del romano; «hombres hechos, fuertes, duros, inquietos», y, sin embargo, ligeros, improvisadores, charlatanes, víctimas de su propio énfasis, arrebatados en seguida á los espacios vacíos por la declamación furibunda y por el entusiasmo artificial; por ciudad principal, una población comercial y marítima de ciento veinte mil almas, en la que los azares del negocio y de la navegación nutren el espíritu de innovaciones y de aventuras, en donde la solidez de los caracteres se ve diariamente quebrantada por el ejemplo de las fortunas repentinas que se derrochan en placeres groseros, en donde la política, lo mismo que la especulación, es una lotería que promete á los audaces sus billetes gananciosos; puerto franco y punto de cita á los nómadas sin oficio ni ley, que como algas desarraigadas y podridas, flotan, de costa á costa, por todo el contorno del Mediterráneo; verdadera sentina en la que se vierte la hez de veinte civilizaciones gastadas y semibárbaras, en donde se amontona y frecuenta «la espuma de los crímenes vomitados de las cárceles de Génova, del Piamonte, de Sicilia, de toda Italia, en fin, de España, del Archipiélago y de Berbería»: nada tiene de particular que en una tal ciudad se haya establecido antes que en otras partes el reinado del populacho.

Tras varias explosiones, se fundó, el 17 de Agosto de 1790, con la destitución de M. Lientaud, especie de Lafayette, burgués y moderado que mandaba la guardia nacional. En torno de él formaba la mayoría de la población, todos los hombres, «honrados ó no, que tenían algo que perder». Expulsado aquél, encarcelado luego, se abandonan éstos, y Marsella pertenece á la

plebe, á cuarenta mil indigentes y aventureros dirigidos por el club.

Para asegurarles mejor al imperio, al mes de la expulsión de Lientaud, el municipio declara activo á todo ciudadano que tenga una profesión ó un oficio. En consecuencia, con menosprecio de la ley constitucional, los descamisados vienen á las asambleas de sección. En cambio, los propietarios y comerciantes se retiran de ellas, y obran cuerdamente; porque el mecanismo habitual de la demagogia no tarda en funcionar. «La asamblea de cada sección se compone de una docena de facciosos, miembros del club, que echan á las personas honradas amenazándolas con palos y bayonetas. Las deliberaciones se preparan en el club de acuerdo con el municipio, y ¡ay de quien no las aceptara en tales asambleas! Se ha llegado hasta amenazar á algunos ciudadanos, que querían hacer observaciones, con enterrarles en el acto en las criptas de las iglesias.» El argumento pareció irresistible: «ahora la clase más honrada y más numerosa se encuentra tan asustada, tan atemorizada», que ninguno de los oprimidos se atreverá á mostrarse en las asambleas, si no está protegido por la fuerza pública. «Más de ochenta mil habitantes no duermen tranquilos», y todos los derechos políticos son para quinientos ó seiscientos individuos, á quienes la ley se los ha negado. Detrás de ellos marcha la «canalla armada», la horda de bandidos sin patria, siempre dispuestos á robar y matar. Ante ellos van las autoridades locales que, elegidas por ellos, administran bajo su dirección. Patronos y clientes, miembros y satélites del club, forman una liga que se conduce á la manera de un Estado soberano, y apenas reconoce de palabra la autoridad del gobierno central. Denuncia como «plebicida»

el decreto por el que la Asamblea ha dado plenos poderes de comisarios para restablecer el orden; califica de «dictadores» á estos moderadores tan concienzudos y tan reservados; los denuncia en cartas circulares á todos los municipios del departamento y á todas las sociedades jacobinas del reino. Agítase en el club la moción de ir á Aix á cortarles la cabeza y enviarlas á París al presidente de la Asamblea nacional, con amenaza del mismo castigo para él y para todos los diputados si no revocan su reciente decreto. Algunos días después, cuatro secciones levantan acta, ante notario, de la deliberación que han tomado al efecto de enviar á Aix un ejército de seis mil marselleses para deshacerse de los tres intrusos. A los comisarios les es imposible entrar en Marsella: «les tienen preparadas horcas, y han puesto precio á sus cabezas». Apenas si pueden arrancar de manos de la facción á Lientaud y á sus amigos que, acusados de lesa nación, detenidos sin sombra de prueba, tratados como perros rabiosos, encadenados, encerrados en letrinas, reducidos, por falta de agua, á beberse sus orines, empujados por la desesperación al borde del precipicio, han estado veinte veces á punto de ser asesinados en el tribunal y en la cárcel. Ante el decreto de la Asamblea nacional que ordena que sean puestos en libertad, el municipio reclama, resiste, y, por fin, amotina á sus habituales sicarios. En el momento de ir á salir los presos, una multitud de gentes armadas, «sin uniforme y sin jefe», incesantemente «engrosada por hombres desconocidos y extranjeros», se agrupa en las alturas que dominan el Palais y prepara sus fusiles para disparar sobre M. Lientaud. Requerido para proclamar la ley marcial, el municipio se niega á ello: declara que «el odio público está harto de manifiesto contra los acusados»;

exige que el regimiento suizo vuelva al cuartel y que los detenidos permanezcan en la cárcel; todo lo que consiente otorgarles es el permiso secreto de huir á manera de culpables: se evadirán clandestinamente y disfrazados.

Pero el regimiento suizo, que ha obligado á los magistrados á no violar la ley, sufrirá el castigo de su insolencia, y, como no han podido disciplinarle, se deciden á expulsarle. Durante cuatro meses, el municipio multiplica contra él las vejaciones de todo género, y, el 16 de Octubre de 1791, los jacobinos entablan, en el teatro, una riña con los oficiales. En la misma noche, al salir del teatro, cuatro de dichos oficiales son asaltados por grupos armados; el lugar en que se refugian está á punto de ser forzado; los llevan á la cárcel para que estén seguros; al cabo de cinco días continúan detenidos, «aunque su inocencia está reconocida». Mientras tanto, para asegurar «la tranquilidad pública», el municipio ha pedido al comandante del puerto que reemplace á los suizos con guardias nacionales en todos los puestos; el comandante cede á la fuerza, y el regimiento, inútil, insultado, amenazado, tiene que marchar.

Hecho esto, el nuevo municipio, aún más jacobino que el precedente, separa á Marsella de Francia, erige la ciudad en república militar y corsaria, hace expediciones, impone tributos, establece alianzas y emprende á mano armada la conquista del departamento.

II

Por de pronto, se decide á poner mano en la capital, Aix, adonde el regimiento suizo ha ido de guarnición y en donde se encuentran las autoridades supe-

riores: la operación es tanto más necesaria cuanto que el Directorio del departamento alaba la fidelidad de los suizos y se permite llamar al Municipio de Marsella al respeto de la ley. Semejante advertencia es un insulto, y, con tono altanero, el Municipio requiere del Directorio que confirme ó desmienta su carta: «Si no la habéis escrito, es una calumnia que tenemos el deber de perseguir; si es vuestra, es una declaración de guerra que hacéis á Marsella.»

En frases corteses, con grandes miramientos, el Directorio prueba su derecho, observa que «el reparto de impuestos de 1791 no está aún formado en Marsella», que el Municipio está más ocupado en salvar al Estado que en pagar sus contribuciones; en suma, mantiene su reprensión.

Puesto que no quiere doblegarse, le sentarán la mano, y, el 4 de Febrero de 1792, el Municipio envía á Barbaroux, su secretario, á París, para paliar los atentados que prepara. En la noche del 25 al 26, se toca á generala, y tres ó cuatro mil marselleses, con seis cañones, marchan sobre Aix. Por precaución, fingen no tener jefes, ni comandantes, ni capitanes, ni tenientes, ni siquiera cabos; á oirles, todos son iguales, voluntarios, reclutados por sí mismos: de esta manera, siendo todos responsables, ninguno lo es. A las once de la mañana llegan ante Aix, encuentran una puerta abierta por sus afiliados del populacho, intiman al Municipio á que los entreguen todos los cuerpos de guardia. Al mismo tiempo sus emisarios han anunciado en las comunas que la ciudad está amenazada por el regimiento suizo: en consecuencia, cuatrocientos hombres de Aubagne llegan á toda prisa; de hora en hora, se ven afluir los guardias nacionales de los pueblos circundantes; las calles se llenan de gentes armadas, vo-

ciferan, el tumulto crece, y, en medio del pánico universal, el Municipio pierde la cabeza. Se asusta de un combate nocturno «entre la tropa, los ciudadanos, los guardias nacionales y los extranjeros armados, en el que nadie podrá reconocerse ni saber quién es su enemigo.» Despide á un cuerpo de trescientos cincuenta suizos que el Directorio mandaba para socorrerle; consigna al regimiento en sus cuarteles.

Con esto, el Directorio huye; todos los cuerpos de guardia militares quedan desarmados, y los marselleses, aprovechándose de las ventajas obtenidas, van, á las dos de la mañana, á advertir al Municipio que, «permítalo ó no», se dirigen en el acto á atacar á los cuarteles. En efecto, enfilan los cañones, disparan, matan á un centinela, y el regimiento, cercado, se ve obligado á evacuar la población, los soldados sin fusiles, los oficiales sin espadas. El pueblo se apodera de las armas, prende á los sospechosos, prepara las ejecuciones: cuelgan á la florista Cayot. Con gran trabajo, salva el Municipio á un hombre levantado y por la cuerda á dos pies del suelo, y obtiene para otros tres «un asilo provisional» en la cárcel.»

Desde entonces ya no hay autoridad en la capital del departamento, ó más bien la autoridad ha cambiado de manos. En el puesto del Directorio fugitivo se instala otro más manejable. De los treinta y seis administradores que formaban el consejo, doce solamente se han presentado para hacer la elección. De los nueve elegidos, seis solamente aceptan; á menudo, no se encuentran más que tres en las sesiones, y estos tres, para reclutarse colegas, se ven obligados á pagarlos.

Así, pues, aunque su puesto sea el primero del departamento, se encuentran peor tratados y son más

desdichados que sus porteros. Sentados junto á ellos, tres delegados del Club, los funcionarios municipales de Marsella les hacen callar, hablan y les dictan sus decisiones. «Estamos con los brazos atados, escribe uno de ellos; nos encontramos enteramente bajo el yugo de estos intrusos. Hemos visto dos veces consecutivas introducirse en la sala á más de trescientos hombres, provistos varios de ellos de fusiles con bayonetas, y amenazarnos de muerte si les negábamos lo que pedían. Hemos visto á peticionarios furiosos, casi todos de Avignon, subir á las oficinas del Directorio, arengar á sus compañeros, excitarles á la insurrección y al crimen.»

«Hay que decidirse entre la vida y la muerte, nos gritaban; no tenéis más que un cuarto de hora para deliberar. Por las ventanas de la sala, que estaban abiertas á causa del extremo calor, unos guardias nacionales presentaban sus sables á los que estaban á nuestro alrededor, y les hacían signo de cortarnos el cuello.»

Así fabricado, escoltado y manejado, el Directorio no es más que un instrumento en mano de los demagogos marselleses. Los peores agitadores y usurpadores, Camoïn, Bertin, Rebecqui, imperan por su cuenta y razón. Rebecqui y Bertin, delegados en los asuntos de Arlés, se hacen autorizar para requerir tropas en su defensa; en seguida las requieren para el ataque, y en vano se lo hace observar el Directorio; le replican que ahora «no tiene ninguna inspección, ninguna autoridad sobre ellos, que son independientes, que no tienen que recibir orden ninguna, que no tienen que dar cuenta ninguna de su conducta». Peor para el Directorio, si trata de revocarles sus poderes: Bertin anuncia al vicepresidente que, si se atreve á hacerlo, le

cortará la cabeza. A las observaciones del ministro responden con la mayor insolencia; se felicitan de su golpe de mano, preparan otro, y su marcha sobre Aix no es sino la primera etapa de la campaña largamente meditada por la que van á apoderarse de Arlés.

III

En efecto, no hay ciudad que les sea más odiosa. Durante dos años, dirigida ó empujada por su alcalde Antonelle, ha marchado con ellos ó ha sido arrastrada en pos. En varias ocasiones, Antonelle, ultrarrevolucionario, ha ido en persona á animar á los bandidos de Avignon; para proporcionarles cañones y municiones, ha desmantelado la torre de San Luis, á riesgo de entregar la desembocadura del Ródano á los corsarios berberiscos. De concierto con sus aliados del Condado, con el club de Marsella, con sus sicarios de los pueblos circunvecinos, domina en Arlés por el terror, y 300 hombres del barrio de la moneda, arlesianos ó marineros, gentes de fuerte brazo y mano ruda, le sirven de satélites. El 6 de Junio de 1791, por su propia autoridad, han expulsado á unos sacerdotes ortodoxos que se habían refugiado en la ciudad.

Pero con esto, «los propietarios y los hombres honrados», mucho más numerosos é indignados desde hace tiempo, han levantado la cabeza; 1.200 de ellos se han reunido en la iglesia de San Honorato, «han prestado juramento de mantener la Constitución y la tranquilidad pública», y han ido al Club. Con arreglo á los propios estatutos del Club, se han hecho recibir en masa, en calidad de guardias nacionales y de ciudadanos activos. Al mismo tiempo, de acuerdo con el Municipio, han refundido la guardia nacional y reor-

ganizado las compañías, con lo que se ha disuelto el cuerpo de los monederos y se ha quitado á la facción toda su fuerza.

Desde este momento, sin ninguna ilegalidad ni violencia, la mayoría en el Club y en la guardia nacional se compone de constitucionales monárquicos, y las elecciones de Noviembre de 1791 han dado á los partidarios del orden casi todos los puestos administrativos de la comuna y del distrito. Un hombre enérgico, M. Loys, médico, ha sido elegido alcalde en sustitución de Antonelle, y se sabe que es capaz de marchar contra el motín, «llevando la ley marcial en una mano y el sable en la otra».

Esto es demasiado, y es preciso ahora que Marsella vaya á subyugar á Arlés «para reparar la vergüenza de haberla fundado». En estos países de ciudades viejas, la hostilidad política se envenena con odios municipales, semejantes á los de Tebas contra Platea, de Roma contra Veyes, de Florencia contra Pisa, y los güelfos de Marsella no sueñan sino con aplastar á los gibelinos de Arlés.

Ya, en la Asamblea electoral de Noviembre de 1791, Antonelle, presidente, invitó á todas las comunas del departamento á tomar las armas contra la ciudad antijacobina; 600 voluntarios marselleses marcharon al instante, instaláronse en Salon, prendieron al procurador síndico del distrito enemigo, se negaron á devolverle, y fueron la vanguardia de 4.000 hombres prometidos por los cuarenta ó cincuenta clubs del partido. Para contenerlos fué preciso la orden de los tres comisarios, los decretos del directorio todavía intacto, las proclamas del rey, un decreto de la Asamblea constituyente, la firme actitud de las tropas, obedientes aún, la actitud más firme de los arlesianos, que

reprimieron una insurrección de los monederos, repararon las murallas, cortaron los puentes y montaron la guardia con el fusil cargado.

Pero la cosa no está más que aplazada. Ahora que los comisarios se han marchado, que la autoridad del rey es un fantasma, que el último regimiento fiel ha sido desarmado, que el directorio, refundido y aterrorizado, obedece como un lacayo, y que la Asamblea legislativa deja que en todas partes los jacobinos opriman á los constitucionales, se puede impunemente lanzar contra los constitucionales una expedición jacobina, y el 23 de Marzo de 1792, el ejército marsellés, 4.500 hombres, se pone en marcha con 19 piezas de artillería.

En vano tres comisarios de los departamentos vecinos, enviados por el ministro, les hacen presente que Arlés está ya sometida, que ha depuesto las armas, que está ocupada por una guarnición de línea: los marselleses exigen que se retire esa guarnición,

En vano se retira la guarnición; Rebecqui y sus acólitos replican que «nada les apartará de su empresa, que nadie más que ellos mismos son los encargados de tomar las precauciones necesarias para la seguridad de los departamentos meridionales».

En vano el ministro renueva sus órdenes y contraórdenes; el directorio, mintiendo ostensiblemente, responde que no sabe nada y niega al gobierno su concurso.

En vano M. de Wittgenstein, ex comandante general del Mediodía, se ofrece al directorio para rechazar á los invasores; el directorio le ordena «que no entre con sus tropas en el territorio del departamento».

Mientras tanto, el 29 de Marzo los marselleses abren brecha á cañonazos en Arlés, que no tiene defensa;

sus fortificaciones son destruídas; impónese á los propietarios una tasa de 1.400.000 libras. Con menoscabo de la Asamblea nacional, los monederos, los hombres del puerto, toda la baja plebe ha vuelto á tomar las armas y tiraniza á la población desarmada. Aunque «el comisario del rey y la mayor parte de los jueces han huído, instrúyense por jurados procesos contra los ausentes», y los jurados son monederos. Los vencedores encarcelan, pegan y matan á discreción. Muchos particulares pacíficos son maltratados, encarcelados, varios heridos mortalmente; un militar de ochenta años, retirado desde hacía tres meses en el campo, muere después de veinte días de calabozo de un culatazo en el estómago; unas mujeres son azotadas; «todos los ciudadanos que se interesan por el cumplimiento de las leyes», cerca de cinco mil familias han emigrado; sus casas urbanas y rústicas son saqueadas, y, en los pueblos circunvecinos, en toda la carretera que conduce de Arlés á Marsella, las gentes de saco y cuerda, que forman el núcleo del ejército marsellés, se comportan como en país conquistado.

Comen, beben, descerrajan los armarios, se llevan la ropa blanca y las provisiones, roban los caballos, los objetos de valor, rompen los muebles, desgarran los libros, queman los papeles: es el justo castigo de los aristócratas; además conviene que los patriotas se indemnicen de sus palizas, y unos cuantos golpes de más no son inútiles para asegurar el dominio del partido.

Por ejemplo, habiendo corrido el falso rumor de haberse alterado el orden en Chateau-Renard, Bertin y Rebecqui han enviado un destacamento, y el municipio, luciendo las escarapelas, seguido de la guardia nacional con banderas y música, sale á su encuentro

para hacerle los honores. Sin previo aviso, los marselleses caen sobre el cortejo, tiran las banderas, desarman á la guardia nacional, arrancan á los oficiales sus charreteras, derriban al alcalde, persiguen, sable en mano, á los consejeros, arrestan al alcalde y al procurador síndico, y durante la noche saquean cuatro casas, todo bajo la dirección de tres jacobinos de la localidad procesados por crímenes ó delitos recientes; en adelante, en Chateau-Renard, se tentarán la ropa antes de procesar á patriotas.

En Velaux, «saquean la casa de campo del señor, y se llevan hasta las tejas»; una banda de 200 hombres «recorre el pueblo, exige contribuciones, hace que los ciudadanos mejor acomodados suscriban obligaciones por sumas considerables». El jefe marsellés, Camoïn, uno de los nuevos administradores del departamento, echa mano á todo lo que es bueno de tomar, y algunos días después encontrarán 30.000 francos en su maleta.

Por el natural contagio, estos ejemplos son imitados, y la conmoción se propaga: en cada población, el club se aprovecha de las circunstancias para satisfacer su ambición, su codicia y sus rencores. El de Apt apela á sus vecinos, y 1.500 guardias nacionales de Jordes, San Saturnino, Jouls y Lacoste, con un millar de mujeres y de chicos provistos de palos y de hoces, llegan una mañana ante la ciudad. Les preguntan en virtud de qué orden llegan de aquella manera: responden que «la orden se la ha dado su patriotismo». «Los fanáticos» ó partidarios de los curas juramentados «han ocasionado el viaje»: en consecuencia, «no quieren ser alojados sino á expensas de los fanáticos». Los tres días de ocupación les costará á aquéllos y á la ciudad 20.000 libras. Para empezar, rompen todo en la iglesia de los Recoletos y tapian las puertas; después expul-

san de la población á los no juramentados y desarman á todos sus partidarios. Durante los tres días, el club de Apt, que es la sola autoridad, permanece en sesión permanente. «Los municipios de las cercanías acuden á rendirle pleitesía, á hacer protestas de civismo, á pedir por favor que no les envíen destacamentos. Algunos particulares son sometidos á interrogatorios»; varios son proscritos, entre ellos administradores, miembros del tribunal y el procurador síndico; muchos ciudadanos se han fugado; la ciudad queda purificada, y en muchos lugares, en el distrito, fuera del distrito, se practican análogas purificaciones. En efecto, la tarea es atractiva. Vacía la bolsa de los malintencionados y lleno el estómago de los patriotas, es agradable el buen trato, sobre todo á costa de los adversarios; al jacobino le satisface salvar la patria redondeándose. Además se da el placer de obrar á lo rey en casa de sus vecinos, y, por este servicio, no solamente le mantienen, sino que le pagan.

Todo esto le pone alegre, y la expedición, que es un aquelarre, termina en una carnavalada. Una de las dos divisiones marsellesas celebra un gran festín «patriótico» en Aix, y después baila unas farándulas, dirigida la principal por el señor alcalde y el señor comandante; la otra división, con alegría y pompa aún mayores, hace su entrada en Avignon.

IV

No hay en Francia un nido de bandidos semejante: no es que una miseria mayor haya producido allí una jaquería más salvaje; por el contrario, antes de la revolución, el Condado era un país de Jauja: el papa no imponía contribuciones; los impuestos, muy ligeros,

se consumían en el lugar; «por un sueldo ó dos se tenía pan, vino y carne».

Pero, bajo la administración indulgente y corrompida de los legados italianos, la comarca se había convertido en «el asilo seguro de todos los malos sujetos de Francia, de Italia y de Génova: mediante una pequeña retribución que daban á los agentes del papa, obtenían protección é impunidad». Afluían allí los contrabandistas, para atravesar el círculo de las aduanas francesas. «Formábanse partidas de ladrones y de asesinos á quienes la severidad de los Parlamentos de Aix y Grenoble no podía extirpar por completo. Los ociosos, los libertinos, los jugadores de profesión», los intrigantes, los parásitos, los aventureros, codeábanse allí con los hombres marcados en el hombro, con los veteranos del vicio y del crimen, «con los escapados de los presidios de Tolón y de Marsella». La ferocidad se disimulaba en el desenfreno, como una serpiente en el limo, y no se necesitaba más que una ocasión para cambiar el antro en lugar de degollina.

Allí, los agitadores jacobinos, Tournat, Rovere, los dos Duprat, los dos Mainvielle, Lecuyer, hicieron fácilmente prosélitos.

Primeramente, con la canalla de la ciudad y de las afueras, campesinos enemigos de los consumos, vagabundos enemigos de todo orden, mozos de cuerda y marineros armados de hoces, hachas y palas, organizaron siete ú ocho motines, expulsaron al legado, obligaron á los cónsules á dimitir, colgaron á los jefes de la guardia nacional y del partido conservador, ocuparon los puestos municipales.

Después forman un ejército, que tiene por consigna la licencia, y por sueldo el pillaje, en todo parecido al de Tilly y Wallenstein, «verdadera Sodoma erran-

te y de la que se hubiera horrorizado la antigua». De tres mil hombres, no hay más que doscientos aviñonenses; el resto se compone de desertores franceses, contrabandistas, procesados por la justicia, extranjeros sin oficio ni beneficio, salteadores y malhechores, que, olfateando una presa, han acudido de muy lejos, incluso de París; con ellos marchan sus hembras, más inmundas aún y más sanguinarias. Para demostrar palpablemente que entre ellos el asesinato y el robo están á la orden del día, han matado como traidor á su primer general Patrix, culpable de haber dado libertad á un prisionero, y han elegido para sustituirle á un antiguo salteador de caminos, condenado á muerte por el tribunal de Valencia, evadido la víspera del suplicio, Jordán, apodado Cortacabezas, porque, el 6 de Octubre, en Versalles, cortó la cabeza á dos guardias del rey.

A las órdenes de un tal jefe, la tropa aumenta hasta formar un cuerpo de cinco á seis mil hombres, que detienen á los que pasan y los alistan á la fuerza: se les llama *mandrinos;* pero la palabra es dura para Mandrino, porque hacen la guerra, no solamente como aquél á las personas y á las propiedades públicas, sino también á los bienes, al pudor y á la vida de los particulares. Un solo destacamento, en una sola vez, arranca, en Cavaillón, 25.000 libras, en Baume 12.000, en Aubignon 15.000, en Pioline 4.800, y tasa á Canemout en 2.000 libras á la semana. En Sarrians, cuyo alcalde les ofrecía las llaves, han saqueado las casas de arriba abajo, se han llevado treinta ó treinta y tres carretas cargadas de botín, han incendiado, violado y matado con refinamientos de Hurones: una señora de ochenta años, paralítica, ha sido fusilada á boca de jarro, y abandonada en medio de las llamas;

han dividido en dos á un niño de cinco años, decapitando á su madre y mutilando á su hermana; han cortado las orejas al párroco, se las han atado en la frente á guisa de escarapela, después le han degollado al mismo tiempo que á un cerdo, han arrancado los dos corazones y han bailado encima. Durante cincuenta días, en rededor de Carpentras, vanamente sitiada, se han desbordado los instintos de crueldad gratuita, los gustos de antropofagia que reaparecen á veces en los presidiarios, las sensualidades pervertidas y sobrexcitadas que se encuentran en los maníacos.

Ante el aspecto del monstruo que ha alimentado, Avignon se espanta y lanza gritos de alarma; pero la bestia, que siente su fuerza, se revuelve contra los que la engendraron, enseña los dientes y exige su pasto cotidiano. Arruinada ó no, es preciso que la ciudad de Avignon aporte su cuota correspondiente. «En la Asamblea electoral, Mainvielle menor, nombrado elector, aunque no tenga más que veintidós años, se pasea con aire amenazador mostrando las dos pistolas de su cinturón.» Para dominar mejor á sus colegas, Duprat, el presidente, les propone salir de Avignon y trasladarse á Sorgnes; aquéllos se niegan, y entonces él promete pagar á los que le sigan; arrastra á los tímidos y denuncia á los restantes á un alto tribunal nacional, cuyos miembros ha designado por sí mismo. Veinte electores, así denunciados, son condenados y proscriptos; Duprat amenaza con entrar á la fuerza para ejecutarlos, y, á sus órdenes, el ejército de los mandrinos avanza contra Avignon.

Detenido, contenido después durante dos meses por los emisarios medianeros de Francia, licenciado por ellos y á punto de ser disuelto, recupera por un golpe de mano la presa que se le escapaba. El 21 de Agosto

de 1791, Jordan, con su conjunto de forajidos, se apodera del Palais; echan al municipio, el alcalde huye disfrazado, el secretario, Tissot, muere á sablazos, encarcelan á cuatro funcionarios municipales y á otras cuarenta personas; varias casas de fugitivos y de sacerdotes son saqueadas y proporcionan á los bandidos su primera remuneración.

Entonces comienza la gran operación fiscal que va á llenarles los bolsillos. Cinco hombres del montón, elegidos por Duprat y consortes, componen con Lecuyer, como secretario, un municipio provisional que tasa la ciudad en 300.000 libras, y, suprimiendo los conventos, saca á la venta el despojo de las iglesias. Han bajado las campanas, y durante todo el día se oyen los martillazos de los obreros al romperlas. Quitan al director del Monte de Piedad una cajita llena de plata, de diamantes y de cruces de oro, que tenía en depósito, y la llevan al municipio; corre el rumor de que el municipio acaba de robar todos los objetos preciosos empeñados por los pobres, y que los bandidos «han despachado ya diez y ocho sacos». Con esto, las mujeres, exasperadas por la desnudez de las iglesias; los obreros, sin pan y sin trabajo, todo el mísero pueblo se pone furioso, se congrega por sí mismo en la iglesia de los Cordeleros, hace comparecer á Lecuyer, le tira del púlpito y le destroza.

Esta vez el partido de los ladrones parece perdido, porque toda la población, pueblo y burguesía, está contra ellos; y en el campo, los campesinos, á quienes han esquilmado, los fusilan cuando los encuentran.

Pero con el terror se puede suplir el número, y con los 350 sicarios que les quedan, los jacobinos extremos acometen la empresa de domar un ciudad de 30.000 almas. Mainvielle mayor, arrastrando dos cañones, lle-

ga con una patrulla, dispara al azar en la iglesia medio evacuada, y mata á dos hombres. Duprat prende á una treintena de los burgueses que encarceló el 31 de Agosto, y, además, á unos cuarenta artesanos de las asociaciones católicas, panaderos, tenderos, peones, á dos campesinos, á un mendigo, á unas cuantas mujeres, cogidas al azar y por denuncias vagas; una de ellas, «porque ha hablado mal de Mena Mainvielle». Jordan proporciona los verdugos; el boticario Mande, cuñado de Duprat, los atiborra de licores fuertes; un empleado del periodista Tourenat les dice que «maten á todos, para que no queden testigos». Entonces, por órdenes reiteradas de Mainvielle, Tourenat, Duprat, Jordan, con complicaciones de lubricidad inenarrable, se desarrolla la matanza, el 16 de Octubre y días siguientes, durante setenta horas, sobre dos sacerdotes, tres niños, un anciano de ochenta años, trece mujeres, dos de las cuales estaban encinta; en total, sesenta y una personas muertas, arrojadas luego en montón á la sima de la Glacière; una madre sobre el cuerpo de su hijo, un hijo sobre el cuerpo de su padre, rematados todos desde arriba á pedradas, y recubiertos luego de cal viva, á causa del hedor. Mientras tanto, otros cien, muertos en las calles, son lanzados al canal de la Sorgnes; quinientas familias huyen. Los bandidos licenciados entran en masa, y los asesinos en jefe, entronizados por el asesinato, instituyen, en beneficio de su banda rehecha, un bandidaje legal, del que ya nadie se defiende.

Estos son los amigos de los jacobinos de Arlés y de Marsella; he aquí los hombres honrados á quienes Antonelle fué á arengar á la catedral de Avignon; tales son los puros patriotas, que, con la mano en el saco y los pies en la sangre, cogidos en el hecho por un ejér-

cito francés, desenmascarados por un proceso escrupuloso, condenados por el grito universal de los electores libertados y por el juicio reflexivo de los nuevos comisarios medianeros, quedan comprendidos por la Asamblea legislativa en el indulto proclamado un mes antes de su última fechoría.

Pero los soberanos de las Bocas del Ródano no entienden que la libertad de sus hermanos y aliados sea una gracia: los asesinos de la Glacière merecen algo más que el perdón y el olvido. El 29 de Abril de 1792, Rebecqui y Bertin, los conquistadores de Arlés, con tres batallones marselleses, entran en Avignon; al frente marchan treinta ó cuarenta de los principales asesinos, á los que la misma Asamblea legislativa ha ordenado que vuelvan á la cárcel, Duprat, Mainvielle, Tournat, Monde, después Jordan, coronado de laurel, con uniforme de comandante general, en un caballo blanco; por último, las mujeres de Duprat, Mainvielle y Tournat, vestidas de amazonas, en una especie de carro de triunfo; durante el desfile se oye gritar que «esta vez se llenará la Glacière».

Los funcionarios públicos han huído; 12.000 personas han abandonado la ciudad. En seguida, bajo la protección de las bayonetas marsellesas, cada terrorista vuelve á su puesto, como un propietario á su casa; el ex juez Raphel y su escribano, contra los que hay auto de prisión, ejercen públicamente su ministerio, y los parientes de las desdichadas víctimas del 16 de Octubre, los testigos que delararon en el proceso, se ven amenazados en la calle; uno de ellos es asesinado, y Jordan, rey del departamento por un año entero, reanuda en grande, al frente de la Guardia nacional, el oficio que hacía en pequeño cuando bajo el antiguo régimen, con doce bandidos «armados y mandados»,

trabajaba en los caminos, forzaba de noche las casas aisladas y robaba 24.000 libras en un solo castillo.

V

Así se efectúa la conquista jacobina: ya en el mes de Abril de 1792, por violencias casi iguales á las que se acaban de describir, se extiende sobre más de veinte departamentos, y, por violencias menores, sobre los otros sesenta.

En todas partes es la misma la composición de los partidos. De un lado, los descalificados de toda condición, «los disipadores que, habiendo consumido su patrimonio, no pueden sufrir á los que lo tienen; los hombres de la nada, á quienes el desorden abre la puerta de la riqueza y de los empleos públicos; los envidiosos, los ingratos, á quienes un día de revolución salda la cuenta con sus bienhechores; los cerebros exaltados, los innovadores entusiastas que predican la razón con el puñal en la mano, los indigentes, la plebe bruta y miserable, que, con una idea principal de anarquía, un ejemplo de impunidad, el silencio de las leyes y del hierro, está dispuesta á atreverse á todo». De otro lado, están las personas pacíficas, sedentarias, ocupadas en sus negocios particulares, burgueses ó medio burgueses, de espíritu y de corazón «debilitados por el hábito de la seguridad y de los goces, asombrados ante un trastorno imprevisto y tratando de reconocerse, divididos por la diversidad de sus intereses, no oponiendo sino el tacto y la prudencia á una audacia continua y al desprecio de los medios legítimos, no sabiendo ni decidirse ni permanecer inactivos, calculando penosamente sus sacrificios en los momentos en que el enemigo va á arrancarles la posibilidad de vol-

ver á hacerlos; en una palabra, combatiendo con la blandura y el egoísmo contra las pasiones en su estado de independencia, contra la pobreza feroz y la inmoralidad audaz».

En todas partes el resultado del conflicto es el mismo. En cada población ó cantón el grupo de fanáticos sin escrúpulo, de aventureros resueltos y vagabundos codiciosos, impone su dominio á la mayoría borreguil, que, habituada á la regularidad de una civilización antigua, no se atreve á perturbar el orden para terminar con el desorden, ni sublevarse contra la sublevación.

En todas partes es el mismo el principio de los jacobinos. «Vuestro sistema, les dice un directorio de departamento, es el obrar imperturbablemente en todas las ocasiones, aun después de una Constitución aceptada, después de haberse establecido los límites de los poderes, como si el imperio siguiera en insurrección, como si estuvieseis revestidos de una dictadura necesaria para la salvación de la ciudad, como si estuvierais en nombre de la salvación pública revestidos de todos los poderes.»

En todas partes la táctica de los jacobinos es la misma. Desde el principio se han atribuído el monopolio del patriotismo, y con la destrucción brutal de las otras sociedades, se han convertido en el único órgano aparente de la opinión pública. Su voz ha parecido la voz del pueblo; su ascendiente se ha establecido sobre las autoridades legales; han avanzado mediante continuas é irresistibles coacciones, y la impunidad ha consagrado su usurpación.

«De todos los agentes, buenos ó malos, constituídos ó no constituídos, este que gobierna es el único inviolable. Ahora bien; el Club está harto acostumbrado, des-

de hace mucho tiempo, á dominar, á vejar, á perseguir, á ejercer venganzas, para que se atreva una administración local á no mirarle como inviolable.» Gobierna, pues, y su influencia indirecta se cambia prontamente en autoridad directa.

Solos ó casi solos para votar en las asambleas primarias violentadas y abandonadas, los jacobinos pueden fácilmente elegir el Municipio y los oficiales de la guardia nacional. Así, por medio del alcalde, complaciente ó cómplice, tienen el derecho de contener ó lanzar toda la fuerza armada, y usan de él.

Dos obstáculos hay todavía en su camino. De una parte, por conciliado ó tímido que sea el Directorio de distrito ó de departamento, como ha sido nombrado por los electores de la segunda categoría, contiene por lo general un número bastante grande de hombres instruídos, acomodados, interesados en el mantenimiento del orden, y está menos inclinado que el Municipio á tolerar las grandes violaciones de la ley. En consecuencia, le denuncian á la Asamblea nacional como un centro anticívico y antirrevolucionario de «aristocracia burguesa». Unas veces, como en Brest, desobedecen descaradamente sus órdenes más legales, las más sensatas, las más reiteradas, las más formales; después de lo cual, más descaradamente todavía, preguntan al ministro si, «puestos en la cruel alternativa de faltar á la jerarquía de los poderes ó abandonar la cosa pública en peligro, les está permitido vacilar». Otras veces, como en Arras, imponen su presencia ilegal al Directorio reunido en sesión y le arrojan á la cara imputaciones tan injuriosas, que éste, por un escrúpulo de honor, se cree obligado á solicitar su propia suspensión. Otras veces, como en Figeac, llaman ante ellos á un administrador, le tie-

nen de pie durante un interrogatorio de tres cuartos de hora, le cogen sus papeles y le obligan, por miedo de algo peor, á salir de la población. Otras veces, como en Auch, invaden la sala del Directorio, agarran á los administradores por la garganta, los dan de palos y puñetazos, arrastran al presidente por el pelo y, á duras penas, le perdonan la vida.

De otra parte, la gendarmería y la tropa, instituídas contra el motín, son siempre incómodas para los organizadores de motines. En consecuencia, expulsan, pervierten y sobre todo depuran á la gendarmería y á la tropa. En Cahors expulsan á un brigadier de la gendarmería, «alegando que no se trata más que con aristócratas». En Tolosa, sin hablar del teniente coronel á quien amenazan de muerte, deportan á otro distrito á toda la gendarmería, con pretexto de «que tiene principios contrarios á la Constitución». En Auch y en Rennes, por la insubordinación que provocan en la tropa, arrancan á los oficiales sus dimisiones. En Perpignan, por medio de una insurrección que ellos han fomentado, prenden, maltratan y encarcelan al comandante y al Estado Mayor, acusados «de haber querido bombardear la ciudad con cinco libras de pólvora».

Al mismo tiempo, con la jaquería que desencadenan desde la Dordogne hasta el Auyron, desde el Cantal hasta los Pirineos y el Var, bajo pretexto de castigar á los parientes de los emigrados, se forman un ejército propio de ladrones y de indigentes, que, adelantándose á las hazañas del futuro ejército revolucionario, mata, incendia, roba y se lanza en plena libertad sobre el indefenso rebaño de los propietarios de toda clase y categoría. En esta operación, cada Club tiene á sus vecinos por aliados, y les hace ó recibe de ellos

ofrecimientos de hombres y de dinero. El de Caen propone á la Sociedad de Bayeux su ayuda para los patriotas del lugar que quieran desembarazarse de la tiranía «de sus administradores». El de Besançon declara á los tres cuerpos administrativos de Strasbourg «indignos de la confianza con que se les ha honrado», y se liga públicamente con todas las sociedades del Bajo y del Alto Rhin para obtener la libertad de un jacobino detenido como provocador de motines. Los de Puy-de-Dôme y de los departamentos vecinos envían delegados á Clemont y establecen allí una sociedad central de dirección y de propaganda. Los de las Bocas del Ródano tratan con los comisarios de la Drôme, del Gard y del Herault, para vigilar la frontera española, y hacen que sus delegados inspeccionen el estado de las fortificaciones de Figuieres.

No se puede recurrir á los tribunales de lo criminal: en cuarenta departamentos no están todavía instalados; en los otros cuarenta y tres están intimidados, se callan ó carecen de dinero y de hombres para hacer que se ejecuten sus sentencias.

Tal es la fundación del Estado jacobino; una confederación de mil doscientas oligarquías que manejan á su clientela de propietarios con arreglo á la consigna que llega de Paris: es un Estado completo, organizado, activo, con su gobierno central, su fuerza armada, su diario oficial, su correspondencia regular, su política declarada, su autoridad establecida, sus representantes y agentes locales: éstos administran de hecho, al lado de las administraciones anuladas ó por cima de las administraciones subyugadas.

En vano los últimos ministros, buenos funcionarios y personas honradas, tratan de cumplir con su cometido; sus requerimientos y admoniciones no son

más que papel mojado. Desesperados, dimiten, declarando que, «en este desquiciamiento de todo orden..., en este estado de impotencia de la fuerza pública y de envilecimiento de las autoridades constituídas..., les es imposible sostener la vida y el movimiento del vasto cuerpo cuyos miembros están paralizados».

Cuando un árbol está mal plantado, es fácil echarle al suelo: ahora que los jacobinos han cortado todas sus raíces, les bastará con un empujón para derribar el tronco.



CAPITULO V

París.—I. Presión de la Asamblea sobre el rey.—Su acto anulado ó eludido.—Sus ministros insultados ó echados.—Usurpaciones de sus ministros girondinos.—Los destituye.—Preparativos de motín.—II. La población flotante é indigente de París.—Disposiciones de los obreros.—Efecto de la falta de trabajo y de la miseria.—Efecto de la predicación jacobina.—El ejército revolucionario.—Su primera revista.—Su efectivo real.—III. Sus jefes.—Su comité.—Sus procedimientos de excitación.—IV. El 20 de Junio.—El programa.—El desfile ante la Asamblea.—La irrupción en el castillo.—El rey en presencia del pueblo.

I

Han movido tanto el árbol que ya vacila en su base. Por reducida que esté la prerrogativa del rey, los jacobinos no cesan de discutirle, y le quitan hasta su apariencia. Desde la primera sesión le han negado los títulos de Sire y de Majestad: para ellos no es, como dice la Constitución, el representante hereditario del pueblo francés, sino «un primer funcionario», es decir, un simple empleado, harto satisfecho con sentarse en un sillón igual al lado del presidente de la Asamblea, al que llaman «presidente de la nación». A sus ojos la Asamblea es la única soberana: «mientras que los otros poderes, dice Candorcet, no pueden legítimamente obrar si no están especialmente autorizados por una ley expresa, la Asamblea puede hacer todo lo que no le esté formalmente prohibido por la ley»; en otros

términos, interpretar la Constitución, por consiguiente, alterarla, abrogarla, deshacerla. En consecuencia, con menoscabo de la Constitución, se ha arrogado la iniciativa de la guerra, y, en las raras ocasiones en que el rey usa de su veto, prescinde de él ó deja que prescindan. En vano el rey ha rechazado, con arreglo á su derecho legal, los decretos por los que se persigue á los eclesiásticos no juramentados, se secuestran los bienes de los emigrados, se establece un campamento en París. En cuanto á sus ministros, «no son sino unos empleados del Cuerpo legislativo». En plena sesión se les maltrata de palabra, se les insulta, no solamente como á lacayos mal afamados, sino como á malhechores convencidos. Les someten á interrogatorios, les prohiben salir de París antes de haber rendido cuentas, se examinan sus papeles, se les imputa como delitos las expresiones más comedidas y los actos más meritorios, se provoca contra ellos las denuncias, se subleva contra ellos á sus subordinados, se instituye contra ellos un comité de vigilancia y de calumnia, les muestran á cada momento el cadalso en perspectiva, les amenazan con procesarles con pretextos tan vagos, con argucias tan miserables, con una falsificación tan visible de los hechos y de los textos, que en dos ocasiones, la Asamblea, forzada por la evidencia, rectifica su precipitado juicio y declara inocentes á los que había condenado la víspera. Nada les sirve; ni su extricta observancia de la ley, ni su sumisión á los comités de la Asamblea, ni su humilde actitud ante la misma Asamblea, «no piensan más que en prodigar cumplimientos y evitar la cárcel». Pero no basta; es preciso todavía que sean jacobinos; si no, el alto tribunal de Orleans será para ellos como para mi. Delessart, la antecámara del presidio y de la guillotina, «el es-

panto y el terror, dice Verginaud señalando con el dedo á las Tullerías, han salido á menudo, en los tiempos antiguos y en nombre del fanatismo, de ese palacio famoso; ¡que entren hoy en él en nombre de la ley!»

Hasta con un ministerio jacobino están en guardia. Roland, Clavières y Servan, no solamente no amparan al rey, sino que le entregan, y, bajo el patronato de aquéllos, se encuentra él más sacrificado, más acosado, más vilipendiado que antes. En la Asamblea le difaman, é Isnard propone el mensaje más groseramente insolente. Ante el palacio resuenan gritos de muerte; es un abate ó un militar á los que aporrean y arrastran al estanque de las Tullerías; es un artillero de la guardia que apostrofa á la reina como á una verdulera y le dice: «¡Con cuánto gusto clavaría tu cabeza en la punta de mi bayoneta!»

Bajo la doble presión del Cuerpo legislativo y de la calle, el monarca está maniatado; cuentan con su probada docilidad, ó por lo menos, con su forzosa inercia; creen haber hecho de él lo que Condorcet pidiera: una máquina de firmar. En consecuencia, sin advertirle, y como si el trono estuviera vacante, Servan propone á la Asamblea el establecimiento de un campamento á las puertas de París. Por su parte, Roland, en pleno consejo, le lee una filípica de pedagogo altanero, escruta sus sentimientos, le enseña sus deberes, le requiere para que se convierta á la nueva «religión», que sancione el decreto contra los eclesiásticos no juramentados, es decir, que condene á la mendicidad, á la cárcel, á la deportación á 70.000 sacerdotes y religiosos culpables de ortodoxia, que autorice el campamento en París, es decir, que ponga el trono, su persona y su familia á la merced de 20.000 furiosos elegidos por los clubs y congregados expresamente para violentar-

le; en una palabra, que abdique á la vez de su conciencia y de su buen sentido.

Cosa rara; esta vez el monarca no se deja dominar; no solamente se niega á lo que le piden, sino que destituye á sus ministros. Tanto peor para él; firmará y los volverá á nombrar; puesto que se obstina en permanecer atravesado en el camino, pasarán sobre él.

No es que sea peligroso y piense en salirse de su inmoralidad legal. Hasta el 10 de Agosto, por horror de la nación y por no encender la guerra civil, rechazará todos los planes que podrían acarrear una ruptura abierta. Hasta el último día se atendrá, incluso por su propia salvación y por la seguridad de su familia, á la ley constitucional y á la razón pública. Antes de destituir á Serran y Roland, ha querido dar una prenda de sus intenciones pacíficas, ha sancionado la disolución de su guardia, está desarmado, no solamente para el ataque, sino para la defensa: en adelante espera en su casa el motín con que diariamente le amenazan; se ha resignado á todo, salvo á sacar la espada, y su actitud es la de un cristiano en el circo.

Pero la proposición de un campamento en París ha suscitado una protesta de 8.000 guardias nacionales; desde su campo, Lafayette denuncia á la Asamblea las usurpaciones del partido jacobino: la facción ve su reinado amenazado por el despertar y la unión de los amigos del orden. Necesita un golpe de mano; desde hace un mes lo prepara, y, para renovar las jornadas de los días 5 y 6 de Octubre, no le faltan los materiales.

II

París cuenta siempre con su población extraña y flotante, cien mil indigentes, entre ellos una tercera parte de nómadas llegados de los departamentos, «mendigos de raza», los que, ya el 13 de Julio de 1789, Retif de la Bretonne veía pasar ante su puerta, en la calle de Birre, para ir á reunirse con sus compinches del barrio de San Antonio, con ellos «los horribles seres» criados en los bosques del Nievre y del Yonne, verdaderos salvajes habituados á manejar el hacha, á quienes la ocasión sugiere instintos de caníbales y á los que se encontrará en primera fila en las jornadas de Septiembre; á su lado, sus mujeres, «las mujeres que, agriadas por las penalidades, no ven, como el animal, sino el hogar y el instante presentes». Esto constituye «una turba temible que parece decir, cuando se pone en movimiento: hoy es el último día de los ricos y de los acomodados; mañana será nuestro turno, mañana dormiremos en camas mullidas».

Más inquietante es todavía la actitud de los verdaderos obreros, sobre todo en los barrios. Porque, si el pan está menos caro que el 5 de Octubre, la miseria es mayor. Las industrias de lujo no funcionan desde hace tres años y el artesano sin trabajo se ha comido sus últimos ahorros. Desde la ruina de Santo Domingo y el saqueo de las tiendas de ultramarinos, los géneros coloniales están por las nubes: el carpintero, el albañil, el cerrajero, etc., no tienen ya su café con leche de la mañana, y murmuran al pensar que la recompensa de su patriotismo es un aumento de privaciones.

Pero sobre todo se han hecho jacobinos y, en sus ce-

rebros ociosos, después de treinta meses de predicaciones, el dogma de la soberanía del pueblo ha echado profundas raíces. «La opinión de los grupos, escribe un comisario de policía, es que la Constitución es inútil, y que solamente el pueblo hace la ley. Los ciudadanos de París se creen en la plaza pública el pueblo, *populus*, lo que llamamos la universalidad de los ciudadanos.»

No les digáis que al lado de París está Francia: Danton les ha demostrado que la capital «se compone de ciudadanos que pertenecen, en cierto modo, á los ochenta y tres departamentos, que está en mejores condiciones que otra alguna para apreciar la conducta de los ministros, que es la primera centinela de la nación»; y vedles aquí seguros de su derecho.

No les digáis que hay autoridades competentes y mejor informadas que ellos: Robespierre les asegura «que en materia de genio y de civismo el pueblo es infalible, mientras que otro cualquiera está sujeto á grandes errores»; y vedles aquí seguros de su capacidad.

A sus propios ojos son los representantes legítimos y competentes de Francia, y, desde hace tres años, el tema único que les repiten á porfía sus cortesanos de la prensa, del club y de la tribuna, es la frase del duque de Villeroi á Luis XV niño: «Ved, señor, ved este gran reino. Pues bien, todo esto es vuestro, todo esto os pertenece, sois el amo.»

Sin duda, para tragar y digerir una contraverdad tan grosera, se necesitan locos ó medio idiotas; pero esto son precisamente aquellos á quienes su capacidad de ilusión separa del rebaño razonable ó inerte, y congrega en un grupo cuyo ascendiente es irresistible.

Tal es el nuevo poder que en los primeros meses de 1792 surge al lado de los poderes legales. La Constitución no lo ha previsto; pero existe, se muestra, se la ve. El 29 de Abril, por consentimiento de la Asamblea y en contra de la ley, los tres batallones del barrio de San Antonio, unos 1.500 hombres, desfilan por la sala en tres columnas, una de fusileros y las otras dos de hombres con picas, «picas de ocho á diez pies», de aspecto formidable y de toda especie. Al otro lado del Sena, los tres batallones del barrio de San Marcelo están compuestos y armados de la misma manera. Esto constituye un núcleo de 3.000 combatientes; hay tal vez otros 3.000 en los demás barrios de París. Añadid, en cada uno de los sesenta batallones de la guardia nacional, los artilleros, casi todos herreros, cerrajeros, herradores, y la mayoría de los gendarmes, soldados licenciados por insubordinación, que se inclinan naturalmente del lado del motín; en junto, sin contar el acompañamiento ordinario de los vagabundos y de los simples bandidos, unos 9.000 hombres, ignorantes, exaltados, pero todos hombres de acción, bien armados, organizados, prontos á marchar, prontos á herir. Al lado de las autoridades que hablan, he aquí la verdadera fuerza, porque obra, y es la única que obra. Como en otro tiempo en Roma la guardia pretoriana de los Césares, como en otro tiempo en Bagdad la guardia turca de los califas, es la dueña de la capital, y, por la capital, del Estado.

III

Tal tropa, tales jefes; los toros necesitan vaqueros por conductores, superiores á aquéllos en un grado, pero en un grado solamente; con el traje, la voz y los

modales del oficio, exentos de repugnancias y de escrúpulos, naturalmente duros ó voluntariamente endurecidos, fértiles en astucias y en expedientes de matadero; gentes del pueblo, ó que finjan serlo. Santerre, un cervecero del barrio de San Antonio, comandante del batallón de expósitos, hombre grande y aparatoso, con voz estentórea, que en la calle da apretones de mano al primero que llega, y, en su casa, con el dinero del duque de Orleans, convida á beber á todo el mundo; Legendre, un carnicero irascible, que hasta en la Convención conservará sus modales de matarife; dos ó tres extranjeros y aventureros, aptos para las tareas de matanza, y que se sirven del sable ó de la bayoneta sin previo aviso.

El primero es un italiano, profesor de inglés, Rolando, agitador de profesión que, convicto de asesinato y robo, terminará ahorcado en Piamonte.

El segundo es un polaco, Lazawski, antiguo elegante y presumido que, con una facilidad eslava, se ha convertido en el más descamisado de los descamisados; poseedor un tiempo de una sinecura, lanzado después bruscamente al arroyo, ha gritado en los clubs contra sus protectores, que creía caídos; le han nombrado capitán de los artilleros del batallón de San Marcelo, y será uno de los degolladores de Septiembre; pero su temperamento de salón no es bastante robusto para su papel, y morirá al cabo de un año, abrasado por la fiebre y el aguardiente.

El tercero es otro matador en jefe de Septiembre, Fournier, llamado el americano, ex plantador, que ha traído de Santo Domingo el desprecio de la vida humana; «con su faz lívida y siniestra, sus bigotes, su triple cinturón de pistolas, su lenguaje grosero, sus blasfemias, parece un pirata».

Al lado de éstos se encuentra un abogadillo jiboso, Ceriratte-Verrières, charlatán infatigable, que el 6 de Octubre de 1789 se pavoneaba en un gran caballo blanco, y después abogó por Marat; por estas dos circunstancias, su cara de fantoche ha quedado grabada en la imaginación popular; además, los rudos mocetones que se reúnen de noche en casa de Santerre necesitan un hombre de pluma, y, probablemente, él proporciona el estilo.

El conciliábulo comprende afiliados más inferiores todavía: «Brière, tabernero, Nicolás, zapador en el batallón de Expósitos; Gencer, que se titula vencedor de la Bastilla»; Rossignol, licenciado de tropa, el cual, después de haber presidido las matanzas de la Force, paseará por la Vendée, en calidad de general improvisado, su incapacidad, su crápula y su bandidaje: «otros que tal», Huguenin, ex abogado arruinado, carabinero, desertor, empleado de consumos, actualmente arador del barrio de San Antonio, y finalmente presidente de la comuna de Septiembre; el gran vociferador del Palais-Royal, Saint-Hurugue, apodado el *Padre Adán*, un marqués caído en el arroyo, que bebe con tres mozos de cuerda y maneja un garrote.

Estos son los agitadores; los jacobinos del municipio y de la Asamblea no prestan á la empresa sino sus alientos y su connivencia; vale más que el motín parezca espontáneo; por prudencia ó pudor, los girondinos Petion, Manuel, Danton mismo, permanecen en la sombra; no tienen necesidad de mostrarse.

Por cercanos al pueblo y por mezclados á la multitud, los otros son más capaces de forjar para su tropa la cuerda que le conviene; es una novela adaptada á los límites, á la forma y á la conmoción de su inteligencia, una novela negra y sencilla como se requiere

para los niños, ó más bien un melodrama de teatro de feria, con los buenos á un lado, los malos al otro, en el centro un ogro, un tirano, algún infame traidor que no pueda por menos de ser desenmascarado al final y castigado según sus méritos, todo en sonoras tiradas, y, por último, sn himno cantado á coro. En su cerebro en bruto de obrero sobrexcitado, la política no puede entrar sino en forma de imágenes salientes y coloreadas, como son las de la *Marsellesa* y la *Carmañola* y *Ça ira*. Fabrícase para su uso la leyenda requerida. Le presentan á Luis XVI «como un monstruo que emplea su poder y sus tesoros en oponerse á la regeneración de los franceses. Nuevo Carlos IX, quiere llevar á Francia la desolación y la muerte. ¡Ay de ti! Tus crímenes tendrán un término. Damiens fué menos culpable que tú. Fué castigado con las más horribles torturas por haber querido librar á Francia de un monstruo. ¡Y á ti, que eres veinticinco millones de veces peor, te dejan en la impunidad!... Pisoteemos este simulacro de monarquía. ¡Temblad, tiranos, que todav a hay entre nosotros Scévolas!»

Todo esto se dice, se declama, ó más bien se grita, públicamente, á la luz del día, bajo las ventanas del rey, por oradores subidos en sillas, y del comité instalado en casa de Santerre parten, diariamente, provocaciones análogas, ya pasquines que se pegan en los barrios, ya peticiones que se llevan á las secciones y á los clubs, ya mociones que se agitan «en los grupos de las Tullerías, del Palais-Royal, de la plaza de Grève y, sobre todo, de la plaza de la Bastilla». Desde el 2 de Junio, los agitadores han establecido en la iglesia de los Niños Expósitos un nuevo club, para tener su oficina especial. Como los demagogos de Platón, saben su oficio, han descubierto con qué gritos se estremece

el animal popular, con qué sombras se le asusta, con qué aparato se le atrae, por qué camino hay que dirigirle: una vez lanzado, caminará á ciegas, arrebatado por su involuntario impulso, y aplastará con su masa cuanto encuentre bajo sus pies.

IV

El espectáculo está bien elegido y bien presentado: se trata de celebrar el aniversario del juramento del Juego de Pelota. Se plantará un árbol de la Libertad en el terrado de los fuldenses, y se presentarán á la Asamblea, y luego al rey, «peticiones relativas á las circunstancias»; por precaución ó para imponerse á los mal intencionados, los peticionarios llevarán sus armas.

Una procesión popular es atractiva, y ¡hay tantos obreros que no salen de su huelga forzosa! Además es agradable figurar en una ópera patriótica, y muchos, sobre todo las mujeres y los niños, desean ver al *señor y la señora Veto*. Se ha visitado á los campesinos de las afueras; puede contarse seguramente con los merodeadores de los terrenos incultos, con los vagos tan numerosos en París, con los aficionados á todo espectáculo gratuito, con los curiosos que, todavía hoy, se agolpan á cientos en los muelles para mirar á un perro que se ha caido al Sena. Todo esto formará un cuerpo que, sin pensarlo, seguirá á su cabeza. A las cinco de la mañana del 20 de Junio, ya hay grupos formados en los barrios de San Antonio y San Marcelo, guardias nacionales, piqueros, artilleros con sus cañones, gentes provistas de sables ó de palos, niños y mujeres.

A la verdad, un bando que se acaba de fijar en las paredes prohibe la formación de grupos, y los funcio-

narios municipales, ostentando las escarapelas, llegan á intimar ó suplicar á la multitud que no viole la ley. Pero, en un cerebro popular, las ideas son tan tenaces como cortas. Se ha contado con una procesión cívica, se han levantado temprano para efectuarla, todo está preparado para la ceremonia, no quieren volver á sus casas. Por lo demás, tienen buenas intenciones; conocen la ley tan bien como los municipales; no se han armado sino «para hacer que se respete y se observe». En fin, otros peticionarios armados han desfilado ya ante la Asamblea nacional; bien valen éstos lo que aquéllos, y «siendo la ley igual para todos», puesto que á los otros les admitieron, también les admitirán á ellos. En todo caso, se pedirá permiso á la Asamblea. Ultimo argumento y el mejor de todos: para probar á los municipales que no se quiere el motín, les ruegan que marchen con el tumulto.

Mientras tanto transcurren las horas y, en una multitud contrariada por la espera, siempre son los más impacientes, los más rudos, los más inclinados á las vías de hecho, los que manejan á los otros.

En el cuartel general del Val-de-Grace, los piqueros se lanzan sobre los cañones y los arrastran; los guardias nacionales dejan hacer; á los jefes, Saint-Prix y Leclerc, amenazados de muerte, no les queda otro remedio que seguir aunque protesten.

El mismo espectáculo se ofrece en la sección de Montreuil; la resistencia de cuatro comandantes de batallón entre seis no ha servido más que para entregar la autoridad plena al instigador del motín, y en adelante Santerre es el único jefe de los grupos.

A eso de las once y media, sale de su cervecería, y, seguido de los cañones, de la bandera, del carro que lleva el álamo, se pone á la cabeza del cortejo, que es

de «mil quinientas personas» aproximadamente, «comprendiendo los curiosos»; pero la tropa, en su marcha, crece como una bola de nieve, y, al llegar ante la Asamblea nacional, lleva en pos de siete á ocho mil personas.

A solicitación de Guadet y de Vergniaud, son admitidos los peticionarios: en un discurso enfático y amenazador, un orador, Huguenin, denuncia á los ministros, al rey, á los acusados de Orleans, á los diputados de la derecha, pide «sangre» y anuncia que el «pueblo en pie» está dispuesto á hacerse justicia. Después, al ruido de los tambores y al son de la música, durante más de una hora, bajo la inspección de Santerre y de Saint-Huragne, la multitud desfila por la sala: aquí y allá pasan algunos pelotones de guardias nacionales confundidos entre la multitud y perdidos en «el bosque ambulante de las picas»; todo el resto es puro populacho, «figuras hediondas», dice un diputado, hombres desbarrapados, en mangas de camisa, provistos de toda clase de armas. En medio del cortejo se ven unos pantalones viejos en el extremo de una pica con este lema: «¡Vivan los *Sans-Culottes!*» (1), y en una hoz un corazón de vaca con esta inscripción: *Corazón de aristócrata:* emblemas significativos, y tales como una imaginación de pilluelo ó de carnicero pueda idear para un carnaval político.

Efectivamente, esto es; se ha bebido, muchos están borrachos. Desfilar es demasiado poco, quieren también divertirse: al cruzar la sala, cantan el *Ça ira,* y hasta se baila á intervalos. Al mismo tiempo, se hacen actos de civismo, se grita *¡Vivan los patriotas!*

(1) Literalmente: *Sin pantalones*. Adaptándolo: *Descamisados*.

¡Abajo el veto! Fraternizan al pasar con los buenos diputados de la izquierda; lanzan chirigotas á los de la derecha, les enseñan los puños. De esta suerte se hace ostentación ante la Asamblea de unos colaboradores dispuestos y prontos á todo, incluso contra ella.

Sin embargo, salvo una verja de jardín derribada por el apresuramiento y una irrupción de la multitud en el terrado de los fuldenses, no se ha cometido ningún acto de violencia: excepto en los momentos de furor, el pueblo parisiense es más charlatán y bullanguero que feroz; por lo demás, hasta aquí nadie se le ha opuesto. Están ebrios de desfile y de gritos; varios bostezan de fastidio y de cansancio, he aquí ya diez ó doce horas de reloj que tienen sobre las piernas. La oleada humana, que, al salir de la Asamblea, ha ido á esparcirse en el Carrousel, permanece allí estacionaria, y parece dispuesta á volver á sus canales ordinarios.

No es esto lo que quieren los agitadores. Santerre, que llega con Saint-Huragne, comprende que se necesita un nuevo impulso, y decisivo; grita á sus hombres: «¿Por qué no habéis entrado en el palacio? Hay que entrar, no hemos venido sino á eso». «El Carrousel está forzado, grita un teniente de los artilleros de Val-de-Grâce; es preciso que lo sea el palacio. He aquí la primera vez que los artilleros del Val-de-Grâce marchan: no son más que unos... ¡Vamos, á mí, artilleros, de frente al enemigo!»

Sin embargo, del otro lado de la puerta, unos funcionarios municipales, elegidos por Pieton entre los más revolucionarios del Consejo, disuelven la resistencia con sus arengas é intimaciones. «Después de todo, dice uno de ellos, llamado Mouchet, el derecho de petición es sagrado.»

«Abrid la puerta, gritan Sergent y Baucher-René, nadie tiene derecho á cerrarla; todo ciudadano tiene derecho á entrar.»

Un artillero levanta la báscula, la puerta se abre; en un momento se llena el patio, la muchedumbre se lanza bajo la bóveda y á la escalera principal con tal impulso, que un cañón del Val-de-Grâce, subido á brazo, llega hasta la tercera habitación del primer piso. Las puertas crujen bajo los hachazos, y, en el salón del *Œil-de-Bœuf*, la multitud se encuentra frente á frente con el rey.

En análogas circunstancias, los representantes de la autoridad pública, directorios, municipios, jefes militares, y, el 6 de Octubre, el mismo rey, han cedido siempre hasta aquí; han cedido ó han perecido. Seguro del resultado, Santerre prefiere no asistir á la escena: cual hombre prudente, se reserva, se sustrae, se deja llevar á la cámara del Consejo, en donde se ha refugiado la reina, el delfín y las mujeres. Con su gran estatura y corpulencia les sirve de barricada; impide los asesinatos inútiles y comprometedores. Mientras tanto, deja hacer en el Œeil de-Bœuf; sin duda, en su ausencia, harán allí todo lo necesario, y, según todas las muestras, ha calculado bien.

De un lado, en el hueco de una ventana, sentado en una banqueta, está el rey, casi solo, y, ante él, por toda defensa, cuatro ó cinco guardias nacionales; de otro lado, en las habitaciones, una multitud inmensa que crece de hora en hora á medida que el rumor de la irrupción se propaga por los barrios próximos, quince ó veinte mil personas, un amontonamiento prodigioso, una mezcolanza cruzada de remolinos, una mar agitada de cuerpos que se juntan y se bambolean, un estrépito enorme, «rugidos, injurias, imprecacio-

nes». «¡Abajo el señor veto! ¡Fuera el veto! ¡Sin ocultar los ministros patriotas! Es preciso que firme; no saldremos de aquí sin que haya firmado.»

Adelantándose á todos, Legendre, más determinado que Santerre, se declara el orador y el representante del poder del pueblo soberano: «Caballero», dice al rey, y al ver que éste hace un gesto de sorpresa, «sí, caballero, escúcheme, para eso está usted, para escucharnos. Es usted un pérfido, nos ha engañado siempre, nos sigue engañando, pero tenga cuidado, la medida está colmada, el pueblo está cansado de verse juguete de usted.»

«Señor, señor, grita otro energúmeno, os pido, en nombre de cien mil almas que me rodean, que vuelvan los ministros patriotas... Pido la sanción del decreto sobre los curas y los veinte mil hombres. La sanción, ó perecéis.»

En poco está que la amenaza no se realice. Los que han entrado primero han llegado con las picas preparadas; entre ellos un «foragido» con un palo, en cuya punta brilla una hoja de cuchillo «muy puntiaguda», y que dirige hacia el rey. Por varias veces rumoran la tentativa de asesinato tres ó cuatro enfurecidos resueltos á matar.

Nada importa: ante todas las amenazas el rey permanece impasible. A un granadero que quiere tranquilizarle, le coge la mano y se la pone en el pecho diciendo: «Vea si es este el movimiento de un corazón agitado por el temor.» A Legendre y á los exaltados que le intiman la sanción, responde sin conmoverse: «No me he apartado jamás de la Constitución... Haré lo que la Constitución y los decretos me ordenan hacer... Vosotros sois los que os apartáis de la ley.»

Y durante cerca de cuatro horas, siempre en pie y

bloqueado en su banqueta, persiste sin dar una muestra de debilidad ó de cólera.

A la larga, esta sangre fría surte su efecto, y la impresión de los espectadores no es, en modo alguno, la que esperaban. Porque, bien manifiestamente, el personaje que tienen delante no es el monstruo que les han pintado, un tirano imperioso y sombrío, el Carlos IX que silvan en el teatro. Ven á un hombre algo grueso, de rostro plácido y benévolo, al que se tomaría, si no tuviera el cordón azul, por un burgués pacífico; á un lado, sus ministros, tres ó cuatro hombres vestidos de negro, buenas personas y buenos funcionarios, con aire de lo que son; junto á otra ventana está su hermana, madama Isabel, joven, de rostro dulce y puro. El pretendido tirano es un hombre como los demás; habla pausadamente, dice que la ley está por él, y nadie dice lo contrario; tal vez es mejor de lo que se ha creído. ¡Si solamente quisiera hacerse patriota! Una mujer blande una espada que lleva una escarapela; él hace una señal, le pasan la espada, la eleva gritando con la multitud: *¡Viva la nación!* He aquí un buen signo.

Un gorro rojo oscila en el extremo de una percha; alguien se lo presenta, él se lo pone en la cabeza, los aplausos estallan, se grita: *¡Viva la nación! ¡Viva la libertad!* y hasta *¡Viva el rey!*

Ha pasado el peligro mayor. No es que cejen los asaltantes: «Ha hecho bien, dicen, en ponerse el gorro, porque hubiéramos visto lo que habría pasado, y es preciso que sancione el decreto sobre los curas y sobre el campamento, volveremos todos los días; así le cansaremos y nos haremos temer.»

Pero el día avanza, el calor es terrible, el cansancio extremo, el rey está menos solo y mejor defendido; han llegado hasta él cinco ó seis diputados, tres funciona-

rios municipales, algunos oficiales de la guardia nacional; el mismo Petion se ha personado por fin, y, subido en una butaca, arenga al pueblo con sus habituales adulaciones. Al mismo tiempo Santerre, comprendiendo que la ocasión se ha perdido, toma la actitud de un libertador y grita con su vozarrón: «Respondo de la familia real: que se me deje hacer.» Una fila de guardias nacionales forma ante el rey, y lentamente, penosamente, á instancias del alcalde, la muchedumbre sale á eso de las ocho de la noche.

CAPITULO VI

I. Indignación de los constitucionales.—Causa de su debilidad.—Los girondinos reanudan el ataque.—Su doble plan.—II. Presión sobre el rey.—Petion y Manuel llevados al Ayuntamiento.—Los ministros obligados á dimitir.—Agitación jacobina contra el rey.—Presión sobre la Asamblea.—Petición de la comuna de París.—Amenazas de los peticionarios y de las galerías.—Sesión del 8 de Agosto.—Doble fracaso de la estrategia girondina.—III. Los girondinos han trabajado para los jacobinos.—La fuerza armada alejada ó desorganizada.—Llamamiento de los federados.—Publicidad de las sesiones de los Cuerpos administrativos.—Permanencia de los Cuerpos administrativos y de las secciones.—Efecto de estas dos medidas.—La oficina central de las secciones en el Ayuntamiento.—Origen y formación de la comuna revolucionaria.—IV. Vanos esfuerzos de los girondinos para encarrilar.—Alarmas de los jacobinos, su exaltación, su programa.—V. Noche del 8 de Agosto.—Sesión del 9 de Agosto.—Mañana del 10 de Agosto.—Purgación de la Asamblea.—VI. La noche del 9 al 10 de Agosto.—Las secciones.—Los comisarios de las secciones en el Ayuntamiento.—VII. El 10 de Agosto.—Fuerzas del rey.—Disolución de la resistencia.—El rey en la Asamblea nacional.—Descarga de los suizos.—El palacio evacuado por orden del rey.—Las matanzas.—La Asamblea esclava y sus decretos.—VIII. Estado de París durante el interregno.—La masa de la población.—Los jacobinos subalternos.—Los agitadores jacobinos.

I

Puesto que el golpe ha fallado, hay que repetirlo. Esto es tanto más urgente cuanto que la facción se ha quitado la careta, y que, en todas partes, «las perso-

nas honradas» se indignan de ver la Constitución sometida á la arbitrariedad de la ínfima plebe. Casi todas las administraciones superiores, setenta y cinco directorios de departamentos, envían su adhesión á la carta de Lafayette ó responden aplaudiendo la proclama tan comedida y tan noble por la que el rey, exponiendo las violencias de que ha sido objeto, mantiene su derecho legal con triste é inflexible dulzura. Muchas poblaciones, grandes ó pequeñas, le dan las gracias por su firmeza, y los que firman los mensajes son los notables del lugar, caballeros de San Luis, ex funcionarios, jueces, administradores de distrito, médicos, notarios, abogados, registradores, directores de correos, fabricantes, comerciantes, gentes establecidas, en suma, los hombres más considerados y más considerables. En París, una moción análoga, redactada por dos antiguos constituyentes, recoge 247 páginas de firmas certificadas por 99 notarios. Hasta en el Consejo general de la comuna hay mayoría para dirigir una censura pública al alcalde Petion, al procurador síndico Manuel, á los administradores de policía, Panis, Sergent, Vigner y Perron. El 20 de Junio, el consejo del departamento ha abierto una información, la prosigue, la apresura, demuestra con documentos auténticos la inacción voluntaria, la connivencia hipócrita, el doble juego del procurador síndico y del alcalde; los suspende en sus funciones, los denuncia á los tribunales, así como á Santerre y sus cómplices. En fin, Lafayette, añadiendo al peso de su opinión el ascendiente de su presencia, acude á la barra de la Asamblea nacional á reclamar medidas «eficaces» contra las usurpaciones de la «secta» jacobina y á pedir que á los instigadores del 20 de Junio se les castigue como «reos de lesa nación», último síntoma y más

significativo todavía: en la Asamblea aprueban su petición por una mayoría de más de cien votos.

Todo esto debe ser aplastado y va á serlo. Porque del lado de los constitucionales, cualesquiera que sean, rey, diputados, ministros, generales, administradores, notables, guardias nacionales, la voluntad se evapora en palabras, y la razón está en que son personas *civilizadas,* acostumbradas á las prácticas de una sociedad regular, interesadas de padre á hijo en la observancia de la ley, turbadas por el pensamiento de las consecuencias, agitadas por ideas múltiples, incapaces de comprender que en el Estado de naturaleza que Francia ha caído, no hay más que una idea que valga: la del hombre que, aceptando la guerra declarada, responde á la ofensiva con la ofensiva, y contra los salvajes demoledores de la sociedad humana baja á la calle con el fusil cargado. Nadie apoya á Lafayette, que es el único que tiene el valor de lanzarse adelante; á la cita que ha dado en los Campos Elíseos no acude más que un centenar de hombres. Se conviene en marchar contra los jacobinos al día siguiente y cerrarles el club, si se reúnen trescientas personas animosas, y al día siguiente son treinta. A Lafayette no le queda otro remedio que salir de París y protestar con una nueva carta.

Protestas, apelaciones á la Constitución, al derecho, al interés público, al sentido común, argumentos bien planeados, nunca habrá de esto tanto más que discursos y escritos; ahora bien: en el conflicto que se entabla, los discursos y los escritos no sirven para nada. Imaginad un debate entre dos hombres, el uno que razona bien, el otro que no sabe más que declamar, pero que habiendo encontrado en su camino un dogo enorme, le ha domesticado y le lleva consigo como auxi-

liar. Para el dogo los razonamientos no son más que papeles mojados ó sonidos en el aire; con los ojos inyectados y fijos en su amo al momento, no espera más que un gesto para saltar sobre los adversarios que le señalen. El 20 de Junio, por poco estrangula á uno: le llenó de baba. El 21 se endereza para volver á empezar. Durante los cincuenta días que siguen, no cesa de gruñir, al principio sordamente, después con estrépito terrible. El 25 de Junio, el 14 de Julio, el 27 de Julio, el 3 de Agosto, el 5 de Agosto se lanza de nuevo y cuesta gran trabajo contenerle. Ya una vez, el 29 de Julio, sus colmillos se han incrustado en carne viva.

A cada momento de la discusión parlamentaria, el constitucional indefenso ve aquella bocaza abierta; nada tiene de particular, si arroja ó deja arrojar en parte al dogo todos los derechos que reclama el girondino.

Seguros de su fuerza, los girondinos reanudan el ataque, y su plan de campaña parece hábilmente combinado. Quieren, sí, tolerar al rey en el trono, pero á condición de que sea un maniquí, que llame á los ministros patriotas, que les deje elegir el preceptor del delfín, que destituya á Lafayette. Si no, la Asamblea pronunciará el destronamiento y se apoderará del poder ejecutivo. Tal es el desfiladero de dos salidas, por el que se meten la Asamblea y el rey. Si el rey, empujado, no pasa por la primera puerta, la Asamblea, empujada, pasará por la segunda, y en ambos casos, ministros todopoderosos del rey sometido, ó delegados ejecutivos de la Asamblea semetida, serán los amos de Francia.

II

A este efecto, acometen en primer lugar al rey, y tratan de forzarle la mano por el miedo.

Hacen que se levante la suspensión lanzada contra Petion y Manuel, y los llevan de nuevo al Ayuntamiento. En adelante, estos reinarán en París sin represión ni vigilancia; porque el directorio del departamento era dimitido; no hay ya autoridad superior que les impida hacer cuanto se les antoje. He aquí al rey de Francia en buenas manos, en las manos de los que, el 20 de Junio, se negaron á amordazar á la bestia popular y declaran que ha hecho bien, que estaba en su derecho, que puede repetirlo. Según ellos, el palacio del monarca pertenece al pueblo; se puede entrar en él como en un café; en todo caso, si el municipio está ocupado en otra cosa, no está obligado á oponerse: «¿acaso no hay que guardar más en París que las Tullerías y el rey?»

Otra maniobra: rompen en manos del rey sus instrumentos. Por honrados é inofensivos que sean sus nuevos ministros, no comparecen en la Asamblea sino para que los silben las tribunas. Isnard, designando con el dedo al principal de aquellos, exclama: «Ese es un traidor.» Todos los atentados populares les son imputados como otros tantos delitos, y Guadet declara que, «como consejeros del rey, son solidarios de los motines» que pudiera excitar el doble reto. No solamente la facción les declara culpables de las violencias que ella provoca, sino que pide su vida para expiar los crímenes que ella comete. «Decid á Francia, exclama Vergniaud, que en adelante los ministros

responden con sus cabezas de todos los desórdenes cuyo pretexto es la religión.»

«La sangre que acaba de correr en Burdeos, dice Ducos, debe caer sobre el poder ejecutivo.» Lasource propone que «se castigue de muerte, no solamente al ministro que no haya ordenado prontamente la ejecución de un decreto sancionado, sino también á los funcionarios que no hayan ejecutado las órdenes del ministro. Siempre la muerte y á todo propósito contra cualquiera que no sea de su secta. Bajo este terror continuo los ministros dimiten en masa, el rey es requerido á que busque otros en el acto; mientras tanto, para hacerles el puesto más peligroso, la Asamblea decreta que en adelante serán «solidariamente responsables». Ostensiblemente es al rey al que tiran por encima de los ministros, y los girondinos no omiten nada para hacerle el gobierno imposible. Firma este nuevo decreto; no protesta; á la persecución que sufre no opone más que el silencio, á veces una efusión de corazón bueno y honrado, una queja afectuosa y conmovedora, que parece un gemido contenido. Pero á los acentos más dolorosos y más convencidos, la obstinación dogmática y la ambición impaciente permanecen voluntariamente sordas; su sinceridad pasa por una nueva mentira; desde lo alto de la tribuna, Vergniaud, Brissot, Turné, Condorcet, le acusan de traición, reivindican para la Asamblea el derecho de suspenderle, y dan la señal á sus auxiliares jacobinos.

A invitación de la sociedad madre, las sucursales de provincia se ponen en movimiento, y la máquina revolucionaria obra á la vez con todos sus instrumentos de agitación, reuniones en las plazas públicas, pasquines homicidas en las paredes, mociones incen-

diarias en los clubs, rugidos en las tribunas, mensajes injuriosos y diputaciones sediciosas en la barra de la Asamblea. A los treinta y seis días de este régimen, los girondinos creen al rey domado, y, el 26 de Julio, Guadet, después Brissot, en la tribuna le dirigen los supremos requerimientos y las últimas intimaciones. ¡Decepción profunda! Como en el 20 de Junio, él niega: «Nunca ministros girondinos.»

Puesto que cierra una de las dos puertas, se pasará por la otra, y si los girondinos no pueden reinar por él, reinarán sin él. En nombre de la comuna, llega Petion en persona á proponer el nuevo plan y reclamar la destitución. «Una vez adoptada esta gran medida, dice, como es muy dudoso que la nación pueda tener confianza en la dinastía actual, pedimos que unos ministros solidariamente responsables, nombrados por la Asamblea nacional, pero, según la ley constitucional, que no pertenezcan á ella, *nombrados por el escrutinio de los hombres libres votando en alta voz,* ejerzan provisionalmente el Poder ejecutivo.» Mediante esta votación en alta voz, se espera dominar los sufragios; no será sino un nuevo decreto arrancado como tantos otros, y hace ya tiempo que la mayoría sufre la misma presión que el rey. «Si os negáis á lo que deseamos, decía un pasquín del 23 de Junio, nuestros brazos están levantados, y caeremos sobre los traidores allí donde se encuentren, incluso entre vosotros.»

«Hay entre vosotros, dice una petición del 6 de Agosto, favoritos de la corte; perezca su inviolabilidad, si tiene el poder funesto de poner impunemente obstáculos á la voluntad nacional.»

En la Asamblea, las vociferaciones de las galerías son espantosas, ahogan las voces de los diputados que hablan en contra de la destitución; á fuerza de de-

puestos los echan de la tribuna. A veces, la derecha renuncia á la discusión y sale de la sala. La violencia de las galerías va tan lejos, que en varias ocasiones casi toda la Asamblea murmura mientras que aquéllas aplauden; en suma, la mayoría se indigna en alta voz de su esclavitud.

Que tenga cuidado; en las tribunas y en los alrededores del edificio están los federados, hombres de puños; la obligarán á votar la medida decisiva, el decreto bajo el cual debe caer el campeón armado de la Constitución y del rey, la acusación contra Lafayette. Para mayor eficacia, los girondinos exigen votación nominal; de esta manera, los nombres proclamados é impresos designarán al populacho á los que se le oponen, y ninguno de ellos está seguro de volver á su casa con todos sus miembros.

Pero Lafayette, liberal, demócrata, realista, tan afecto á la revolución como á la ley, es el personaje que justamente, por el recto alcance de su inteligencia, por la incoherencia de sus ideas políticas, por la nobleza de sus sentimientos contradictorios, representa mejor la opinión de la Asamblea y de Francia. Además, su popularidad, su valor y su ejército, son el último refugio. La mayoría comprende que al entregarle se entrega ella misma, y por 400 votos contra 224 le absuelve.

Una vez más ha fallado la estrategia de los girondinos. Por segunda vez el Poder se les escapa; ni el rey ni la Asamblea han consentido en entregárselo, y ellos no pueden ya dejarlo en el aire, aplazar hasta mejor ocasión, hacer que esperen sus acólitos jacobinos. El frágil lazo con el que sujetaban al dogo revolucionario se ha roto entre sus manos; el dogo está suelto y en la calle.

III

Jamás se ha trabajado mejor para el prójimo: todas las medidas con las que creían apoderarse del poder no han servido sino para entregarlo al populacho.

De un lado, con una serie de decretos legislativos y decisiones municipales, ha separado ó disuelto la fuerza armada que podía aún reprimirle ó intimidarle. El 29 de Mayo han licenciado á la guardia del rey. El 15 de Julio despachan de París todas las tropas de línea. El 16 de Julio eligen, para «formar la guarnición de á pie, los ex guardias franceses que sirvieron á la revolución en la época del 1.º de Junio de 1789, los oficiales, suboficiales, artilleros y soldados que se reunieran bajo las banderas de la libertad á partir del 12 de Julio del mismo año», es decir, los insurrectos y desertores. El 6 de Julio, en todas las poblaciones de más de 5.000 almas, hieren á la guardia nacional en la cabeza con el licenciamiento de su estado mayor, «corporación aristocrática, dice una petición, especie de feudalismo moderno, compuesto de traidores que parecen haber formado el propósito de dirigir á su antojo la opinión pública». En los primeros días de Agosto, hieren á la guardia nacional en el corazón con la supresión de las compañías distinguidas, granaderos y cazadores, reclutados entre las personas acomodadas, verdadera selección que ahora, despojada de su uniforme, llevada á la igualdad; perdida en la masa, ve además sus filas perturbadas por una cuerda de intrusos, federados y piqueros. En fin, para remate, ordenan que en adelante la guardia del palacio se componga cada día de ciudadanos procedentes de los sesenta batallones, de suerte que los jefes no conocen

ya á sus hombres, que nadie tenga ya confianza en su jefe, en su subordinado, en su compañero, en sí mismo, que todas las piedras de la dignidad humana queden sueltas por adelantado y que la defensa se derrumbe al primer choque.

De otra parte, han cuidado de proporcionar al motín un cuerpo de batalla y una vanguardia. Mediante otra serie de decretos y de disposiciones municipales, autorizan la concentración de los federados en París, les consignan un sueldo y un alojamiento militar, les permiten organizarse bajo un comité central que radica en los jacobinos y toma la orden de los jacobinos. De estos recién llegados, las dos terceras partes, verdaderos soldados y verdaderos patriotas, marchan al campamento de Soissons y la frontera; pero queda la otra tercera parte en París, unos 2.000, agitadores y políticos, que, festejados, regalados, alojados cada uno en casa de un jacobino, se hacen más jacobinos que sus huéspedes y se incorporan á los batallones revolucionarios para servir á tiros á la buena causa.

He aquí la fuerza militar en manos de la plebe jacobina; no queda más que entregarle la autoridad civil, y los girondinos que les han hecho el primer regalo, no tardan en hacerles el segundo.

El 1.º de Julio decretan que en adelante las secciones de los cuerpos administrativos serán políticas: esto es someter los municipios, los consejos de distrito y los consejos de departamento, como la misma Asamblea nacional, á los clamores, á los ultrajes, á las amenazas, al dominio de los asistentes, quienes, como en la Asamblea nacional, serán siempre jacobinos. El 11 de Julio, con la declaración de que la patria está en peligro, han constituido los cuerpos administrativos, después las cuarenta y ocho secciones de París, en se-

sión permanente: esto es entregar los cuerpos administrativos y las cuarenta y ocho secciones de París á la minoría jacobina que, por esto, estará siempre presente y que sabe los medios de transformarse en una jerarquía.

Las personas ocupadas y acomodadas no irán diariamente y durante todo el día á las sesiones. Primero, porque tienen mucho que hacer en su oficina, en la tienda, en su establecimiento, para perder así el tiempo. Después, porque tienen demasiado buen sentido, demasiada docilidad y honradez para creerse el pueblo soberano. Por último, en estos momentos, las calles de París, sobre todo de noche, no están seguras. La política al aire libre multiplica en ellas los tumultos y los palos. Por el contrario, nada más atractivo para los desocupados, parroquianos de café, oradores de taberna, para los refractarios y los parásitos del ejército social, para todos los que, á falta de una carrera particular, se hacen una carrera pública. Para éstos, para los federados ociosos, para los cerebros desarreglados, para el pequeño rebaño de los verdaderos fanáticos, las sesiones permanentes, incluso de noche, no son demasiado largas. Son actores ó *clac*, y el estrépito no les choca, puesto que lo hacen ellos. Se relevan para estar siempre en número, ó suplen el número con la brutalidad y la usurpación. Con desprecio de la ley, la sección del Teatro Francés, dirigida por Danton, levanta la distinción entre ciudadanos activos y ciudadanos pasivos, y concede á todos los individuos domiciliados en su circunscripción el derecho de presencia y de voto. Otras secciones admiten en sus sesiones á todos los espectadores de buena voluntad, mujeres, niños, nómadas, agitadores y agitados, que, como en la Asamblea nacional, aplauden ó silban á una se-

ñal. En las secciones que no quiere ponerse á merced de un público anónimo, la misma turba de energúmenos hace ruido en la puerta é insulta á los electores que entran.

Gracias á este personal ambulante de colaboradores intrusos, los jacobinos rabiosos dominan en las secciones como en la Asamblea; en las secciones como en la Asamblea, echan ó hacen callar á los moderados, y, cuando la sala está medio vacía ó mucho, su moción pasa. Llevada á la sección próxima, es aprobada de igual suerte: al cabo de unos días, da la vuelta á París, y llega á la Asamblea como la voluntad auténtica de la población unánime.

Ahora, para que esta voluntad ficticia se cumpla, necesita un comité central de ejecución, y, por una obra maestra de ceguera, Petion, el alcalde girondino, es el que se encarga de alojarlo, autoriz arlo y organizarlo. El 17 de Julio instituye en el municipio «una oficina central de correspondencia entre las secciones»: todos los días irá allí un comisario elegido á llevar las decisiones de su sección y llevarse las decisiones de las otras cuarenta y siete. Naturalmente, estos comisarios elegidos deliberan entre sí, con presidente, secretario, acta y todas las fórmulas de un verdadero consejo municipal. Naturalmente, puesto que les han instalado en el Ayuntamiento, á dos pasos del consejo municipal, tendrán tentaciones de ocupar su puesto; para ello les basta con cambiar de sala: no hay más que cruzar un pasillo.

IV

Así nace, incubada por los girondinos, la terrible comuna de París, la del 10 de Agosto, del 2 de Septiembre, del 31 de Mayo: apenas ha salido la víbora

del nido, cuando ya silba; quince días antes del 10 de Agosto, comienza á desarrollar sus anillos, y los cuerdos hombres de Estado que tan diligentemente la han abrigado y nutrido, perciben con espanto su cabeza chata y horrible. En seguida retroceden, y hasta el último momento se esforzarán en impedirla que marche. El 7 de Agosto, Petion va en persona á ver á Robespierre, á fin de hacerle presente los peligros de una insurrección y obtener que se deje á la Asamblea el tiempo de discutir el destronamiento. El mismo día, Vergniaud y Gaudet, por mediación del ayuda de cámara Thierry, proponen al rey que entregue hasta la paz el gobierno á un consejo de regencia. En la noche del 9 al 10 de Agosto, una circular apremiante de Petion invita á las secciones á permanecer tranquilas.

Es demasiado tarde. Cincuenta días de excitaciones y de alarmas han exaltado hasta el delirio el extravío de las imaginaciones enfermas.

El 2 de Agosto una muchedumbre de hombres y mujeres se precipita á la barra de la Asamblea gritando: «¡Venganza, venganza!; ¡envenenan á nuestros hermanos!» Comprobada la verdad, resulta que en Soissons, en donde el pan de munición se amasa en una iglesia, se han encontrado algunos trozos de cristal en una hornada; sobre esto, ha corrido el rumor de que 170 voluntarios habían muerto y 700 estaban en el hospital.

El instinto feroz se forja adversarios á su imagen y se autoriza contra ellos proyectos que les atribuye contra él. En el comité de los agitadores jacobinos, se está seguro de que la corte va á atacar, y se tienen del complot, «no solamente indicios, sino las pruebas más claras». «Es el caballo de Troya, decía Panis; estamos perdidos si no logramos vaciarle... La bomba

estallará en la noche del 9 al 10 de Agosto... Quince mil aristócratas están prontos á matar á todos los patriotas»; en consecuencia, los patriotas se atribuyen el derecho de matar á los aristócratas.

En los últimos días de Junio, en la sección de los Mínimos, «un guardia francés se encargaba de matar al rey», si el rey persistía en su veto; y como el presidente de la sección quisiera expulsar al regicida, el regicida fué defendido y el presidente expulsado. El 14 de Julio, en la fiesta de la Federación, otro predecesor de Louvel y de Fieschi, provisto de un cuchillo, se introdujo en el batallón de servicio para la misma tarea; durante la ceremonia la multitud rugía, y hubo un momento en que el rey debió la vida á la firme actitud de su escolta. El 27 de Julio, en el jardín de las Tullerías, el antiguo constituyente Espremenil, golpeado, acuchillado, perseguido como un ciervo á través del Palais Royal, va á caer ensangrentado á las puertas de la Tesorería. El 29 de Julio, mientras que un ayudante de campo de Lafayette, M. Bureau de Pusy, se encontraba en la Asamblea, «se aventura en el Palais Royal la moción de pasear su cabeza en la punta de una pica».

En este grado de rabia y de miedo, los espíritus exaltados y groseros no pueden ya esperar. El 4 de Agosto, la sección manconseil «declara á la Asamblea, al municipio y á todos los ciudadanos de París que no reconoce ya á Luis XVI por rey de los franceses».

El 6 de Agosto, un empleado de Correos, Varlet, en nombre de los peticionarios del Campo de Marte, significa á la Asamblea el programa de la facción: destitución del rey, acusación, arresto y juicio sumarísimo de Lafayette, convocación inmediata de las asambleas primarias, sufragio universal, licenciamiento de todos

los estados mayores, renovación de todos los directorios de departamento, llamamiento de todos los embajadores, supresión de la diplomacia, regreso al estado natural.

V

Trátase de obligar á la Asamblea á desposeer al rey. Contenidos con gran trabajo han consentido en «tener paciencia hasta el 9 de Agosto á las once de la noche»; aquel día, la Asamblea debe discutir la destitución, y se espera que votará bajo una amenaza tan precisa.

Pero el 8 de Agosto, por una mayoría de dos tercios, se niega á procesar al gran enemigo Lafayette.

En el momento de pronunciarse el resultado, las tribunas guardan «un silencio sombrío», porque se les ha dado la orden de reservarse para la calle. Uno á uno, los diputados que han votado por Lafayette son indicados á los grupos que se estacionan á la puerta, y estalla el griterío: «Esos son los bribones, los pillos, los traidores pagados por la lista civil. Hay que colgarlos, hay que matarlos.»

Les tiran todo, tierra, piedras, les dan de puñetazos: hieren á varios.

Al día siguiente, 9 de Agosto, las galerías estallan en aplausos, en gritos de aprobación y de triunfo, á medida que se denuncian en la tribuna los atentados de la víspera.

La mayoría se indigna y declara que no continuará deliberando mientras que no se goce de completa libertad, pero, como de costumbre, retrocede en el momento de adoptar las medidas eficaces. Desde el día siguiente, los diputados de la derecha y hasta del cen

tro, dejan de asistir á las sesiones. En adelante, el Cuerpo legislativo, reducido á 224 jacobinos ó girondinos y á 60 neutros asustados ó dóciles, obedecerá sin dificultad á los requerimientos de la calle; ya no es más que un instrumento servil en manos de los sediciosos que le han mutilado y que, dueños de él por un primer delito, van á servirse de él para legalizar sus otros atentados.

VI

En la noche del 9 al 10 de Agosto, su gobierno está constituído para obrar, y se ha constituído como ha de proceder: por la violencia y por el fraude. De esta suerte ha formado y establecido una Asamblea en el Ayuntamiento.

A medida que avanza entre las dos asambleas, la una legal, la otra ilegal, se ve que el equilibrio va á romperse.

Desde el principio, el primer acto de los nuevos soberanos indica lo que saben hacer. Llamado al Ayuntamiento el comandante general de la guardia nacional, Mandat, le dicen que retire las tropas que ha colocado en los alrededores de palacio. Muy noblemente y sabiendo á lo que se expone ir á aquella emboscada, se niega; en seguida le arrestan, y después le envían á la Abadía «para mayor seguridad suya». Ante esta frase significativa pronunciada por Danton, uno de los acólitos de éste, Rossignol, mata de un pistoletazo, á la salida, al desgraciado jefe de la guardia nacional.

A los pocos momentos estalla la preparada sublevación.

VII

Si el rey hubiera querido combatir, hubiese podido defenderse todavia, salvarse y hasta vencer.

En las Tullerías 950 suizos y 200 gentileshombres estaban dispuestos á hacerse matar por él. En rededor de las Tullerias, dos ó tres mil guardias nacionales acababan de gritar: «¡Viva el rey! ¡Viva Luis XVI! ¡Abajo los facciosos, los jacobinos! ¡Viva la nación, la ley, la Constitución, el rey, que es todo uno!» Si los artilleros se habian callado y parecian mal dispuestos, se les podia haber desarmado, y puesto los cañones en manos seguras.

«El palacio, dice Napoleón Bonaparte, era atracado por la más vil canalla», por los agitadores de profesión, por la banda de Maillard, por la banda de Theroigne, por la banda de Lazouski, por la banda de Tournier, por todos los asesinos de la víspera, del día, del día siguiente, y, como los acontecimientos lo prueban, la primera descarga hubiera dispersado á combatientes de aquella especie.

Pero tanto en los gobernantes como en los gobernados, se había perdido la noción del Estado, en los unos por la humanidad erigida en deber, en los otros por la insubordinación erigida en derecho.

En esta solemne ocasión, en el patio del Carrousel, los magistrados presentes hallan «incompatible su responsabilidad»; no piensan más que en evitar la efusión de sangre; á su pesar y confesándolo, «con voz alterada», leen á las tropas la ley marcial. Las prohiben «atacar», las «autorizan solamente á rechazar la fuerza con la fuerza»; en otros términos: las man-

dan que sufran la primera descarga: «No tiréis mientras que no os tiren.»

Más aún: van de pelotón en pelotón, «diciendo en alta voz que sería una locura el querer oponerse á un conjunto tan considerable y tan bien armado, y que sería una gran desdicha intentarlo.»

«Lo repito, decía Leroux: me parece insensato pensar en defenderse.»

He aquí cómo, durante una hora, animan á la guardia nacional. «Os pido solamente, dice tambien Leroux, que resistáis algún tiempo todavía; espero que determinaremos al rey á que vaya á la Asamblea nacional.» A este efecto, suben á ver al rey, y Roderer le dice: «Señor, el tiempo apremia.»

Durante algunos minutos, los últimos y más solemnes de la monarquía, el monarca vacila. Probablemente su buen sentido se da cuenta de que la retirada es una abdicación; pero su inteligencia flemática no desentraña, desde luego, todas las consecuencias; además su espíritu no ha sondado nunca la inmensidad de la estulticia popular y las profundidades de la maldad humana. Sistemáticamente, ha extinguido en él el instinto animal de resistencia, el chispazo de cólera que brota en cada cual ante la agresión injusta y brutal; el cristiano ha suplantado al rey; no sabe ya que su deber es ser hombre de espada, que al entregarse entrega al Estado, y que al resignarse como un cordero arrastra él á todas las personas honradas al matadero. Acompañado de su familia y de sus ministros, se pone en marcha entre dos filas de guardias nacionales y de suizos, llega á la Asamblea y dice: «He venido para evitar un gran crimen.»

En efecto, todo peligro de conflicto queda descartado. Del lado de los insurrectos, el asalto ya no tiene

objeto, puesto que el monarca con todos los suyos y todo su personal de gobierno ha abandonado el palacio.

Todo parece terminado con el sacrificio de la monarquía: poniéndose en lo peor, Luis XVI se figura que la Asamblea va á suspenderle en sus funciones y que volverá como simple particular á las Tullerías.

No ha contado con las exigencias, la ceguedad y el desorden de la insurrección.

Ante las amenazas de los artilleros jacobinos que se han quedado con sus cañones en el interior de los patios, los porteros abren las puertas. Los insurrectos se precipitan, fraternizan con los artilleros, intiman la rendición á los suizos.

Estos no son hostiles. Pero el regimiento, fiel á su consigna, no tolera que le violenten. «Somos suizos, responde el sargento Blaser, y los suizos no abandonan sus armas sino con la vida. No creemos haber merecido semejante afrenta. Si no se quiere ya á nuestro regimiento, que nos despidan legalmente. Pero no abandonamos nuestro puesto y no nos dejaremos desarmar.»

En estos momentos suena un pistoletazo, sin que se pueda decir de qué lado ha partido el tiro. Los suizos hacen fuego, barren el vestíbulo y los patios, se lanzan á la plaza, se apoderan de dos cañones; los insurrectos huyen á la desbandada. Sin embargo, los más bravos se colocan tras el saliente de las casas del Carrousel y se baten desde allí. Durante media hora, por ambos bandos se tira casi al azar, cuando un mensajero del rey, M. de Hervilly, llega de parte de aquél á ordenar que cese el fuego y que entren los suizos en los cuarteles.

Lentamente, con regularidad, forman y salen por

la puerta principal del jardín. Pero á la vista de aquellos extranjeros de uniforme rojo que acaban de tirar sobre franceses, los fusiles de los batallones colocados en los terrados se disparan solos, y la columna suiza se divide. Un cuerpo de 250 hombres se dirige por la derecha, llega á la Asamblea, depone las armas por orden del rey y se deja encerrar en la iglesia de los Fuldenses. El resto perece en el jardín ó es sableado en la plaza de Luis XV por la gendarmería de á caballo. No hay cuartel: es la guerra tal como la practica una muchedumbre, no la guerra civilizada, sino la guerra primitiva, la de los bárbaros. En el palacio abandonado, en el que los insurrectos han penetrado á los cinco minutos de salir la guarnición, rematan á los heridos, matan á los dos cirujanos suizos que los curaban, matan á los suizos que no han tirado, á los desarmados, á todos los que encuentran. Matan en las cocinas, desde los cocineros jefes hasta los últimos marmitones. A duras penas escapan de la matanza las mujeres. Se lanzan sobre todos los objetos que hallan á mano. A la verdad, algunas personas honradas llevan á la Asamblea plata y objetos de valor; pero los demás roban y destruyen. Rompen los espejos, los muebles, tiran los relojes por la ventana, cantan la *Marsellesa,* bajan á las bodegas y se hartan. Unos mozos de cordel se sientan en el trono, una mujerzuela se acuesta en el lecho de la reina; es una orgía desenfrenada de todos los instintos crueles y bajos. Unos cuantos delegados de la chusma llegan á la Asamblea á advertir que las Tullerías arden y que arderán mientras no haya decreto de destitución.

La mísera Asamblea, girondina por su reciente constitución, hace algunos vanos esfuerzos para sostener, como acaba de jurarlo, á las «autoridades cons-

tituídas»; por lo menos, para llevar á Luis XVI al palacio del Luxemburgo, para nombrar un director del Delfín, para conservar provisionalmente á los ministros en ejercicio, para salvar á los prisioneros. Tan cautiva y casi tan destronada como el mismo rey, no es ya más que una oficina de registro de las voluntades populares; y desde la mañana ha podido ver el caso que la plebe armada hace de sus decretos. Se ve obligada á obedecer, ocultando, según costumbre, su sumisión bajo grandes frases. Los decretos requeridos caen uno á uno en manos de los que esperan: suspensión del rey, convocatoria de una Convención nacional, destitución y arresto de los últimos ministros, nombramiento, para sustituir á aquéllos, de Servan, Clavières, Roland y Danton; Santerre confirmado en su nuevo cargo, los municipios encargados de la policía de seguridad general, la detención de sospechosos confiada á todo ciudadano de buena voluntad, las visitas domiciliarias proscritas para la busca de armas y municiones, reelección de todos los jueces de paz de París y de todos los oficiales de la gendarmería, un tribunal marcial contra los suizos, un tribunal de justicia expeditiva contra los vencidos del 10 de Agosto, y otra porción de decretos de más amplio alcance, como el indulto para todos los acusados ó sentenciados por insubordinación militar, por delitos de prensa y por saqueo de granos, la confiscación y venta de los bienes de los emigrados, el destierro de sus padres, madres, mujeres é hijos, la expulsión de los sacerdotes no juramentados, el establecimiento del divorcio fácil, á los dos meses de pedido por uno solo de los cónyuges; en suma, todas las medidas que pueden quebrantar la propiedad, disolver la familia, perseguir la conciencia, suspender la ley, pervertir la jus-

ticia, rehabilitar el crimen y entregar la cosa pública á la autocracia de la minoría violenta que, habiéndose atrevido á todo para apoderarse de la dictadura, se atreverá á todo para conservarla.

VIII

Detengámonos un instante para contemplar á la gran ciudad y á sus nuevos reyes. Desde lejos, París parece un club de 700.000 energúmenos que vociferan y deliberan en las plazas públicas; de cerca no hay nada de esto. El cieno, al subir, se ha convertido en superficie y comunica su color al río; pero el río humano corre en su cauce ordinario. Es una ciudad de gentes ocupadas ó divertidas. El empleado está en su oficina, el obrero en su taller, el comerciante en su tienda, el hombre de gabinete en sus asuntos, el funcionario en su servicio.

«La declaración de la patria en peligro, dicen los testigos oculares, no ha cambiado en nada la fisonomía de París.»

El 19 de Agosto, el inglés Moore ve con asombro que las gentes se divierten, acuden á los espectáculos, pasean por los Campos Elíseos.

Tal es la masa egoísta, siempre pasiva bajo sus gobiernos, cualesquiera que sean, verdadero rebaño que los deja hacer con tal de que no le impidan pacer y triscar á su gusto. Infatuados y déspotas, cada vez más, sus conductores no conocen escrúpulos que los contengan.

Los hombres del día son Manuel, el procurador síndico, hijo de un portero, bohemio enfático y sin talento, que ha robado un depósito público, y ha falsificado y vendido en su provecho la correspondencia particular

de Mirabeau; Danton. que mediante una doble infidelidad, recibió dinero del rey para impedir la insurrección y se sirvió de él para lanzarla; Varlet, «cuya repugnante vida causó la muerte de su madre, que sucumbió de pesar»; Carra, que fué condenado á dos años de cárcel por robo con etracción; Westermann, que fué echado dos veces de París por raterías; Panis, procesado por robo al Tesoro en 1774; Sergent, que «se apropió tres relojes de oro, una sortija y otras joyas» de un depósito confiado á su custodia; Huguenin, un comisionario desvergonzado; Russignol, acusado de asesinato; Hebert, el saco de inmundicias del periodismo; Fournier, el americano, Lazuwski, Marillard, asesinos y ladrones; Henriot, criado y guarda de finca, echado de ambos oficios por ladrón; Sades, que practicó *Justicia* antes de escribirla; Marat, monomaníaco homicida, según el cual hay que suprimir á 260.000 hombres «por humanidad».

Es visible que la plebe jacobina ha encontrado el estado mayor que le conviene; ambos se entenderán sin dificultad; para que la matanza espontánea se convierta en una operación administrativa, los Nerones del arroyo no tienen más que recibir la consigna de los Nerones del Ayuntamiento.

LIBRO TERCERO

La segunda etapa de la conquista.

CAPITULO PRIMERO

I. Gobierno de las bandas en tiempo de anarquía.—Caso en que la anarquía es reciente y repentina.—II. El tribunal del 17 de Agosto.—La fiesta fúnebre del 27 de Agosto.—III. Formación de la idea homicida en los agitadores.—Su situación.—Poderes que usurpan.—Peligros que corren.—Su salvación está en el terror.—IV. Fecha de la premeditación.—Marat.—Danton.—«La Comuna».—Sus colaboradores.—Acuerdo de las voluntades y facilidades de la operación.—V. Efecto del asesinato en los asesinos.—VI. Efecto del asesinato en el público.—El ascendiente de los jacobinos se hace definitivo en París.—Los septembristas.

I

Lo peor de la anarquía no es la carencia de gobierno destruído, sino el nacimiento de los gobiernos nuevos, de especie inferior. En todo Estado que se disuelve, se forman bandos conquistadores y soberanos. Aventureros, malhechores, gentes sin honor, desertores, todos los enemigos del trabajo, de la subordina-

ción y la ley se coligan para franquear la barrera que contiene aún á la multitud amotinada, y, como carecen de escrúpulos, matan á todo propósito. Sobre este fundamento establecen su autoridad, y su gobierno brutal se compone de robos y asesinatos; no se puede esperar otra cosa de bárbaros y bandidos.

Pero nunca son tan peligrosos como en un gran Estado recientemente disuelto, en el que una revolución brusca les ha puesto en la mano el poder central; porque entonces se creen herederos legítimos del gobierno caído y se juzgan llamados á dirigir los asuntos públicos. Ahora bien; en época de anarquía, la voluntad no viene de arriba, sino de abajo, y los jefes, para seguir siendo jefes, están obligados á seguir el ciego impulso de las masas. Por esto, el personaje importante y dominador, el verdadero sucesor de Richelieu y de Luis XIV, es aquí el jacobino subalterno, el organizador de mociones, el agitador de plazuela. Por toda información se atiene á los rumores de la calle que le muestran un traidor en cada casa, y por todo conocimiento frases de club con las que es llevado á manejar la complicada maquinaria. En su mezquino cerebro, falseado y trastornado por el amontonamiento de nociones desproporcionadas, no hay más que una idea simple, apropiada á la rudeza de sus aptitudes y de sus instintos, es decir, el deseo de matar á sus enemigos. Lleva su brutalidad á la política. Como simple bandido, no hubiera matado más que por robar, cosa que hubiese irritado sus asesinatos. Como representante del Estado, emprende la matanza en grande y posee los medios de realizarla. Porque todavía no han tenido tiempo de concluir con el antiguo mecanismo, por lo menos, con los rodajes subalternos, gendarmes, carceleros, empleados, los cuales conti-

núan en sus puestos, y de los que, por lo tanto, puede seguirse echando mano. Así, pues, durante mucho tiempo aún puede procederse á la matanza con toda suerte de requisitos y de procedimientos.

II

Sigamos en la masa del partido el progreso de la idea homicida. Constituye el fondo mismo del dogma revolucionario, y así podrá decir con razón Collot-d'Herbois, en la tribuna de los jacobinos: «El 2 de Septiembre es el gran artículo del *Credo* de nuestra libertad.» La característica de los jacobinos es considerarse como un soberano legítimo y tratar á sus adversarios, no como beligerantes, sino como criminales. Son criminales de lesa nación, están fuera de la ley y son carne de cuchillo en todo tiempo y en todo lugar, hasta cuando no se encuentren en condiciones de hacer daño. Así, el 10 de Agosto fueron pasados á cuchillo los suizos que no se resistieron, en unión de todos los criados del castillo y hasta de personas, como M. de Clermont-Tonnerre, que pasaban por la calle: esto, en lenguaje oficial, se llama ahora la justicia del pueblo. El 11, los soldados suizos, recogidos en el edificio de los Fuldenses, están á punto de ser asesinados; el populacho pide sus cabezas, «fórmase el proyecto de ir á todas las cárceles de París para prender á los prisioneros y hacer con ellos una pronta justicia». El 12, «diversos grupos de gentes del pueblo dicen que Pieton es un malvado, porque ha salvado á los suizos en el palacio Borbón». Los vencidos son «asesinos del pueblo», y el 14 de Agosto, los federados piden un consejo de guerra «para vengar la sangre de sus hermanos». Pero »no basta con astigar los crímenes cometidos en la

jornada del 10 de Agosto; hay que extender la venganza del pueblo sobre todos los conspiradores, sobre aquel Lafayette, que tal vez no estuvo en París, *pero que hubiera podido estar*», sobre los ministros, generales, jueces y otros agentes, culpables de haber sostenido el orden legal cuando existía y de no haber reconocido el gobierno jacobino cuando no existía aún. Que se les lleve, no ante los tribunales ordinarios, que son sospechosos porque forman parte del régimen abolido, sino ante un tribunal sin excepción, especie de «cámara ardiente» nombrada por las secciones, es decir, por la minoría jacobina; que estos jueces improvisados, de convicción hecha, decidan adecuadamente y en última instancia; nada de interrogatorio previo, nada de intervalo entre la sentencia y la ejecución, nada de formas dilatorias y protectoras.

Instalado al fin el nuevo tribunal, aunque se muestre expeditivo haciendo guillotinar en cinco días á tres inocentes, todavía parece lento, y el 23 de Agosto se presenta una sección declarando en estilo furioso que el pueblo, «cansado é indignado» de tantos retrasos, forzará las cárceles y matará á los presos. Habiendo sido absuelto M. Luce de Montmorín, la concurrencia, que le confunde con su primo, ex ministro de Luis XVI, estalla en murmullos. El presidente del tribunal trata de imponer silencio; los gritos aumentan y M. de Montmorín se ve en peligro. Entonces el presidente, para salir del paso, anuncia que uno de los jurados es tal vez pariente del acusado, que en este caso, será preciso un nuevo jurado, que se va á comprobar la cosa, y que mientras tanto el preso volverá á la Conserjería.

Cuando se leyó la sentencia absolutoria de M. de Montmorín, exclamó trágicamente una voz: «Le liber-

tará hoy y dentro de quince días hará que nos degüellen.»

Evidentemente, el miedo se ha unido al odio. La plebe jacobina tiene una vaga conciencia de su reducido número, de su usurpación, de su peligro, que crece á medida que Brensevick se acerca. Se siente acampada sobre una mina; ¡si la mina estallase!

El 27 de Agosto, después de la pompa fúnebre que Sergent ha compuesto expresamente para irritar los resentimientos populares, sus sospechas, precisadas y encauzadas, empiezan á convertirse en certidumbres; diez estandartes «conmemorativos», llevados por sendos voluntarios á caballo, han hecho desfilar ante los ojos del pueblo la larga lista de las matanzas ejecutadas «por la corte y sus agentes»: matanza de Nancy, matanza de Nimes, matanza de Montauban, matanza de Avignon, matanza de la Chapelle, matanza de Carpentras, matanza del Campo de Marte, etc. Ante semejante recordatorio, toda vacilación desaparece; en adelante, para las mujeres de los tribunos, para los concurrentes al club, es cosa averiguada que los aristócratas son unos criminales. El brasero popular está encendido; ahora á los directores del incendio público les incumbe dirigir la llama.

III

Hace ya mucho tiempo que la están averiguando. Ya el 11 de Agosto una proclama anunciaba que «todos los culpables perecerían en el cadalso, y la nueva Commune es la que imponía á la Asamblea nacional la institución inmediata en un tribunal de sangre. Llevada al poder por la fuerza bruta, perece si no se mantiene en él, y no puede mantenerse sino por el te-

rror. En efecto, considérese por un instante esta situación extraordinaria. Instalados en el Ayuntamiento por un golpe de mano nocturno, unos cien desconocidos, delegados por un partido y que se creen ó se dicen los delegados del pueblo, han derribado uno de los dos grandes poderes del Estado, han mutilado y subyugado el otro, y reinan en una capital de 700.000 almas por la gracia de ocho ó diez mil fanáticos. Jamás se vió tan brusco cambio, mediante el que hombres que estaban tan abajo se encontraron de pronto encaramados tan arriba. Periodistas impuros, escribientes de plazuela, oradores de taberna, frailes ó curas renegados, la escoria de la literatura, del foro y del clero, carpinteros, torneros, cerrajeros, zapateros, simples obreros, individuos sin estado ni profesión, políticos ambulantes, sujetos de probidad dudosa ó de improbidad probada, relegados por sus vicios fuera del recinto del trabajo útil, echados á puntapiés de los empleos subalternos... ¿qué se puede esperar de semejante hez que bebe ansiosamente en la copa sin fondo del poder absoluto? Porque es el poder absoluto lo que reclaman y ejercen tales sujetos. Elevados por una delegación especial sobre las autoridades regulares, no las sufren sino á título de subordinadas y no toleran que puedan ser sus rivales. En consecuencia, han reducido al Cuerpo legislativo á no ser más que el redactor y el heraldo de sus decretos; han obligado á los nuevos elegidos de departamentos á «abjurar de su título», á limitarse á la repartición de impuestos, y diariamente ponen sus manos ignorantes en los servicios generales, hacienda, ejército, subsistencia, administración, justicia, con riesgo de romper el mecanismo ó de interrumpir el juego.

Hoy hacen comparecer ante ellos al ministro de la

guerra, ó, en su defecto, á un primer funcionario; mañana tienen en arresto, durante dos horas, á todo el personal de su oficina con pretexto de buscar un impresor sospechoso. Ya ponen los sellos en la caja de gastos extraordinarios; ya deshacen la comisión de subsistencias, ó ya intervienen en el curso de la justicia, sea para agravar el procedimiento, sea para impedir la ejecución de sus fallos. No hay principio, ley, reglamento, sentencia, establecimiento ú hombre político que no se halle á merced de su arbitrariedad. Y lo mismo que hacen con el poder lo hacen con el tesoro público y con la propiedad particular.

Pero esta plena posesión del poder y de la fortuna no depende más que de un hilo. Que la mayoría, violentada, se atreva, como en Lyon, en Marsella y en Tolón, á acudir á las asambleas de sesión y revocar el falso mandato que los dichos se han arrogado por el fraude y por la fuerza, y al instante, por la voluntad del pueblo soberano y en virtud de su propio dogma, se conviertan en lo que son efectivamente, en usurpadores, en concusionarios y en ladrones; no hay término medio para ellos entre la dictadura y las galeras. Ante semejante alternativa, el espíritu, á menos de un equilibrio extraordinario, pierde por completo el tino; no les cuesta trabajo creer que el Estado se ve amenazado en sus personas y á sentar como regla que todo les está permitido, incluso las degollinas.

IV

Desde el 23 de Agosto, su resolución está tomada, el plan de matanza se ha fijado en sus espíritus, y poco á poco, espontáneamente, cada cual, según sus aptitudes, toma el papel que elige ó que tiene.

Antes que nadie, Marat ha propuesto y predicado la operación, y, por su parte, la cosa es naturalísima, es el compendio de su política: un dictador ó tribuno con plenos poderes para matar y sin más poderes que para ello, un buen corta-cabezas en jefe, responsable, «encadenado y con una bola á los piés», tal es, desde el 14 de Julio de 1789, su programa de gobierno, del que no se avergüenza; «tanto peor para los que no están á la altura de entenderlo». Desde el primer momento ha comprendido el carácter de la revolución, no por talento, sino por simpatía, tan limitado y tan monstruoso como ella, atacado desde hace tres años de delirio persecutorio y de monomanía homicida, reduducido por el empobrecimiento mental á una sola idea, la del asesinato, habiendo perdido hasta la facultad del razonamiento vulgar, el último de los periodistas, tan monótono en su paroxismo continuo, que leyendo seguidos sus escritos se cree oir el grito incesante y ronco que sale de la celda de un loco. Desde el 19 de Agosto viene empujando al pueblo á las cárceles: «Lo mejor, dice, es ir en armas á la Abadía, sacar á los traidores, particularmente á los oficiales suizos y sus cómplices, y acuchillarlos. ¡Qué locura es la de querer formarles un proceso! Está hecho. Habéis matado á los soldados; ¿por qué habéis de respetar á los oficiales, infinitamente más culpables?» La comuna le adopta como periodista oficial, le da una tribuna en la sala de sesiones, le confía la redacción de las actas, y en seguida le va á dar un puesto en un comité de vigilancia ó de ejecución.

Pero un tal energúmeno no sirve más que para ser un instigador y un tramposo; á lo más, en el último momento, podrá figurar entre los ordenadores subalternos.

El emprendedor en jefe es de otra especie y de otra talla; Danton, un verdadero conductor de hombres: por su pasado y su puesto, por su cinismo popular, sus maneras y su lenguaje, por sus facultades de iniciativa y de mando, por la fuerza intemperante de su estructura corporal y mental, por el ascendiente físico de su voluntad desbordante y absorbente, está hecho de antemano para su terrible oficio. Es el único del municipio que ha llegado á ministro, y no hay como él para amparar el atentado municipal bajo el patronato ó bajo la inercia de la autoridad central. Es el único capaz de imprimir el impulso y de coordinar la acción en el caos revolucionario; ahora, en el consejo de ministros, como antes en el Ayuntamiento, es él quien gobierna. En el continuo barullo de las discusiones incoherentes, á través de «las proposiciones *ex abrupto*, los gritos, los juramentos, las idas y venidas de los peticionarios interlocutores», se le ve dominar á sus nuevos colegas «con su voz de Stentor, con sus ademanes de atleta, con sus espantosas amenazas», apropiarse las funciones de ellos, y sacando millones del Tesoro público echar de comer á sus dogos de los cordeleros y del municipio, «al uno veinte mil libras, al otro diez mil, por la revolución, á causa de su patriotismo»; he aquí toda la cuenta que da. Durante los meses de Agosto y de Septiembre, Danton es el que reina, y más adelante dirá del 2 de Septiembre con tanta razón como del 10 de Agosto: «Yo soy quien lo ha hecho.»

No es que sea vengativo ó sanguinario por naturaleza; todo lo contrario: con un temperamento de carnicero tiene un corazón de hombre, y á riesgo de comprometerse, contra la voluntad de Marat y Robespierre, salvará á sus adversarios políticos, Duport, Bris-

sot, los girondinos, la antigua derecha. No es que esté ciego por el temor, el odio ó la teoría: con los arrebatos de un clubista, tiene la lucidez de un político, no se engaña con las sonoras frases que lanza, sabe lo que valen las gentes que emplea; no se hace ilusiones ni sobre los hombres, ni sobre las cosas, ni sobre otros, ni sobre sí mismo; si mata, es con plena conciencia de su obra, de su partido, de la situción, de la revolución, y las crudas palabras que lanza con su voz de toro no son sino la forma viva de la verdad exacta: «Nosotros somos la canalla, salimos del arroyo; con los principios corrientes de humanidad, volveríamos á escape al fango; no podemos gobernar sino atemorizando.» «Hay que poner un río de sangre entre los parisienses y los emigrados. El toque que va á sonar no es una señal de alarma, es la carga sobre los enemigos de la patria... ¿Qué se necesita para vencerlos? Audacia, audacia y siempre audacia.» «He hecho venir á mi madre, que tiene setenta años; he hecho venir á mis dos hijos, han llegado ayer noche. Antes que los prusianos entren en París, quiero que mi familia perezca conmigo; quiero que veinte mil antorchas en un instante conviertan á París en un montón de cenizas.» «En París es en donde hay que mantenerse por todos los medios. Los republicanos son una minoría ínfima, y, para combatir, no podemos contar sino con ellos; el resto de Francia es afecto á la monarquía. Hay que amedrentar á los realistas.»

El es quien, el 28 de Agosto, obtiene de la Asamblea la gran visita domiciliaria por la que el municipio llenó sus cárceles. El es quien, el 2 de Septiembre, para paralizar la resistencia de las personas honradas, hace decretar la pena de muerte contra el que «directa é indirectamente se niegue á ejecutar ó entorpezca,

de cualquiera manera que sea, las órdenes dadas y las medidas tomadas por el poder ejecutivo». El es quien, el mismo día, anuncia al periodista Prudhomme el pretendido complot de las cárceles, y, al día siguiente, le envía su secretario, Camilo Desmoulins, para falsificar la nota de las muertes. El es quien, el 3 de Septiembre, en el ministerio de Justicia, ante los comandantes de batallón y los jefes de servicio, ante Lacroix, presidente de la Asamblea nacional, y Petión, alcalde de París, ante Clavieres, Servan, Monge, Lebrun y todo el consejo ejecutivo, salvo Roland, reduce con un gesto á los principales personajes del Estado al papel de cómplices pasivos y contesta á un hombre de corazón qué se alza para contener los asesinatos: «Siéntate, era necesario.» El es quien, el mismo día, hace que se mande, bajo su contraseña, la circular en la que el comité de vigilancia anuncia la matanza é invita á «sus hermanos de los departamentos» á seguir el ejemplo de París. El es quien, el 10 de Septiembre, «no como ministro de Justicia, sino como ministro del pueblo», felicitará y dará gracias á los verdugos de Versalles. Desde el 10 de Agosto, en la persona de Billand-Varennes, su antiguo secretario, en la Fabra d'Eglantine, su guardasello, en la de Tallien, secretario del municipio y su más intimo adicto, se halla presente en todas las deliberaciones del Ayuntamiento, y, á última hora, cuida de poner en el comité de vigilancia un hombre suyo, el jefe de negociado Desforges. No solamente ha sido instruída á su vista y con su asentimiento la máquina de segar, sino que en el momento de ponerse en movimiento, empuña la manivela para dirigir bien la hoz.

Tiene razón; si á veces no la encarrilara él, se rompería por su propio juego. Introducido en el comité

como profesor de sangría política, Marat, con la rigidez de la idea fija, arrancaba de raíz más allá de la línea prescrita; ya se habían lanzado mandamientos de prisión contra treinta diputados, registrábanse los papeles de Brissot, la casa de Roland estaba cercada, Duport, cogido en una habitación próxima, llegaba á la carnicería. Este es el más difícil de salvar; se necesitan repetidos tiranos de collar para arrancarle al maníaco que le reclama. Con un cirujano como Marat, y unos ayudantes como los quinientos ó seiscientos agitadores del municipio y de las secciones, no hay necesidad de empujar el mango del cuchillo; sábese de antemano que la amputación será amplia. Solamente sus nombres tienen la suficiente elocuencia: en el municipio, Manuel, procurador síndico, Hebert y Billand-Varennes, sus dos sustitutos, Huguenin, Lhuillier, Marie, Chenier, Andouin, Lessard Bourdon, Boula y Truchon, presidentes sucesivos; en el municipio y en las secciones, Panis, Sergent, Tallien, Rossignol, Chaumette, Fabra d'Eglantine, Pache, Hassenfratz, el zapatero Simón, el impresor Momors; en la guardia nacional, Santerre, comandante general, Henriot, jefe de batallón, y bajo éstos, la turba de demagogos, comparsas de Danton, de Hebert ó de Robespierre, y guillotinados más adelante con sus jefes; en suma: la flor de los futuros terroristas, dan hoy su primer paso en la sangre, cada cual con su actitud propia y sus móviles personales; Chenier, denunciado como miembro del club de la Santa Capilla, y tanto más exagerado, cuanto que es sospechoso; Manuel, pobre hombre excitable, azorado, arrastrado, y que llorará su obra después de haberla visto; Santerre, figurante circunspecto, que, el 2 de Septiembre, con pretexto de guardar los equipajes, se sube al pescante de una berlina dete-

nida y se está allí dos horas para no desempeñar su oficio de comandante general; Panis, presidente del comité de vigilancia, buen subalterno, admirador de Robespierre, al que ha propuesto para la dictadura, y de Marat, al que tiene por un profeta; Henriot, Hebert y Rossignol, simples malhechores con escarapela ó uniforme; Collot-d'Herbois, cómico y poetastro, cuya imaginación teatral combina con gusto horrores de melodrama; Billaud-Varennes, antiguo orador bilioso y sombrío, tan frío ante los asesinatos como un inquisidor ante un auto de fe; en fin, el cauteloso Robespierre que empuja á los otros sin comprometerse, no firma nada, no da órdenes, arenga mucho, aconseja siempre, se muestra en todas partes, prepara su reinado, y, de pronto, en el último momento, como un gato que salta sobre su presa, trata de hacer que degüellen á sus rivales, los girondinos.

Hasta aquí, cuando mataban ó mandaban matar, lo hacían como amotinados en la calle; ahora lo hacen en las cárceles, como magistrados y funcionarios, con registros y juicios sumarios, mediante ejecutores pagados, en nombre del bien público, con método y sangre fría, casi con tanta regularidad como más adelante con «el gobierno revolucionario». Efectivamente, Septiembre es el principio, el resumen, el modelo de esto; no se hará mejor en los mejores tiempos de la guillotina. Solamente que como todavía se está mal de útiles, en vez de la guillotina se emplean las picas, y, como todavía no se ha abolido todo pudor, los jefes se ocultan tras los peones. Pero se les sigue punto por punto, hay autógrafos suyos, ellos han concertado la operación, la ordenan, la dirigen.

V

Dos clases de hombres proporcionan el reclutamiento de los asesinos, y aquí es donde hay que admirar sobre todo el efecto del dogma revolucionario sobre cerebros brutos. En primer término, los federados del Mediodía, rudos mozos, soldados ó bandidos que fueron, bohemios de toda casta, que, después de haber trabajado en Marsella ó Avignon, han ido á París para continuar la cosa. «¡Vive Dios!, decía uno de ellos, yo no he venido de 180 leguas para no colgar de mi pica 180 cabezas.» A este efecto, se han constituido ellos mismos en su cuerpo especial, permanente, residente, y no toleran que se les aparte del empleo que se han dado. «No escucharán los movimientos de un falso patriotismo»; no irán á la frontera. Su puesto está en la capital, «han jurado defender en ella la libertad»; ni antes ni después de Septiembre se les podrá arrancar de allí. Cuando por fin, después de haberse hecho pagar de todas las cajas y con todos los pretextos, consientan en salir de París, será para salvar á Marsella; no operan sino en el interior y sobre adversarios políticos. Pero son celosísimos en este oficio. Ellos son los primeros en ir á sacar los veinticuatro sacerdotes de la alcaldía, y, en el trayecto, con sus propias manos, empiezan la matanza.

Los otros son los furibundos de la plebe parisiense, algunos empleados ó tenderos, artesanos de todos los oficios, y sobre todo jornaleros y peones, gentes habituadas á servirse de sus brazos y que, en la escala de los oficios, ocupan el escalón más bajo. Entre ellos hay aves de rapiña, asesinos por instinto ó simples ladrones. Otros, como un agente del abate Sicard, á quien

ama y venera, confiesan no haberse lanzado sino á la fuerza. Otros son simples máquinas que se dejan empujar. Pero los más tienen las opiniones de aquel cocinero que, después de la toma de la Bastilla, encontrándose y habiendo cortado la cabeza de M. de Launay, creía haber hecho una acción «patriótica» y se juzgaba digno de una «medalla por haber destruído á un monstruo». No son malhechores vulgares, sino vecinos de buena voluntad que, al ver un servicio instalado en su barrio, salen de su casa para arrimar el hombro; tienen la dosis de probidad que se encuentra hoy entre las gentes de su clase.

Al principio, sobre todo, nadie piensa en llenarse los bolsillos. En la Abadía, llevan fielmente á la mesa del comité civil las carteras y las joyas de los muertos. Si se apropian algo son zapatos para sus pies desnudos, y esto después de haber pedido permiso. En cuanto al salario, todo trabajo merece uno, y además entre ellos y sus instigadores la cosa está convenida. No teniendo otro medio de vida que sus brazos, no pueden dar gratis el tiempo, y como la tarea es dura, la jornada debe contarse doble. Necesitan seis francos diarios, además de la comida y vino á discreción. La nación pagará puesto que para ella se trabaja, y naturalmente, cuando les ponen inconvenientes, se encolerizan, van á casa de Roland, á la del tesorero de la ciudad, á los comités de sección, al comité de vigilancia, gruñendo, amenazando y señalando sus picas ensangrentadas: he aquí la prueba de que han trabajado.

Fuera de este oficio, tienen la simpatía expresiva y la sensibilidad pronta del obrero parisiense. En la Abadía, al enterarse un federado de que á los presos se les había dejado veintiséis horas sin agua, quiso «exterminar» al carcelero negligente, y lo hubiera hecho,

sin «las súplicas de los mismos presos». Cuando se absuelve á un preso, guardianes y matadores, todo el mundo se abraza con transporte. Algunos hay que hasta tienen accesos de rara delicadeza. Dos sujetos, todavía llenos de sangre y que vuelven con el caballero de Bertrand, insisten en subir con él para contemplar la alegría de la familia; tras la terrible tarea, tienen necesidad de indemnizarse con emociones dulces. Una vez en la casa, esperan en la sala discretamente hasta que hayan preparado á las señoras; la felicidad de que son testigos les interesa, se niegan á recibir dinero y se marchan dando gracias.

Pero todos estos sujetos, á sus propios ojos, son reyes; «se les ha entregado su soberanía»; sus poderes son ilimitados; quien lo dude es un traidor; su suplicio es justo. Por consejeros han tomado á los locos y los perversos que les predican todas estas cosas. Equidad y justicia son productos elaborados de la civilización. En vano se les recomienda á los inocentes. «Diga usted, señor ciudadano, ¿también quiere usted adormecernos? Si los malditos prusianos y austriacos entrasen en Paris, ¿buscarían á los culpables? ¿No darían golpes de ciego como los suizos del 10 de Agosto? Pues bien; yo no soy traidor, no cautivo á nadie, y le digo que soy padre de familia, que tengo mujer y cinco hijos, á los que quiero dejar al amparo de mi nación para ir á combatir al enemigo. Pero no quiero que los foragidos que están en esta cárcel, á quienes otros foragidos vendrán á abrir las puertas, deguellen en mi ausencia á mi mujer y mis hijos. Tengo tres varones que espero han de ser más útiles á la patria que los pillos que quiere usted conservar. Por lo demás, que les suelten; les daremos armas y combatiremos en número igual. Morir aquí ó morir en las fronteras, todo

es morir á manos de pillos, y les venderé cara mi vida. Pero, sea por mí, sea por otros, ¡la cárcel quedará purgada de esos canallas.» Alzase un clamor general: «¡Tiene razón, no haya merced, entremos!» En los lugares en que no hay más que curas ó suizos, no hay que tomarse el trabajo de juzgar, se mata en masa. Así reducida, la operación queda al alcance de los operadores; el nuevo soberano tiene las manos largas y la inteligencia corta, y por una adaptación inevitable, pone su obra al nivel de sus facultades.

A su vez, la obra la pervierte y la degrada. No impunemente un hombre, sobre todo un hombre del pueblo, pacificado por una civilización antigua, se hace soberano y al mismo tiempo verdugo. El homicidio, sobre todo tal como lo practica, es decir, al arma blanca y en personas indefensas, introduce en su máquina animal y moral dos emociones extraordinarias y desproporcionadas que le trastornan: de una parte, la sensación de la omnipotencia ejercida sin freno, obstáculo ó peligro sobre la vida humana y sobre la carne sensible; de otra parte, la sensación de la muerte sangrienta y diversificada, con su acompañamiento siempre nuevo de contorsiones y de gritos; antiguamente, en los circos romanos, quien veía una vez el espectáculo volvía siempre. Y justamente hoy cada patio de cárcel es un circo, con la agravante de que los espectadores son actores. Así, los dos ardientes licores se mezclan en un solo brebaje. A la embriaguez moral, añádase la embriaguez física, el vino á profusión, la orgía sobre los cadáveres, y al punto, de la criatura desnaturalizada veréis salir el demonio de Dante, á la vez bestial y refinado, no solamente destructor, sino también verdugo, inventor y calculador de sufrimientos, todo glorioso y gozoso del mal que hace.

Alégranse ante cada nuevo cadáver, bailan, cantan la carmañola; dispónense bancos para los «señores» y otros para las «damas»; éstas, más curiosas, quieren contemplar cómodamente á los «aristócratas» ya muertos: en consecuencia, requiérense lamparillas y ponen una sobre cada cadáver.

Mientras tanto la matanza continúa y se perfecciona. En la Abadía «un homicida se queja de que los aristócratas mueren demasiado deprisa y de que solamente los primeros golpes son los decisivos»; en adelante no les golpearán con los sables sino de plano, y se les hará pasar por entre dos filas de verdugos, como en las antiguas carreras de baquetas. Si se trata de un hombre conocido, se las arreglan más cuidadosamente todavía para prolongar su suplicio.

Todos los monstruos que se arrastraban encadenados en lo hondo del corazón salen á la vez de la caverna humana, no solamente los instintos del odio con sus garras, sino los instintos inmundos con su baba, y todos reunidos se encarnizan con las mujeres, á quienes su celebridad infame ó gloriosa ha puesto en evidencia, con madama de Lamballe, amiga de la reina, con la Desrues, viuda del famoso envenenador, con una florista del palacio real quien, dos años antes, en un acceso de celos, mutiló á un guardia francés. Aquí la lubricidad se junta con la ferocidad para introducir la profanación en la tortura y para atentar á la vida con atentados al pudor. En madama Lamballe, asesinada demasiado pronto, los carniceros libidinosos no pueden ultrajar más que un cadáver; pero con las otras dos citadas se comportan como iroqueses. Del iroqués al caníbal la distancia es corta, y algunos la franquean. En la Abadía un ex soldado, llamado Damiens, mete su sable en el costado del general Lalen, le arranca el

corazón y «se lo lleva á la boca como para devorarlo». «La sangre, dice un testigo ocular, le corría por la boca.»

VI

Seis días y cinco noches de matanza no interrumpida: 171 asesinatos en la Abadía, 169 en la Force, 223 en el Chatelet, 328 en la Conserjería, 73 en la torre de San Bernardo, 120 en los Carmes, 79 en San Fermín, 170 en Bicetre, 35 en la Salpetrière; entre los muertos 250 sacerdotes, tres obispos, generales, magistrados, un ex ministro, una princesa de la sangre, los nombres más ilustres de Francia, y, de otra parte, un negro, mujeres del pueblo, muchachos, presidiarios, ancianos pobres; ¿quién es el hombre, grande ó pequeño, que no se siente bajo el cuchillo?

Tanto más cuanto que la banda ha aumentado. Fournier, Lazawski y Becard, asesinos y ladrones de primera, vuelven de Orleans con sus mil quinientos acólitos; de camino han matado á M. de Brisac, á M. Delessart y á otros 42 acusados de lesa nación; después, «á ejemplo de Paris», á 21 presos que han sacado de las cárceles de Versalles; ahora en París son felicitados por el ministro de Justicia y el municipio, y festejados en sus secciones. ¿Quién puede dudar de que no estén dispuestos á continuar? ¿Se puede dar un paso en París ó fuera de París sin sufrir la opresión ó la arbitrariedad de los tales? Si se sale se les encuentra de centinela en las puertas ó de permanencia en el comité de la sección; Malouet, conducido ante el del Roule, ve una reunión de energúmenos, cien individuos por lo menos en la misma sala, sospechosos, denunciadores, cooperadores, asistentes, en el centro una larga mesa

llena de espadas y de puñales, alrededor los miembros del comité, «veinte patriotas en mangas de camisa, los más empuñando pistolas, los otros plumas, y firmando mandamientos de prisión, injuriándose, amenazándose, hablando todos á la vez y gritando: ¡Traidor! ¡Conspirador! ¡A la cárcel! ¡A la guillotina! Detrás los espectadores, vociferando y gesticulando como fieras que, amontonadas en una misma jaula, se enseñan los dientes prontas á acometerse. Uno de los más animados, al blandir el sable para herir á su antagonista, se detuvo al verme y exclamó: Ahí está Malouet. Pero el campeón adverso, más atento á su enemigo que á mí, aprovechó aquel instante para concluir con él. Malouet pudo escapar por esta circunstancia.

Ante semejante estado de cosas los ánimos decaen, todos los periódicos aprueban, palían ó se callan: nadie se atreve á resistir á nada. Sus bienes, como las vidas, pertenecen á quien quiera apoderarse de ellos. La dictadura en los revolucionarios es indiscutible. Que la Convención, si gusta, se instale pomposamente como soberana y haga marchar la máquina á decretos, poco importa: regular ó irregular, al gobierno marchará siempre bajo la mano que tenga el sable. Mediante el terror improvisado, sus jacobinos han mantenido su autoridad ilegal; con el terror prolongado van á establecer su autoridad legal. En el municipio, en los tribunales, en la guardia nacional, los sufragios examinados van á darles los puestos, y ya han hecho que entren en la Convención Marat, Danton, Fabra d'Eglantine, Desmoulins, Manuel, Panis, Servent, Robespierre, Legendre, Freron, David; en suma los instigadores, los conductores, los cómplices de la matanza. No se ha omitido nada de lo que pueda forzar y falsear el voto. Por de pronto se ha impuesto á

la Asamblea electoral la presencia del pueblo, y á este efecto ha sido trasladada al salón de los jacobinos bajo la presión de las galerías jacobinas. Como segunda precaución, se ha quitado el voto á todo constitucional, á todo antiguo miembro del club monárquico, del club de la Santa Capilla y del club de los Fuldenses, á todo signatario de la petición de los 20.000 ó de la petición de los 8.000. Además, cada votante sabrá lo que le esperaba en caso de que su voto, pronunciado en alta voz, desagradara al tirano.

CAPÍTULO II

Los departamentos.—Caracter epidémico y contagioso de la enfermedad revolucionaria.—I. Su principio en el dogma jacobino de la soberanía del pueblo.—Proclamación oficial del nuevo derecho.—Definición pública del nuevo régimen.—De París se propaga á provincias.—II. En varios departamentos se ha establecido antes.—Ejemplo en el Var.—III. Dictadura de cada pelotón jacobino en su lugar.—IV. Prácticas ordinarias en cada dictadura jacobina.—V. La banda ambulante de voluntarios.—Robos y asesinatos.—VI. Una vuelta á Francia en el gabinete del ministro del Interior.—De Carcasona á Burdeos.—De Burdeos á Caen.—El Norte y el Este.—De Chalons sur-Marne á Lyon.—El Condado y la Provenza.

En los departamentos se cuentan á centenares las jornadas semejantes á las del 20 de Junio, del 10 de Agosto y del 2 de Septiembre; si hay para los cuerpos enfermedades epidémicas y contagiosas, las hay también para los espíritus, y tal es entonces la enfermedad revolucionaria. Se encuentra al mismo tiempo en todos los puntos del territorio, y cada punto infectado contribuye á la infección de los otros. En toda población, el club es un foco inflamatorio que desorganiza las partes sanas, y cada centro desorganizado emite á lo lejos sus ejemplos como miasmas. El virus es el dogma jacobino: merced á él, la usurpación, el robo, el asesinato, se revisten de filosofía política, y los peores atentados contra las personas y las propiedades

públicas ó privadas se hacen legítimos, porque son actos del soberano legítimo encargado de proveer al bien público.

I

Que cada pelotón jacobino se encuentra en su cantón investido de la dictadura local, es cosa de derecho natural, según los jacobinos, y desde que la Asamblea nacional ha declarado la patria en peligro, la cosa entra en el derecho escrito. No solamente es esta la teoría jacobina, sino también la teoría oficial. La Asamblea nacional aprueba la insurrección, reconoce el municipio, se disimula, abdica todo lo què puede y no permanece en su puesto provisionalmente, sino para no dejar el puesto vacío. Sufre todas las imposiciones de lo que entonces se llama el pueblo soberano; no se atreve á oponerse á sus crímenes; más aún, con la firma de sus ministros, los autoriza: Roland ha firmado la misión de Fournier en Orleans; Danton ha mandado á toda Francia la circular de Marat; el consejo de ministros servía para regenerar los departamentos, á los más juiciosos del partido, quienes pregonan en toda su pureza el dogma jacobino: «Anuncian abiertamente que ya no hay leyes, que cada cual es amo, puesto que el pueblo es soberano; que cada fracción de la nación puede tomar las medidas que le convenga en nombre del bien de la patria. «En Lisieux, Dufour y Momoro predican la ley agraria. En Douai otros predicadores parisienses dicen á la sociedad popular: «Alzad cadalsos, que los baluartes de la ciudad estén llenos de horcas, y colgad á los que no sean de nuestro parecer.» Todo esto se halla de perfecto acuerdo con los principios, y los periódicos, sa-

cando las consecuencias, explican al pueblo el uso que debe hacer de su soberanía conquistada: «En las circunstancias en que estamos, la promiscuidad de bienes es de derecho: todo pertenece á todos. Además, es necesario que se opere en las fortunas una nivelación que destruya el vicioso principio de la preponderancia de los ricos sobre los pobres. Esto es tanto más urgente, cuanto que el pueblo, el verdadero pueblo, el soberano, tiene casi tantos enemigos como propietarios, grandes comerciantes, hombres de negocios y hombres ricos hay en Francia... Todos los que poseen lo superfluo deben ser considerados, en tiempo de revolución, como los enemigos secretos ó declarados del gobierno popular.

No hay que hacerse ilusiones: la campana suena contra todos los poderes establecidos y contra todas las superioridades sociales, contra las administraciones, los tribunales y los estados mayores, contra los sacerdotes y los nobles, contra los propietarios, los capitalistas, los rentistas, los hombres de negocios y de la industria; en suma, contra lo selecto de Francia. Los jacobinos de París dan la señal con su ejemplo, con sus periódicos, con sus misioneros, y en los departamentos, sus iguales, imbuídos en los mismos principios, no esperan más que una llamada para lanzarse.

II

En varios departamentos se han adelantado á la llamada, y en el Var, por ejemplo, desde el mes de Mayo han empezado los robos y las proscripciones. Según costumbre, se ha principiado por los castillos y los monasterios, aunque se han convertido en bienes nacionales, y se alega como razón unas veces que la admi-

nistración «es demasiado lenta en ejecutar los decretos contra los emigrados», otras «que el castillo, puesto en una eminencia, pesa á los habitantes». No hay población en Francia que no contenga una cuarentena de sujetos siempre dispuestos á llenarse las manos, y tal es precisamente el número de los que saquean el castillo de Montaurous. La misma operación se realiza por la misma tropa en el castillo de Tourecon; el de Salerne es incendiado; el de Flagose es demolido; destruyen el canal de Cabris; después la cartuja de Montrieux, los castillos de Grasse, de Regusa, de Brovar, y otros. «Las destrucciones son diarias.» «Administradores, jueces, funcionarios municipales, todos los que se hallan revestidos de una autoridad cualquiera y tienen el valor de emplearla en hacer que se respete la ley, son sucesivamente denunciados á la opinión pública como enemigos de la Constitución y de la libertad, *porque, dicen, no hablan más que de la ley, como si no supieran que la libertad del pueblo hace la ley, y que nosotros somos el pueblo.*» He aquí el verdadero principio, y aquí, como en París, engendra al instante sus consecuencias. Aquí, como en París, el programa se ejecuta de punta á cabo. En Beausset, cerca de Tolón, un tal Vidal, capitán de la guardia nacional, «indultado dos veces por dos amnistías consecutivas», castiga con la muerte, no solamente la resistencia, sino los murmullos. Habiéndose quejado de él al fiscal dos ancianos, el uno notario, el otro herrero, se toca á generala, se reúne en la calle un grupo de hombres armados, y los quejosos son acribillados á balazos. No hay medio de perseguir á los culpables: el presidente del jurado, que con una escolta de mil hombres, acude á abrir una información, no puede obtener declaraciones. El municipio pretende no haber oido nada, ni la

generala, ni los tiros. Los otros testigos no dicen palabra, y confiesan en voz baja el motivo de su silencio; si declarasen «están seguros de ser asesinados en cuanto la tropa se marche». En Tolón, como en Beausset, el municipio dejará hacer, y se aplicarán al fiscal á los administradores de distrito y de departamento, los procedimientos de que se quejan. Pueden escribir á París y denunciar á los patriotas ante el rey y ante la Asamblea nacional; el club contestará con actos á sus papelotes.

III

Por lo que ha hecho cuando el gobierno estaba todavía en pie, puede conjeturarse lo que va á hacer durante el interregno. Para conocer al nuevo soberano hay que principiar por observarle en una escena restringida. Al saber lo del 10 de Agosto, los jacobinos de Saint-Affrique, pueblecillo del Aveyron, han emprendido ellos también la tarea de salvar la patria, y á este efecto, como los de otros pueblos del distrito, se han constituído en *poder ejecutivo*. La institución es antigua, sobre todo en el Mediodía; hace diez y ocho meses que florece desde Lyon hasta Montpellier, desde Agen hasta Nimes; es una sociedad secreta que se encarga de traducir en actos las mociones é instrucciones del club. Ordinariamente trabajan de noche con careta ó grandes sombreros de alas caídas. Sus nombres están inscritos en el domicilio de la sociedad en un cuadro cada uno bajo un número. Por arma y por insignia llevan un grueso bastón triangular adornado siempre con una cinta tricolor; con este bastón, cada miembro puede ir por todas partes, hacer lo que mejor le parezca. En Saint-Affrique son unos ochenta, y entre ellos

hay que contar los bandidos de la 7.ª compañía del Tarn, que residen en la población; para alistarlos no se ha cesado «de predicarles el pillaje» y de decirles que les pertenecía todo los castillos vecinos. No es que sean temibles estos castillos: casi todos están vacíos; ni en Saint-Affrique, ni en los alrededores, forman un partido los hombres del antiguo régimen; hace varios meses que huyeron los curas ortodoxos y los nobles, y ahora están haciéndolo las personas acomodadas. Pero la población es católica; muchos tenderos, artesanos y campesinos están descontentos, y se trata de azuzar á estos rezagados. En primer lugar, se ordena á las mujeres de toda condición que asistan á la misa del cura juramentado; en segundo lugar, desarme de todos los sospechosos: entran en sus casas de noche, á la fuerza y de improviso, y además del fusil, se llevan las provisiones y el dinero. En tercer lugar, «castigo de los malévolos»; á las nueve de la noche una escuadra llama á la puerta de un zapatero mal mirado; el aprendiz abre; entran diez individuos, y uno de ellos, mostrando un papel, dice al pobre hombre asustado: «Vengo aquí de parte del poder ejecutivo, que te ha condenado á recibir una paliza.—¿Por qué?—Si no has hecho nada malo, por lo menos lo has pensado.» En efecto; lo apalean en presencia de la familia, é igual operación se repite á domicilio con otros individuos. En cuanto á los gastos de la operación, incumbe sufragarlos á los sospechosos, para los que se les tasa con arreglo á sus facultades. Y los de la banda, además del salario y del pillaje, gozan de una licencia perfecta. En esas casas asaltadas á las once de la noche, mientras que el padre huye ó el marido grita bajo el palo, uno de los asaltantes se mantiene á la puerta con el sable desnudo, y la mujer ó la hija queda á discreción de los

otros; la agarran por el cuello y la sujetan. En vano pide socorro; «nadie se atreve ya á salir de noche en Saint-Affrique»; nadie acude; al día siguiente, el juez de paz no se atreve á recibir la queja, y su excusa es «que teme por sí mismo». Un teniente de voluntarios, M. Mazières, «que quiso cumplir con su deber, fué asesinado en su cama por sus propios hombres».

Como es natural, nadie se atreve á decir palabra, y, á los dos meses de este régimen, es de presumir que en las elecciones municipales del 21 de Octubre los electores serán dóciles. En todo caso, por precaución, no les previenen con los ocho días de antelación que marca la ley, y por mejor precaución todavía, les advierten que si no votan por el poder ejecutivo, tendrán que habérselas con el bastón triangular. En consecuencia, la mayoría se abstiene; en un pueblo que cuenta más de seiscientos ciudadanos activos, cuarenta votos deciden la elección; Bourgougnon y Sarrus, los dos jefes del poder ejecutivo son elegidos, el uno alcalde, el otro procurador síndico, y ahora la autoridad que habían tomado por la fuerza, no es conferida por la ley.

IV

Tal es, poco más ó menos, el tipo del gobierno que surge, después del 10 de Agosto, en cada municipio de Francia: el club reina, pero según las circunstancias, la forma y los procedimientos de su dictadura son diferentes. Unas veces obra directamente por la banda ejecutiva que dirige, ó por el populacho amotinado al que lanza; otras veces opera indirectamente por la asamblea electoral que ha hecho elegir, ó por el municipio que es su cómplice. Si las administraciones son

jacobinas, gobierna á través de ellas; si son pasivas, gobierna á su lado; si son refractarias, las depura ó las anula, y para domarlas, llega, no solamente á los golpes, sino al asesinato y hasta la matanza.

En muchos lugares la amenaza basta. En las comarcas en que el temperamento es frío y la resistencia nula, es inútil emplear las vías de hecho. ¿Para qué matar, por ejemplo, en una población como Arras, en donde el día del juramento cívico, el presidente del departamento, prudentísimo millonario, se pasea por las calles llevando del brazo á la tía Duchesne, vendedora de rosquillas; en donde el día de las elecciones, los burgueses que votan nombran, por miedo, á los candidatos del club, con pretexto de que hay que mandar á París á los bandidos para purgar la ciudad? Sería trabajo perdido dar sobre gentes que se arrastran tan bien. La facción se contenta con señalarlos como perros sarnosos. Pone á la puerta de los cuerpos de guardia la lista de los habitantes que son parientes de un emigrado; hace visitas domiciliarias; redacta á su antojo una lista de sospechosos, y resulta que en esta lista ha puesto á todos los ricos. Los insulta y los desarma, los interna en la ciudad, los prohibe salir de ella ni aun á pie; los ordena que se presenten diariamente ante el comité de seguridad pública, los condena á pagar en veinticuatro horas todas sus contribuciones del año; los abre las cartas; confisca, destruye y vende en los cementerios sus tumbas de familia. Todo esto es de cajón, como también la persecución religiosa, la irrupción en los santuarios privados en donde se dice misa, los golpes prodigados al oficiante, la obligación para los parientes ortodoxos de que bautice á sus hijos el cura cismático, la expulsión de las religiosas, la encarcelación, la deportación de los curas no juramentados.

Durante tres años, los merodeadores de fuertes brazos han constituído el nucleo de las jaquerías locales; ahora forman el personal de la jaquería universal. En Nimes, el poder ejecutivo tiene por jefe á un «maestro de baile». Los dos principales demagogos de Tolosa son un zapatero y un actor que en el teatro desempeña los papeles de criado. En Tolón, el club más absoluto que ningún déspota asiático, se recluta entre los indigentes, los marineros, los obreros del puerto, los soldados, y su presidente, Sylvestre, procedente de París, es un rufián de la peor calaña. En Reims, la gran figura es un cura renegado, marido de una religiosa, ayudado por un panadero que en el servicio militar estuvo á punto de ser ahorcado. Lyon tiene por oráculo un ex viajante de comercio, émulo de Marat, Chalier, cuyo delirio homicida se complica con un misticismo enfermizo. Avignon tiene por socios á los bandidos de la Glacière. Arlés sufre el yugo de sus marineros y de sus mozos de cuerda. Marsella pertenece á «una partida de foragidos, que no reconocen ni leyes, ni magistrados y dominan en la ciudad por el terror». Nada tiene de raro que tales hombres, revestidos de tal poder, usen de él conforme á su naturaleza, y que el interregno, que es su reinado, extienda sobre Francia un círculo de devastaciones, de robos y de asesinatos.

V

Ordinariamente la banda sedentaria de los clubistas tiene por auxiliar una banda ambulante de la misma especie; aludo á sus voluntarios, más temibles y peores; porque marchan en cuerpo y están armados. Como sus compañeros civiles, muchísimos de ellos son vagabundos que, no sabiendo cómo vivir, se han engancha-

do por quince suses al día; la falta de trabajo y de pan les ha hecho soldados. Al llegar á la frontera una tercera parte resulta inútil para el servicio. Pero antes de llegar á la frontera trabajan en su camino como verdaderos «piratas». Más válidos de cuerpo y más dignos de corazón, los otros, bajo la disciplina del peligro continuo, serán al cabo de un año buenos soldados. Pero, mientras tanto, el destrozo que causan no es menor, porque si son menos ladrones, son más fanáticos. No hay nada tan delicado como la institución militar: por el hecho de que tiene la fuerza, el hombre está siempre tentado de abusar de la fuerza; para que un cuerpo franco sea inofensivo en medio de la población civil, es necesario que esté contenido por sus más fuertes frenos, y todos los frenos, interiores y exteriores, faltan á los voluntarios de 1792.

Artesanos, campesinos, pequeños burgueses, jóvenes entusiastas é inflamados por la doctrina reinante, son todavía más jacobinos que patriotas. El dogma de la soberanía del pueblo les ha embriagado; se han persuadido «de que la honra de estar destinados á combatir á los enemigos de la república les autoriza á exigirlo todo y á atreverse á todo». No son sus jefes quienes se lo impiden. «Creador de sus jefes, el voluntario no hace caso de ellos.» Por un efecto natural de la elección, los grados han sido conferidos á los demagogos, sin mirar á los talentos militares ni á la superioridad de la región moral. «Los intrigantes, los grandes charlatanes, y sobre todo, los grandes bebedores, han triunfado de los demás.» El nuevo oficial, para conservar su popularidad va á beber á la taberna con sus hombres y tiene que mostrarse más jacobino que ellos; de donde se sigue que, no contento con tolerar sus excesos, los provoca.

Por esto se ve á los voluntarios desde el mes de Marzo de 1792 conducirse en Francia como en país conquistado. Unas veces operan visitas domiciliarias rompiéndolo todo; otras, hacen rebautizar á los niños por el cura conformista y disparan sobre el padre ortodoxo. Aquí efectúan arrastres, allí se unen á los sediciosos que retienen barcos con cargamento de granos. En otra parte obligan al municipio á tasar el pan; más adelante, queman ó saquean castillos, y si el alcalde les indica que el castillo no pertenecía ya á un emigrado, sino que es de la nación, le contestan con la amenaza de cortarle el cuello. Exasperados por los peligros que van á correr á la frontera, empiezan la guerra en el interior; como previsión y precaución despachan de pronto á los aristócratas probables, y contra los oficiales, los nobles, los sacerdotes que encuentran en su camino se comportan peor que sus aliados del club. Porque, de una parte, estando de paso, están aún más seguros de la impunidad que los asesinos sedentarios; á los ocho días, perdidos en el ejército, no irán á buscarlos al campo; pueden matar con seguridad completa. Y de otra parte, extranjeros recién llegados, incapaces de hacer, como las gentes del país, acepción de las personas, por un nombre, por un traje, una cualidad, un dicho de café, una apariencia, por inofensiva y venerable que sea la persona, la matan, no porque la conozcan, sino porque no la conocen.

VI

Entremos en el gabinete de Roland, ministro del Interior, á los quince días de la apertura de la Convención, y supongamos que una noche haya querido con-

templar el estado del país que administra. Sus empleados han puesto sobre la mesa la correspondencia de las diez últimas semanas, clasificada por orden; al margen, encuentra el resumen de sus propias respuestas; ante su vista hay un mapa de Francia, y, partiendo del Mediodía, sigue con el dedo el gran camino habitual. A cada etapa, hojea el legajo correspondiente, y despreciando innumerables violencias, recoge solamente las grandes hazañas revolucionarias. Pienso que Mme. Roland trabaja con él, y los dos esposos, solos á la luz de la lámpara, reflexionan al ver obrar á la bestia feroz que han soltado, tanto en provincias como en París.

Miran primeramente al extremo meridional de Francia. Allí, en el canal de los Dos Mares, en Carcasona, el populacho se ha apoderado de tres barcos con cargamento de granos, ha exigido víveres, después una disminución en el precio del trigo, luego los fusiles y cañones del entrepuente, después las cabezas de los administradores; el inspector general ha sido herido á hachazos y muerto el procurador síndico del departamento. El ministro sigue con la mirada el camino de Carcasona á Burdeos, y á derecha é izquierda encuentra huellas de sangre. En Castres, habiendo corrido el rumor de que un comerciante en trigo trataba de subir los precios, se ha amotinado la gente, y para salvar al comerciante le han encerrado en el cuerpo de guardia; pero los voluntarios han forzado la guardia y han tirado al hombre por una ventana; después le han rematado á «palos y puñetazos». La víspera, en Clairac, M. Lartigue-Langa, sacerdote no conformista, perseguido en las calles por un grupo de hombres y de mujeres que querían quitarle la sotana y pasearle en un asno, consiguió refugiarse en su casa de cam-

po; pero fueron por él, condujéronle á la plaza y le mataron. No hay represión posible; el departamento dice al ministro «que en estos momentos sería impolítico continuar el asunto». Roland sabe esto por experiencia, y las cartas que tiene en las manos le muestran que allí, como en París, el asesinato engendra el asesinato. El dedo del ministro se detiene en Burdeos: aquí las fiestas de la Federación se han señalado con un triple asesinato. Para dejar pasar este momento peligroso, M. de Langoirac, vicario general del arzobispado, había ido á un pueblecillo próximo, Canderan, á casa de un sacerdote octogenario: ninguno de los dos se había mezclado nunca en los asuntos políticos. El 15 de Julio, los guardias nacionales del lugar, exaltados por las declamaciones de la víspera, fueron á prender á ambos, y con ellos, á un tercer sacerdote de la vecindad. No hay pretexto alguno; ni los funcionarios municipales ni el juez de paz, ante quienes los conducen, pueden dejar de considerarlos inocentes. Los llevan á Burdeos para presentarlos al directorio del departamento. Pero el día declina, y los amotinados, faltos de paciencia, se arrojan sobre los presos. El octogenario «recibe tantos golpes que es imposible que salga»; al cura del Puy le matan y le arrastran con una cuerda; á M. de Langoirac le cortan la cabeza, la pasean en una pica y la llevan á su casa para decirle á la criada «que su amo no irá á cenar». La pasión de los tres sacerdotes ha durado desde las cinco de la mañana hasta las siete de la tarde, y el municipio estaba advertido, pero no podía ir en su socorro; estaba muy seriamente ocupado: plantaba un árbol de la libertad.

Camino de Burdeos á Caen.—El dedo del ministro sube hacia el Norte y encuentra Limoges. Aquí la fies-

ta de la Federación ha sido celebrada como en Burdeos, con el asesinato de otro sacerdote. Más arriba, hacia Orleans, Roland lee en el legajo del Loiret los despachos siguientes: «La anarquía ha llegado al colmo, escribe un distrito al directorio del departamento; ya no hay autoridades; los administradores de distrito y los municipios están envilecidos y sin fuerzas para hacerse respetar.» Los despachos del Orne y de Calvados se expresan de manera análoga. En Caen, el procurador síndico de Calvados, M. Bayeux, hombre de gran mérito, es muerto en la calle á tiros y bayonetazos, en los momentos en que un decreto de la Asamblea nacional proclamaba su inocencia y ordenaba su libertad.

Camino del Este.—En Rouen, ante el ayuntamiento, la Guardia nacional, apedreada durante más de una hora, ha concluido por tirar y matar cuatro hombres. Roland tiene que ir de prisa, porque en este recorrido los asesinatos hormiguean: entre la efervescencia de la capital y la efervescencia del ejército, cada uno de los departamentos cercanos á París ó que bordean la frontera, proporciona su contingente de asesinatos. Los hay en Gisors en Eure, en Chantilly y en Clermont en el Oise, en Saint-Aurand, en el Pas-de-Calais, en Cambrai en el Nord, en Rethel y Charteville en los Ardennes, en Reims y en Chalons en el Marne, en Troyes en el Aube, en Meaux en Seine-et-Marne, en Versalles en Seine-et Oise. Roland, á lo que pienso, no abre este legajo y con razón: sabe demasiado bien cómo han perecido M. de Brissac, M. Delessart y los otros sesenta y tres presos asesinados en Versalles; él fué quien comisionó á Fournier, el asesino en jefe; en este mismo momento, se ve obligado á tratar con ese granuja, á entregarle certificados «de celo y de pa-

triotismo, á entregarle, por añadidura á sus robos 30.000 libras por los gastos de la operación.

Pero hay otros despachos que no puede dejar de leer, si quiere saber á qué se ha reducido su autoridad, en qué desprecio ha caído toda autoridad, cómo la plebe civil ó militar ejerce su imperio, con qué prontitud corta las vidas más ilustres y más útiles, especialmente las de los hombres que han mandado ó que mandan, y el ministro se dirá quizá que le llegará su turno.

Filántropo desde su juventud, liberal desde su entrada en la Constituyente, presidente electo del departamento de París, uno de los patriotas más constantes, más generosos y más respetados de la primera y de la última hora, ¿quién con más razón merecía ser respetado, que M. de La Rochefoucauld? Detenido en Gisors, por orden del municipio de París, salía de la posada, á pie, conducido por el comisario parisiense, rodeado del consejo municipal, escoltado por doce gendarmes y por cien guardias nacionales; tras él, su madre, de ochenta años, y su mujer seguían en coche; no podían temer que se escapasen. Pero contra un sospechoso, la muerte es una precaución más segura que la cárcel, y trescientos voluntarios del Orne y de la Sarthe, que están de paso en Gisors, se agolpan gritando: «Vamos por su cabeza; nadie puede impedírnoslo.» Una piedra da en la sien á M. de La Rochefoucauld, su escolta es arrollada y le rematan á sablazos y palos, y el consejo municipal no tiene tiempo sino para poner en salvo el coche de las mujeres. Así también, en manos de los voluntarios, la justicia nacional tiene brusquedades, intemperancias ó retrocesos, cuyo efecto es prudente no esperar. Por ejemplo, en Cambrai, un destacamento de gendarmería que acaba de

salir de la población, se acuerda de que se ha olvidado «de purgar la cárcel»; vuelve atrás, excarcela á los detenidos cuyos delitos le parecen perdonables, y hace que les pasaporten; en cambio, mata á un ex procurador del rey, al que han encontrado mensajes en los que hay «principios aristocráticos», y á un teniente coronel poco popular, y á un capitán sospechoso. Por ligera y mal fundada que esté la sospecha, tanto peor para el funcionario en quien recae.

Además de que disponía de las vidas disponía también de sus bienes, y á Roland le basta hojear dos ó tres informes para ver cómo, bajo la máscara del patriotismo, toman vuelo sus aptitudes brutales. En Cancy, en el Aisne, los campesinos de diez y siete parroquias, reunidos para dar el contingente militar, asaltan las dos casas de M. des Fossés, ex diputado de la nobleza constituyente. El propietario, con sus dos hijas, logra ocultarse en una casa próxima, después en un rincón proporcionado por un jardinero humano; por fin, con gran trabajo, llega á Soissons. De sus dos casas «no queda más que las paredes. Todo ha sido destrozado; 200.000 libras de asignados han desaparecido, así como los títulos de su propiedad, calculándose las pérdidas en 200.000 francos. El pillaje ha durado de las siete de la mañana á las siete de la tarde, y, como siempre, ha concluído en una orgía». No se ha abierto información alguna; el nuevo alcalde que, al cabo de un mes, se decide á denunciar el hecho, ruega al ex ministro que calle su nombre; porque, dice, «en el consejo general tres agitadores han provocado amenazas y preguntas espantosas contra el que haya escrito». Tal es la amenaza continua bajo la que viven los gentileshombres, hasta cuando son antiguos en el servicio de su libertad. A principios de 1789, M. de Gouy de

Aray ha sido el primero en reivindicar por escrito los derechos del pueblo; diputado de la nobleza en la Constituyente, fué el primero en unirse al tercer estado; durante treinta meses formó en la izquierda. Mariscal de campo y encargado por la Legislativa de reducir á los 6.000 insurrectos de Noyon, «guardó diez días en el bolsillo las órdenes rigurosas de que era portador; se dejó insultar, arriesgó su vida por salvar las de sus conciudadanos extraviados, tuvo la suerte de no derramar una gota de sangre». Agotado por tantos trabajos y esfuerzos, casi moribundo, enviado al campo por los médicos, «empleó todas sus rentas en aliviar la miseria; plantó en su casa el árbol de la libertad; dió para vestir y armar á los revolucionarios». Sus hijas viven con él en esa finca, que pertenece á su familia desde hace cuatro siglos, y los campesinos del lugar le llaman «padre». Nada hay más pacífico y hasta más meritorio que toda su conducta. Pero, por ser noble, es sospechoso, y un delegado del municipio de París le denuncia como teniendo en su casa dos cañones y 550 fusiles. Enseguida visita domiciliaria: 800 hombres de infantería y caballería llegan en orden de batalla al castillo de Arey. El dueño les sale al encuentro, presenta las llaves. Á las seis horas de registro encuentran doce fusiles de caza y trece malas pistolas, cuya existencia había declarado. Contrariados, los visitantes murmuran, destrozan, comen, beben y ocasionan una pérdida de 2.000 escudos; sin embargo, ante las insistencias de los jefes, concluyen por marcharse. Pero M. de Gouy tiene 60.000 libras de renta; esto ganaría la nación si él emigrase, y además, durante la expulsión, se llenarían las manos. Durante ocho días se habla de esto en el club de Compiègne, en las tabernas, en el cuartel, y al noveno día, 150 voluntarios salen

en pleno día diciendo que van á matar á M. de Gouy y á los suyos. Advertido, se aleja con su familia, dejando todas las puertas abiertas. Pillaje general durante cinco horas; beben los vinos generosos, roban la plata, exigen caballos para llevarse el botín, y prometen volver pronto para obtener la cabeza del propietario. Efectivamente, al día siguiente, á las cuatro de la mañana, nuevo pillaje, definitivo esta vez; sus criados huyen en medio de las balas, y M. de Gouy, á requerimiento del lugar cuyas viñas devastan, se ve obligado á abandonar el país. En casa de M. de Saint-Maurice en Hondaville, en casa del duque de Borbón en Nointel, en casa del príncipe de Candá en Chantilly, en casa de M. de Fitz-James y en otras partes, un tal Gauthier, «comandante del destacamento de persecución de París y encargado de los poderes del comité de vigilancia», efectúa su gestión patriótica, y Roland sabe de antemano en qué consiste: es una dragonada en regla en casa de todos los nobles, ausentes ó presentes.

Hay sin embargo una caza de predilección, el clero, todavía más perseguido que los nobles, y Roland, encargado de mantener el orden, se pregunta cómo podrá prolongar la libertad y la vida de los sacerdotes inofensivos que le están recomendados por la ley.

La noche avanza, los legajos son demasiado numerosos y muy copiosos; Roland ve que, de ochenta y tres, no podrá hojear sino cincuenta; hay que apresurarse, y del Este sus ojos vuelven al Mediodía. Aquí también hay raros espectáculos. El 2 de Septiembre, en Chalons-sur-Marne, M. Chantaire, octogenario y sordo, con un breviario en la mano, volvía del Mail, donde todos los días iba á hacer sus rezos, unos voluntarios que le encuentran, le ordenan que grite ¡viva la liber-

tad! El, que no los oye, no les contesta. Entonces los voluntarios le cogen por las orejas, tirando con tanta fuerza que se las arrancan; luego le cortan la nariz, le arrastran por las calles, y, por último, le hacen pedazos, paseando su cabeza en una pica. Con nada basta para provocar la muerte. En el distrito de Roanne, los aldeanos queman las propiedades nacionales, los voluntarios saquean á los propietarios, y unos y otros, juntos ó separados, se entregan «á todos los excesos y á toda suerte de horrores contra aquellos de cuyo civismo sospechan bajo pretexto de sus opiniones religiosas». Por ofuscado que se encuentra el espíritu de Roland á causa de las generalidades filosóficas, ha inspeccionado en aquel país las fábricas durante mucho tiempo; todos los nombres de lugares le son familiares; esta vez los objetos y las formas se dibujan en su imaginación y empieza á ver las cosas á través de las palabras.

El dedo de madama Roland se posa sobre aquel Lyon que conoce tan bien. Dos años antes indignábase ella contra «la cuádruple aristocracia de aquella ciudad, nobles, sacerdotes, comerciantes opulentos, es decir, lo que se llamaba las personas decentes en la insolencia del antiguo régimen»; ahora encuentran otra aristocracia: la del arroyo. A ejemplo de París, los clubistas de Lyon, dirigidos por Chalier, han preparado la matanza en grande, y si no ha sido tan amplia como en París, es porque la guardia nacional, más enérgica, interviene á tiempo en la cárcel de Roanne. Pero en otros lugares ha llegado demasiado tarde. Ocho oficiales, de guarnición en Auch, algunos con veinticinco y treinta años de servicio, viéronse obligados, por la insubordinación de los hombres, á presentar la dimisión; sin embargo, á petición expre-

sa del ministro de la Guerra, permanecieron en su puesto por patriotismo, y, en veintidós días de marchas penosas, condujeron su regimiento de Auch á Lyon. A los tres días de su llegada, cogidos de noche en sus camas, llevados á Pierre-Enciza, apedreados en el trayecto, puestos en incomunicación, el interrogatorio, repetido y prolongado, no puso en evidencia sino sus servicios y su inocencia. Pero el populacho jacobino los saca de la cárcel; de ocho mata á siete en las calles, en unión de tres sacerdotes, y la ostentación que los asesinos hacen de su obra es aún más descarada que en París. Epílogo grotesco y terrible: al final de esta comunicación, Roland encuentra una carta de su colega Danton, en la que le ruega que ponga en libertad á los oficiales asesinados tres semanas antes; «porque, dice Danton, si no hay motivo para acusarlos, sería de una injusticia irritante mantenerlos durante más tiempo encarcelados». En la carta de Danton, el oficinista ha puesto esta nota: *Asunto terminado*. Aquí supongo que los dos esposos se miran sin decir nada. Madama Roland se acuerda tal vez de que á principios de la revolución, ella misma pedía cabezas, sobre todo «dos cabezas ilustres», y deseaba «que la Asamblea nacional los procesase en regla, ó que generosos Decios concluyeran con ellos». Sus deseos son atendidos; el proceso en regla, y los Decios invocados hormiguean en toda Francia.

Queda el rincón del Sudeste, aquella Provenza que Barbaroux le presentaba como el último asilo de la filosofía y de la libertad. El dedo de Roland desciende del Ródano y á los dos lados, al pasar, encuentra los crímenes corrientes. Sobre una estela de asesinatos y de robos, el ministro llega á Marsella, y de pronto, á lo que imagino, se detiene con una especie de estupor.

No es que le asombren los homicidios populares; lo que le turba es que allí el lazo nacional se rompa; ve departamentos que se desligan; fúndanse Estados nuevos, independientes, completos, invocando la soberanía del pueblo; pública y oficialmente se quedan para sus necesidades locales con los impuestos percibidos para el gobierno central, establecen penas contra sus habitantes refugiados en Francia, instituyen tribunales, imponen contribuciones, forman tropas y hacen expediciones. Reunidos para nombrar representantes suyos en la Convención, los electores de las Bocas del Ródano han querido, por añadidura, establecer en todo el departamento «el reinado de la libertad y de la igualdad», y á este efecto han formado, dice uno de ellos, «un ejército de mil doscientos héroes para purgar los distritos en donde la aristocracia burguesa alza todavía su cabeza imprudente y temeraria».

¿De qué especie son los soberanos improvisados que han instituído este bandidaje ambulante? Sobre esto, Roland no tiene que hacer más que interrogar á su amigo Barbaroux, presidente de aquéllos y ejecutor de sus sentencias: «novecientas personas, escribe el mismo Barbaroux, en general poco instruídas, que no escuchan á las personas moderadas y se entregan á las efervescentes, intrigantes hábiles en sembrar la calumnia, mezquinos espíritus recelosos, algunos hombres virtuosos, pero sin luces; algunas personas ilustradas, pero sin valor; muchos patriotas, pero sin medida, sin filosofía», en suma: un club jacobino, tan jacobino, «que al saber las matanzas del 2 de Septiembre, estalla en aplausos»; en primer término, «una multitud de hombres áridos de dinero y de puestos, denunciadores eternos, imaginando revueltas ó exagerándolas *para hacerse dar comisiones lucrativas;* «en

otros términos: la jauría ordinaria de los apetitos desencadenados. Para conocerlos á fondo, Roland no tiene sino hojear un postrer legajo, el del departamento vecino y considerar á sus colegas del Var. En este gran naufragio de la razón y de la probidad, que se llama la revolución jacobina, algunos restos sobrenadaban todavía: eran las administraciones de departamento, compuestas, en muchos lugares, de liberales, amigos del orden, ilustrados, integros y constantes defensores de la ley. Tal era el directorio del Var. Para desembarazarse de él, los jacobinos de Tolón han imaginado un lazo, digno de los Borgia y de los Oliveretto del siglo XVI. El 28 de Julio por la mañana, Sylvestre, presidente del club, ha distribuído á sus partidarios de las afueras y de la población un enorme saco de gorros encarnados, y ha dispuesto, en convenientes lugares, á sus escuadras. Mientras tanto el municipio, su cómplice, va ceremoniosamente á visitar á los administradores del departamento, y los invita á fraternizar con él ante el pueblo. Los administradores salen sin desconfiaza, cada uno del brazo de un funcionario municipal ó de un delegado del club. Apenas han dado algunos pasos por la plaza, cuando, de cada avenida, desemboca un tropel de gorros encarnados. El procurador síndico, el vicepresidente del departamento y otros dos son acuchillados y ahorcados; otro, M. Debaux, logra escapar, salta, por la noche, desde las murallas y se rompe un muslo; al día siguiente por la mañana, le descubren, le traen en una camilla y le cuelgan del primer farol. En vano el comandante de la plaza, M. Dumerbion, suplica al municipio que proclame la ley marcial. No solamente se niega sino que hace que vuelva á los cuarteles la mitad de las tropas. En cambio, pone en libertad á los soldados

condenados á cadena y á todos los militares arrestados por insubordinación. Desde entonces, desaparece la última sombra de disciplina, y, en el mes que sigue, los asesinatos se multiplican.

Por inepto que sea Roland debe, al fin, comprender que los crímenes que acaba de registrar no son una explosión irreflexiva, un acceso de delirio pasajero, sino la manifestación del partido vencedor, el comienzo de un régimen establecido. Bajo este régimen, escriben los jacobinos de Marsella, «hoy en nuestras felices comarcas *los buenos dominan á los malos y forman un cuerpo que no sufre mezcla; todo lo que es vicioso se oculta ó es exterminado*».

El programa es neto y ha sido traducido en actos. Este es el programa que la facción, durante todo el interregno, ha dado á los electores.

CAPITULO III

I. La segunda etapa de la conquista jacobina.— Grandeza y multitud de los puestos vacantes.—II. Las elecciones.— Llamamientos de escrutinio de los jóvenes y de los indigentes.—Peligro de los moderados si son candidatos.— Proposición de los ausentes en las Asambleas primarias. III. Composición de las asambleas secundarias.—Los moderados elegidos se ven obligados á dimitir.—Anulación de las elecciones católicas.—Escisión de las minorías jacobinas.—IV. Composición de la Convención.—Opiniones y sentimientos de los diputados del Llano.—La Gironda.—Ascendiente de los girondinos en la Convención. —En qué se separan de los puros jacobinos.—Debilidad del razonamiento filosófico y de la autoridad parlamentaria en tiempo de anarquía.—V. La opinión en París.— Impopularidad del nuevo régimen.—Dimisión pública de la mayoría.—Incompatibilidad de las costumbres modernas y de la democracia directa.—Solamente los jacobinos forman el pueblo soberano.—VI. Composición del partido.—VII. El personaje reinante.—Su carácter y su amplitud de miras.—Las ideas políticas de M. Saule.

I

Así termina la segunda etapa de la conquista jacobina: á partir del 10 de Agosto, durante tres meses consecutivos, de arriba abajo de la jerarquía, los jacobinos han ensanchado y multiplicado las vacantes para llenarlas. Desde luego, en la cumbre de los poderes públicos, la facción instala representantes que no representan sino á ella, setecientos cuarenta y

nueve diputados omnipotentes, una Convención que, no estando construída ni por poderes colaterales ni por una constitución prestablecida, dispone á su antojo de los bienes, de la vida y de la conciencia de todos los franceses. Enseguida, por esa Convención apenas instalada, hace decretar la renovación completa de todos los cuerpos administrativos y judiciales. De igual suerte queda abolida, en lo judicial, la obligación de haber ejercido como hombre de ley, por modo que cualquiera, si es del club, puede llegar á ser juez sin saber escribir y casi sin saber leer. Un poco antes, en todas las poblaciones de más de cincuenta mil almas, después en todas las fronterizas, el estado mayor de la guardia nacional ha pasado por el arnero electoral. Igualmente, los oficiales de la gendarmería, en París y en toda Francia, sufren la elección de sus hombres. En fin, los directores y administradores de Correos son sometidos á elección. Más aún: al lado de los funcionarios elegidos, la depuración administrativa alcanza á los funcionarios y empleados no electivos, por neutro que sea su empleo, por indirecto y débil que sea el lazo que les una á los asuntos políticos. En París «todos los hombres honrados, todos los empleados instruídos», son echados de las oficinas de Marina; el ministerio de la Guerra se convierte en «una caverna, en donde no se trabaja sino con el gorro encarnado, en donde se tutea á todo el mundo, incluso al ministro, en donde cuatrocientos empleados, entre los que hay varias mujeres, visten suciamente y afectan el cinismo más descarado, sin despachar nada y robando en todo». Todos los cargos lucrativos, todos los empleos retribuídos están á disposición del pueblo jacobino, y los distribuyen; es un propietario legítimo que, al volver á su casa tras larga ausencia, reforma á su antojo

la servidumbre. Solamente en los servicios administrativos y judiciales hay mil trescientos puestos; todos los de hacienda, de trabajos públicos, de instrucción pública y de Iglesia; en la guardia nacional y en el ejército todos los puestos, desde el de comandante en jefe hasta el de tambor; todo el poder, central ó local; jamás semejante botín se ha puesto en montón y á la vez en la plaza pública. En apariencia, la elección distribuirá los lotes; pero es harto claro que los jacobinos no quieren entregar su presa á los azares de una votación libre; la conservarán, como la han tomado, por la fuerza, y no omitirán nada para hacerse dueños de las elecciones.

II

Para empezar se han abierto el camino. Desde el primer día se han suprimido por decreto las escasas y últimas garantías de indepencia, de honradez y de competencia que la ley exigía aun al elector y al elegible. Ya no hay distinción entre los ciudadanos activos y los pasivos; ya no hay diferencia entre el censo del elector del primer grado y el del elector del segundo. Todos los franceses, salvo los criados, de quienes se desconfía porque se les supone bajo la influencia de sus amos, podrán votar en las asambleas primarias y votarán desde los veintiún años; lo que llama á las urnas á los dos grupos más revolucionarios, de una parte, á los jóvenes, de otra, á los indigentes, éstos en número prodigioso en aquella época de paralización de trabajo y de miseria; en total dos millones y medio y quizá tres millones de nuevos electores.

Al mismo tiempo que los jacobinos congregan á sus partidarios, separan á sus adversarios. A esto ha pro-

visto ya el bandidaje político, con el que dominan y aterrorizan en Francia. Los encarcelamientos arbitrarios, los robos tolerados y los asesinatos impunes, son una advertencia para los candidatos que no sean de su secta; y no hablo aquí de los nobles ó de los amigos del antiguo régimen, que están huídos ó en la cárcel, sino de los monárquicos constitucionales y de los fulgenses. Por parte de éstos, toda iniciativa electoral sería una locura. Así es que ninguno de ellos se manifiesta. Si algún moderado vergonzante, como Durand-Maillane, figura en una lista, es porque los revolucionarios le han adoptado sin conocerle y porque jura odio á la monarquía. Los otros que, más francos, no quieren encapillarse la librea popular y recurrir al patronato de los clubs, se cuidan muy bien de presentarse; saben perfectamente que sería designar sus cabezas á las picas y sus casas al saqueo. Por mayor precaución, los constitucionales de la Legislativa han han sido retenidos en la capital; les han negado los pasaportes para impedir que vayan á provincias á recavar votos y á decir la verdad sobre la revolución reinante. De igual suerte, se han suprimido todos los periódicos conservadores. Ahora bien; cuando no se tiene órgano para hablar ni candidato para ser representado, ¿para qué votar? Tanto más cuanto que las asambleas primarias son lugares de desorden y violencia, que en muchos lugares solamente son admitidos los patriotas, que un moderado «es insultado y abrumado por el número», que si habla corre peligro, que aun callando corre el riesgo de las amenazas y las denuncias. No mostrarse, permanecer aparte, hacer olvidar que existe uno, tal es la regla bajo el reinado del pachá, sobre todo cuando este pachá es la plebe. Por esto la mayoría se abstiene y en la votación el va-

cio es enorme. En París, para la elección de alcalde y concejales, las votaciones de Octubre, Noviembre y Diciembre, no reunieron más que 14.000 votantes de 160.000 inscritos. Lo mismo ocurre en otras partes; en esas asambleas primarias que directa ó indirectamente delegan todos los poderes públicos y que, para expresar la voluntad general deberían ser plenas, de siete millones de electores, faltan *seis millones trescientos mil.*

III

Con estos procedimientos las asambleas en primer grado resultan en su mayor parte jacobinas; en consecuencia, los electores de segundo grado elegidos por ellas son, en su mayoría, jacobinos, y en muchos departamentos, su asamblea se convierte en el más anárquico, más turbulento, más usurpador de todos los clubs. La asamblea del Paso de Calais excarcela y aplaude á una mujer detenida por haber tocado el tambor en un motín popular. La asamblea de París fraterniza con los verdugos de Versalles y con los asesinos del alcalde de Etampes. La asamblea de Seine-et-Marne aplaude la proposición de fundir un cañón que pueda contener, á guisa de bala, la cabeza de Luis XVI para lanzarla al enemigo. Nada tiene de particular que un cuerpo electoral que no respeta nada, no se respete á sí mismo, y se mutila con pretexto de depurarse. La mayoría despótica ha querido reinar sola y ha expulsado á los electores que la desagradaban. En París, en el Aisne, en el Alto Loire, en el Maine y Loire excluye, como indignos, á los miembros de sus antiguos clubs monárquicos y á los firmantes de las protestas constitucionales. En el Herault anulan las

elecciones del cantón de Servian, porque los elegidos, dice, son «furibundos aristócratas». En París y en nueve departamentos, por lo menos, suprime, con desprecio de la ley, la votación secreta, refugio supremo de los moderados tímidos, é impone á cada elector el voto público, en alta voz. En Meaux y en Reims, los electores han podido oir los gritos de los sacerdotes acuchillados. En Lyon, dos días después de la matanza, el comandante jacobino escribe al ministro: «La catástrofe de anteayer hace huir á los aristócratas y nos asegura la mayoria.» De un tal sufragio universal los operadores sacan lo que quieren, un extracto concentrado, una quintaesencia del espíritu jacobino.

Por lo demás, si el extracto obtenido no les parece bastante fuerte, allí en donde son soberanos, le rechazan y vuelven á empezar la operación. En París, el nuevo consejo municipal se dedica á la expulsión de los miembros tibios, y el elegido por los moderados, Ormesson, sufre tantas amenazas, que en el momento de tomar posesión dimite. En Lyon, otro moderado, Niviere-Cluel, elegido dos veces y por cerca de 9.000 votos de 11.000 votantes, se ve obligado dos veces á abandonar su puesto; tras él, el médico Gilibert, que iba á reunir la mayoría de los sufragios, es encarcelado inopinadamente; hasta en la cárcel es elegido; los clubistas no le sueltan ni aun después de haberle arrancado la dimisión. En otras partes, en los cantones rurales, en el Franco Condado, por ejemplo, son anuladas las elecciones si ha salido un católico. A menudo la minoría jacobina hace una escisión, se reúne aparte en la taberna, elige su alcalde ó su juez de paz, y su elegido es validado como patriota; tanto peor para el de la mayoría; los votos mucho más numerosos que le eligieron son nulos, porque son «fanáticos». Inte-

rrogado de esta manera, el sufragio universal no puede por menos de contestar lo que se le dicta.

Hasta qué punto está falseada esta respuesta, cuál distancia media entre las elecciones oficiales y la opinión pública, cómo las elecciones traducen al revés el sentimiento popular, van á demostrarlo unas luchas sin réplica. Las Dos Sèvres, el Maine y Loire, la Vendée, el Loire Inferior, el Morbihan y el Finisterre, no han enviado á la Convención sino republicanos anticatólicos, y esos mismos departamentos serán el vivero inagotable de la gran insurrección católica y monárquica. Tres regicidas, de cuatro diputados, representan á la Lozère, en donde seis meses después treinta mil campesinos marcharán bajo la bandera blanca. Seis regicidas, de nueve diputados, representan á la Vendée, que va á levantarse en masa en nombre del rey.

IV

Por vigorosa que haya sido la presión electoral, la máquina de votar no ha dado todo lo que se la pedía. Al principio de la sesión, de setecientos cuarenta y nueve diputados, no hay más que unos cincuenta para aprobar la comuna, casi todos elegidos, como en Reims y en París, allí en donde el terror paralizó al elector. Allí en donde la sensación física del asesinato no ha sido tan apremiante y punzante, un resto de pudor ha impedido las elecciones demasiado escandalosas. No se ha podido evitar que los votos recaigan en personas conocidas; setenta y siete miembros de la Constituyente, ciento ochenta y seis de la Legislativa entran en la Convención, y á muchos de ellos la práctica del gobierno les ha dado algunas luces. En suma:

de seiscientos cincuenta diputados, la conciencia y la inteligencia no se han pervertido sino á medias.

Sin duda son todos republicanos decididos, enemigos de la tradición, apóstoles de la razón, nutridos de política deductiva; no se podía ser nombrado sino á ese precio. Todo candidato estaba obligado á profesar la fe jacobina, ó por lo menos á recitar el símbolo revolucionario. En consecuencia, en la primera sesión, la Convención vota por unanimidad la abolición de la monarquía, y, tres meses después, por gran mayoría, juzgará á Luis XVI «culpable de conspiración contra la libertad de la nación y de atentado contra la seguridad general del Estado».

Pero bajo los prejuicios políticos subsisten los hábitos sociales. Por el hecho de haber nacido y vivido largo tiempo en una sociedad antigua, el hombre recibe su sello y las prácticas de aquélla se han depositado en él bajo forma de sentimientos; ha contraído el respeto de la propiedad y de la vida humana. Una teoría, aun adoptada, no logra destruirla sino en los casos raros en que da con naturalezas brutales ó malsanas. Nacidos casi todos en la clase media, la mayoría de nuestros legisladores, cualquiera que sea la efervescencia momentánea de su cerebro, son en el fondo lo que han sido hasta aquí, hombres civilizados de la especie corriente, burgueses de los siglos dieciocho y diecinueve, lo suficientemente honrados en la vida privada para desear serlo también en la vida pública. Por esto tienen horror de la anarquía, de Marat, de los asesinos y ladrones de Septiembre. A los tres días de reunidos, «casi por unanimidad», votan la preparación de una ley «contra los provocadores al crimen». «Casi por unanimidad», quieren darse una guardia reclutada en los ochenta y tres departamentos contra

las bandas armadas de Paris. «Casi por unanimidad de votos», han elegido á Petion primer presidente. La lectura del informe de Roland es acogida «con los más vivos aplausos por casi toda la Asamblea». En suma: están por la república ideal, contra los bandidos de profesión. De aqui que se agrupen en torno de los diputados probos, que, en las dos Asambleas anteriores, defendieron mejor á un mismo tiempo la humanidad y los principios; en torno de Brizot, Languinais, Petion, Rabaint, Saint-Etienne, en torno de Brissot, Vergniaud, Gaudet, Gensonné, Isnard y Condorcet; en torno de Roland, Louvet, Barbaroux y los quinientos diputados del Llano marchan unidos bajo la dirección de los ciento ochenta girondinos que constituyen ahora la derecha.

Estos son los más estimables y los más creyentes republicanos; porque lo son desde hace mucho tiempo, por reflexión, estudio y sistema, casi todos letrados, razonadores y filósofos, discípulos de Diderot ó de Rousseau, persuadidos de que la verdad absoluta ha sido revelada por sus maestros, imbuídos de la *Enciclopedia* ó del *Contrato Social*, como en otro tiempo los puritanos de la Biblia. A la edad en que el espíritu, llegado á adulto, se enamora de las ideas generales, se han desposado con la teoría y han querido reconstruir la sociedad sobre principios abstractos. A este efecto, han procedido en forma lógica, con todo el rigor superficial y falso del análisis en boga; se han representado al hombre en general, el mismo en todo tiempo y todo lugar, un extracto y un mínimo de hombre; han considerado varios miles ó millones de esos seres reducidos, han erigido en derechos primordiales sus voluntades imaginarias y redactado de antemano el contrato quimérico de una asociación imposible.

Nada de privilegios, nada de herencia, nada de censo, todos electores, todos elegibles, todos miembros iguales del soberano; todos los poderes por cierto plazo y conferidos por elección; una Asamblea única, elegida y renovada por entero anualmente, un Consejo ejecutivo elegido y renovado por mitad anualmente, una Tesorería nacional elegida y renovada en una tercera parte anualmente; administraciones locales elegidas, tribunales elegidos; referendum al pueblo, iniciativa del cuerpo electoral, apelación constante al soberano, que siempre consultado, siempre en acción, manifestará su voluntad, no solamente por la elección de sus mandatarios, sino también por «la censura» que ejercerá sobre las leyes: tal es la constitución que se forjan. «La de Inglaterra, dice Condorcet, está hecha para los ricos, la de América para los ciudadanos acomodados, la de Francia debe estar hecha para todos los hombres.» En este concepto, es la única legítima; toda institución que se aparta de ella es contraria al derecho nacional, y, por lo tanto, hay que derribarla. Esto es lo que los girondinos hicieron en la Legislativa, ocasionando las mayores perturbaciones. Cuando se trata de su utopía, el girondino es un sectario y no conoce escrúpulos. Poco le importa que de cada diez electores no hayan votado nueve: se cree representante autorizado de los diez. Poco le importa que la gran mayoría de los franceses esté por la Constitución de 1791: pretende imponerles la suya. Poco le importa que sus antiguos adversarios, rey, emigrados, no conformistas, sean personas honradas ó por lo menos excusables: prodigará contra ellos todos los rigores legales, la deportación, la complicación, la muerte civil, la muerte física. Pero en el estrecho recinto de su dogma, los girondinos son consecuentes y sinceros; comprenden sus

fórmulas; saben deducir las consecuencias; quieren aplicarlas, hacer la Constitución, establecer un gobierno regular, salir del estado bárbaro, poner término á los golpes de mano de la calle, á los pillajes, á los asesinatos, al reinado de la fuerza bruta.

Además, el desorden que les repugna á título de lógico, les repugna también á título de hombres cultos y pulidos. Tienen hábitos de limpieza, necesidades de decencia y hasta gustos de elegancia. No saben ni quieren imitar las rudas maneras de Danton, sus palabras gruesas, sus juramentos, sus familiaridades populacheras. No han ido, como Robespierre, á albergarse en casa de un carpintero, para vivir y comer con la familia. Ninguno de ellos «se honra», como Pache, ministro de la Guerra, en bajar á comer con su portero, y enviar á sus hijas al club para que den el beso fraternal á jacobinos emborrachados. Hay un salón, aunque pedante, en casa de madama Roland, Barbaroux hace versos á una marquesa que, después del 2 de Junio, la seguirá á Caen. Condorcet ha vivido en la alta sociedad, y su mujer, antigua canonesa, tiene las gracias, la dignidad, la instrucción, la finura de un personaje. Tales hombres no pueden sufrir á perpetuidad la dictadura inepta y grosera de la canalla armada. Para llenar el Tesoro público quieren impuestos regulares y no confiscaciones arbitrarias. Para reprimir á los recalcitrantes, piden «castigos y proscripciones». Para juzgar los delitos de Estado, rechazan los tribunales de excepción y se esfuerzan en dar á los acusados algunas de las garantías ordinarias. Si declaran al rey culpable, vacilan en pronunciar la sentencia de muerte, y tratan de salvar la responsabilidad con la apelación al pueblo. «Leyes y no sangre», esta frase, pronunciada sonoramente en una co-

media de la época, es el resumen de su pensamiento político. Ahora bien: por esencia, la ley, sobre todo la ley republicana, es general; una vez dictada, nadie, ni ciudadano, ni ciudad, ni partido, puede, sin delinquir, negarle obediencia. Es monstruoso que una ciudad asuma el principio de gobernar á la nación. Es monstruoso que en una capital de setecientas mil almas, cinco ó seis mil jacobinos extremos opriman á las secciones y hagan ellos solos las elecciones. Es monstruoso que el principio de la soberanía del pueblo se emplee en amparar los atentados contra la soberanía del pueblo, que, so pretexto de salvar al Estado, cualquiera pueda matar á quien mejor le parezca, que, so pretexto de resistir á la opresión, todo motín tenga el derecho de derribar á todo gobierno.

Por esto hay que pacificar el derecho militante, encerrarle en formas legales, someterle á un procedimiento físico. Si algún particular desea una ley, reforma ó medida política, que lo diga en un papel firmado por él y por otros cincuenta ciudadanos de la misma Asamblea primaria; entonces su proposición será sometida á su Asamblea primaria; luego, en caso de mayoría, á las Asambleas primarias de su distrito; después, en caso de mayoría, á las Asambleas primarias de su departamento; luego, en caso de mayoría, al Cuerpo legislativo; después, en caso de desaprobación, á todas las Asambleas primarias del imperio, de manera que tras un segundo veredicto de las mismas, por segunda vez consultadas, el Cuerpo legislativo, inclinándose ante la mayoría de los sufragios primarios, deberá disolverse y dejar el puesto á un nuevo Cuerpo legislativo del que quedarán excluídos todos los miembros del primero. He aquí la última palabra y la obra maestra de la teoría; Condorcet, el sabio

constructor, se ha excedido á sí mismo; es imposible dibujar en el papel un mecanismo más ingenioso y más complicado; con este artículo, final de una Constitución irreprochable, los girondinos creen haber descubierto el medio de someter á la bestia y de hacer que prevalezca al soberano.

¡Como si con una constitución cualquiera, sobre todo con una constitución semejante, pudiera someterse á la bestia! ¡Como si ésta estuviese de humor para dejarse amordazar! Al artículo de Condorcet, Robespierre, en nombre de los jacobinos, contesta con un artículo contrario: «Someter á formas legales la resistencia á la opresión es el último refinamiento de la tiranía. Cuando el gobierno viola los derechos del pueblo, la insurrección del pueblo entero y de cada porción del pueblo es el más sagrado de los deberes.» Ahora bien; contra esta insurrección, la ortodoxia política, la exactitud del razonamiento y el talento de la palabra no son armas. Tener razón, convencer á la Convención, obtener mayoría, hacer dar decretos, todo esto puede ser, en tiempo ordinario, bajo un gobierno provisto de una fuerza armada y de una administración regular. Pero en tiempo de anarquía, sobre todo en el París del 10 de Agosto y del 2 de Septiembre, nada de esto sirve.

V

Por de pronto, en ese gran París se encuentran aislados; en caso de peligro, no pueden contar con ningún nucleo de partidarios fieles. Porque, si la gran mayoría es contraria á los adversarios de aquéllos, tampoco está á favor de éstos; en el secreto de su corazón sigue siendo «constitucional». «Yo podría, dice

un observador de profesión, hacerme dueño de París en ocho días y sin disparar un tiro, si contara con seis mil hombres y con un ayuda de cámara de Lafayette para mandarlos». Efectivamente, desde que los realistas se han marchado ó se ocultan, Lafayette es quien mejor representa la opinión íntima, antigua y fija de la capital. París sufre á los girondinos como á los montañeses á título de usurpadores; la gran masa del público les guarda rencor, y no es solamente á la burguesía, sino también á la mayoría del pueblo, á la que repugna el régimen establecido.

Falta trabajo, todos los géneros están caros; el aguardiente ha triplicado el precio; no vienen al mercado de Poissy nada más que cuatrocientos bueyes, en vez de siete ú ocho mil; los carniceros dicen que á la semana siguiente no habrá carne en París, salvo para los enfermos. Para obtener una mezquina ración de pan hay que hacer cola, durante cinco ó seis horas, y según costumbre, los obreros y las mujeres echan la culpa al gobierno. Este gobierno les hiere además en sus más íntimos sentimientos, en sus más caras costumbres, en su fe y en su culto, puesto que en aquella época el pueblo, incluso París, era aún muy religioso. Así, pues, ni en el pueblo ni en la burguesía tiene raíces la Convención, y á medida que más se desliza por la pendiente revolucionaria, rompe uno á uno los lazos que la unían con los indiferentes.

A los ocho meses de gobierno se ha enajenado toda la opinión pública. «Casi todos los que tienen algo son moderados», y todos los moderados están contra ella. «Los gendarmes hablan abiertamente contra la revolución, hasta en la puerta del Tribunal revolucionario, cuyas sentencias desaprueban en alta voz: Todos los veteranos de la milicia detestan el régimen actual.»

Los voluntarios «que vuelven del ejército se muestran disgustados por la muerte del rey, y solamente por esto acuchillarían á todos los jacobinos». Que la izquierda ó la derecha de la Convención sea la que triunfe ó pierda, asunto es éste de la derecha ó de la izquierda; el gran público no entra en los debates de sus conquistadores y no se molestará ni por la Gironda ni por la Montaña.

Por lo demás, poco importa que la mayoría tenga preferencias; sus simpatías, si las tiene, no serán nunca más que platónicas. No figura en ninguno de los dos campos, se ha retirado del campo de batalla, no es más que la prenda del combate, la presa y el botín del futuro vencedor. Porque, no habiendo querido ni podido doblegarse á la forma política que se la imponía, se ha condenado ella misma á la impotencia perpetua. Esa forma, es el gobierno directo del pueblo por el pueblo, con todo lo que sigue, permanencia de las asambleas de sección, deliberaciones públicas en los clubs, tumulto de las tribunas, mociones al aire libre, reuniones y manifestaciones en la calle; cosas todas poco atractivas é impracticables para gentes civilizadas y ocupadas. En nuestras modernas ciudades, el trabajo, la familia y el trato social absorben casi todas las horas; por esto un régimen como aquél no conviene sino á los viciosos y groseros; sin hogar ni oficio, se pasan el día en el club como en la taberna ó el café, y son los únicos que se encuentran en su centro; los otros se niegan á entrar en un marco que parece hecho únicamente y expresamente para célibes, incluseros y desacomodados. Tras las matanzas de Septiembre muchos propietarios y rentistas, no solamente los sospechosos, sino los que creían poder serlo, han huído de París, y durante los meses que siguen, la emigra-

ción vuelve á empezar con el peligro. En el mes de Diciembre, ante la noticia de haber corrido unas listas de sospechosos, «se asegura que en ocho días han abandonado la capital más de catorce mil personas». Por informes del mismo ministro se sabe que «muchas personas independientes por su condición y su fortuna abandonan una ciudad en la que no se habla diariamente sin recordar las proscripciones». «La hierba crece en las principales calles, escribe un diputado, y un silencio de tumba reina en las Tebaidas, del barrio de San Germán.»

En cuanto á los moderados que quedan, se confirman en la vida privada; de donde se deduce que en la balanza política, los presentes no pesan más que los ausentes. En las elecciones municipales de Octubre, Noviembre y Diciembre, de 160.000 inscritos, se abstienen 144.000, 150.000, 153.000, respectivamente; con mayor razón no se les ve por la noche en la asamblea de su sección. Por lo general, de tres ó cuatro mil ciudadanos, no asisten más que cincuenta ó sesenta; tal asamblea, llamada general y que, en este concepto, significaba á la Convención, las voluntades del pueblo se componía de veinticinco votantes. Y lo cierto es que ¿para qué iba á ir á aquellos antros de energúmenos un hombre sensato amigo del orden? Se queda en su casa, como en los días de tempestad, deja correr la lluvia de las palabras, y no va á chapotear en el arroyo de los desatinos, en donde se amontona y bulle todo el fango de su barrio.

Si sale, es para pasearse como antiguamente, para seguir los gustos que tenía bajo el antiguo régimen, sus gustos de parisiense, de administrado, de hombre social y amable. Ayer por la tarde, escribe un hombre que siente acercarse el Terror, fuí á colocarme en

medio del ala derecha de los Campos Elíseos; la veo tapizada ¿de qué? ¿Lo creerá usted? De moderados, de aristócratas, de propietarios, de lindas mujeres bien ataviadas, gozando de las caricias del hálito primaveral. Era un espectáculo encantador; todo el mundo reía; únicamente yo no reía..., me retiro precipitadamente, y, al pasar por el jardín de las Tullerías, «encuentro el contraste de lo que había visto: cuarenta mil propietarios dispersos aquí y allí, casi tantos como París contiene». Evidentemente, son los corderos dispuestos para la carnicería. Han renunciado á defenderse, han abandonado todos los puestos á los descamisados, «rehusan todos los cargos civiles y militares», se sustraen al servicio de la guardia nacional, pagan sustitutos. En suma: se retiran de un fuego que en 1789 quisieron jugar sin conocerse, y en el que, desde fines de 1791, se han quemado siempre los dedos. Para otros las cartas, sobre todo, desde que las cartas están sucias, y los jugadores se las tiran á la cara; en cuanto á ellos, son la galería, y no quieren ser otra cosa. «Que les dejen sus antiguos placeres; que no les priven el agrado de ir y venir por el interior del reino; que no los obliguen á ir á la guerra. Aunque les sometan á las más fuertes contribuciones, no harán el menor movimiento, ni siquiera se sabrá que existen, y la más importante cuestión que podrá agitarlos en los días que razonen se traducirá en esta pregunta: «¿Se divierte uno tanto bajo el gobierno republicano como bajo el antiguo régimen?» Tal vez esperan, á fuerza de neutralidad inofensiva, ponerse al abrigo: ¿cómo suponer que el vencedor, cualquiera que sea, quiera tratar como á enemigos á gentes resignadas de antemano á su reinado? «Un petimetre decía ayer: A mí no me desarmarán, porque yo nun-

ca he usado armas.» Le contesté: «No se alabe usted de ello, porque encontraría usted en París cuarenta mil de su calaña que dirían lo mismo, y en verdad, que la cosa no honra á París.» Tal es la ceguedad ó el egoísmo del ciudadano que, habiendo siempre vivido bajo una buena policía, no quiere mudar de costumbres y no comprende que ha llegado el tiempo de que, para su seguridad, necesita ser gendarme á su vez.

Menos todavía que los rentistas se sienten dispuestos á dejar sus asuntos particulares por los públicos, el industrial, el comerciante, el tendero; porque los negocios particulares no esperan y hay que atender á la oficina, al almacén, al mostrador. Por ejemplo, «los taberneros son casi todos aristócratas en el sentido que se entiende en este momento, pero nunca venden tanto como en los días de revolución ó de insurrección del pueblo». Sin embargo, en esos días es imposible contar con su ayuda. «Se les ve en sus establecimientos, con tres ó cuatro servidores, moviéndose activamente y se hacen los sordos á toda apelación. ¿Cómo dejar la tienda cuando hay tanto consumidor? Hay que servir á la gente. ¿Quién la serviría si yo y mis criados nos fuésemos?»

Hay otras causas de debilidad. Habiendo abandonado á los jacobinos extremados todos los grados de la guardia nacional y todos los puestos del municipio, no tienen jefes; la Gironda no sabe unirlos; el ministro Garat no quiere emplearlos. Además, están divididos entre sí; no pueden contarlos unos con los otros; «habría que encadenarlos dos á dos para sacar algún partido». En fin, el recuerdo de Septiembre se cierne como una pesadilla. Todo esto hace de ellos un rebaño que se atemoriza y se dispersa á la menor alarma. «En la sección del Contrato Social, dice un oficial de

la guardia nacional, «una tercera parte de los que están en condiciones de defender la sección se encuentra en el campo; otra tercera parte se oculta en su casa, y la última no se atreve á nada.» «Si de cincuenta mil moderados se pudiera reunir tres mil, me asombraría mucho. Y si de tres mil hubiera solamente quinientos que estuviesen de acuerdo, me asombraría más aún. *Estos, por ejemplo, deben esperar el ser estambrizados.*» Lo saben, y he aquí por qué se callan, bajan la cabeza. ¿Qué haría la mayoría de las secciones, cuando está probado que doce locos bien furiosos, á la cabeza de la sección de los descamisados, harían huir á las otras cuarenta y siete secciones de París? Por este abandono de la cosa pública y de ellos mismos, se entregan de antemano, y en la gran ciudad, como antiguamente en Esparta ó en Roma, se ve, al lado y por encima de una inmensa población de individuos sin derechos, una pequeña oligarquía despótica que constituye por sí sola el pueblo soberano.

VI

No es que esta minoría haya aumentado desde el 10 de Agosto; al contrario.

El 19 de Noviembre de 1792, un candidato á la alcaldía, Lhuillier, obtuvo 4.896 votos. El 18 de Junio de 1793, un candidato á la jefatura de la guardia nacional, Henriot, no obtendrá más de 4.573; para hacerle triunfar será preciso anular dos veces la elección; imponer el voto en alta voz, dispensar á los votantes de mostrar su tarjeta de sección, lo que permitirá á los amigos presentarse sucesivamente en los diversos barrios y doblar un número aparente, emitiendo cada

uno dos ó tres votos. En total, no hay en París seis mil jacobinos, buenos descamisados y partidarios de la Montaña. Ordinariamente, en una asamblea de sección, son «diez ó quince», á lo más «treinta ó cuarenta, constituídos en tiranía permanente...» «El resto escucha y alza la mano maquinalmente...» Tres ó cuatrocientos iluminados, cuya devoción es tan franca como estúpida, y dos ó trescientos, á los que la última revolución no ha procurado los empleos con los que evidentemente habían contado, constituyen todo el personal activo del partido; he aquí los vociferantes de las secciones y de los grupos, los únicos que se manifiestan claramente contra el orden..., apóstoles de una nueva sedición, gentes que para vivir necesitan las revueltas, bajo ellos la cola de Marat, las mujeres del arroyo, los granujas profesionales.

En efecto; la calidad de los facciosos ha bajado todavía más que su número. Muchas buenas gentes, vendedores modestos, vinateros, dependientes de tienda, que el 10 de Agosto estaban contra la corte, están ahora contra el jacobinismo; probablemente les ha repugnado lo de Septiembre; no quieren que vuelvan las matanzas: por ejemplo, el obrero Gauchom, orador habitual del barrio de San Antonio, hombre probo, desinteresado y de buena fe, apoya á Roland, y en Lyon, al ver las cosas con sus propios ojos, aprobaba lealmente la rebelión de los moderados contra los maratistas. «Insensiblemente, dicen los observadores, la clase respetable de las artes se separa de la facción para unirse á la parte sana.» «Desde que los aguadores, los mozos de cuerda y otros bullen en secciones, se ve claramente que la gangrena del asco se adueña de los fruteros, los sastres, los zapateros y otros de oficios semejantes.» Hacia el final, «los carniceros de

la una y la otra clase, alta y baja, se han aristocratizado».

Igualmente, «las mujeres del mercado, excepto las que están á sueldo ó cuyos maridos son jacobinos, echan pestes de la revolución». «Esta mañana, dice un tendero, tuve aquí á cuatro ó cinco; no querían que se les diera ya el nombre de *ciudadanas;* decían que *escupían á la república*. Las únicas mujeres patriotas que quedan son las de la última clase, las arpías que roban en las tiendas, tanto por hacer daño como por necesidad, «las barqueras, agriadas por el trabajo, envidiosas de la tendera mejor vestida, como ésta lo estaba de la abogada y de la consejera, como éstas lo estaban de la hacendista y de la noble. La mujer del pueblo no se para en barras para rebajar á todas á su nivel».

Reducida así á la hez por la retirada de las personas casi dignas, la facción no se compone ya sino del populacho, «los obreros subalternos que ven todos con cierto placer la derrota de sus patronos, los traperos, los ínfimos vendedores ambulantes, los criados satisfechos de convertirse en amos de sus amos, marmitones, cocheros, lacayos, porteros, servidores de toda especie, que con desprecio de la ley, han votado en las elecciones, y que en los jacobinos forman «el pueblo bestia», persuadidos de que poseen la geografía universal porque han corrido una ó dos veces la posta, y de que saben á fondo la política porque han leído los *Cuatre fils Aymon*». Pero en ese lodo que se desborda y se ostenta en pleno sol, el fango y la espuma, corrientes de las grandes ciudades, son los que forman el arroyo más caudaloso, malos sujetos de toda profesión ú oficio, obreros vividores, irregulares y merodeadores del ejército social, gentes que salen de la *Piété*,

y después de haber recorrido una carrera desenfrenada, concluyen por caer en Bicetre. *De la Pitié á Bicetre* (1), es un adagio corriente entre el pueblo.

Esta clase de hombres no tienen ningún asomo de orden: come cincuenta libras cuando tiene cincuenta libras, no come sino cinco cuando no tiene más que cinco; de manera que comiéndose siempre todo, no reúne nada. Esta clase es la que tomó la Bastilla, la que hizo el 10 de Agosto, etc. Ella es también la que ha provisto las tribunas de las Asambleas de todo género, la que ha llenado los clubs, y la que durante todo ese tiempo no ha hecho nada con sus diez dedos. Por consiguiente, la mujer que tenía un reloj, unos pendientes, unas sortijas, unas joyas, ha empezado por llevarlos al Monte de Piedad, y después los ha vendido. En este momento muchos de estos personajes deben al carnicero, al panadero, al tabernero, etc.; nadie quiere fiarles ya. Tienen una mujer de la que están disgustados, unos hijos que gritan de hambre cuando el padre está en los jacobinos ó en las Tullerías. Muchos de ellos han abandonado su profesión, su oficio, y sea por pereza, sea por conciencia de su capacidad, verían con sentimiento que al tal oficio volviera. El de comparsa político, el de aplaudidos á sueldo es mucho más agradable, y tal es también la opinión de los desocupados á quienes se les ha reclutado á son de trompa para trabajar en el campo de París. Allí ocho mil hombres cobran cada uno cuarenta y dos sueldos diarios «por no hacer nada»; «se ve llegar á los obreros á las ocho, á las nueve, á las diez. Pasada lista, si se quedan..., es para transportar con

(1) Como si se dijese en España, *del Hospicio al Asilo*.—(N. del T.)

gran esfuerzo unas cuantas paletadas de tierra. Los otros juegan á las cartas todo el día, y los más se marchan á las tres ó cuatro de la tarde. Si se interroga á los inspectores contestan sin rodeos que no tienen fuerza para hacerse obedecer y que no quieren perder la vida.»

Con esto, habiendo decretado la Convención el trabajo á destajo, los llamados trabajadores reclaman en nombre de la igualdad, recuerdan que se sublevaron el 10 de Agosto y quieren matar á los comisarios. No se consigue disorverlos hasta el 2 de Noviembre, dando á los de los departamentos tres sueldos por legua; pero quedan en París los suficientes para aumentar con exceso el número de zánganos que, habiéndose habituado á consumir la miel de las abejas, se creen con derecho á que los pague el público por zumbar en los asuntos del Estado. Como retaguardia, tienen «tienen toda la canalla de los alrededores de París, que acude al menor ruido de tambor, porque espera dar un golpe lucrativo». Como vanguardia, tienen «á todos los bandidos que París encierra y que la facción ha alistado en su partido para servirse de ellos en caso de necesidad»; en segundo lugar, «muchos antiguos criados, los ganchos de casas de juego y otras, toda la clase envilecida». Aquí están, como es natural, las mujeres perdidas. «Ciudadanas, les dirá Henriot, ¿sois buenas republicanas?—Sí, sí, general.—¿No habréis ocultado por casualidad en vuestros gabinetes algún sacerdote refractario, algún austriaco, algún prusiano?—¡Nunca! nosotras no recibimos más que á descamisados». Con éstas, las ladronas y las prostitutas que los septembristas excarcelaron y á las que alistaron luego, constituyen, bajo el mando de una vieja buscona, llamada Rosa Lacombe, el público ordinario de la

Convención; en los días señalados hay setecientas ú ochocientas, á veces dos mil, desde las nueve de la mañana, en la puerta y en las galerías.

Unos meses más, y bajo el mando de un ayudante de Henriot, una banda de estas gentes robará y *caldeará* á los campesinos en los alrededores de Corbeil y de Meaux. Mientras tanto, en el mismo París se hurta, se roba, se viola en las grandes ocasiones. El 25 y el 26 de Febrero de 1793, «en las tiendas de comestibles, salvo en algunas de jacobinos, de la calle de los Lombardos, de la de los Cinco Diamantes, de la de Montmartre, y de otros puntos, roban no solamente los géneros de primera necesidad, sino canela, vainilla, te». Es un golpe de mano preparado; como en 5 de Octubre de 1789, hay entre las mujeres «muchos hombres disfrazados, que ni siquiera han tomado la precaución de afeitarse», y en algunos lugares, gracias al desorden, hacen todo género de fechorías. Con los pies en el fuego ó la frente bajo la pistola, el amo de casa se ve obligado á entregarles «oro, plata, asignados y joyas», harto feliz cuando su mujer y sus hijas no son ultrajadas ante él, como en una ciudad tomada por asalto.

VII

Tal es el pueblo político que, á partir de los últimos meses de 1792, reina en París y, á través de París, en Francia; cinco mil brutos ó granujas con dos mil perdidas, lo que una buena policía expulsaría si se tratase de limpiar la capital, convencidos ellos también de sus derechos, tanto más ardientes en su fe revolucionaria cuanto que su dogma erige en virtudes los vicios y transforma las fechorías en servicios públi-

cos. Son verdaderamente el pueblo soberano é importa desentrañar su pensamiento último. Si se quiere comprender los acontecimientos, hay que advertir la emoción espontánea que suscita en ellos el proceso del rey, la derrota de Neerwinden, la defección de Dumouriez, la insurrección de la Vendée, la acusación de Marat, la prisión de Hebert, y cada uno de los peligros que sucesivamente vienen á cernirse sobre sus cabezas. Porque esta emoción no la toman de otro, no la reciben de arriba, no son un ejército confiado de soldados disciplinados, sino un amontonamiento receloso de adherentes provisionales. Para mandarlos hay que obedecerlos, y sus conductores serán siempre sus instrumentos. Por aplaudido y estimado que parezca un jefe, no lo es sino por un tiempo, á beneficio de inventario, como portavoz de sus pasiones y como proveedor de sus apetitos. Tal era Petion en Julio de 1792, y tal es Marat desde las jornadas de Septiembre. «Un Marat de más ó de menos (y aparecerá en seguida) no cambiaría en nada el curso de los acontecimientos.» «Aunque no quedara más que uno, Chaumette, por ejemplo, sería suficiente para conducir la horda, porque la horda es la que conduce». No quieren á Marat, á Robespierre, sino mientras que les digan éstos: matemos, despojemos, y en cuanto el conductor del día no se halle en la corriente del día le arrollarán como un obstáculo ó prescindirán de él como cosa inútil. Juzgad si consentirán en dejarse colar en las telas de araña que les opone la Gironda. Frente á la constitución metafísica que les preparan, tienen ellos en la cabeza una constitución completamente hecha, simple por excelencia, adaptada á su capacidad y á sus instintos. Recordad á uno de sus corifeos, Saule, «viejecillo apergaminado, toda su vida borracho, ex tapi-

cero, luego charlatán de plazuela, vendiendo cajas de grasa de ahorcado para curar los males de riñones», después jefe de claque en las galerías de la Constituyente y echado de allí por pillo, reintegrado con la Legislativa, y, por la protección de un palafrenero de la corte, gratificado con un sitio á la puerta de la Asamblea para establecer allí un café patriótico, después honrado con una recompensa de seiscientas libras, provisto de un alojamiento nacional, nombrado inspector de tribunas, convertido en regulador del espíritu público, y ahora «uno de los rabiosos del mercado de trigo». Semejante hombre es un tipo, la muestra del tipo medio del partido, no solamente por su educación, su carácter y su conducta, sino también por sus ambiciones, sus principios, su lógica y sus triunfos. «Ha jurado hacer fortuna y la ha hecho. Ha clamado constantemente por la desaparición de los nobles y los curas, y ya no hay ni curas ni nobles. Ha clamado constantemente por la abolición de la lista civil, y la lista civil ha sido suprimida. En fin, albergado en la morada de Luis XVI, le ha dicho en sus barbas que era preciso cortarle la cabeza, y la cabeza de Luis XVI ha caído.» He aquí en resumen la historia y el retrato de todos los demás; no es raro que los verdaderos jacobinos entiendan la revolución á la manera de Saule, si, para ellos, la sola Constitución legítima es el establecimiento definitivo de su omnipotencia, si llaman orden y justicia la arbitrariedad ilimitada que ejercen sobre los bienes y las vidas, si su instinto, corto y violento como el de un bey, no comprende sino las medidas extremas y destructoras, prisiones, deportaciones, confiscaciones, ejecuciones, todo esto realizado con la frente alta, con alegría, como un oficio patriótico, en virtud de un sacerdocio moral, en

nombre del pueblo, ya directamente y tumultuariamente por sus propias manos, é indirecta y regularmente por mano de sus dóciles elegidos. Su política se reduce á esto; nada los moverá, porque están en ella anudados con todo el peso y todos los nudos de su inmoralidad, de su ignorancia y de su brutalidad. A través de la hipocresía de las paradas obligatorias, su idea fija se impone al orador para que la emita de una tirada, al legislador para que la ponga en decreto, al administrador para que la ponga en obra, y, desde su entrada en campaña hasta su victoria final, no sufrirán una variante, ni la más ligera. En el mes de Septiembre de 1792, decían con sus actos: «Los que no piensen como nosotros serán asesinados, y tendremos su oro, sus joyas, sus carteras.» En el mes de Noviembre de 1793, dirán con la institución oficial del gobierno revolucionario: «Los que no piensen como nosotros serán guillotinados, y nosotros seremos sus herederos.» Entre este programa sostenido por la plebe jacobina y el programa de los girondinos sostenido por la mayoría de la Convención, entre la constitución de Condorcet y el artículo abreviativo de Saule, fácil es ver lo que prevalecerá. «Esos granujas de parisienses, dice un girondino, nos tomaban por criados suyos», y un criado está seguro de ser despedido si contradice á su amo. Desde el primer día, cuando la Convención en pleno atravesaba las calles para ir á la sesión, pudo comprender, por ciertas frases significativas, en qué imbéciles y terribles manos había caído. «¿Para qué, decían, hacer venir á tantas personas para gobernar á Francia? ¿No hay bastantes en París?»

CAPITULO IV

Situación precaria de un gobierno central encerrado en una jurisdicción local.—I. Ventajas de los jacobinos.—Su predominio en las Asambleas de sección.—Mantenimiento, reelección y perfeccionamiento de la comuna.—Sus nuevos jefes, Chaumette, Hebert y Pache.—Reforma de la Guardia nacional.—Los jacobinos elegidos oficiales y clases.—La banda asalariada de los pega-duro.—Fondos públicos y secretos del partido.— II. Los reclutas parlamentarios.—Su carácter y espíritu.—Saint-Just.—Violencias de la minoría en la Convención.—Presión de las galerías.—Amenazas de la calle.—III. Defecciones en la mayoría.—Efecto del miedo físico.—Efecto de la timidez moral.—Efecto de la necesidad política.—Desfallecimiento interno de los girondinos.—Por sus principios son cómplices de los montañeses.—IV. Principales decretos de la mayoría girondina.—Armas y medios de ataque que entrega á sus adversarios.—V. Los Comités de vigilancia á partir del 28 de Marzo de 1793.—Restauración del régimen de Agosto y Septiembre de 1792.—El desarme.—Los certificados de civismo.—El alistamiento forzoso.—El empréstito forzoso.—Empleo de las sumas percibidas.—Vana resistencia de la Convención —Marat, procesado de acusación, es absuelto.—Vana resistencia de la población.—La manifestación de los jóvenes es reprimida.—Violencias y victoria de los jacobinos en las Asambleas de sección.—VI. Táctica de los jacobinos para coaccionar á la Convención.—Petición del 15 de Abril contra los girondinos.—Medios empleados para obtener firmas.—La Convención declara calumniosa la petición.—La Comisión de los Doce y la prisión de Hebert.—Proyectos de matanza.—Intervención de los jefes de la Montaña.—VII. El 27 de Mayo.—El Comité central revolucionario.—El municipio destituído.—Juego reinstalado.—Henriot coman-

dante general.—El 31 de Mayo.—Medidas de la comuna. —El 2 de Junio.—Prisión de los Doce y de los Veintidós. —VIII. Calidad de los nuevos gobernantes.—Por qué les siguió Francia.

«Ciudadano Danton, escribía el diputado Thomas Payne, el peligro de una captura entre París y los departamentos crece de día en día: los departamentos no han enviado sus diputados á París para ser insultados, y cada insulto que se dirige á ellos, se dirige á los departamentos que los han elegido y enviado. No veo más que un medio de evitar que estalle esta ruptura: es fijar la residencia de la Convención á cierta distancia de París... Durante la revolución americana, ha comprobado los enormes inconvenientes afectos á la residencia del gobierno del Congreso en el recinto de una jurisdicción municipal cualquiera. El Congreso se reunió, primeramente, en Filadelfia, y, al cabo de una residencia de cuatro años, comprendió la necesidad de dejar aquella ciudad. Se establecio en el Estado de Jersey. A poco se trasladó á Nueva York. Por fin volvió á Filadelfia, y después de haber experimentado en cada uno de estos lugares el gran embarazo que nace de la estancia de un gobierno, formó el proyecto de construir, para la futura residencia del Congreso, una población que no estuviese comprendida en los límites de ninguna jurisdicción municipal. En cada uno de los lugares en que residió el Congreso, la autoridad municipal se oponía, por vía pública ó privada, á la autoridad del Congreso, y el pueblo de cada uno de estos lugares pretendía que el Congreso le considerase como una parte mayor de la que le correspondía en una confederación de Estados iguales. Los mismos inconvenientes se producen ahora en Francia, pero en mayor escala.» Danton sabe esto y es harto perspicaz

para comprender el peligro, pero la causa está hecha y él mismo la ha fraguado. Desde el 10 de Agosto, París tiene sometida á Francia, y un puñado de revolucionarios tiranizan á París.

I

Merced á la composición y al modo de ser de las asambleas de sección, la fuente primera del poder es jacobina y se tiñe de un color más obscuro cada vez; por consiguiente, los procedimientos electorales que, bajo la Legislativa, formaron la comuna usurpadora del 10 de Agosto, se han perpetuado y se agravan bajo la Convención. «En casi todas las secciones, los descamisados son los que ocupan el sillón presidencial, los que ordenan el interior de la sala, los que disponen las centinelas y establecen los censores y revisores. Cinco ó seis espías habituales de la sección, con sueldo de dos francos, permanecen allí desde el principio hasta el final de la sección; son gentes capaces de todo. Esos mismos hombres están también destinados á llevar las órdenes de un comité de vigilancia al otro...; de suerte que, si los descamisados de una sección no son bastante fuertes, llaman á los de la sección próxima.»

En tales asambleas, las elecciones están hechas de antemano, y se ve cómo todos los puestos electivos permanecen por fuerza ó llegan forzosamente á manos de la facción. A través de las veleidades hostiles de la Legislativa y de la Convención, el consejo de la comuna ha logrado mantenerse durante cuatro meses; después, en Diciembre, cuando por fin se ve obligado á disolverse, reaparece autorizado de nuevo por el sufragio popular, reforzado y completado por sus

iguales, con tres jefes, procurador síndico, sustituto y alcalde, los tres autores ó actores de Septiembre, con Chaumette, que fué grumete, escribiente, empleado, apodado Anaxágoras, siempre lleno de deudas, charlatán y bebedor; con Hebert, llamado el *Père-Duchesne*, y es decirlo todo; con Pacha, subalterno ambicioso, intrigante y dulzón, que ha explotado su aire de sencillez y su cara de buen hombre para llegar hasta el Ministerio de la Guerra, que ha puesto allí todos los servicios al pillaje, y que, nacido en una portería, vuelve á comer allí por cálculo y por gusto. Además de la autoridad civil, los jacobinos han acaparado también el poder militar. Inmediatamente después del 10 de Agosto, la guardia nacional prendida ha sido distribuída en tantos batallones como secciones hay, y cada batallón se ha convertido así en «la sección armada»; con esto se puede adivinar de qué demagogos se compone, y qué demagogos son elegidos para clases y oficiales. «No se puede ya, escribe un diputado, dar el nombre de guardia nacional al conjunto de gentes de pica y sustitutos, mezclados con algunos burgueses, que desde el 10 de Agosto hacen en París el servicio militar.» En realidad, hay en el papel 110.000 hombres; en las grandes llamadas, todos los inscriptos, si no han sido desarmados, pueden acudir; pero de ordinario casi todos permanecen en sus casas y pagan á un descamisado para montar la guardia. De hecho, para prestar el servicio diario no hay en cada sección sino una reserva asalariada, unos cien hombres, siempre los mismos. Esto constituye en París una tropa de cuatro ó cinco mil pega-duro, en la que se pueden señalar pelotones que ya figuraron en Septiembre: Maillard y sus sesenta y ocho hombres, en la Abadía; Gauthier y sus cuarenta hombres, en Chantil-

ly; Adouin y sus trescientos cincuenta hombres, en las afueras de París; Fournier, Lazowski y sus mil quinientos hombres, en Orleans y Versalles. En cuanto á su sueldo y al sueldo de sus auxiliares civiles, la facción cumple bien, porque con el poder se ha apoderado del dinero. Sin contar sus rapiñas de Septiembre, sin hablar de los innumerables puestos lucrativos de que dispone, cuatrocientos distribuidos solamente por Pache, cuatrocientos distribuídos por Chaumette, la comuna tiene 850.000 francos al mes para su policía militar. Otras sangrías practicadas al Tesoro hacen que vaya el dinero público á los bolsillos de su clientela. Un millón al mes sostiene á los obreros holgazanes reunidos á son de trompa. Cinco millones de francos amparan á los detallistas de la capital contra la depreciación de los billetes de confianza. Doce mil francos al día mantienen el precio del pan al alcance de los indigentes de París. A estos fondos, regularmente percibidos, unid los que desvía ó arranca. De una parte, en el Ministerio de la Guerra, Pache, su cómplice antes de ser su alcalde, instituye el derroche y el pillaje permanentes: en tres meses de administración llegará á dejar un descubierto de ciento treinta millones, «sin recibos». De otra parte, el duque de Orleans, convertido en Felipe Igualdad, arrastrado por sus antiguos estipendios, con la cuerda al cuello, casi estrangulado, tiene que negociar más que nunca y con toda la profundidad de su bolsa, puesto que, para salvar su vida, consiente en votar la muerte del rey, es que está resignado á otros sacrificios; probablemente, de los setenta y cuatro millones de deudas que se encontrarán en su inventario, una gran parte proviene de esto. Poseyendo así los cargos, los grados, las armas, el dinero, la facción, dueña de París, no

tiene que hacer más sino someter á la Convención aislada, á la que tiene sitiada por todas partes.

II

Ya ha introducido su vanguardia, cincuenta diputados, con las elecciones, y, merced al atractivo que ejerce sobre los temperamentos brutales, sobre los caracteres arrebatados y despóticos, sobre los espíritus limitados y perturbados, sobre las imaginaciones exaltadas, sobre las conciencias venales, sobre los antiguos odios religiosos ó sociales, llega, al cabo de seis meses, á duplicar el número. En los bancos de la extrema izquierda, en torno de Robespierre, Danton y Marat, el nucleo primitivo de los septembristas atrae á los hombres de su calaña, á los podridos como Chabot, Tallien, Barras, á los foragidos como Fouché, Suffroy, Jarogues, á los poseídos como David, á los locos feroces como Carrier, á los medio locos como Lebon, á los simples fanáticos como Levasseur, Baudot, Romme, Lebas, y, sobre todo, á los futuros representantes del puño, gentes rudas, autoritarias y de cortos alcances, excelentes soldados en una milicia política, Beurbotte, Duquesnoy, Rewbell, Bentabolle, «un indecente montón de ignorantes, decía Danton, sin sentido común, y patriotas solamente cuando están borrachos. Marat no es más que un ladrador; Legendre no sirve más que para tragar; los otros no saben más que votar por sentados y de pie; pero tienen riñones y nervios». Entre estas nulidades enérgicas, se ve alzarse un joven monstruo, de rostro tranquilo y bello, Saint-Just, especie de Sila precoz que, á los veinticinco años, sale del montón y, á fuerza de atrocidad, se hace lugar. Seis años antes, debutó en la vida por el robó

doméstico: de visita en casa de su madre, se marchó de noche llevándose la plata y las joyas que se fué á comer á una casa de la calle de Fromentau, en el centro de la prostitución parisiense; por esto, á petición de los suyos, fué encerrado seis meses, en una especie de casa de corrección. De regreso al hogar, ocupó sus ocios en componer un poema pornográfico, inspirado en *la Pucelle;* después con una contracción furiosa parecida á un espasmo, se lanzó de lleno á la revolución. «Una sangre calcinada por el estudio», un orgullo colosal, una falta de conciencia, una imaginación enfática, sombría, acosada por los recuerdos sangrientos de Roma y de Esparta, una inteligencia extraviada hasta encontrarse en su centro en el hábito de la paradoja enorme, del sofisma descarado y de la mentira mortal, todos estos impedimentos peligrosos, amalgamados en el horno de la ambición concentrada, han fermentado largo tiempo en él, silenciosamente, para llegar á la audacia continua, á la insensibilidad querida, á la rigidez automática, á la política sumaria del utopista dictador y exterminador. Evidentemente, una minoría así no aceptará la regla de los debates parlamentarios, y, antes que ceder á la mayoría, llevará á la discusión las vociferaciones, las injurias, las amenazas, el espectáculo de un verdadero combate.

«Viles intrigantes, calumniadores, foragidos, monstruos, asesinos, granujas, imbéciles, cochinos», he aquí sus apóstrofes diarios, y estas violencias son las menores. Hay sesión en que el presidente se ve obligado á cubrirse tres veces y concluye por romper su campanilla. Le injurian, le obligan á dejar el sillón, piden que sea destituído. Bazire quiere «arrancarle de las manos» una declaración que presenta; Bourdon le

grita que, «si tiene la osadía de leerla, le asesina». La sala se ha convertido en una arena de gladiadores. A veces, la Montaña se precipita fuera de sus bancos, y, contra esa ola humana que desciende de la izquierda, baja de la derecha otra ola semejante; chocan en el centro de la sala, entre gritos y furiosos ademanes, y, en uno de esos tumultos, habiendo sacado un montañés la pistola, el girondino Duperret saca la espada. A partir de mediados de Diciembre, los miembros notables de la derecha, «continuamente perseguidos, amenazados, ultrajados, se ven obligados á llevar armas para su defensa», y, después del suplicio del rey, casi todos las llevan á las sesiones de la Convención. En efecto; todos los días están expuestos al asalto final y no quieren morir sin venganza; en la noche del 9 al 10 de Marzo, no encontrándose más que cuarenta y tres, se comunican la consigna de lanzarse juntos «al primer movimiento hostil contra sus adversarios y matar á los más posibles antes de perecer». El expediente es desesperado, pero es el único; porque, además de los furiosos de la sala, tienen en contra á los furiosos de las tribunas, y allí también hay septembristas. La peor canalla jacobina los rodea continuamente, primero en la antigua sala del Manege, después en la nueva sala de las Tullerías. En círculo, en torno de ellos y sobre ellos, ven todos los días á adversarios alistados; «novecientas cabezas en la gran galería del fondo bajo una bóveda profunda y sorda, y al lado otras mil ó mil quinientas, dos inmensas tribunas completamente llenas. Comparadas con estas, las galerías de la Constituyente y de la Legislativa eran tranquilas. «Nada deshonra tanto, escribe un espectador extranjero, Moore, á la Convención como la insolencia de sus agentes.» Cierto es que un decreto prohi-

be las muestras de aprobación, pero todos los días se infringe y á nadie se ha castigado nunca por ese delito. En vano la mayoría se indigna contra «la turba de granujas á sueldo» que la obsesiona y la oprime; aunque reclama y protesta, entre esa obsesión y esa opresión. Espantosa lucha, dice un diputado, gritos, murmullos, pateos, silbidos... Las tribunas vomitan las injurias más soeces.» «Hace tiempo, dice otro, que no se puede hablar aquí si no se ha obtenido el permiso de esas tribunas.» El día en que Buzot obtiene la palabra contra Marat «se enfurecen, rujen, patean y amenazan»; cada vez que Buzot quiere empezar los clamores ahogan su voz, y permanece media hora en la tribuna sin poder concluir una frase. En los llamamientos nominales sobre todo, los gritos se parecen á los de la delirante multitud que, en una plaza española, sigue con los ojos y con el corazón el combate de los picadores con el toro: «vociferaciones de caníbales», cada vez que un diputado no vota la muerte del rey ó vota la apelación al pueblo; silbidos interminables cada vez que un diputado vota la acusación de Marat. «Declaro, dicen diputados de la derecha, que aquí no soy libre; declaro que me hacen deliberar con el cuchillo al cuello.» A la puerta de la sala, anunciando á Carlos Villette, «que morirá si no vota por la muerte del rey». Y no son raras amenazas. El 10 de Marzo, en espera del motín prometido, «las tribunas advertidas amartillaban sus pistolas». En el mes de Mayo, mujeres desharrapadas y pagadas que, con el nombre de «Damas de la Fraternidad», se han constituído en club, acuden todos los días, desde la mañana, á montar la guardia con armas en los pasillos de la Convención; rompen los billetes dados á las personas que no son de su banda; acaparan todos los puestos,

enseñan pistolas y puñales, y dicen «que hay que hacer saltar mil ochocientas cabezas, para que todo vaya bien».

Tras estas dos primeras líneas de asaltantes, hay una tercera, mucho más densa, tanto más espantosa cuanto obscura é indefinida es: aludo á la vaga multitud de la secuela anarquista, esparcida en todo París y siempre pronta á renovar contra la mayoría recalcitrante el 10 de Agosto y el 2 de Septiembre. Del municipio, de los jacobinos, de los cordeleros, del obispado, de las asambleas de sección, de los grupos que se estacionan en las Tullerías y en las calles, parten incesantemente mociones incendiarias y llamamientos al motín. «Ayer, escribe el presidente de la sección de las Tullerías, «á la misma hora y en diferentes puntos de París, unos foragidos predicaban el pillaje y el asesinato.» Bajo las mismas ventanas de la Convención «se incita al asesinato de Louvet, por haber denunciado á Robespierre». «No oigo hablar, escribe el ministro Roland, sino de conspiraciones, de proyectos de muerte.» Tres semanas después, durante varios días «se anuncia una sublevación en París»; el ministro está advertido de que se ha querido disparar el cañonazo de alarma. En el mes que sigue, con menoscabo de la ley expresa y reciente, «la asamblea electoral manda imprimir y distribuir gratuitamente la lista de los individuos asociados en los clubs de la Santa Capilla y de los fulgenses; ordena también la impresión y distribución de la lista de los ocho mil y de los veinte mil, así como la de los clubs de 1789 y de Montaigu». En el mes de Enero, los vendedores ambulantes vocean por las calles la lista de los aristócratas y realistas que votaron la apelación al pueblo. De semana en semana, los signos precursores de una insurrección se mul-

tiplican como los relámpagos en un cielo tempestuoso. El 7 de Enero, á petición de los Gravilliers, el municipio solicita del ministro de la Guerra 132 cañones que están en los almacenes de San Dionisio, para repartirlos entre las secciones. El 15 de Enero, los Gravilliers proponen á las otras cuarenta y siete secciones que nombren, como el 10 de Agosto, comisarios especiales que se reunirán en el Obispado y cuidarán de la seguridad pública. El mismo día, para que la Convención no se engañe acerca del objeto de estos manejos, se dice en alta voz en sus tribunas que tres cañones están en París para hacer un 10 de Agosto contra ella. El mismo día se necesita un alarde de fuerza militar para impedir que los bandidos vayan á las cárceles á reanudar las matanzas. No solamente brillan los relámpagos, sino que ya, por golpes aislados, el rayo hiere. El 31 de Diciembre, á un tal Louvain, denunciado en otro tiempo por Marat como agente de Lafayette, le asesinan en el barrio de San Antonio y arrastran el cadáver por las calles hasta la Morgue. El 25 de Febrero es el saqueo de las tiendas de comestibles, provocado por Marat, con la connivencia ó la tolerancia del municipio. El 9 de Marzo es el saqueo de la imprenta de Goersas por doscientos hombres armados de sables y de pistolas. La misma noche y al día siguiente, es el motín preparado y lanzado contra la Convención misma; es «el comité de los jacobinos llamando á todas las secciones de París para levantarse en armas, para desembarazarse de los diputados apelantes y de los ministros; es la sociedad de los cordeleros invitando á las autoridades parisienses á apoderarse del ejercicio de la soberanía y á prender á los diputados traidores; son todas las avenidas de la Convención ocupadas por «dictadores de degollina», Petion y Ber-

neuville, reconocidos, perseguidos y en peligro de muerte, amotinados furibundos para «juzgar popularmente, para cortar cabezas y enviarlas á los departamentos». Por fortuna llueve, cosa que enfria siempre la efervescencia popular, y un diputado de Finisterre, Kervelegan, que se escapa, puede llegar al barrio de San Marcelo en busca de un batallón de voluntarios de Brest, llegados hace pocos días, y todavía fieles; acuden á tiempo de libertar á la Convención. Así vive la mayoría, bajo la triple presión de la Montaña, de las tribunas y de la plebe exterior, y, de mes en mes, sobre todo á partir del 10 de Marzo, la presión se va agravando.

III

De más en más, bajo esta presión, la mayoría flaquea. Algunos se ven dominados por el puro espanto material; otros, advertidos por Robespierre de que «el partido más fuerte es también el más seguro», juzgan que es necesario no contrariar al pueblo soliviantado, y toman la resolución de mantenerse aparte constantemente, al amparo de su silencio y de su nulidad. Hay muchos así entre los quinientos diputados del Llano; empiezan á llamarlos «ranas del charco»; á los seis meses se reducirán ellos mismos al estado de figurantes mudos, ó más bien de maniquíes homicidas, y temblarán de espanto ante una mirada de Robespierre, mucho antes de la caída de los girondinos, «aterrados por lo presente, no encontrando ya en su alma ningún resorte», dejan ver en sus rostros «la palidez del miedo ó el abandono de la desesperación». Cambaceres se refugia en su comisión de legislación. Barrera, nacido y criado para todo, pone su facundia meridional

al servicio de la mayoría probable, hasta el momento en que ponga su atroz retórica al servicio de la minoría dominadora. Sieyes, después de haber votado la muerte del rey, se mueve con un silencio obstinado, tanto por asco como por prudencia. Varios, hasta en la Gironda, tratan de disculpar á sus propios ojos sus concesiones con sofismas. Los hay que, «creyéndose populares, temen comprometerse. A veces se pretexta la necesidad de conservar la influencia para circunstancias importantes». A menudo los motivos alegados son escandalosos ó grotescos. Según Barbaroux, hay que votar la ejecución inmediata, porque es el mejor medio de disculpar á la Gironda y de cerrar la boca á sus calumniadores jacobinos. Según Berlier, hay que votar la muerte; ¿por qué ni para qué votar el destierro? Luis XVI sería hecho pedazos antes de llegar á la frontera. La víspera de la prisión, Vergniaud decía á M. de Segur: «¡Yo votar la muerte! Es insultarme el creerme capaz de una acción tan indigna. Aunque me quedara solo, no la votaría.» Y al votarla después se excusaba diciendo «que no había querido poner en parangón la vida de un hombre con la cosa pública». Quince ó veinte diputados, arrastrados por su ejemplo, votaron como él, y esto bastó para quebrantar la mayoría. Igual debilidad se encuentra en los otros momentos decisivos. Encargado de denunciar la conjuración del 10 de Marzo, Vergniaud la atribuye á los aristócratas y confiesa á Louvet «que no ha querido nombrar á los verdaderos conspiradores, por miedo de agriar demasiado á hombres violentos y ya inclinados á todos los excesos». Lo cierto es que los girondinos, como antes los constitucionales, son demasiado civilizados para sus adversarios y sufren la fuerza por no resolverse á emplearlo.

«Subyugar la facción, dice uno de ellos, no se podía hacer sino aniquilándola, lo que tal vez no hubiera sido muy difícil. Todo París estaba tan cansado como nosotros de su yugo, y, si hubiéramos tenido el gusto y la ciencia de las insurrecciones, pronto hubiera sido dominada. Pero ¿cómo hacer que adoptasen medidas tan atroces unos hombres que las censuraban en sus adversarios? Y, sin embargo, tales medidas hubieran salvado á la patria.» Por consiguiente, incapaces de obrar no sabiendo qué hablar, reducidos á protestar, á cerrar el camino á los decretos revolucionarios, á apelar á los departamentos contra París, se presentan como un obstáculo á las gentes prácticas y metidas de todo corazón en lo fuerte de la acción. Sin duda Carnet es tan honrado como ellos, tan honrado «como puede serlo un fanático pazguato». Sin duda, Cambón, no menos íntegro que Roland, se ha pronunciado tan abiertamente como Roland contra el 2 de Septiembre, la Cámara y la anarquía. Pero Carnot y Cambón que pasan las noches, el uno haciendo presupuestos, el otro estudiando mapas, necesitan ante todo un gobierno que les proporcione millones y ejércitos, por lo tanto, una Convención máxima y sin escrúpulos, es decir, puesto que no hay otro expediente, una Convención concienzuda, es decir, una Convención purgada de sus oradores incómodos y disidentes; en otros términos: la dictadura del populacho parisiense. Desde el 19 de Diciembre de 1792, Cambón se ha resignado á esto, y hasta ha erigido el terrorismo populachero en sistema europeo; á partir de esta fecha predica un régimen que tendrá por administradores á los pobres, por contribuyentes á los ricos, es decir, el restablecimiento de los privilegios en sentido inverso; es que la futura frase de Sieyes es ya verdad: no se trata ya de aplicar los

principios de la revolución, sino de salvar á sus hombres. Ante esta necesidad cada vez más apremiante, muchos diputados indecisos siguen la corriente, dejan traer á los montañeses y se separan de los girondinos. Y lo más grave es que además de todas estas deserciones, la Gironda se falta á sí misma. No solamente no sabe constituir una liga, ser un cuerpo; no sola, mente «el pensamiento de una gestión colectiva la repugna, porque cada uno de sus miembros quiere ser independiente, conducirse á su manera, presentar su moción sin prevención á los otros y votar en ocasiones contra su partido, sino que además por su principio abstracto, está de acuerdo con sus adversarios, y, por la pendiente fatal en donde sus instintos de honor y de humanidad la retienen todavía, ese dogma común, como un peso interno, la hace deslizarse cada vez más hasta el abismo sin fondo en que el Estado, con arreglo á la fórmula de Juan Jacobo, omnipotente, filósofo, anticatólico, anticristiano, autoritario, igualitario, intolerante y propagandista, confisca la educación, nivela las fortunas, persigue á la Iglesia, oprime la conciencia, aplasta al individuo y, por la fuerza militar, impone su forma al extranjero. En el fondo, salvo un exceso de brutalidad y de precipitación, los girondinos, partiendo de los mismos principios que la Montaña, marchan hacia el mismo fin que la Montaña: por esto, el perjuicio sectario amortigua en ellos las repugnancias morales; en el secreto de su corazón, el instinto revolucionario conspira con sus enemigos y, en muchas ocasiones, se traicionan á si mismos. Con estos desfallecimientos diversos y multiplicados, de una parte, la mayoría disminuye hasta no reunir más que 279 votos contra 228; de otra parte, á fuerza de retroceder, entrega, uno á uno, á los asaltantes todos los puestos

dominantes de la ciudadela pública, de suerte que al primer asalto no le quedará otro recurso que huir ó pedir cuartel.

IV

Se votó en principio una guardia departamental, y ante las protestas de la Montaña, no se atrevió á convertir el principio en hecho. Ha sido protegida, durante seis meses, y salvada el 10 de Marzo por la asistencia espontánea de los federados provinciales, y, lejos de organizar á esos auxiliares de paso, los deja dispersar ó corromper por Pache y los jacobinos. Ha decretado varias veces el castigo de los septembristas, y, ante su petición amenazadora, aplaza indefinidamente el asunto. Vota la muerte del rey, lo que establece un mar de sangre infranqueable entre ella y las personas honradas. Lanza á la nación en una guerra de principios y provoca contra Francia una liga europea. Forja de antemano los peores instrumentos del Terror próximo, con el decreto que instituye el tribunal revolucionario, con Fouquier-Tinville como acusador público y la obligación para cada jurado de pronunciar en alta voz su veredicto; con el decreto que condena á la muerte civil y á la conjuración de los bienes á todo emigrado «del uno ó del otro sexo»; con el decreto que pone «fuera de la ley á los aristócratas y á los enemigos de la revolución»; con el decreto que ordena «el empréstito forzoso de mil millones sobre los ricos»; con el decreto que, en cada población de importancia, forma un ejército de descamisados asalariados «para tener á los aristócratas bajo las picas»; en fin, con el decreto que, al instituir el Comité del bien público, fabrica un motor central para

manejar á toda velocidad todas aquellas hoces cortantes á través de las fortunas y de las vidas. A estas máquinas de destrucción general, añade una especial contra sí misma. No solamente proporciona á sus rivales los millones que necesitan para pagar sus bandas; no solamente adelanta, en forma de préstamo, á las diversas secciones, los cientos de miles de francos que necesitan, sino que, en los últimos días de Marzo, precisamente en los momentos en que acaba de escapar por casualidad á la primera invasión jacobina, hace que en cada sección se elija un Comité de vigilancia, le autoriza á que haga visitas domiciliarias y desarme á los sospechosos; tolera que realice prisiones é imponga tasas nominativas; ordena, para facilitarle sus operaciones, que la lista de todos los habitantes de cada casa, «con sus nombres, apellidos, apodos, edades, profesiones», se ponga en la puerta bien legible. Por último, se somete ella misma, y, «sin cuidarse de la inviolabilidad de un representante de la nación francesa», decide que, en caso de denuncia política, sus propios miembros podrán ser procesados.

V

«Me parece, dice un observador irónico, que os oigo decir á la facción: «Mirad, tenemos medios pero no queremos emplearlos contra ti; no estaría bien atacarte cuando no tienes fuerza. La fuerza pública emana de dos principios: de la autoridad legal y de la fuerza armada. Pues bien, vamos á empezar por crear comités de vigilancia de los que le haremos dueño, para que, con esa verga puedas azotar á todas las personas honradas de París y regular el espíritu público. Queremos hacer más, porque el sacrificio no sería

completo; queremos regalarte nuestra fuerza armada, autorizándote á desarmar á quienes te sean sospechosos. En cuanto á nosotros, estamos dispuestos á entregarte hasta nuestros cortaplumas; nos quedaremos con nuestras virtudes y nuestros talentos. Pero ten cuidado. Si, faltando á la gratitud, te atrevieses á atentar á nuestras sagradas personas, encontraríamos vengadores en los departamentos... Pero ¿qué os importa lo que puedan hacer los departamentos desencadenados el uno contra el otro cuando vosotros no existáis?» Exactísimo es este resumen y fundadísima es esta predicación. En adelante, y en virtud de los decretos de la Convención misma, los jacobinos tienen, no solamente el poder ejecutivo, tal como se encuentra en los países civilizados, sino también el poder discrecional del tirano antiguo ó del pachá moderno. A partir del 28 de Marzo se ve reanudar en París el régimen que, instituído el 10 de Agosto, terminó con el 2 de Septiembre.

Mientras que con una mano el jacobino sujeta al adversario por el cuello, con la otra le registra los bolsillos. En cada sección el comité de vigilancia, asistido siempre por un miembro en la Comuna, designa á las gentes acomodadas, calcúlales la renta á su antojo y las impone como tasa progresiva en proporción de lo superfluo. Lo que se admite como necesario es de 1.500 francos al año para un jefe de familia, con 1.000 francos para su mujer y 1.000 por cada uno de sus hijos; si el sobrante es de 15.000 á 20.000 francos, se pide 5.000; si es de 40.000 á 50.000, 20.000; en ningún caso lo superfluo conservado podrá exceder de 30.000 francos; todo lo que pasa de esta cifra es adquirido por el Estado. De esta contribución súbita se exige el primer tercio á las cuarenta y ocho horas, el segundo á los

quince días, el último al mes y bajo penas graves. Tanto peor para el impuesto si la tasa es exagerada, si su renta es aleatoria ó imaginaria, si sus ingresos son futuros, si no puede procurarse dinero contante, si como Francœur, empresario de la Opera, «no tiene más que deudas». «En caso de negativa, le escribe el comité de la sección del Buen Consejo, el comité revolucionario le venderá sus muebles é inmuebles y la persona será declarada sospechosa.» Y todavía esto no es más que un adelanto á cuenta. «El comité se digna en este momento no exigir más que una parte de lo superfluo»; lo que resta será exigido más adelante. Ya en la tribuna de los jacobinos, el banquero quebrado Deffieux, estima en 640 millones la fortuna de los cien notarios y hombres de negocios más ricos de París; la lista de sus nombres ha sido enviada por el Municipio á las secciones, á fin de que se complete; aun tomándoles sino una décima parte, sumaría 64 millones, y «estas gruesas esponjas» vigorosamente exprimidas, podrán soltar más todavía. «Es preciso, dice Robespierre, que el más rico de los franceses no tenga más de 3.000 libras de renta.» Con la contribución de los «señores» se armará á los descamisados, «se pagará á los artesanos para que asistan á las asambleas de sección, se alimentará á los obreros sin trabajo». Ya por la virtud soberana de las requisiciones sumarias, todo es presa; con tales poderes así manejados, la sección explota la envidia arraigada y la antigua animosidad del pobre contra el rico; se conquista á los necesitados y á los vagabundos, y gracias á los brazos vigorosos de su clientela activa, acaba de romper las resistencias débiles, pasajeras, mal concertadas que la Convención nacional y la población de París oponen todavía á su dominación.

El 13 de Abril, Marat, acusado desde hace tres meses, y cada vez más audazmente incendiario, ha sido, en fin, procesado por la indignada mayoría, y el 24 comparece ante el tribunal revolucionario. Pero el tribunal revolucionario, como todos los organismos recientemente instituidos, se compone de jacobinos puros, y además, el partido ha tomado sus precauciones. Por castigo, en la audiencia, Marat lleva «á los comisarios municipales, á los enviados de varias naciones, á los delegados de todas las sociedades patrióticas»; además, «una multitud de buenos patriotas ha ocupado la sala»; «desde la mañana, las otras salas del palacio, los pasillos, los patios, las calles adyacentes, rebosan de descamisados *prontos á vengar los ultrajes que pudieran inferirse á su fiel defensor*». Naturalmente, con su infatuación soberana, habla, no como acusado, sino como «apóstol y mártir»; le colman de aplausos, le absuelven por unanimidad, le coronan de laurel, le llevan en triunfo hasta la Convención, entonan allí un canto de victoria, y la mayoría girondina se ve obligada á sufrir su presencia en espera de sufrir sus prescripciones. Tan impotentes como los moderados del Cuerpo legislativo, los moderodos de la calle no se enderezan sino para ser derribados. El 4 y el 5 de Mayo, dos grupos de quinientos ó seiscientos jóvenes, bien vestidos y sin armas, se forman en los Campos Elíseos y en el Luxemburgo, á fin de protestar contra el derecho de la Commune, que los elige para la expedición de la Vendée; gritan: *¡Viva la república! ¡Viva la ley! ¡Abajo los anarquistas! ¡Al diablo Marat, Danton, Robespierre!* Naturalmente, la guardia á sueldo de Santerre dispersa á los muchachos, prenden á un millar, y en adelante los otros se abstendrán de toda manifestación ruidosa en la vía pública. En-

tonces, á falta de otra cosa, se les ve en varias ocasiones, sobre todo en los primeros días de Mayo, acudir á las asambleas de sección; están en mayoría, y toman deliberaciones contra la tiranía jacobina; en la sección del Buen Consejo, en las secciones de Marsella y de la Unidad, Lhuillier es silbado, Marat amenazado, Chaumette denunciado.

Pero esto no es más que fuego de virutas; para dominar constantemente en esas asambleas permanentes, sería preciso que los moderados, como los descamisados, fuesen asiduos y estuviesen dispuestos á andar á puñetazos todas las noches. Desgraciadamente, los jóvenes de 1793 no tienen todavía la experiencia dolorosa, el rencor profundo, la rudeza atlética que los sostendrá en 1795. «Tras una sesión en la que casi todas las sillas se han roto en las costillas de los contendientes», flaquean, no vuelven, y al cabo de quince días los pega-duro de profesión triunfan en toda la línea. Para mejor dominar las resistencias, los pega-duro de profesión se han coligado por un acto expreso, y van de sección en sección en socorro unos de otros. Con el nombre de diputación, ó con pretexto de impedir tumultos, un grupo de mocetones sólidos, enviados por la sección próxima, entra en la sala, y en un momento cambia la minoría en mayoría, ó, á fuerza de vociferaciones, domina la votación. A veces, á una hora tardía en que la sala se ha quedado casi vacía, se declaran en asamblea general, y, en número de quince ó veinte, retractan la deliberación del día. Otras veces, como por el municipio pasea la policía, llaman en su ayuda á la fuerza armada y obligan á marcharse á los recalcitrantes. Y, como es preciso ejemplos para imponer el silencio definitivo, los quince ó veinte que se han erigido por sí mismos en asam-

blea plena, los cinco ó seis que forman el comité de vigilancia, extienden mandamientos de prisión contra los más salientes de la oposición. En las cárceles municipales, el vicepresidente de la sección del Buen Consejo, el juez de paz de la sección de la Unidad, se enteran á su costa de que es peligroso presentar en la Convención un mensaje contra los anarquistas ó firmar una deliberación contra Chaumette.

A fines de Mayo, en las asambleas de sección, no hay ya nadie que se atreva á abrir la boca contra una moción jacobina; hasta ocurre á menudo que los únicos que concurren son jacobinos; por ejemplo, en los Gravilliers han echado á todos los que no eran de su bando, y en adelante no hay ningún «intrigante» que tenga el descaro de presentarse.

Convertidos en pueblo deliberante y provistos de plenos poderes para desarmar, poner en entredicho, destituir, tasar, deportar al ejército, meter en la cárcel á cualquiera que les haga sombra, pueden desde este momento, con el municipio por cómplice y guía, volver contra la Convención las armas que de ella han recibido, atacar á los girondinos en su último refugio y apoderarse del único fuerte que todavía no les haya sido entregado.

VI

Para esto, no tienen más que hacer en todas las secciones á la vez lo que tienen por costumbre ejecutar en cada sección tomada aisladamente; sustituyéndose de esta manera por la fuerza y por el fraude al verdadero pueblo, podrán alzar ante la Convención el fantasma de la reprobación popular.

Del municipio que se asienta en el Ayuntamiento y

del conciliábulo central que se celebra en el Obispado parten emisarios que, en un mismo momento, presentan el mismo mensaje en todas las secciones de París: «He aquí una petición que es necesaria firmar.—Leedla.—Es inútil, está ya aprobada por la mayoría de las secciones.» «Esta mentira sale bien en algunas, en las que varios firman de buena fe, sin leer. En varias, se lee y se niegan á firmar; en otras, se lee y se contentan con pasar al orden del día. ¿Qué es lo que ocurre? Los intrigantes y los agitadores se quedan, hasta que se hayan marchado los buenos ciudadanos; entonces, dueños de la deliberación, deciden que hay que firmar la petición y la firman. Al día siguiente, cuando los ciudadanos llegan á la sección, les presentan la petición á la firma, y se prevalen contra ellos de la deliberación que se tomó la víspera. Si quieren hacer algunas observaciones, se les contesta con estas terribles palabras: «Firmad, ó no hay certificado de civismo.» Y como sanción á esta amenaza, varias secciones, en las que imperan como amos los redactores de las listas de proscripción, deciden que se cambiarán los certificados de civismo y se niegan á conceder nuevos á los que no quieren firmar la petición.»

Todo el peso de la autoridad municipal ha sido públicamente echado en la balanza. «Unos comisarios del municipio, acompañados de secretarios municipales con mesas, tinta, papeles y registros, se pasean por París, al son de un tambor de alarma, y precedidos de una milicia.» De vez en cuando hacen «un alto solemne», y declaman contra Brissot, Vergniaud, Guadet, después «piden y recogen firmas».

Así arrancada y elevada á la Convención por el alcalde, en nombre del consejo general de la comuna y de treinta y cinco secciones, la petición imperiosa de-

nuncia á veintidós girondinos como traidores y reclama insolentemente su expulsión.

Otro día ocurre que un requerimiento análogo y presentado de igual suerte en nombre de las cuarenta y ocho secciones no está autorizado nada más que por trece ó catorce.

A veces la mascarada política es más desvergonzada todavía. Unos pretendidos diputados del barrio de San Antonio acuden á significar á la Convención el programa revolucionario. «Si no lo adoptáis, dicen, declaramos que nos encontramos en estado de insurrección; cuarenta mil hombres están á la puerta.» El hecho es «que unos cincuenta bandidos, á los que apenas se les conoce en el barrio», y conducidos por un ex tapicero convertido en comisario de policía, han «recogido en su camino á todo lo que han encontrado en los talleres y en las tiendas», y que la multitud, amontonada en la plaza de Vendome, no sabe lo que van á decir en su nombre.

Por ficticio que sea el tumulto, es útil hacerlo; de esta manera se presenta á la Convención su amo, y de esta manera se prepara el camino para una invasión más eficaz. El día en que Marat fué absuelto, toda su chusma, hombres y mujeres, le acompañó; con pretexto de desfilar ante la Convención, invadió la sala, se desparramó por los escaños, y, apoyada por las galerías, en medio de una tempestad de aplausos y aclamaciones, instaló de nuevo en la tribuna al promotor profesional de la insurrección, del pillaje y del asesinato.

Sin embargo, por enérgica y persistente que sea la obsesión, la Convención, que cede en tantos puntos, no consiente en mutilarse por sí misma. Declara calumniosa la petición presentada contra los veintidós; nom-

bra una comisión extraordinaria de doce miembros para buscar en los papeles del municipio y de las secciones las pruebas legales de la conspiración permanente que los jacobinos traman á cielo abierto contra la representación nacional; envíase á la barra al alcalde Pacha; lánzanse mandamientos de prisión contra Hebert, Dubsen y Varlet... Puesto que las manifestaciones de la voluntad popular no han bastado, y la Convención, en vez de obedecer, se revela, no queda más que emplear la fuerza.

«Desde el 10 de Marzo, dice Vergniaud en la tribuna, no se cesa de provocar públicamente al asesinato contra vosotros.» «Este momento es terrible, escribe el 12 de Mayo un observador, Schmidt, y se parece mucho á los que prepararon el 2 de Septiembre.»

Aquella misma noche, en los Jacobinos, un miembro propuso «exterminar á todos los perversos antes de que se vayan». «Ha estudiado la Convención, dice, se compone, en parte, de foragidos con los que hay que hacer justicia. Es preciso que todos los partidarios de Dumouriez y todos los conspiradores perezcan; hay que disparar el cañón de alarma y cerrar las puertas de la ciudad.» Al día siguiente por la mañana, «las paredes de París están tapizadas de anuncios en los que se invita á los parisienses á que se apresuren á degollar á los hombres de Estado.» «Hay que terminar con ellos», es la frase de los descamisados.

A la semana siguiente, tanto en los jacobinos como en todas partes, «la insurrección instantánea está á la orden del día», dice Schmidt, el cual añade: «Lo que en otro tiempo llamábamos el santo entusiasmo de la libertad, del patriotismo, se ha metamorfoseado en un furor que hace estallar á un pueblo rabioso y que ya no es posible de encausar, de disciplinar sino por la

fuerza. No hay uno de aquellos desgraciados que consintiese en la contrarevolución con tal de que le dejasen triturar entre sus manos, aplastar bajo sus pies, á los adversarios más salientes... Conclusión: el día, la hora, el momento en que ha de estallar la revolución será sin duda aquel en que la facción crea que puede poner en juego, provechosamente y sin riesgo, á todos los bandidos de París», y en la alcaldía, en el Obispado, en los jacobinos, los energúmenos de baja estofa combinan ya el plan de la matanza.

Se elegirá una casa aislada con tres habitaciones en el piso bajo, en comunicación, y un patio pequeño detrás; prenderán de noche á los veintidós girondinos y los llevarán á aquel matadero preparado de antemano; los empujarán de una habitación á otra hasta la última; allí los matarán, luego echarán sus cuerpos á una fosa abierta en medio del patio, arrojarán encima cal viva; enseguida se les supondrá emigrados, y para probar el hecho, se redactarán correspondencias falsas. Un miembro del Comité municipal declara que la operación es fácil: «Los *septembrizaremos*, no por nuestras propias manos; tenemos hombres preparados, á los que pagaremos bien». Ninguna objeción se presenta por parte de los montañeses presentes, Leonarda Bourdon y Legendre, éste observa solamente que no se debe tocar á los girondinos en la Convención; fuera de la Convención «no son más que bandidos, cuya muerte salvaría á la república», y el acto es lícito; vería «perecer al lado de ellos á todos los canallas de la derecha, sin oponerse á su destrucción». Varios, en vez de veintidós diputados, piden treinta ó treinta y dos, y algunos, trescientos; añadiríanse á éstos á los sospechosos de cada sección y ya están formadas diez ó doce listas de proscriptos. Con una razia

general, ejecutada la misma noche, á la misma hora, se las llevará á los Carmas, cerca del Luxemburgo, y «si el local es insuficiente, á Bicetre; allí «se les hará desaparecer de la superficie del globo». Ciertos furibundos quieren confiar la depuración de París á la sagacidad del instinto popular. «En frases cortadas y no determinadas» dicen al pueblo: «Levántate y obra con arreglo á los movimientos de tu alma, puesto que no puede darte consejos que harían escapar á los que debes herir.» En cambio, Vartat propone un proyecto de salvación pública, muy preciso y completo, en quince artículos: «prender á los diputados del Llano y á otros diputados de la Asamblea constituyente y legislativa, á todos los nobles, curas, etc.; exterminar á toda esa raza y á los Borbones, con supresión completa de los ministros». Por su parte, Hebert, hablando de los girondinos, escribe en su gaceta que «va á sonar la última hora de su muerte», y que «cuando se haya derramado su sangre impura, los chacales de la aristocracia volverán á sus guaridas como el 10 de Agosto».

Como es natural, los homicidas de profesión están advertidos. Un tal Laforet, del muelle del Louvre, que, con su mujer se distinguió ya el 2 de Septiembre, calcula «que hay en París seis mil descamisados dispuestos á exterminar, á la primera señal, á los malos diputados y ocho mil peticionarios», sin duda los peticionarios que en varias ocasiones han firmado mensajes á la Convención contra la comuna. Otro septembrista, comandante del batallón del Jardín de Plantas, Henriot, al encontrarse con unos obreros del puerto, les dice con su voz ronca: «Buenos días, compañeros; pronto tendremos necesidad de vosotros, y para un trabajo mejor; no será madera, sino cadáveres. lo que tendréis que transportar.»

«Está bien, está bien, contesta un obrero, con acento de embriaguez; haremos lo que ya hicimos el 2 de Septiembre; eso nos dará á ganar unos suses.» «Fabríquense puñales en casa del cerrajero Cheynard, maquinista de la Moneda..., y las mujeres de las tribunas han recibido ya doscientos.» En fin, el 29 de Mayo, en los Jacobinos, Hebert propone «acometer á los miembros de la comisión de los Doce», y otro jacobino declara que «los que han usurpado el poder dictatorial», es decir, los girondinos, «están fuera de la ley».

Todo esto es excesivo, torpe, inútil, peligroso, ó por lo menos prematuro, y los jefes de la Montaña, Danton, Robespierre, el mismo Marat, mejor informados y de más alcances, comprenden que una matanza brutal levantaría á los departamentos, ya medio sublevados. No hay que romper el instrumento legislativo, sino emplearlo: hay que servirse de él para practicar sobre él la mutilación requerida: de esta manera, la operación tendrá de lejos un aspecto legal, y, con el adorno de las frases habituales, podrá ser impuesta á los provincianos. Desde el 3 de Abril, en los Jacobinos, Robespierre, siempre circunspecto y comedido, ha definido y limitado de antemano la próxima revuelta. «Que los buenos ciudadanos, dice, se reúnan en sus secciones y vengan á *obligarnos á que se encarcele á los diputados infieles.*» No hay nada más comedido, y, si se atiene uno á los principios, nada más correcto. El pueblo conserva siempre el derecho de colaborar con sus mandatarios, y ya lo hace diariamente desde las tribunas. Por una precaución suprema, y que le retrata bien, Robespierre se niega á intervenir más. «Yo soy incapaz de prescribir al pueblo los medios de salvarse; esto no es dable á un solo hombre; esto no me es dable á mí, que estoy agotado por cuatro años de

revolución y por el desgarrador espectáculo del triunfo de la tiranía..., á mí que estoy consumido por una fiebre lenta, y sobre todo por la fiebre del patriotismo! Ya lo he dicho: no me queda otro deber que cumplir en este momento.» Por lo demás, invita al municipio «á que se una al pueblo, á que forme con él una estrecha alianza».

En otros términos: á la comuna incumbe dar el golpe; no es preciso que la Montaña se manifieste. Pero «está toda ella en el secreto»; sus jefes tienen los hilos de los groseros muñecos que se agitan en el escenario del Ayuntamiento; Danton y Lacroix han escrito en la oficina misma de salvación pública» el requerimiento insultante que el orador de la comuna irá á leer á la Convención el 13 de Mayo, y, durante los siete días de crisis, Danton, Robespierre, Marat, consejeros, directores, moderadores de todas las revueltas, conducirán, empujarán, retendrán en los límites de su programa á los comparsas de la insurrección.

VII

Es un drama tragicómico, en tres actos, cada uno de los cuales termina con un golpe teatral, siempre el mismo y siempre previsto: uno de los principales tramoyistas, Legendre, ha cuidado de anunciarlo de antemano. «Si la cosa dura más tiempo, dice en los Cordeleros, si la Montaña continúa siendo impotente por más tiempo, apelo al pueblo», y dijo á las tribunas: «Bajad aquí á deliberar con nosotros.» Para empezar, el 27 de Mayo, con motivo del arresto de Hebert y consortes, la Montaña, apoyada por las galerías, ruge. En vano la mayoría se ha pronunciado y se pronuncia varias veces. «Si hay cien buenos ciudadanos, dice

Danton, resistiremos.» «Presidente, grita Marat á Isnard, eres un tirano infame». «Pido, dice Conthon, la destitución del presidente». «¡A la Abadía el presidente!». La Montaña ha decidido que no presida; baja de los bancos y corre hacia él, habla de «asesinarle», ahoga su voz á fuerza de vociferaciones, le obliga, cansado y agotado, á que deje su asiento; echa de igual suerte á Fonfrede, que le sucede, y concluye por poner en el sillón presidencial á uno de sus cómplices, Herault Sechelles.

Mientras tanto, á la entrada la Convención «se han violado las consignas», una muchedumbre de gente armada se ha esparcido por los pasillos y obstruyen todas las avenidas»; detienen á los diputados Maillón, Chiappe y Lydon que querían salir, y ponen á Lydon un sable al pecho, y los agitadores de dentro excitan, protegen, justifican á sus correligionarios de afuera. Con su acostumbrada audacia, Marat, al enterarse de que el comandante Raffet está haciendo que se despejen los pasillos, «acude á él con una pistola en la mano y le manda prender»: porque hay que respetar al pueblo, el derecho sagrado de petición y á los peticiona rios. Hace tres horas que quinientos ó seiscientos de estos peticionarios, azuzados casi todos ellos, se hallan estacionados en las puertas de la sala; á última hora otros dos grupos numerosos, enviados por los Gravilliers y la Cruz Roja, llegan á aportarles el aflujo final. Con este refuerzo se desbordan más allá de los bancos que les están asignados, se esparcen por la sala, se mezclan con tres diputados que todavía permanecen en sus puestos. Es más de media noche; muchos representantes, abrumados por la fatiga y la repugnancia, se han marchado; Petion, Lassourie y algunos otros, que quieren volver á entrar, «no pueden atravesar por

la multitud amenazadora». En compensación y en el lugar de los ausentes, los peticionarios, erigiéndose ellos mismos en representantes de Francia, votan con la Montaña, y el presidente jacobino, lejos de oponerse á ellos, los invita «á que quiten todos los obstáculos que se oponen al bien del pueblo». En aquella muchedumbre gesticulante, á la escasa luz de las lámparas humeantes, en medio del ensordecedor barullo de las tribunas, no se oye bien qué mociones son las que se ponen á votación; distínguese mal quién se queda sentado y quién se levanta; y se aprueban dos decretos, uno que pone en libertad á Hebert y sus cómplices, otro que disuelve la comisión de los Doce. Inmediatamente, unos mensajeros que esperaban el resultado corren á llevar la buena nueva al Ayuntamiento, y el municipio celebra su triunfo con una explosión de aplausos.

He aquí, por lo demás, lo que dicen á este propósito algunos testigos de mayor excepción: «Colocados frente por frente del presidente, escribe Meillan, á diez pasos de él, con la mirada siempre fija en él, porque, á través del horrible tumulto que degradaba á la Asamblea, no podíamos tener otra brújula, puedo afirmar que no he visto ni oído poner á votación el decreto.» Osselín dice en su discurso del 28 de Mayo: «He presentado esta mañana la redacción del decreto á la firma de los secretarios. Uno de ellos, después de leerlo, me ha hecho observar que no se había decretado el último artículo, porque sí lo habían sido los artículos precedentes.» El diputado Michel, en carta del 29 de Mayo, escribe: «Los guardias fueron arrollados y el santuario de las leyes estuvo invadido desde las cuatro de la tarde hasta las diez de la noche, de suerte que nadie podía salir, ni aun para las necesidades más apremiantes.»

Pero al día siguiente, á pesar de los terrores de la votación nominal y de los furores de la Montaña, la mayoría, por una reacción defensiva, revoca el derecho que la desarma, y con nuevo derecho ratifica los poderes de la comisión de los doce. Hay, por lo tanto, que rehacer toda la operación; toda completamente no, porque Hebert y los otros detenidos quedan en libertad, y la mayoría que, por pudor ó por instinto de conservación, ha restablecido en su puesto á su vanguardia defensiva, consiente, por debilidad ó por esperanza de conciliación, en libertar á sus prisioneros. Ha salido, pues, perdiendo en el combate; por lo tanto, sus adversarios, envalentonados, reanudan el ataque inmediatamente, y su táctica, sencillísima, es la que, ya el 10 de Agosto, les dió tan excelentes resultados.

Se trata de invocar contra los derechos derivados y provisionales del gobierno establecido el derecho empírico é inalterable del pueblo, y de sustituir las autoridades legales cuyo poder es por naturaleza limitado, con el gobierno revolucionario, que por esencia es absoluto. A este efecto, la sección de la ciudad, bajo la vicepresidencia de Maillard el septembrista, invita á las otras cuarenta y siete á nombrar cada una dos comisarios investidos de «poderes ilimitados». En treinta y tres secciones en las que, por estar purgadas, aterrorizadas ó abandonadas, los jacobinos están solos ó casi solos, dirigen á los más determinados de su banda, especialmente á extranjeros y granujas. En aquellas otras secciones, bien escasas, «cuya mayoría, conocida por su incivismo y su espíritu antirrevolucionario, se negaron á semejantes nombramientos ó nombrase á comisarios que no gozaran de la confianza de los patriotas..., la sociedad patriótica de la Butte-

des-Moulins se encargaría de nombrar á las dos comisarios requeridos».

Los comisarios son elegidos, en número de sesenta y seis; reúnense el 29 por la noche en el Obispado y nombran á nueve de ellos para formar, bajo la presidencia de Dobsen, un comité central y revolucionario de ejecución. Según Bucher y Roux, son diez, á saber: Clemence, de la sección del Buen Consejo; Dunouy, de la sección de los Descamisados (Sans-Culottes); Bouin, de la sección de los Mercados; Auvray, de la sección del Monte Blanco; Seguy, de la sección de la Butte-des-Moulins; Moisard, de Grenelle; Berot, del cantón de Issy; Rousselin, de la sección de la Unidad; Marchand, de la sección del Monte Blanco; Frespin, de la sección de los Gravilliers. Todos estos individuos son perfectamente desconocidos, subalternos obscuros, simples maniquíes y muñecos; á los ocho días, cuando hayan desempeñado su papel y no se tenga ya necesidad de ellos, se les hará volver entre bastidores. Mientras tanto, son tenidos por mandatarios del pueblo soberano, están autorizados á todo, porque aquél les ha delegado su omnipotencia, los únicos autorizados, porque su investidura es completamente nueva, y se muestran con esta cualidad, poco más ó menos como los comparsas cuajados de oro y vestidos de púrpura que, en la Opera, representan el cónclave de cardenales ó la dieta del santo imperio; jamás la comedia política ha degenerado en una farsa tan descarada.

El 31, á las seis y media de la mañana, Dabsen y sus acólitos se presentan al consejo general de la Cámara, le exhiben sus poderes y le significan que queda destituído. Con edificante complacencia, el consejo se reconoce destituído y sale del salón. Con gratitud no menos solícita, Dobsen le vuelve á llamar inmediatamen-

te, le restablece en sus funciones en nombre del pueblo, y declara que ha merecido bien de la patria. Al mismo tiempo, otro demagogo, Verlet, realiza la misma operación con el consejo del departamento, y las dos corporaciones, consagradas por un nuevo bautismo, se reúnen con los setenta y seis comisarios para ofrecer en común la dictadura. La cosa no puede ser más legítima, y la Convención haría mal en oponerse: «ella no ha sido nombrada sino para juzgar al tirano y hacer la Constitución; el soberano pueblo no le ha confiado otro poder»; por consiguiente, sus otros actos, sus mandamientos de prisión, no son más que usurpación y despotismo. Además, mucho mejor que ella, representa á Francia París, puesto que éste es «el extracto de todos los departamentos, el espejo de la opinión», la vanguardia del patriotismo. «Acordaos del 10 de Agosto, decíase en la sesión de la Convención del 30 de Mayo; antes de aquella fecha, las opiniones estaban divididas en la república; pero, en cuanto disteis el golpe decisivo, todo se quedó en silencio. No temáis nada de los departamentos; con un poco de terror y unas cuantas instrucciones, haremos que los espíritus evolucionen á nuestro agrado.» Algunos impertinentes se obstinan en pedir la convocatoria de las asambleas primarias. «¿Acaso fueron necesarias el 10 de Agosto? ¿Y no aprobarán los departamentos lo hecho en París? Lo mismo harán esta vez; París es quien los salva.» En consecuencia, el nuevo gobierno entrega el mando de la fuerza armada á un hombre seguro, Henriot, uno de los exterminadores de Septiembre; después, cometiendo un atentado que la ley declaraba capital, ordena disparar el cañón de alarma; de otra parte, cuando tocan á generala y cierran las puertas de la ciudad, se prende á los administradores de la

puerta, se intercepta y abre la correspondencia; se da la orden de desarmar á los sospechosos y entregar sus armas á los «patriotas; se conceden dos francos diarios á los ciudadanos de posición modesta, mientras que permanezcan bajo las armas». No se ha dejado de advertir la víspera á los partidarios de cada barrio; por consiguiente, desde la mañana, el comité de vigilancia, en las secciones jacobinas, ha elegido ya «á los compañeros más necesitados, á fin de armar los brazos verdaderamente dignos de combatir por la libertad» y ha distribuído todos sus fusiles «á los obreros *bien republicanos*». De hora en hora, á medida que el día avanza, se ve, en las secciones refractarias, pasar la autoridad al lado de la fuerza; en el Finisterre, en la Butte-des-Moulins, en los Lombardos, en la Fraternidad, en el Marais, los descamisados furibundos toman el ascendiente, anulan las deliberaciones de los moderados, y, por la tarde, los delegados acuden á prestar juramento al Ayuntamiento.

Mientras tanto la comuna, llevando tras sí el simulacro de la unanimidad popular, asedia á la Convención con peticiones múltiples y amenazadoras. Como en 27 de Mayo, los peticionarios invaden la sala y «se confunden fraternalmente con los miembros de la izquierda». Enseguida, ante la moción de Levasseur, la Montaña, sabiendo que «su puesto estará bien guardado», lo deja y pasa á la derecha. Invadida á su vez, la derecha se niega á deliberar; Vergniaud pide que «la Asamblea vaya en busca de la fuerza armada que está en la plaza y se ponga bajo su protección»; sale con sus amigos, y la mayoría decapitada vuelve á caer en sus vacilaciones habituales. En rededor de ella todo es estrépito y tumulto. En la sala, los clamores de la Montaña, de los peticionarios y de las galerías,

parecen el continuo rugido de la tempestad. Fuera de la sala, veinte ó treinta mil hombres van quizá á chocar entre las calles; el batallón de la Butte-des-Moulins, con destacamentos enviados por las secciones próximas, se ha atrincherado en el Palacio Real, y Henriot, gritando por todas partes que las secciones ricas del centro han enarbolado la enseña blanca, envía contra ellas á los descamisados de los barrios de San Antonio y San Marcelo; por ambas partes están enfilados los cañones.

No hay que poner la mecha á esos cañones cargados, no hay que dar la señal de la guerra civil, hay que «evitar las consecuencias de un movimiento que no podría ser funesto sino para la libertad», es urgente restablecer y asegurar la paz pública. La mayoría cree, por lo tanto, hacer un acto de valor al negar á la comuna el encarcelamiento de los veintidós, de los ministros Lebrun y Clavière; en cambio, consiente en suprimir su comisión de los Doce; confirma la disposición por lo que el municipio concede cuarenta suses diarios á los obreros que están en armas; declara libre la entrada de sus tribunas, y, dando gracias á todas las secciones, tanto á las que querían defenderla como á las que querían atacarla, mantiene la guardia nacional en requisición permanente, anuncia una federación general para el 10 de Agosto siguiente, va á fraternizar en el Palacio Real con los batallones á quienes las calumnias de la comuna habían armado el uno contra el otro y que, salidos á última hora de su engaño, se abrazan en vez de combatirse.

También ahora, todas las ventajas son para la comuna. No solamente varias de sus demandas han sido convertidas en decretos, sino que se hace valedero su bautismo revolucionario, su comité de ejecución es tá-

citamente reconocido, el nuevo gobierno permanece en funciones, sus usurpaciones quedan consagradas, su general Henriot conserva el mando de toda la fuerza armada, todas sus medidas dictatoriales se ejecutan sin obstáculos. Razón de más para continuarlas y agravarlas. «No habéis alcanzado sino una media victoria, escribe Hebert en su *Père Duchesne;* todos esos p... de intrigantes viven todavía.» En la noche del 31 de Mayo, la comuna ha lanzado mandamientos de prisión contra los ministros Clavière y Lebrun, contra Roland y su mujer. La misma noche, y al día siguiente durante todo él y durante toda la noche, y al otro día lo mismo, en las cuarenta y ocho secciones, los comités de vigilancia, con arreglo á las instrucciones del Ayuntamiento, revisan sus listas de barrio, ponen en ellas nuevos nombres, envían comisarios para desarmar y prender á los sospechosos. «Vuestros delegados, dice el comité revolucionario en oficio del 1.º de Junio á la comuna, han ordenado la prisión de todas las personas sospechosas que se ocultan en las secciones de París. Estas prisiones se efectúan en estos momentos en todas partes.» Todo el que ha hablado mal de los comités revolucionarios, ó se opuso á sus atentados del 31 de Mayo, ó votó en contra de los demagogos en la Asamblea legislativa, es buena presa; es una razzia universal y simultánea; en todas las calles no se vé más que gentes maniatadas y conducidas al comité de la sección ó á la cárcel, en primera línea los periodistas «antipatriotas»; por añadidura les confiscan las inmensas tiradas y suprimen el periódico; á Gorsas le saquean los talleres y ponen sellos en sus prensas; el mismo Prudhome es puesto en el registro. En las secciones del Contrato Social, de la Fraternidad del Marais, de Marsella, conclúyese con las últi-

mas resistencias, y la comuna, tranquila de parte de la calle, puede reanudar su ataque contra la Convención. He aquí algunos detalles de los trabajos realizados por las secciones: «El 2 de Junio, el ciudadano Rolim es preso por haber manifestado opiniones contrarias á la soberanía del pueblo en la Asamblea legislativa.» «El mismo día proclama, por una diputación de la comuna, acompañada por un miembro del Comité y dos tambores, para hacer saber al pueblo que se salvará la patria si se espera con ánimos el decreto que ha de publicarse para que los traidores no vuelvan á tomar asiento en el Senado.» En el registro de la sección de las Picas, que es uno de los más interesantes, se encuentran detalles de la comparecencia de los ministros; el comité que les interroga no sabe siquiera ni la ortografía de sus nombres.

Continuando en sus trabajos contra la Convención, el Municipio ha hecho que en cada sección se publique «la lista de los obreros descamisados», y los señala seis francos diarios por cabeza, pagaderos por la Convención, para indemnizarlos de su paro temporal: esto es sencillamente una prima ofrecida al motín, y, como no hay nada más eficaz que el dinero contante, Pache proporciona los fondos distrayendo 150.000 francos destinados á los colonos de Santo Domingo; durante la jornada del 2 de Junio, se verá cómo los afiliados pasan á las filas y distribuyen asignados de cinco libras. Para retener mejor en armas á los hombres, acompañan á cada batallón carros con víveres; el estómago necesita llenarse; y una pinta de vino es un excelente reconfortante del patriotismo. Henriot ha hecho que vuelvan desde Courbevoie unos batallones de voluntarios que, pocos días antes, se habían formado para ir á la Verdée, «aventureros, pillos y

granujas, á los que más adelante se les dará el nombre de «los héroes á 500 libras». Hállanse también á mano los húsares de Rosenthal, mercenarios alemanes, que, por no comprender el francés, permanecerán sordos ante todos los requerimientos legales. En fin, alrededor de la Convención, la comuna forma en círculo á sus descamisados escogidos, especialmente á los artilleros, jacobinos por excelencia, como se ve por las siguientes notas: «Un miembro del consejo municipal, que fué á la sección Beaurepaire, anuncia que no fué bien acogido, que el presidente de esa sección le dijo palabras bastante duras y le tomó por un *municipal imaginario,* que le amenazaron con meterle en la cárcel, que no debe su libertad sino á los bravos ciudadanos de la sección de los descamisados y *á los artilleros de la sección Beaurepaire que le han acompañado.*» «Los preparativos de sitio empiezan el 1.º de Junio, y Henrriot ordena al comandante de la sección de los Derechos del Hombre que envíe cuatrocientos hombres y la compañía de artilleros con dos piezas al Carroussel á lo largo de las Tullerías, plaza de la Revolución.» Estos artilleros llevaban un formidable aparato de artillería, ciento sesenta y tres cañones, con parrillas y carbón para enrojecer las balas. De esta suerte quedan cercadas las Tullerías por los pegaduro y los energúmenos; la guardia nacional, cinco ó seis veces más numerosa (Lanjuinais dice cien mil hombres; Meillan, ochenta mil; los diputados de la Somme, sesenta mil; pero sin prueba alguna. Por diversos indicios, creo la cifra menor, á causa del desarme y de las abstenciones; tal vez treinta mil hombres, como el 31 de Mayo), la guardia nacional, á la que se ha convocado «para dar á la empresa de cuatro ó cinco mil bandidos la apariencia de un movi-

miento popular», no puede acudir en socorro de la Convención; la han puesto fuera de alcance, más allá del puente giratorio, que está levantado tras la puerta de madera que separa el Carroussel del castillo. Paralizada en sus puestos por la consigna, reducida al estado de inútil decoración, empleado sin su conocimiento contra ella misma, no puede hacer otra cosa que dejar hacer á los facciosos que le sirven de vanguardia. «He recorrido todo un batallón, dice en una carta el diputado Loisea; todos me dicen que ignoran la causa de semejante movimiento, que no es conocida sino de sus jefes.»

Desde la mañana, los vestíbulos, las escaleras y los pasillos de la Convención han sido invadidos por los habituados de las tribunas y por las mujeres á sueldo; unos «hombres con bigote», armados de sables y pistolas, han arrestado al comandante del puesto con sus oficiales; la guardia legal ha sido reemplazada por una guardia extraordinaria, y los diputados están prisioneros. Si alguno de ellos se ve obligado á salir por un momento, lo hace bajo la custodia de cuatro fusileros «que le conducen, le esperan y le vuelven á traer». «Los diputados estaban rodeados hasta el punto de que no podían salir ni para hacer sus necesidades.» A algunos que se acercaban á mirar por las ventanas, los apuntaban con los fusiles; al anciano Dusaulx le golpean, á Boissy de Anglas le agarran por el cuello y le hacen tiras la corbata y la camisa. Durante siete horas de reloj, la Convención permanece prisionera, y cuando decreta que abandone el campo la fuerza armada que la sitia, Henriot contesta al ujier encargado de notificarle el decreto: «Di á tu m... de presidente que me c... en él y en su Asamblea, y que si dentro de una hora no me ha entregado á los Veintidós, la voy á hacer pedazos.»

En la sala, la mayoría, abandonada por sus guías reconocidos y por sus oradores preferidos, flaquea de hora en hora. Brissot, Petion, Guadet, Gensonné, Buzot, Salle, Grangeneuve y otros más, los dos tercios de los Veintidós, retenidos por sus amigos, se han quedado en sus casas. Vergniaud, que ha venido, se calla, después se va; probablemente la Montaña, que gana con su ausencia, ha levantado para él la consigna. Otros cuatro girondinos que permanecen en la Asamblea hasta el final, Isnard, Dusaulx, Santhenas y Fauchet, consienten en dimitir; cuando los generales entregan sus espadas, los soldados no tardan en deponer las armas. Solamente Lanjuinais, que no es girondino, sino católico y bretón, habla como hombre contra el atentado que sufre la representación nacional; la acometen, la asaltan en la tribuna; el carnicero Legendre la grita: «¡Baja ó te mato!»; un grupo de montañeses se lanza para ayudar á Legendre, ponen á Lanjuinais una pistola al cuello; en vano se obstina, se agarra á la tribuna; en torno de él, entre los de su partido, las voluntades desfallecen. En este momento, Barrere, el hombre de los expedientes, propone á la Convención que levante la sesión y salga á deliberar «en medio de la fuerza armada que la protegerá». A falta de otra cosa mejor, la mayoría se agarra á este último resto de esperanza. Se levanta, á pesar de los gritos de las tribunas, baja la escalera y llega hasta la entrada del Carroussel. Allí, el presidente montañés, Herault Sechelles, lee á Henriot el decreto que le invita á retirarse y, correctamente, oficialmente, le hace las indicaciones de uso. Pero muchos montañeses han seguido á la mayoría y están allí para alentar la insurrección; Danton estrecha la mano de Henriot y le dice en voz baja: «Sigue así, queremos probar que la Asamblea es

libre, mantente firme.» Con estas palabras, el insultante jefe de la fuerza armada, recobra su aplomo, y, con su voz animada, dice al presidente: «Herault, el pueblo no se ha levantado para escuchar frases. Tú eres un buen patriota...; ¿prometes por tu cabeza que los Veintidós serán entregados en un plazo de veinticuatro horas?—No.—En ese caso, no respondo de nada. ¡A las armas, artilleros, á los cañones!» Los artilleros toman sus mechas encendidas, la caballería saca los sables, la infantería apunta á los diputados. Rechazada por este lado, la desdichada Convención gira á la izquierda, atraviesa el pasaje cubierto, sigue la gran avenida del jardín, avanza hasta el puente giratorio para hallar una salida. No hay salida; el puente está levantado; en todas partes la barrera de picas y bayonetas es impenetrable; se grita en torno de los diputados: «¡Viva la Montaña! ¡Viva Marat! ¡A la guillotina Brissot, Vergniaud, Guadet, Gensonné! ¡Que se quite la mala sangre!» Y la Convención, semejante á un rebaño de corderos, da vueltas en vano en su recinto cerrado. Entonces, para hacerles volver al redil, como un perro su ganado, con toda la velocidad de sus cortas piernas, acude Marat, seguido de su tropa de granujas desharrapados, y grita: «¡Que los diputados fieles vuelvan á sus puestos!» Maquinalmente, con la cabeza baja, vuelven; enseguida se cierra la sala y quedan nuevamente prisioneros. Para colaborar en sus deliberaciones han entrado, confundidos con ellos, muchos extraños de buena voluntad. Para vigilar y activar su tarea, los descamisados, con la bayoneta en el fusil, gesticulan y amenazan desde lo alto de las galerías. Afuera y adentro, la necesidad, con su mano de hierro, los ha cogido y los aprieta la garganta. Reina un silencio sombrío. Se ve al paralítico Couthon le-

vantarse de su banco; sus amigos le llevan en brazos hasta la tribuna; amigo íntimo de Robespierre, es un personaje importante y grave; se sienta, y con su voz dulce, dice: «Ciudadanos, todos los miembros de la Convención deben ahora estar tranquilos respecto de su libertad... Ahora reconocéis que sois libres en vuestras deliberaciones.» Esta es la frase final de la comedia; no la hay igual ni en Molière. Entre los aplausos de la galería, el paralítico sentimental concluye pidiendo la prisión de los Veintidós, de los Doce, de los ministros Clavière y Lebrún. Nadie combate su moción, «porque las necesidades físicas empiezan á dejarse sentir, y una impresión de terror corre por la Asamblea.» Varios se dicen «que después de todo los proscriptos no serán de compadecer cuando se vean obligados á quedarse en su casa, estando en seguridad..., que vale más un mal pequeño que exponerse á grandes peligros». Otro exclama: «¡Vale más dispensarse de votar que hacer traición al deber!» Con esto se tranquilizan la conciencia. Los dos tercios de la Asamblea declaran que dejan de tomar parte en la deliberación, se abstienen de toda votación. Salvo unos cincuenta miembros de la derecha que se levantan por los girondinos, la Montaña, aumentada con los insurrectos ó aficionados que fraternalmente se sientan con ella, vota sola y da al fin el decreto. Ahora que la Convención se ha mutilado á sí misma, va á convertirse en una máquina de gobierno al servicio de los insurrectos; la conquista jacobina se ha rematado, y, bajo la mano de los conquistadores, el gran juego de la guillotina puede comenzar.

VIII

Mirémoslas en este momento decisivo: no creo que en ningún país ni en siglo alguno se haya visto un tal contraste entre una nación y sus gobernantes. Por una serie de depuraciones practicadas á la inversa, la facción se ha reducido á su hez; de la vasta oleada que se levantara en 1789, no ha quedado sino la espuma y el cieno; todo lo demás ha sido quitado ó se ha desprendido, primeramente la clase alta, clero, nobleza y parlamentarios, después la clase media, industriales, comerciantes y burgueses, por fin lo selecto de la clase inferior, modestos propietarios, arrendatarios y artesanos maestros; en suma, todos los notables de toda profesión, condición, estado ú oficio; todo lo que tenía un capital, una renta, un establecimiento, honradez, consideración, educación, una cultura mental y moral. Para componer el partido, no hay más, en Junio de 1793, que los obreros inestables, los vagabundos de la ciudad y del campo, los habituales de malos lugares, el populacho degradado y peligroso, los pervertidos, los desvergonzados, los inadaptados de toda especie, y en París, desde donde mandan al resto de Francia, en tropa una minoría ínfima, se reclutan precisamente en ese fango humano que infesta las capitales, en esa canalla epiléptica y crapulosa que, heredera de una sangre viciada y averiada todavía por su propia mala conducta, importan á la civilización las degeneraciones, la imbecilidad, el virus de su temperamento desequilibrado, de sus instintos retrógados y de su cerebro mal conformado. Lo que ha hecho de la Convención, tres ó cuatro testimonios contemporáneos van á decirlo; se la ve frente á frente, en

sí misma y en sus jefes; se contempla en pleno rostro á los hombres de acción y de iniciativa que han dirigido su último golpe de mano y que mejor la representan. «Aquel falso pueblo, dice Sieyes, el más mortal enemigo que tuvo nunca el pueblo francés, obstruía sin cesar las avenidas de la Convención... A la entrada y á la salida de la Convención, el espectador atónito podía creer en la repentina irrupción de nuevas hordas bárbaras, en la repentina irrupción de una nube de arpías voraces y sanguinarias, venidas para apoderarse de la revolución como de una presa propia de su especie.» «En la Convención, desde el 2 de Junio, casi la mitad de los diputados se abstenían de tomar parte en las deliberaciones; más de ciento cincuenta han huido y desaparecido»; mudos, fugitivos, detenidos, condenados, he aquí su obra; y en la noche del 2 de Junio, su amigo cordial, su director de conciencia, el aborto craso, charlatán, monomano y homicida, que le sirve todas las mañanas el veneno político, Marat, ha obtenido al fin el poder discrecional que desde hacía cuatro años solicitaba, el de Mario y Sila, el de Octavio, Antonio y Lépido, el poder de borrar ó poner nombres en la lista de los proscritos: «á medida que se leía, él indicaba faltas ó sobras, y el lector quitaba ó añadía nombres por la simple indicación de aquél, sin que la Asamblea fuese en modo alguno consultada». En el Ayuntamiento, el 3 de Junio, en la sala de la Reina, Petion y Guadet, detenidos, ven con sus ojos á aquel comité central que acaba de lanzar la insurrección y que, por una delegación extraordinaria, impera sobre todas las autoridades establecidas. «Roncaban, los unos tumbados en los bancos, los otros con los codos apoyados en la mesa; unos estaban descalzos, otros tenían los zapatos en chan-

clas, casi todos mal vestidos, sucios, desabrochados, con el pelo revuelto, con caras espantosas, armados con pistolas y sables, y con la escarapela en banderola. Había botellas por todos lados, pedazos de pan, huesos, restos de carne; el olor era infecto.» Allí, el jefe no es Chaumette, que tiene escrúpulos de libertad, y de quien dice Marchan que «le vió hacer toda clase de esfuerzos para encauzar aquella revolución gloriosa..., gritar, llorar, arrancarse los cabellos»; ni Pacha, que bordea la cosa astutamente bajo la máscara de su flema suiza, sino otro Marat, más grosero, y sobre todo más vil; Hebert, que se aprovecha de la ocasión «para poner brasas en los hornos de su *Père Duchesne*», tira seiscientos mil ejemplares, se hace dar ciento treinta y cinco mil libras como precio de los números dirigidos á sus ejércitos, y gana el setenta y cinco por ciento en los aprovisionamientos.

En la calle, el personal activo se divide en dos bandos, el uno militar, el otro civil; el primero compuesto de los pega-duro que han de formar el ejército revolucionario. «Este ejército, al que se cree una nueva institución, existe de hecho desde 1789. Los agentes del duque de Orleans constituyeron el primer nucleo. Creció, se organizó, recibió jefes, puntos de cita, consignas, un argot... Todas las revoluciones se han realizado con su ayuda; imprimía el movimiento á las violencias populares allí en donde no se presentaba en masa. Hacía que se quitase el busto de Necker y se cerraran los teatros, el 12 de Julio de 1789, que acudiera el populacho á Versalles el 5 de Octubre, que se detuviera al rey en el patio de las Tullerías el 20 de Abril de 1791... Dirigido por Westermann y Fournier, y «separado por los galeotes de Brest y Marsella, fué el batallón central del ataque del 10 de Agosto de 1792;

ejecutó las matanzas de Septiembre; amparó á los maratistas en la jornada del 31 de Mayo de 1793... Su composición responde á sus hazañas y sus funciones. Forman en él los bandidos más notables, los de Avignon, de Marsella, de Brabante, de Lieja, de Suiza, de la costa de Génova. Un día fueron á decirle al titulado general del ejército revolucionario Rousin: «Su estado mayor se conduce muy mal; en los espectáculos y en todas partes ejerce una tiranía execrable; pega á las mujeres, hace pedazos los gorros de éstas. Su tropa viola, roba, mata.» El contestó: «¿Qué le voy á hacer? Sé perfectamente que son unos execrables perdidos; pero necesito esas gentes para mi ejército revolucionario. Que me busquen á unas personas honradas que quieran hacer ese oficio.» Pues todavía, mediante una cuidadosa selección, van á robustecer á semejante ejército, haciendo de él un cuerpo legal de janisarios con triple sueldo; una vez «aumentado con peluqueros desocupados, con lacayos sin colocación, con forjadores de mociones al aire libre, con miserables incapaces de ganarse el pan con un trabajo honrado», podrá proporcionar los destacamentos que constituirán las guarniciones de Burdeos, Lyon, Dijon, Nantes, y todavía quedarán «diez mil de estos mamelucos para conservar la capital».

En cuanto al personal civil, comprende primeramente á los concurrentes de la sección, á los que se pagará dos francos por sesión, después á los comparsas que en los otros lugares públicos deben representar al pueblo, unos mil, de los que las dos terceras partes son consejeros. «Durante el tiempo que estuve libre, dice Beaulieu, observé mucho sus manejos: era como una linterna mágica continuamente en movimiento. Iban de la Convención al Tribunal revolucio-

nario y del Tribunal revolucionario á los Jacobinos ó á la comuna, que celebraban sus sesiones por la noche... Apenas tenían tiempo para satisfacer sus necesidades naturales; á menudo se les veía comer y cenar en sus puestos, cuando se trataba de alguna medida general ó de algún importante asesinato.»

Como general en jefe de las dos hordas, Henriot, que fué estafador, policía, ladrón, asesino de Septiembre, charlatán de plazuela, vendiendo drogas en traje de general; de aquí sus actitudes militares y su popularidad; es el perfecto granuja que apesta siempre á aguardiente. Marat, Hebert y Henriot, el loco, el pillo y el bruto; sin el cuchillo de Carlota Corday, es casi probable que este trío, dueño de la prensa y de la fuerza bruta, ayudado por Jacobo Roux, Leclerc, Vincent, Rousin y toda la baja ralea, hubiera apartado á Danton, suprimido á Robespierre y gobernado á Francia. Tales son los consejeros, los favoritos y los inspiradores de la clase gobernante; si no se supiera lo que va á hacer durante catorce meses, se podría, por lo que es, conjeturar su gobierno.

«El movimiento impreso á la revolución, dice Bartaroux, tiende á hacer que desaparezcan los hombres de bien, y á pensar en el timón de los negocios á los hombres más gangrenados por la ignorancia y los vicios.» Y sin embargo, Francia acepta ó sufre semejante gobierno. Cierto es que, por un primer movimiento de horror, Lyon, Marsella, Tolón, Nimes, Burdeos, Caen y otras poblaciones, que se sienten con el cuchillo al cuello, desvían el golpe, se rebelan contra sus jacobinos locales; pero esto no es otra cosa que un ademán instintivo; no sueñan con formar unos estados dentro del Estado, como pretende la Montaña, ni con usurpar la autoridad central, como lo hace la Monta-

ña. Lyon grita: «¡Viva la república una é indivisible!», acoge dignamente á los comisarios de la Convención, deja pasar los convoyes de armas y caballos destinados al ejército de los Alpes; para sublevarle se necesitará las insensatas exigencias del despotismo parisiense, como para sublevar á la Vendée se ha necesitado la persistencia brutal de la persecución religiosa. Sin la prolongada opresión que pesa sobre las conciencias, y sin el inminente peligro que se cierne sobre las vidas, ninguna población ó provincia se separaría. Hasta bajo ese gobierno de inquisidores y verdugos, ningún grupo, salvo Lyon y la Vendée, hace un esfuerzo perseverante para romper la unión, para acantonarse y vivir aparte. El haz nacional ha sido muy sólidamente ligado por la centralización secular; hay una patria, y cuando la patria está en peligro, cuando el extranjero combate en las fronteras, se sigue al abanderado, cualquiera que sea, usurpador, aventurero, ganapán, cortacabezas, con tal que marche hacia adelante y lleve la bandera con mano firme. Con arrancarle esa bandera, con discutirle su pretendido derecho, con echarle, con sustituirle, saldría perdiendo la cosa pública. Las personas honradas sacrifican sus repugnancias al bien común, y para servir á Francia, sirven á su indigno gobierno.

En la comisión de Guerra, los oficiales de Ingenieros y de Estado Mayor, que se pasan los días estudiando el mapa, no piensan más que en estudiarlo bien; uno de ellos, Arçon, «ha dirigido el levantamiento del sitio de Dunkerque y el de Maubenge; nadie le aventaja en penetración, en conocimientos prácticos, en prontitud de ojeador y en imaginación; es un alma de fuego y una cabeza llena de recursos. «Hablo de él, dice Mallet-Dupan, con quien me liga una relación íntima de

diez años; no es más revolucionario que yo.» Carnot hace más: entrega su honra, al firmar, con sus colegas del Comité de salvación pública, con Brillaud-Varennes y Couthon, con Saint-Just y Robespierre, sentencias que son asesinatos. Una abnegación igual lleva á los ejércitos reclutas por cientos de miles, burgueses y campesinos, desde los voluntarios de 1791, hasta la leva de 1793, y éstos combaten, no solamente por Francia, sino también, y sobre todo, por la revolución. Porque ahora que se ha sacado la espada, la exasperación mutua y creciente no deja en pie sino á los partidos extremos. Desde el 10 de Agosto, y sobre todo desde el 21 de Enero, no se trata ya de pactar con el antiguo régimen, de quitar las partes muertas á las espinas que hieren, de acomodarla á las necesidades modernas, de establecer la igualdad civil, la monarquía templada, el gobierno parlamentario. Se trata de no sufrir la conquista á mano armada, las ejecuciones militares de Brunswick—cuyo manifiesto dió á Francia más de cien batallones, que, en menos de tres semanas, se formaron, se armaron y se pusieron en marcha,—la venganza de los emigrados proscritos, la restauración y la agravación del antiguo orden feudal y fiscal. La gran masa rural odia á ese antiguo orden, por experiencia y tradición, con todo el odio acumulado que puede engendrar una expoliación incesante y secular; de modo alguno tolerará la vuelta del recaudador, y para ella el antiguo régimen no es más que esto, porque desde la revolución apénas paga impuestos. En este punto su idea es clara é inquebrantable; en cuanto advierte en lontananza el restablecimiento posible de la talla, de los diezmos y de los derechos señoriales, su partido está tomado: se bate á muerte. En cuanto á los artesanos y pequeños burgueses, tie-

nen por estimulante la grandiosa perspectiva de la carrera de par en par abierta, del ascenso ilimitado, de los grandes ofrecimientos al mérito; pero sobre todo sus ilusiones están todavía intactas.

Allí, en los campos, ante el enemigo, las nobles ideas generales, que, en manos de los demagogos parisienses, se han convertido en prostitutas sanguinarias, permanecen vírgenes y puras en la imaginación del oficial y del soldado. Libertad, igualdad, derechos del hombre, advenimiento de la razón, todas esas vagas y sublimes imágenes flotan ante sus ojos cuando trepan bajo la metralla por las escarpaduras de Jemmapes, ó cuando invernan, con los pies desnudos, en la nieve de los Vosgos. Esas ideas no se han mancillado y deformado ante sus pasos, al caer del cielo á la tierra; no las han visto trocarse entre sus manos en repugnantes caricaturas. No hacen la sucia tarea diaria de la política y de la guillotina. No son pilares de club, sostenes de sección, inquisidores de comité, denunciadores á sueldo, proveedores del cadalso. Fuera del aquelarre revolucionario, vueltos al sentido común por la presencia del peligro, habiendo comprendido la desigualdad de los talentos y la necesidad de la obediencia, realizan obra de hombres, sufren, ayunan, afrontan las balas, tienen conciencia de su desinterés y de sus sacrificios, son héroes y pueden considerarse como libertadores. Ante esta idea, su orgullo se exalta. Según un gran observador, Stendhal, que conoció á los supervivientes, «muchos de ellos creían que los franceses eran los únicos seres razonables... A nuestros ojos, los habitantes del resto de Europa, que se batían por conservar sus cadenas, no eran sino imbéciles dignos de lástima ó canallas vendidos á los déspotas que más atacaban. Pitt y Coburgo nos parecían los je-

fes de esa canalla... y la personificación de lo que en este mundo significa traición y estupidez... En 1749, nuestro sentimiento interno y formal encerrábase por completo en esta idea: *ser útil á la patria*. Todo lo demás, el traje, el alimento, los ascensos, era á nuestros ojos un miserable detalle efímero. Como no había sociedad, *los triunfos de sociedad*, cosa tan principal en el carácter de nuestra nación, no existían. Nuestras solas reuniones eran fiestas, ceremonias conmovedoras que alimentaban en nosotros el amor de la patria. En la calle, nuestros ojos se llenaban de lágrimas, al encontrar una inscripción en honor del joven tambor Barra... Este sentimiento fué nuestra única religión», pero fué una. Cuando en una nación está tan alto el corazón, se salva, á pesar de sus gobernantes, cualesquiera que sean sus extravagancias y cualesquiera que sean sus crímenes; porque rescata la ineptitud de aquéllos con el valor de ella y cubre los delitos con sus hazañas.

FIN

INDICE

LIBRO PRIMERO

Los jacobinos.

CAPITULO PRIMERO

Págs.

INDICE

LIBRO PRIMERO

Los jacobinos.

CAPITULO PRIMERO

CAPITULO II

CAPITULO III

CAPITULO IV

CAPITULO V

Págs.

CAPÍTULO VI

LIBRO TERCERO

La segunda etapa de la conquista.

CAPITULO PRIMERO

Págs.

CAPITULO II

CAPITULO III

CAPITULO IV

CATÁLOGO

por orden alfabético de autores y materias, de los libros publicados por LA ESPAÑA MODERNA, que se venden en su Administración, López de Hoyos, 6, Madrid.

ANTROPOLOGÍA

Ferri.—Antropología criminal, 8 ptas.

Westermarck.—El Matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

ARTE

Lemcke.—Estética, 8 pesetas.

Taine.—La Pintura en los Países Bajos, 3 pesetas.—El Ideal en el arte, 3 pesetas.—El Arte en Grecia, 3 pesetas.—Nápoles, 3 pesetas.—Roma, dos tomos, 6 pesetas.—Florencia, 3 pesetas.—Venecia, 3 pesetas.—Milán, 3 pesetas.

BIOGRAFÍA

Araujo.—Goya, 3 pesetas.

Asensio.—Pinzón, 3 pesetas.—Fernán Caballero, 1 peseta.

Barbey.—El Dandismo y Jorge Brummell, 3 pesetas.

Becerro de Bengoa.—Trueba, 1 peseta.

Bergeret.—Mouton (Merinos), 1 peseta.

Bourget.—Taine, 0,50 pesetas.

Campoamor.—Cánovas, 1 peseta.

Dorado.—Concepción Arenal, 1 peseta.

Fernández Guerra.—Hartzenbusch, 1 peseta.

Fernán Flor.—Zorrilla, 1 peseta.—Tamayo, 1 peseta.

Gautier.—Nerval y Baudelaire, 3 pesetas.—Madama de Girardín y Balzac, 3 pesetas.—Heine, 1 peseta.

Goncourt.—María Antonieta, 7 pesetas.—Las favoritas de Luis XV, 6 pesetas.—La Du-Barry, 4 pesetas.

Gladstone.—Lord Macaulay, 1 peseta.

Goethe.—Memorias, 5 pesetas.

Haussonville.—La Juventud de lord Byron, 5 pesetas.

Heine.—Memorias, 3 pesetas.

Lange.—Luis Vives, 2,50 pesetas.

Macaulay.—Vida, memorias y cartas, dos tomos, 14 pesetas.—La Educación de lord Macaulay, 7 pesetas.

Maupassant.—Zola, 1 peseta.

Menéndez y Pelayo.—Núñez de Arce, 1 peseta.—Martínez de la Rosa, 1 peseta.

Meneval.—María Stuardo, 6 pesetas.

Molins.—Bretón de los Herreros, 1 pta.

Pardo Bazán.—El P. Coloma, 2 pesetas.—Alarcón, 1 peseta.—Campoamor, 1 peseta.

Passarge.—Ibsen, 1 peseta.

Picón.—Ayala, 1 peseta.

Renán.—Memorias íntimas, dos tomos, 6 pesetas.

Sainte-Beuve.—Tres mujeres, 3 pesetas.—Retratos de mujeres, 3 pesetas.

Tolstoy.—Mi infancia, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.

Valera.—Ventura de la Vega, 1 peseta.

Wagner.—Recuerdos de mi vida, 3 pesetas.

Zola.—Jorge Sand, 1 peseta.—Víctor Hugo, 1 peseta.—Balzac, 1 peseta.—Daudet, 1 peseta.—Sardou, 1 peseta.—Dumas, 1 peseta.—Flaubert, 1 peseta.—Chateaubriand, 1 peseta.—Goncourt, 1 peseta.—Musset, 1 peseta.—Gautier, 1 peseta.—Stendhal, 1 peseta.—Sainte-Beuve, 1 peseta.

CRÍTICA LITERARIA

Arnold.—La Crítica en la actualidad, 3 pesetas.

Caro.—Nuestras costumbres literarias, 3 pesetas.

Zola.—Estudios literarios, 3 pesetas.—Mis odios, 3 pesetas.—Nuevos estudios literarios, 3 pesetas.—Estudios críticos, 3 pesetas.—El Naturalismo en el teatro, dos tomos, 6 pesetas.—Los Novelistas naturalistas, dos tomos, 6 pesetas.—La Novela experimental, 3 pesetas.

DERECHO

Aguanno.—La Génesis y la evolución del Derecho civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación civil (2.ª parte de la Génesis), 4 pesetas.

Arenal.—El Derecho de gracia, 3 pesetas.—El Visitador del preso, 3 pesetas.—El Delito colectivo, 1,50 pesetas.

Arnó.—Las Servidumbres rústicas y urbanas, 7 pesetas.

Asser.—Derecho internacional privado, 6 pesetas.

Burgess.—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, dos tomos, 14 pesetas.

Carnevale.—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La Cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.

Fouillée.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.

Framarino.—Lógica de las pruebas (en Derecho penal), dos tomos, 15 ptas.

Gabba.—Derecho civil moderno, dos tomos, 15 pesetas.

Garofalo.—La Criminología, 10 pesetas.—Indemnización á las víctimas del delito (2.ª parte de La Criminología), 4 pesetas.

Giuriati.—Los Errores judiciales, 7 pesetas.

González.—Derecho usual, 5 pesetas.

Goodnow.—Derecho administrativo comparado, dos tomos, 14 pesetas.

Gross.—Manual del juez, 12 pesetas.

Gumplowicz.—Derecho político-filosófico, 10 pesetas.

Hunter.—Sumario de Derecho romano, 4 pesetas.

Krüger.—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano, 7 pesetas.

Lombroso, Ferry, Garofalo y Fioretti.—La Escuela criminológica positivista, 7 pesetas.

Macaulay.—Estudios jurídicos, dos tomos, 6 pesetas.

Manduca.—El Procedimiento penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.

Martens.—Derecho internacional (público y privado), tres tomos, 22 pesetas.

Miraglia.—Filosofía del Derecho, dos tomos, 15 pesetas.

Mommsen.—Derecho público romano, 12 pesetas.—Derecho penal romano (dos tomos), 18 pesetas.

Neumann.—Derecho internacional público moderno, 6 pesetas.

Ricci.—Tratado de las pruebas en Derecho civil, dos tomos, 20 pesetas.—Derecho civil (doce tomos), 83 pesetas.

Savigny.—De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del Derecho, 3 pesetas.

Sohm.—Historia é instituciones del Derecho privado romano, un gran volumen, 14 pesetas.

Spencer.—La Justicia, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Etica de las prisiones, 10 pesetas.

Sthal.—Historia de la filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Sumner Maine.—El Antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas.—La Guerra según el derecho internacional, 4 pesetas.—Historia del Derecho, 8 pesetas. — Las Instituciones primitivas, 7 pesetas.

Supino.—Derecho mercantil, 12 pesetas.

Tarde.—Las Transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—El Duelo y el delito político, 3 pesetas.—La Criminalidad comparada, 3 pesetas.

Todd.—El Gobierno parlamentario en Inglaterra (dos tomos), 15 pesetas.

Varios autores.—(Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, F. Bello, F. Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumplowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgas, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etc.)—El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 pesetas.

Vivante.—Derecho mercantil, 10 pesetas.

ECONOMÍA

Antoine.—Curso de Economía social.

Buylla, Neumann, Kleinwachter, Nasse, Wagner, Mithof y Lexis.—Economía, 12 pesetas.

Goschen. — Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.

Kells Ingram.—Historia de la Economía política, 7 pesetas.

Kropotkin.—Campos, fábricas y talleres, 6 pesetas.

Laveleye.—Economía política, 7 ptas.

Leroy-Beaulieu. — Economía política, 8 pesetas.

Rogers.—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.

Virgilii.—Manual de estadística, 4 pesetas.

FILOSOFÍA

Amiel.—Diario íntimo, 9 pesetas.

Caro.—El Pesimismo en el siglo XIX, 3 pesetas.—El Suicidio y la civilización, 3 pesetas.—Littré y el positivismo, 3 pesetas.—El Derecho y la fuerza, 3 pesetas.

Collins. — Resumen de la filosofía de Spencer, dos tomos, 15 pesetas.

Emerson.—La Ley de la vida, 5 pesetas.—Hombres simbólicos, 4 pesetas.

Fichte.—Discursos á la nación alemana, sobre regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pesetas.

Fouillée.—Historia de la Filosofía, dos tomos, 12 pesetas.

Guyau.—La Moral inglesa contemporánea, ó Moral de la utilidad y de la evolución, 12 pesetas.

Heine.—Alemania, 6 pesetas.

Lester Ward.—Factores psíquicos de la civilización, 7 pesetas.

Lubbock.—El Empleo de la vida, 3 pesetas.—La Vida dichosa, 3 pesetas.

Nietzche.—Así hablaba Zaratustra, 7 pesetas.—Más allá del bien y del mal, 5 pesetas.—Genealogía de la moral, 3 pesetas.

Schopenhaüer. — Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El Mundo como voluntad y como representación (tres tomos), 30 pesetas.

Stahl.—Historia de la filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Taine.—Los orígenes de la Francia contemporánea (dos tomos), 17 pesetas.

HIGIENE

Hirsch, Stokvis, Kochs, Würzburg.—*Estudios de higiene general,* 3 pesetas. Comprende las siguientes monografías: Desarrollo histórico de la higiene pública, por Hirsch, profesor en Berlín. —Patología comparada de las razas, por Stokvis, profesor en Amsterdam.—Las infecciones, por Kochs, profesor en Berlín, y Cómo decaen las naciones. Causas y remedios, por Würzburg, jefe de estadística de Berlín.

HISTORIA

Boissier.—Cicerón y sus amigos.—Estudio de la sociedad romana del tiempo de César, 8 pesetas.

Campe.—Historia de América, dos tomos, 6 pesetas.

Carlyle.—La Revolución francesa (tres tomos), 24 pesetas.

Dowden.—Historia de la literatura francesa, 9 pesetas.

Fournier.—El Ingenio en la Historia, 3 pesetas.

Garnett.—Historia de la literatura italiana, 9 pesetas.

Heine.—Alemania, 6 pesetas.

Murray.—Historia de la literatura clásica griega, 10 pesetas.

Renan.—Estudio de historia religiosa, 6 pesetas.—Las Vidas de los santos, 6 ptas.

Taine.—Historia de la literatura inglesa (cinco tomos), 34 pesetas.—Los orígenes de la Francia contemporánea (dos tomos), 17 pesetas.

Uriel.—Historia de Chile, 8 pesetas.

Waliszewsky.—Historia de la literatura rusa, 9 pesetas.

Wolf.—Historia de las literaturas castellana y portuguesa, con notas de M. Menéndez y Pelayo, dos volúmenes, 15 pesetas.

MISCELÁNEA

Alcofurado.—Cartas amatorias de la monja Mariana Alcofurado, 3 pesetas.

Baudelaire.—Los Paraísos artificiales, 3 pesetas.

Castro.—El Libro de los galicismos, 3.

Gautier.—Bajo las bombas prusianas, 3 pesetas.

Gay.—Salones célebres, 3 pesetas.

Hamilton.—Lógica parlamentaria, 2.

Tolstoy.—Fisiología de la guerra, 3 pesetas.—Placeres viciosos, 3 pesetas.

Varios autores.—(Thebussem, Manuel del Palacio, Picón, Campoamor, Pardo Bazán, Zorrilla, Palacio Valdés, Ferrari, Oller, Sellés, Valbuena, etc.)—Novelas y caprichos, 3 pesetas.

NOVELA

Balzac.—Eugenia Grandet, 3 pesetas.—Papá Goriot, 3 pesetas.—Ursula Mirouet, 3 pesetas.—César Birotteau, 3 pesetas.—La Quiebra de César Birotteau, 3 pesetas.

Barbey d'Aurevilly.—El Cabecilla, 3 pesetas.—Venganza de una mujer, 3 pesetas.—Las Diabólicas, 3 pesetas.—Una historia sin nombre, 3 pesetas.—La Hechizada, 3 pesetas.

Cherbuliez.—Miss Rovel, 3 pesetas.—La Tema de Juan Tozudo, 3 pesetas.—Amores frágiles, 3 pesetas.—Paula Meré, 3 pesetas.—Meta Holdenis, 3 pesetas.

Coppée.—Un idilio, 3 pesetas.

Daudet.—Jack, dos tomos, 6 pesetas.—La Evangelista, 3 pesetas.—Novelas del lunes, 3 pesetas.—Cartas de mi molino, 3 pesetas.—Cuentos y fantasías, 3 ptas.

Dostoyusky.—La Novela del presidio, 3 pesetas.

Ferran.—Obras completas, 3 pesetas.

Flaubert.—Un corazón sencillo, 3 pesetas.

Goncourt.—Querida, 3 pesetas.—Renata Mauperín, 3 pesetas.—Germinia Lacerteux, 3 pesetas.—La Elisa, 3 pesetas.—La Faustín, 3 pesetas.—La Señora Gervaisais, 3 pesetas.

Heiberg.—Novelas danesas, 3 pesetas

Korolenko.—El Desertor de Sajalín, 2,50 pesetas.

Lemonnier.—La Carnicería (Sedán), 3 pesetas.

Merimée.—Colomba, 3 pesetas.—Mis perlas, 3 pesetas.

Neera.—Teresa, 3 pesetas.

Rod.—El Silencio, 3 pesetas.

Sardou.—La Perla negra, 3 pesetas.

Sudermann.—El Deseo, 3,50 pesetas.

Tolstoy.—La Sonata á Kreutzer, 3 pesetas.—Marido y mujer, 3 pesetas.—Dos generaciones, 3 pesetas.—El Ahorcado, 3 pesetas.—El Príncipe Nekhli, 3 pesetas.—En el Cáucaso, 3 pesetas.—La escuela de Yasnaya poliana, 3 pesetas.—Los Cosacos, 3 pesetas.—Iván el Imbécil, 3 pesetas.—El Canto del cisne, 3 pesetas.—El Camino de la vida, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.—Los Hambrientos, 3 pesetas.

Turguenef.—Humo, 3 pesetas.—Nido de hidalgos, 3 pesetas.—El Judío, 3 pesetas.—El Rey Lear de la Estepa, 3 pesetas.—Un desesperado, 3 pesetas.—Primer amor, 3 pesetas.—Aguas primaverales, 3 pesetas.—Demetrio Rudin, 3 pesetas.—El Reloj, 3 pesetas.—Padres é hijos, 3 pesetas.—La Guillotina, 3 pesetas.—Tierras vírgenes, 5 pesetas.

Varios autores.—Ramillete de cuentos, 3 pesetas.—Tesoro de cuentos, 3 pesetas.—Cuentos escogidos, 3 pesetas.

Zola.—Las Veladas de Medan, 3 pesetas.—La Novela experimental, 3 pesetas.—Los Novelistas naturalistas, dos tomos, 6 pesetas.—El Doctor Pascual, dos tomos, 6 pesetas.

PEDAGOGÍA

Buisson.—La Educación popular de los adultos en Inglaterra, 6 pesetas.

Bunge.—La Educación, 12 pesetas.

Fichte.—Discursos á la nación alemana, sobre regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pesetas.

Huxley.—La Educación y las ciencias naturales, 6 pesetas.

Guyau.—La Educación y la herencia, 8 pesetas.

Macaulay.—La Educación, 7 pesetas.

POESÍAS

Campoamor.—Ternezas y flores, Ayes del alma, Fábulas; todo en un tomo, 3 pesetas.—Doloras, Cantares, Humoradas; todo en un tomo, 3 pesetas.

Ferran.—Obras completas, 3 pesetas.

SOCIOLOGÍA

Antoine.—Curso de economía social, 2 vols., 16 pesetas.

Caro.—El Suicidio y la civilización, 3 pesetas.—El Derecho y la fuerza, 3 pesetas.

Elzbacher.—El Anarquismo según sus más ilustres representantes, 7 pesetas.

Fouillée.—La Ciencia social contemporánea, 8 pesetas.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.

Garófalo.—La Superstición socialista, 5 pesetas.

Giddings.—Principios de la Sociología, 10 pesetas.

Grave.—La Sociedad futura, 8 pesetas.